

TRACY BANGHART

# IRON FLOWERS

2. DE LA FURIA A LA VICTORIA

Nada puede  
parar el valor de  
dos hermanas



CROSS  
BOOKS

# Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

VEINTICUATRO

VEINTICINCO

VEINTISÉIS

VEINTISIETE

VEINTIOCHO

VEINTINUEVE

TREINTA

TREINTA Y UNO

TREINTA Y DOS  
TREINTA Y TRES  
TREINTA Y CUATRO  
TREINTA Y CINCO  
TREINTA Y SEIS  
TREINTA Y SIETE  
TREINTA Y OCHO  
TREINTA Y NUEVE  
CUARENTA  
CUARENTA Y UNO  
CUARENTA Y DOS  
Agradecimientos  
Créditos

**Gracias por adquirir este eBook**

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos  
Fragmentos de próximas publicaciones  
Clubs de lectura con los autores  
Concursos, sorteos y promociones  
Participa en presentaciones de libros

**PlanetadeLibros**

Comparte tu opinión en la ficha del libro  
y en nuestras redes sociales:



**Explora**

**Descubre**

**Comparte**

## **Sinopsis**

Expulsadas por Asa, Nomi y Malachi se dirigen hacia una muerte casi segura. Ahora que Asa se sienta en el trono, nada le parará para asegurarse de que Malachi no regrese a palacio. Su única esperanza es encontrar a Serina, la hermana de Nomi, en la isla-prisión de Monte Ruina. Pero cuando llegan allí, no es un panorama de mujeres sometidas lo que ven, sino una isla en plena revuelta, liderada por Serina.

TRACY BANGHART

# IRON FLOWERS

2. DE LA FURIA A LA VICTORIA

**DESTINO**

*Para las mujeres de mi familia, que me  
han enseñado, de muchas y distintas maneras,  
a ser fuerte.*

# UNO

## SERINA

La costilla fracturada de Serina Tessaro le abrasaba un poco más cada vez que respiraba. El corte a medio cicatrizar que tenía en el brazo le ardía, la herida de bala del hombro dolía a más no poder, y los moratones provocados por el castigo de los puños del comandante Ricci reclamaban a gritos su atención. Encontrar un lugar de su cuerpo donde el dolor, hambriento e intenso, no anhelara apoderarse de ella era tarea complicada.

Pero lo que le causaba más agonía era el recuerdo del pequeño cuerpo sin vida de Jacana, de la mirada ciega de Oráculo, de la ingente cantidad de mujeres valientes que habían muerto.

Tendría que haber sabido que aquí, en Monte Ruina, sobrevivir significaba sufrir.

Desde el instante en el que pisó la isla, condenada por leer —un crimen cometido por su hermana, no por ella—, había vivido rodeada de dolor. El de los grilletes, el del llanto de sus compañeras de prisión. El dolor de ser desnudada y examinada por el comandante Ricci. Y luego, la agonía de las peleas, de ver a mujeres matándose entre ellas para poder acceder a las raciones. De presenciar la muerte de su amiga Petrel. Cuando le había llegado el turno de luchar, Serina había sido incapaz de hacerlo. Se había rendido por no matar a Anika, una chica del Hotel Desgracia. Y había pagado también con dolor su decisión. Con el destierro, con ataques y, luego, la pasada noche, con la venganza del comandante Ricci. Este la había capturado, la había obligado a salir al escenario y le había dicho que eligiera con qué mujer quería luchar. Cuando Serina, negándose a pelear con sus compañeras, lo había invitado a él a convertirse en su adversario, había dado por sentado que su decisión le acarrearía la muerte.

Lo que no se esperaba era una rebelión.

Pero Raja y el equipo del Hotel Desgracia habían atacado a los carceleros; Oráculo y Ámbar habían saltado sobre el comandante Ricci; y Serina, a diferencia de muchas otras, había sobrevivido para ver nacer un nuevo día.

Cada respiración, por dolorosa que fuera, era un regalo, concedido por Oráculo, por Raja y por todas las mujeres que habían elegido luchar contra los carceleros antes que hacerlo entre ellas. Serina se juró para sus adentros, mientras ayudaba a limpiar la sangre del suelo del anfiteatro, que no permitiría que la muerte de todas aquellas mujeres hubiera sido en vano. Y que tampoco decepcionaría a las que habían sobrevivido.

Mientras Serina y las demás trabajaban para borrar las huellas de la carnicería de la noche anterior, el amanecer empezó a danzar sobre la isla como una Gracia vestida de dorado,



perfilando las hojas y las ásperas rocas volcánicas con un encaje de filigrana de luz. Los cadáveres habían desaparecido: los de las mujeres asesinadas, entregados al resplandor rojizo del volcán; los de los carceleros, a las gélidas profundidades del mar. Y también se habían borrado los rastros de sangre.

Reprimiendo un gemido, Serina se incorporó con cuidado. El sol le calentaba la cara. Junto a ella, Acantilado cogió un cubo de agua ensangrentada. Su frente ancha, curtida por el sol, se llenó de arrugas por el esfuerzo de la concentración, o quizá por el cansancio. Aquella mujer, ya mayor, era la responsable de formar a las novatas del equipo de la Cueva y había sido una de las primeras mujeres, junto con Oráculo, a las que Serina había conocido en la isla.

A la muchacha casi se le cortó la respiración al recordar con tanta claridad aquella noche, lo aterrada que estaba antes incluso de que empezara la pelea, antes incluso de comprender que las mujeres estaban a punto de matarse entre ellas. Al recordar lo sola que se había sentido y lo mucho que echaba de menos a su hermana.

Aunque aquello no había cambiado. Estar separada de Nomi le provocaba un dolor más intenso, y más profundo, que las costillas rotas y la herida de bala.

Acantilado cargó con el cubo hacia el otro lado del agrietado anfiteatro de piedra, hasta el lugar donde el viento agitaba la escasa hierba amarillenta de Monte Ruina. Otra mujer, agotada por el esfuerzo de la noche anterior, recogía los trapos que habían utilizado para fregar la piedra. Serina se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

«Nomi.»

Serina tenía que elaborar un plan. Su hermana, convertida en una de las tres Gracias del Heredero del Superior, estaba atrapada en Bellaqua. No hacía mucho tiempo, Serina deseaba tener justo lo que ahora tenía Nomi: una vida de lujos y de belleza del brazo del hombre más poderoso de Viridia. Pero para su hermana, aquello era una cárcel tan real como Monte Ruina. Y Serina estaba decidida a liberarla.

Anika y Val aparecieron en lo alto del anfiteatro con una carretilla oxidada cargada con grandes sacos de arpillera: las raciones que el comandante Ricci había acaparado. Cuando empezaron a empujar la recompensa por el pasillo, hacia donde se encontraba Serina, una fila de mujeres fue congregándose detrás de ellos, extendiéndose a lo largo de las franjas de roca volcánica que se había vertido sobre una parte de los bancos de piedra. Aparecieron entonces más prisioneras, desde la base del teatro, donde un puñado de ellas se había puesto a descansar, recostadas en la pared de la torre de vigilancia. En total, Serina calculaba que quedarían aún unas ciento cincuenta mujeres vivas, docena arriba, docena abajo. La mayoría observaba con ojos hambrientos el contenido del carro.

Val y Anika se pararon al llegar al estrado, situado en el fondo del anfiteatro.

El cabello castaño e indisciplinado de Val se ensortijaba en todas direcciones, enmarcando su rostro bronceado. Tenía la mandíbula magullada, el cuello cubierto de manchas de suciedad. Serina le sonrió con nerviosismo. Él había tenido la oportunidad de escapar, de dejarla allí. Pero

no lo había hecho. Se había quedado y las había ayudado. Cuando el chico se fijó en la expresión de ella, su cara se relajó y también sonrió.

—¿Cómo quieres que distribuyamos todas estas raciones? —preguntó Anika.

Los rayos del sol matutino otorgaban un brillo dorado a su piel oscura. Tenía uno de los ojos cerrado por la hinchazón, y de sus trenzas salían mechones sueltos, pero seguía exhibiendo la confianza y la actitud desafiante que había demostrado desde el momento en el que había llegado a la isla.

Serina había oído rumores de que las mujeres del Hotel Desgracia habían intentado apoderarla Sombra, pero que ella se había negado a responder a cualquier nombre que no fuera Anika, argumentando que era lo único que su madre le había dado y que eso nadie podía robárselo.

Serina se había rendido ante Anika, no había querido matarla cuando le había tocado luchar contra ella. Y ese había sido el instante que había puesto todo aquello en marcha, el momento que había pintado una diana en la espalda de la joven. Si el comandante Ricci no hubiera intentado hacerla pelear de nuevo, tal vez el levantamiento no se hubiera llegado a producir.

—Será más fácil repartir la comida equitativamente si permanecemos todas juntas en un solo campamento —dijo Serina—. ¿Crees que el Hotel Desgracia tendrá capacidad suficiente?

Habían montado ya una especie de enfermería en uno de los antiguos salones de baile de la primera planta.

Serina se sentiría feliz si no tuviera que volver a dormir ni una noche más en el túnel de lava que su equipo llamaba hogar. A Oráculo no parecían importarle los vientos sulfurosos que soplaban desde la caldera ni lo cerca que estaba situado aquello de la parte viva del volcán, pero ella siempre había tenido la sensación de que la roca la presionaba y era incapaz de dejar de pensar en la lava en movimiento que debía de haber excavado aquel agujero... y que podía volver a derramarse sobre ellas en cualquier momento.

Anika miró a las demás mujeres de su equipo. En las horas posteriores a la lucha, después de que su líder, Raja, muriera, Anika había tomado el mando y había dado órdenes mientras ayudaba a Val a llevar hasta el recinto a los siete carceleros supervivientes.

Se volvió hacia Serina con un gesto de asentimiento.

—Tenemos espacio.

—Pero ¿cómo pretendes que nos fiemos de las del Hotel Desgracia? —preguntó alguien—. Nos matarán mientras dormimos.

Serina localizó el origen de la voz entre la multitud, una chica de poco más de veinte años, con una mata de cabello rubio y cara rubicunda, enjuta y de expresión airada.

—¿Cómo te llamas? —quiso saber Serina, tensando los músculos de las piernas para no balancearse de un lado a otro de lo agotada que estaba.

—Zorro —le espetó la chica—. Soy la líder del Campamento de la Selva ahora que Veneno ha muerto. —Lanzó una mirada furibunda a Anika—. Gracias a ella.

—Veneno acabó con la vida de muchas de nosotras —replicó otra voz.

El volumen de murmullos aumentó, insistente y rabioso como un nido de avispas.

—¡Silencio! —gritó Serina, levantando las manos—. Esa violencia era lo que nos exigía el comandante, ¿lo recordáis? Anika no mató a Veneno porque quisiera. Ninguna ha matado a una compañera por voluntad propia. No somos enemigas. Nos necesitamos. Solo sobreviviremos si trabajamos juntas, como hicimos anoche.

—Y ¿crees que vamos a sobrevivir? —dijo con una risotada Garra, una mujer bajita del Campamento de la Cueva—. Tenemos poca comida y no disponemos de medios para conseguir más. Todas moriremos.

Serina se cruzó de brazos, haciendo caso omiso de la punzada de dolor que le atravesó el pecho.

—No, por supuesto que no. La próxima barca de prisioneras tiene que llegar dentro de una semana, tal vez dos. Vendrá cargada de raciones. Podemos atacar a los guardias y quedarnos con la comida. Y podemos utilizar la barca para escapar...

Su voz se atenuó. ¿Adónde irían? Y ¿qué pasaría con Nomi?

Anika ladeó la cabeza.

—¿No tenían los carceleros sus propias barcas? ¿Por qué no las utilizamos? Podríamos largarnos ahora mismo, abandonar esta roca y volver con nuestras familias.

—¡Fue mi propia familia la que me envió aquí! —gritó alguien.

—No hay barcas. —Val levantó la voz por encima del barullo—. La isla también era un castigo para los carceleros. Incluso para el comandante Ricci. Todos contrariamos al Superior de alguna manera: siendo demasiado crueles, o no siéndolo lo suficiente. Él envía aquí a sus peores soldados. No nos permitían tener barcas, ni siquiera para una evacuación de urgencia. Las que llegan con prisioneras son nuestro único contacto con el mundo exterior.

Lanzó una mirada interrogadora a Serina.

Ella entendió lo que estaba preguntándole. Val tenía una barca, un secreto que llevaba años ocultando. Habían planeado utilizarla para huir juntos de allí, para regresar a Bellaqua e intentar rescatar a Nomi. Solo con que hiciera un leve gesto con la cabeza, él se mantendría callado. La embarcación seguiría siendo un secreto y la mejor oportunidad de Serina de reunirse de nuevo con su hermana.

Ayer, había estado dispuesta a marcharse, pero descubrió que no podía dejar abandonada a Jacana, que la había ayudado a buscar la manera de huir de la isla. Sin embargo, ahora su amiga estaba muerta. Serina no había podido salvarla. Ya no había nada que la retuviera allí, nada que le impidiera subir a la barca de Val e ir a liberar a su hermana.

Nada excepto las mujeres de Monte Ruina. Las muertas, como Jacana y Oráculo, a quienes había prometido vengar. Y las vivas, a quienes se había prometido intentar salvar.

Serina no podía huir a bordo de aquella barca secreta y abandonar allí a esas mujeres. Ni siquiera por Nomi. Liberaría a su hermana de las garras del Heredero, de la mirada fría y vigilante del Superior. Pero así no.

—Hay una barca en la isla —confesó, sin dejar de mirar a Val, que hizo un leve gesto de asentimiento y juntó las cejas, compartiendo su tristeza—. Pero es pequeña, solo para dos o tres personas. Aunque podría sernos de utilidad.

—Y ¿cómo sabes tú que existe esa barca? —preguntó Anika, entrecerrando los ojos.

—Es mía —dijo Val—. La tengo tan bien escondida que no ha habido ni carcelero ni prisionera que haya dado con ella. La traje a escondidas a la isla para rescatar a mi madre, que estaba aquí, pero... —Se le hizo un nudo en la garganta—. Pero cuando llegué, ella ya se había ido.

El recelo de Anika se apaciguó un poco. Se balanceó sobre los talones.

—Pero... no lo entiendo —dijo otra persona, una vocecilla, la de Theodora, a la que ahora todas llamaban Muñeca por su cuerpo alto y flexible y su cara tostada y con forma de óvalo perfecto. Había sido asignada a la Cueva al mismo tiempo que Serina—. ¿Qué vamos a hacer cuando llegue la barca de la cárcel? Has dicho que nos fugaríamos. ¿Adónde iremos?

Serina abrió la boca, pero no articuló ninguna palabra. No tenía respuesta.

Val subió al estrado, se colocó al lado de Serina y se volvió hacia la multitud de mujeres que llenaba el anfiteatro. Tosió para aclararse la garganta antes de tomar la palabra.

—Hay un país llamado Azura, al este de Viridia, cruzando el mar de Galatea —informó—. Mi padre era mercader y en una ocasión hizo negocios allí. Me explicó que las mujeres de Azura trabajan, tienen propiedades, que incluso gestionan su propio dinero. Que saben leer. La frontera con Azura está cerrada, salvo para las delegaciones que muy de vez en cuando invita el Superior, pero sé que no queda muy lejos. Y ellos no tienen inconveniente en que entremos en su territorio.

Val le había contado a Serina que su padre había visitado esa tierra. Era lo que le había inspirado a enseñar a leer a su esposa y, luego, a que ella transmitiera esa habilidad a las chicas que acudían en secreto a su casa con tal fin. Era lo que había desencadenado el asesinato de su padre y lo que había provocado que su madre acabara prisionera en Monte Ruina. Y también explicaba muchas cosas sobre Val.

—¿Quieres que vayamos allí? —preguntó Zorro, apartándose de la frente el cabello rubio platino—. ¿A santo de qué nos aceptarían?

Val se encogió de hombros.

—No tengo la total seguridad de que vayan a aceptarnos, pero será más seguro que quedarnos aquí o regresar a Viridia.

«Pero allí volveremos —se dijo Serina—. Cuando cojamos el barco, cuando estas mujeres estén sanas y salvas de camino a Azura, cuando ya no me necesiten, tomaré la barca de Val y rescataré a Nomi.»

¿Y si Nomi no quería que la rescatase? Serina hizo un mohín. Existía también la posibilidad de que su hermana se hubiese acostumbrado a la vida en el *palazzo*, a que su papel como Gracia le pareciera menos abominable de lo que se imaginaba. Serina no lo creía. Cuando ella quería convertirse en Gracia, cuando le explicaba a Nomi que estaba voluntariamente dispuesta a serlo, Nomi decía que eso no contaba porque no le estaba permitido negarse.

Y tenía razón.

Daba igual lo lujosa que fuera ahora su vida. Serina le ofrecería la oportunidad de elegir. Y eso era precisamente lo que Nomi siempre había querido. La posibilidad de poder decidir su propio destino.

Y si moría por ello, Serina había entregado la vida por su hermana.

—Así que nos haremos con la barca de la cárcel —dijo Serina, alzando la voz por encima de los murmullos de escepticismo de la multitud—. Iremos a Azura. Y nos labraremos una nueva vida.

Anika destensó los hombros. Serina se percató de su reacción y se preguntó a qué venía el gesto de desilusión de la chica. Desplazó la mirada hacia las mujeres que llenaban el anfiteatro, algunas sentadas en los bancos de piedra, otras de pie sobre la ola congelada de roca volcánica que cubría la mitad del graderío semicircular: una multitud de mujeres con la cara demacrada, con moratones y los ojos hundidos. Serina vio hambre devolviéndole la mirada, y miedo. Aquellas mujeres llevaban años allí, habían sido testigos de innumerables peleas, habían visto morir a montones de mujeres.

—Lleváis mucho tiempo luchando —dijo Serina, con un nudo en la garganta—. Creer que esto se ha acabado de verdad tiene que ser realmente difícil. Tiene que ser muy complicado imaginarse que la situación mejorará. Pero lo hará. Esta isla es nuestra durante los próximos diez días. Igual que nuestros nombres, igual que nuestras vidas. Nos lo hemos ganado. Nos hemos granjeado nuestra libertad. Pase lo que pase cuando lleguemos a Azura, esto siempre será verdad. Ya no somos prisioneras.

La energía de la multitud se apaciguó. Vio destellos de esperanza entre el agotamiento, en el brillo de una sonrisa aquí y allá. Incluso las líderes de los demás equipos se animaron un poco. Rama tenía los brazos, duros como barras de acero, relajados a ambos costados. Entre el contingente de los Acantilados del Sur, vislumbró una fugaz sonrisa en la cara llena de cicatrices de Lllamarada, su líder. Pero Anika no era la única que aún parecía preocupada.

—Ya no somos prisioneras —repitió Serina, tanto para recordárselo a sí misma como al resto.

Incluso para ella, que llevaba semanas en la isla, no años, aquella verdad seguía pareciéndole un sueño. Se volvió hacia Anika.

—¿Podrías organizar los espacios para dormir y ayudar a distribuir la comida? Val y yo iremos a controlar a los carceleros.

Anika enderezó la espalda y asintió. Empujó la chirriante carretilla hacia el pasillo y empezó a dar instrucciones a los demás equipos: «Llevad a vuestras heridas al antiguo salón de baile. Si tenéis raciones o pertenencias en vuestros campamentos, id a buscarlas y traedlas aquí. No tenemos habitaciones suficientes, de modo que tendréis que compartirlas».

Cuando Serina se puso en marcha para seguirla, le flaquearon las piernas. Se detuvo un momento para recuperar el equilibrio. No podía permitirse desmayarse ahora.

—Ya me ocupo yo de controlar a los carceleros —se ofreció Val, cogiéndola por el brazo—.

¿Por qué no descansas un poco?

Serina negó con la cabeza y enfiló el empinado pasillo del anfiteatro, sin soltarse de él para mantener mejor el equilibrio.

—Luego.

Val no la contradijo, lo cual estaba bien, puesto que Serina tal vez no hubiera tenido la energía suficiente para mantenerse firme en su decisión. La verdad era que le daba miedo bajar el ritmo. No quería descansar. No quería parar. Si lo hacía, o, más bien, cuando lo hiciera, la imagen del cuerpecillo roto de Jacana le inundaría la mente.

Si se concedía tiempo para pensar, el remordimiento la asfixiaría.

Y Jacana no sería la única que empezaría a obsesionarla. Cada vez que hacía una pausa, cada instante en el que no permanecía concentrada en la siguiente tarea, veía la cabeza de Oráculo echándose bruscamente hacia atrás en el momento en el que la bala había impactado contra su frente. Sentía el peso del cuerpo de aquella mujer sobre los hombros durante el ascenso a la cumbre del volcán. Recordaba el cadáver ensangrentado de Raja extendido sobre los hombros a los que había matado.

—¿Serina? —la llamó Val.

—Estoy bien.

Se dio cuenta entonces de que estaba caminando apoyada completamente en él y se obligó a enderezarse.

Recorrieron lentamente el camino hacia el Hotel Desgracia, tan lentamente que cuando llegaron al mármol agrietado, Anika ya estaba gritando órdenes y repartiendo comida. Siguieron andando en dirección al recinto de la cárcel. El edificio era engañoso. Cuando llegó allí, Serina dio por sentado que la encerrarían en una celda pequeña, como una princesa en una lóbrega torre. Pero la población de mujeres enviadas a Monte Ruina había superado la capacidad del edificio mucho tiempo atrás. En la actualidad, los calabozos se utilizaban como almacén de armamento y comida, además de ser las dependencias donde dormían los carceleros.

Los pocos hombres que habían sobrevivido al levantamiento habían sido encerrados en sus dormitorios, que recuperaron así su objetivo original. Una ironía que a Serina no se le había pasado por alto. Notaba contra el muslo el peso de las llaves de los calabozos. Hundió la mano en el bolsillo para rodear el frío metal.

—Les has contado lo de la barca —dijo Val en cuanto se hubieron alejado lo suficiente—. ¿Y Nomi?

—Iré a por ella, pero todavía no. Primero me aseguraré de que todas las demás estén sanas y salvas y rumbo hacia Azura. —Se rascó la nuca y localizó el punto que le dolía—. Anika tiene familia y está ansiosa por volver con ellos, creo. A lo mejor hay más casos como el suyo. Si vuelvo, no me parecería correcto hacerlo sola, mantener en secreto la única vía de escape.

Val dio un puntapié con la bota a una piedra del camino.

—Es pequeña, Serina. Anika podría venir con nosotros, pero no cabe nadie más.

—¿Nosotros?

Tropezó con una roca y estuvo a punto de caer al suelo. Val tiró de ella para atraerla hacia sí.

—Iré contigo. Cuando sea. Donde sea.

Serina notó que el corazón le daba un vuelco.

—Pero ¿no te necesitarán para navegar, para negociar cuando lleguen a Azura?

Quería que fuese con ella a buscar a Nomi, pero también que todas las mujeres de la isla estuvieran a salvo. Había imaginado que Val tendría que acompañarlas a Azura. Y luego, si podían, Nomi y ella se desplazarían también hasta allí.

—El comandante Ricci tenía mapas. Hay mujeres que provienen de familias de pescadores. Aunque no sepan leer un mapa, yo podría enseñarlas a interpretarlos. Seguro que serán capaces de manejar el barco. —Le acarició la espalda—. Y por lo que a la negociación se refiere, no necesitan a un hombre. Querrán defenderse solas.

Las emociones le cerraron la garganta a Serina, que apenas podía hablar.

—Sí, claro —dijo, con un hilo de voz—. Querrán defenderse solas.

Siguieron caminando en silencio un rato.

El recinto de la cárcel se levantaba por fin ante ellos, gris e imponente. Serina sentía aún el eco del terror que había experimentado al recorrer por primera vez el sendero irregular que subía desde el embarcadero hasta allí, al ver aquella monstruosidad con rejas de hierro cerniéndose sobre ella.

Su mirada se desplazó hacia el agua, azul y resplandeciente, extendiéndose hasta el horizonte. Solo podía ver un extremo del embarcadero, y más allá...

—Val.

Contuvo un grito y derrapó hasta detenerse en seco. El tobillo herido aulló de dolor. Se le revolvió el estómago.

No podía respirar.

Señaló, con mano temblorosa.

—Val, una barca.

## DOS

### NOMI

Nomi estaba de pie en la inestable cubierta de la barca, con su ostentoso vestido dorado manchado de sangre. Rompió a llorar cuando la sombra oscura de Monte Ruina se proyectó sobre ella. No era, ni mucho menos, la misión triunfante para salvar a su hermana que había imaginado. La muchacha se dirigía a su calabozo, a su cárcel. Asa le había prometido a Nomi que la reuniría de nuevo con Serina, pero jamás habría pensado que fuera a ser así. No lo comprendió hasta que vio cómo él hundía el cuchillo en el cuello de su propio padre.

Maris, la Gracia compañera de Nomi, lo había visto también, por desgracia. Asa las había mandado encarcelar a las dos para, de este modo, poder mantener el engaño de que su hermano mayor, el Heredero, era el auténtico asesino. Apenas un metro por delante de Nomi, Maris seguía apoyada en la borda, con su brillante cabello negro enmarañado y el vestido rojo empapado de agua. Estaba inclinada sobre el borde de la embarcación y observaba las olas negras que levantaba a su paso. Era más que probable que, de no haber tenido las muñecas encadenadas a la barca, se hubiera lanzado al agua. Llevaba mucho rato sin decir nada.

Nomi abrió la boca dispuesta a hablar —unas frases de alivio, una nueva disculpa—, pero el aire le robó el aliento. A lo mejor sabía que lo único que podía ofrecer eran palabras vacías.

Estaban ya muy cerca de Monte Ruina, lo bastante como para ver el embarcadero de hormigón descascarillado. Nomi engulló una bocanada de aire húmedo. Los marineros se desplazaron hacia la popa de la barca, donde permanecía tendido Malachi. El Heredero era una sombra agazapada en la cubierta y su chaqueta de terciopelo de color granate estaba manchada tanto con su sangre como con la de su padre, el Superior. Asa lo había asesinado y había intentado matar también a Malachi.

Y todo porque Nomi había confiado en él, porque había creído que sería un Heredero mejor, un Superior más justo. Pero se había equivocado.

Los marineros se inclinaron sobre la forma inmóvil de Malachi.

—¡No lo toquéis! —gritó con voz ronca Nomi, como lo había hecho ya una docena de veces a lo largo de la travesía, rezando para que lo auscultaran, para que se percataran de que su pecho seguía moviéndose. Asa les había ordenado que lanzaran a Malachi por la borda en cuanto dejara de respirar.

Pero no la habían obedecido.

—Tenemos órdenes de tirarlo por la borda cuando muera —estaba diciendo uno de los



marineros. El rugido grave de su voz apenas se oía por encima del retumbar constante del motor a vapor—. Pero todavía no ha muerto y ya casi hemos llegado.

—En la cárcel no conocen las órdenes que hemos recibido. —El otro marinero se rascó la barbilla, cubierta por una barba de varios días—. Nos formularán menos preguntas si nos lo quitamos de encima ahora.

Nomi volvió a gritar, pero hicieron caso omiso de ella.

—Es demasiado tarde —dijo Maris, con las mejillas, blancas como las de una muerta, sacudidas por el pelo mojado y su mirada oscura ardiente.

En algún momento indefinido del viaje habían perdido las máscaras que llevaban en el baile. Nomi no recordaba cuándo había sido la última vez que había notado el pinchazo de la tela rígida en la nariz. Le parecía increíble que apenas unas horas atrás se estuviese celebrando el baile del Heredero. Que hiciera solo unas horas que le había dicho a su hermano Renzo que huyese en vez de ayudarla a tenderle una trampa a Malachi. A aquellas alturas ya sabía que no podía confiar en Asa, pero jamás se habría imaginado que llegaría a ser capaz de hacer lo que había hecho. Ahora lo sabía. Esperaba que Renzo hubiera seguido su consejo. Porque estaba segura de que Asa lo mataría si lo encontraba.

Los marineros se cargaron al Heredero a la espalda. Malachi tosió débilmente —«¿Es que no veis que sigue vivo?», gritó Nomi— y sus párpados se agitaron hasta quedar abiertos. Estaba despierto, parpadeando, pero entonces desapareció por la borda.

El llanto partió el pecho de Nomi.

Las cadenas repiquetearon con fuerza cuando intentó abalanzarse contra los marineros, tirando de los grilletes. El roce le levantó la piel de las muñecas y empezó a sangrar.

—¡Lo habéis matado! —repitió a gritos una y otra vez.

Los marineros la ignoraron, y a lo mejor era normal. Nomi no sabía si estaba hablándoles a ellos o a sí misma.

«Lo habéis matado.»

Era todo culpa suya. Había confiado en el hermano que no debía. Asa le había prometido libertad, para ella y para su hermana. Le había prometido poner fin a las Gracias, cambiar las leyes de Viridia. Le había asegurado que permitiría a las mujeres tener derechos, leer... Le había dicho justo lo que ella deseaba oír. Y ella había caído víctima de su encanto. Había sido fácil, muy fácil, creer que Malachi era tan cruel y tan volátil como su padre... porque Asa la había convencido de ello. Pero todo era mentira. El cruel era Asa.

El asesino.

Las palabras de Malachi la obsesionaban. «No tengo ningún deseo de retener a una Gracia en contra de su voluntad. No pienso obligarte a seguir aquí.» Era una de las últimas cosas que le había dicho a Nomi, liberándola con ello de sus obligaciones. No quería forzarla a ser una Gracia.

Y ahora estaba muerto.

La barca chocó contra el embarcadero y se zarandó. A Nomi le flojearon las piernas, pero el

rígido brocado del vestido la mantuvo en pie. Los marineros liberaron a Maris, y después a Nomi, de sus grilletes. Nomi escupió al que estaba más cerca. A modo de respuesta, él la empujó hacia la pasarela de madera, haciéndola tropezar. A pesar de que Maris caminaba con la espalda erguida, tenía las mejillas llenas de lágrimas. Era insoportable. No debería haber participado en la conspiración. No tendría que estar allí con Nomi. No había hecho nada para merecerse aquel sufrimiento, excepto ser testigo de un crimen.

Pero Maris tenía razón. Era demasiado tarde.

Los marineros tiraron de las Gracias para dejarlas en tierra. En el extremo del muelle esperaba un carcelero con la gorra ceñida casi hasta los ojos.

—Esta embarcación es más pequeña de lo habitual —dijo con voz ronca—. Y también el cargamento. ¿Solo dos prisioneras?

El marinero que sujetaba a Nomi por el brazo hizo un gesto de indiferencia.

—¿Pasa algo?

—¿Y las raciones? —preguntó el carcelero cuando los marineros le dejaron a Nomi y a Maris delante de él.

El otro marinero se rascó la nuca.

—¿Raciones? Nos han dicho que trajéramos a las chicas hasta aquí. Nadie ha mencionado nada sobre raciones.

—¿Tenéis la documentación de ingreso? —preguntó el carcelero extendiendo la mano y con una nota de impaciencia en la voz.

Nomi se preguntó qué pasaría si empezaba a gritar para contar la verdad: que Asa había matado al Superior y las había mandado allí para que no dijeran nada. Lo más probable era que el carcelero se mostrara indiferente.

—No hay documentación —dijo uno de los marineros, encogiéndose de hombros—. El lote viene directamente del *palazzo*. No sé cómo funciona normalmente, pero nos han dicho muy claro que teníamos que traerlas aquí. Y eso es lo que hemos hecho. —Se limpió la nariz con el dorso de la mano—. A partir de ahora, son problema tuyo.

El carcelero miró con atención la sangre que manchaba el vestido de Nomi y observó a continuación las mejillas blanquísimas de Maris. ¿Pensaría que eran una trampa? ¿Como si ellas pudieran representar alguna amenaza!

Finalmente, con un brusco gesto de asentimiento y otra mirada a la barca, despidió a los marineros. Nomi tenía los pulmones oprimidos, tanto por el corsé como por la sensación de terror que la embargaba. Se llevó las manos a la cintura, deseosa de arrancarse aquel vestido, aquellos errores, aquella vida. Descubrió entonces un orificio en el tejido y recordó que Asa también la había apuñalado. Podría haberla matado, igual que a Malachi —las lágrimas se le acumularon en la garganta—, pero lo que estaba matándola ahora lentamente era aquel corsé.

Recordó la mirada gélida del Superior, su cuello derramando sangre.

—Vamos —dijo con brusquedad el carcelero.

Cuando agarró a Maris por el brazo, ella gimoteó.

Nomi volvió la cabeza para echar una última ojeada a la barca, el mar picado chocando contra la punta del embarcadero. Los marineros, preparándose para emprender el camino de regreso, la miraban. No había ni rastro de Malachi. Nomi dio media vuelta y, arrastrando los pies, siguió a Maris y al carcelero. Lo único que le impedía arrojarle al agua era la esperanza de ver pronto a Serina.

«Por favor.»

El carcelero caminaba con agilidad y tiraba de Maris camino arriba. Echaba la mirada atrás para controlar a Nomi de vez en cuando y no separaba la otra mano de su arma. Su expresión alertaba a Nomi de que no se rezagara.

La luz del día calentaba los acantilados ennegrecidos que flanqueaban el camino y Nomi empezó a sudar. Era como si el vestido fuese de hierro. El terreno tampoco colaboraba; aquellas rocas extrañas e irregulares se pegaban a su poco práctico calzado. Se torció el tobillo dos veces.

El edificio de la cárcel sobresalía de la roca como un tumor cancerígeno, las ventanas protegidas con rejas y sus muros de hormigón resultaban poco naturales en comparación con las elegantes espirales de roca volcánica.

Vio que delante de la alambrada del edificio había alguien apostado. Al principio, Nomi pensó que se trataba de otro carcelero. Pero había algo —aunque le costaba verlo bien con Maris avanzando delante de ella—, algo que le resultaba familiar.

—Los del barco ya no pueden vernos —dijo el carcelero. Soltó el brazo de Maris—. Estáis a salvo.

—¿A salvo? —preguntó la chica con incredulidad, cambiando de posición y poniendo distancia entre ellos.

Nomi pudo entonces ver perfectamente tanto el camino que tenía por delante como la figura que estaba esperándolos.

La mujer se colocó la cola de caballo por encima del hombro, un movimiento tan familiar que Nomi lo imitaba a menudo inconscientemente. La sorpresa fue tal que sintió una explosión llenándole el cuerpo, electrificando todas sus terminaciones nerviosas. Se olvidó del carcelero, de los marineros, de Renzo, de Maris, de Malachi.

Solo veía a su hermana.

—¡Serina! —gritó.

Se levantó las faldas, esquivó a Maris y echó a correr.

—¿Nomi?

Serina sofocó un grito y abrió los ojos de par en par con incredulidad justo en el momento en el que su hermana la enlazaba con un abrazo.

La fuerza de Nomi fue tan grande que Serina se tambaleó. Pero era incapaz de sosegarle. No podía soltarla.

—¡Serina! ¡Serina!

El nombre de su hermana sabía tan dulce como una oración respondida.

—¿Qué haces aquí? —preguntó esta, devolviéndole el abrazo—. Estás herida. ¿Estás herida? Tienes el vestido manchado de sangre y...

—Estoy bien. No es mía. Estoy...

—Estás aquí. Estás aquí.

Era como si ninguna de las dos pudiera articular una frase coherente. Nomi se sumergió en el abrazo de su hermana y tuvo la sensación de respirar plenamente por primera vez en muchos meses. Ya nada más importaba. El mundo se convirtió de repente en un sueño nebuloso y olvidado. Nada era real excepto la sensación de tener a Serina a su lado.

Y de pronto, Nomi rompió a llorar.

—Siento mucho lo del libro —le dijo al oído—. No tenía ni idea. Yo solo...

—Tranquila, tranquila. Yo también lo siento. Debería haberte escuchado. Yo no veía las cosas de la misma manera, pero ahora sí. —Serina la abrazó con más fuerza—. Gran parte de lo que ha pasado ha sido por ti.

Nomi sintió como si algo se rompiera en su interior. Inexplicablemente, su hermana había dicho aquello como si fuera bueno, como si todo lo que había pasado por culpa de Nomi fuese positivo. Pero ella había visto morir al Superior. Había palpado en sus manos la sangre del Heredero. Y había convertido a Renzo en un fugitivo con una sentencia de muerte colgando sobre su cabeza. Nada de aquello era bueno. Nada en ella era bueno.

—Ay, Serina. Si tú supieras...

Nomi abrió la boca para empezar a contarle todo lo que había pasado, las cosas vergonzosas que había hecho.

—Calla —la interrumpió Serina—. No tiene importancia. Estás aquí. Estás a salvo. Las dos estamos bien.

Con aquellas palabras, la realidad empezó a abrirse paso entre la neblina. Nomi soltó a su hermana. Su trenza estaba grasienta, su cara, llena de moratones e hinchada. Era una versión tan alejada de la Serina perfectamente acicalada y serena, de la única versión que Nomi había visto en su vida, que se preguntó cómo había llegado a reconocerla.

—¿Qué quieres decir con que estamos a salvo, Serina? —preguntó Nomi.

Se fijó en las heridas de su hermana. Heridas. Tenía la ropa prácticamente hecha jirones y manchada de sangre. ¿Dónde estaría su calabozo? ¿Y los carceleros? El que las había recibido a su llegada...

Volvió la cabeza hacia él, pero la expresión de Serina, con aquella mezcla de cautela y orgullo, la detuvo en seco.

—Estamos a salvo —repitió—. Al menos por el momento. Las mujeres de Monte Ruina nos hemos rebelado. Ya no somos prisioneras. Somos libres.

Nomi dejó de pensar de repente. Volvió a mirar los golpes de la cara de Serina.

—¿Que tú eres libre? Si parece que acaban de darte una paliza.

—Y así es. Pero contraataqué —dijo Serina—. Y ahora soy una rebelde, como tú.

Con aquellas palabras tan radicales resonándole en los oídos, Nomi se dio cuenta de que su hermana se comportaba de un modo distinto, como si estuviera al mando de la situación, y recordó la fuerza del abrazo que le había dado.

—No, como yo no —dijo con voz temblorosa.

Serina sonrió.

Nomi le devolvió la sonrisa, pero su expresión cambió rápidamente. Ella no sabía por qué estaba allí. No sabía lo que había hecho. No sabía nada de Malachi ni por qué llevaba el vestido manchado de sangre.

—Serina...

—Te presento a Val —dijo esta, señalando al carcelero, que lucía una sonrisa curiosamente feliz que Nomi no alcanzaba a comprender—. Nos ha ayudado... Es..., bueno, no es un carcelero normal.

Serina compartió una sonrisa cómplice con el joven.

Nomi lo saludó con una leve e incómoda reverencia. Aquel hombre la había aterrorizado hacía tan solo unos instantes. Y su instinto la empujaba aún a verlo como una amenaza.

—Es una lástima que no hayamos visto con antelación la llegada de la barca —dijo Val, separando por fin la mano del arma—. Solo había dos marineros.

—¿Solo dos? —repitió Serina, abriendo los ojos de par en par—. Podríamos haberla hecho nuestra y haber salido de aquí ya mismo. ¿Por qué no los...?

—¿Por qué no los he matado? —remató Val repentinamente tenso—. Pues porque eran inocentes, Serina. No eran como los carceleros habituales..., no tenían ni idea de cuál era el protocolo.

Nomi habría querido explicarle que no eran inocentes, que acababan de matar al Heredero, pero no entendía ni de qué estaban hablando ni la expresión de testarudez de su hermana.

—Podríamos haber huido de la isla hoy mismo —insistió Serina, pensativa y enfadada al mismo tiempo.

—Aún no estamos preparados. —Val miró entonces a Nomi y a Maris—. Si la barca no hubiese vuelto al *palazzo*, el Superior habría mandado enseguida a alguien aquí para investigar qué había pasado.

Val dio un paso hacia Serina, y Nomi se preguntó, examinando su expresión, qué relación tendría con su hermana. ¿Por qué parecía dolerle tanto que se hubiese llevado una decepción?

—Lo siento. He tenido que tomar la decisión muy rápidamente.

Serina se relajó un poco.

—Sí, la verdad es que con esto hemos ganado tiempo. Lo cual está bien. Seguiremos fieles a nuestro plan.

Nomi estaba a punto de preguntar: «¿Qué plan?» cuando Serina se dirigió a Maris.

—Maris. Te llamas así, ¿no? —dijo—. Te recuerdo. Eras una de las Gracias del Heredero.

—Pero ya no —dijo Maris sin emoción—. El Heredero ha muerto. Y también su padre. El nuevo Superior es Asa.

La mirada de Serina se llenó de preguntas.

—Os lo explicaré todo —dijo Nomi. Tenía que contarle a su hermana lo de Renzo. Las lágrimas le hicieron un nudo en la garganta—. Hay... hay mucho que contar.

—¡Gracia! ¡Gracia! —Una chica, con las mejillas pecosas sonrosadas por el esfuerzo, apareció corriendo por el camino—. Os necesitamos.

Serina apartó la mirada de los ojos de Nomi.

—¿Qué ha pasado, Espejo?

«¿Gracia? ¿Espejo?»

La chica que respondía al nombre de Espejo se detuvo y miró con recelo a Nomi y a Maris.

—Y ¿estas quiénes son?

—Ha llegado una barca no programada... —Serina dudó unos instantes—. Es complicado.

—Y esto también.

Espejo les indicó que la siguieran. Y eso hicieron enseguida Serina y Val.

Nomi se apresuró tras ellos y, aun sin comprender nada, su corazón empezó a latir con fuerza por la sensación de urgencia. Maris tomó a Nomi de la mano, como si tuviera miedo de que la abandonaran.

—Has encontrado a tu hermana —murmuró—. Ya es algo.

—Esto es una locura —replicó Nomi.

La negra roca volcánica alteraba el terreno; su arremetida, congelada para la eternidad. Pequeños árboles forcejeaban para abrirse camino hacia el cielo y una hierba amarillenta y robusta brotaba allí donde encontraba el espacio suficiente. Dejaron atrás el aterrador edificio que Nomi había supuesto que era la prisión. Al cabo de unos minutos, vislumbraron otra estructura, medio desmoronada pero que conservaba todavía su elegancia, con una fuente de mármol descascarillado enfrente de la fachada. Aquello no era una cárcel.

Serina y Espejo ralentizaron el paso.

—Por aquí —dijo la chica.

La siguieron hasta alcanzar la sombra de una estancia amplia con suelo de mármol que parecía haber sido en su día el vestíbulo de un hotel. En el centro, un grupo de mujeres se apiñaban alrededor de alguna cosa que había en el suelo.

—¿Qué es? —preguntó Serina.

Las presas le abrieron paso. Nomi y Maris se pararon justo al lado del grupo. Pero estaban lo suficientemente cerca para oír el grito ahogado de Serina seguido por las palabras: «Lo conozco. Es el Heredero».

Nomi se quedó en blanco. Y de pronto empezó a abrirse paso a la fuerza, ignorando las palabras refunfuñadas y los codazos que recibía como respuesta a los que ella iba dando, hasta que consiguió ver lo mismo que las demás. El cuerpo de Malachi tendido en el suelo.

Cayó arrodillada a su lado. Debajo había un charco de agua y la humedad se filtró por su falda. Los murmullos retumbaban a sus espaldas: «Malachi. El Heredero. ¿Está muerto?».

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde lo habéis encontrado? —preguntó Serina.

Respondió la voz de otra chica:

—Estaba en la playa, al sur del embarcadero. Tiene una herida profunda en el costado.

—Iba en la barca con nosotras —murmuró Nomi—. Los marineros lo... lo tiraron por la borda.

Pero allí estaba, tan débil que Nomi, de no haberse fijado precisamente en aquello, lo habría pasado por alto: el mínimo movimiento de su pecho.

—Está vivo —dijo casi incapaz de articular la frase.

—Maris ha dicho que había muerto. Y que el Superior también. ¿Qué ha pasado?

Serina se puso en cuclillas junto a su hermana y posó la mano en su hombro.

—Yo estaba intentando salvarte —dijo precipitadamente Nomi—. Pensé que lo conseguiría..., pensé que podría cambiar Viridia. Pero el hermano de Malachi me traicionó. Ha matado... ha matado a su padre. Y Malachi... Lo que ha dicho Maris es verdad. Asa es el nuevo Superior. — Las palabras le estaban atravesando la garganta como cuchillos—. Y todo por mi culpa.

—¿Que Asa intentó matar a su hermano? —cuestionó Serina, mirando a Malachi con los ojos como platos.

—Y si no hacemos algo enseguida, lo habrá conseguido —replicó Nomi.

Malachi había perdido mucha sangre, llevaba mucho rato sufriendo. Era fuerte, pero no podía sobrevivir eternamente en aquel estado.

—Pues muy bien —dijo una voz potente entre el grupo de mujeres—. Que mueran todos.

—Su padre mató a mi primo —dijo otra, uniéndose a la primera.

—El Superior tomó como Gracia a mi hermana, que murió durante el parto dos años más tarde. Deberíamos dejar morir también a su hijo.

Nomi acarició la gélida mejilla de Malachi. «No. No, no puede morir.»

—¡Dejémoslo morir!

El coro se amplificó. Se magnificó. Las palabras empezaron a retumbar por encima de Nomi.

—¡No! —exclamó esta al fin, alzando la voz sobre las demás.

Se hizo el silencio. No se incorporó. No miró a las mujeres que se apiñaban a su alrededor. Mantuvo la mirada clavada en la leve ondulación del pecho de Malachi, en el sutil movimiento de su garganta.

—No deseéis la muerte de este hombre —dijo, y su propia voz resonó en sus oídos.

Nomi sabía cosas que aquellas mujeres desconocían. Había visto la expresión del rostro de Asa después de matar a su padre. Había visto un vacío, una ausencia total de remordimiento. Había comprobado de primera mano hasta qué punto era capaz de manipular a la gente.

—¿Creéis que el Superior era malo? —prosiguió, y su voz empezó a vibrar con convicción—. ¿Creéis que era caprichoso y cruel? Pues no tenéis ni idea. Su hijo Asa acaba de asesinarlo, ha matado a su propio padre a sangre fría. Me estuvo engañando durante semanas, me hizo pensar que

quería lo mismo que nosotras: libertad y poder de elección para todas las mujeres de este país. Me convenció por completo, tanto que incluso lo ayudé a conspirar para sustituir a su hermano como Heredero. Me aseguró que Malachi era tan volátil y tan terrible como su padre. Pero no es así. Malachi no es como su padre. —Las palabras la inundaron y vertió en ellas toda su ira. Luego se incorporó y se situó frente a Serina—. No podéis dejarlo morir. Es el único capaz de detener a Asa. Debes confiar en mí y en lo que te digo, Serina: hay que detener a Asa.

El corazón de Nomi latía con tanta fuerza que lo oía incluso retumbando en los oídos.

Serina miró al círculo de mujeres que las rodeaba.

—Nomi... —dijo.

Y ella vio, con la misma claridad que Serina, la sed de sangre reflejada en los ojos de aquellas mujeres. Habían sufrido. Y querían que el Heredero sufriera también.

Nomi cogió las manos de su hermana. No entendía nada de lo que estaba pasando allí, no sabía por qué parecían otorgar tanto poder a Serina. Pero absolutamente todas se encontraban a la espera de lo que esta dijera.

—Malachi no merece morir —dijo Nomi más sosegada—. Si está así es por mi culpa. Tengo las manos manchadas con su sangre. No puedo dejarlo morir.

Serina se quedó mirando durante un largo rato el cuerpo inmóvil de Malachi. Y cuando habló, su voz sonó con fuerza y la expresión de sus ojos resultó completamente nueva para Nomi: dura y brillante, sin una pizca de serenidad.

—Esta es mi hermana, Nomi. Ha vivido en el *palazzo*. Si dice que el Heredero tiene que seguir con vida, seguirá con vida.

—¿Y si se equivoca? ¿Y si es tan malo como los demás? —dijo una chica con la mejilla hinchada, cruzándose de brazos con energía.

Nomi abrió la boca para decir que no era malo, para explicarles lo que le había dicho durante el baile. Que estaba dispuesto a liberarla de ser una Gracia si esa era su voluntad.

Pero Serina se le adelantó.

—Es mi hermana, Anika. Confío plenamente en ella y por eso intentaremos salvarle la vida a este hombre. Es posible que muera, de todos modos. Pero si no es así, si se recupera, lo vigilaré muy de cerca. Porque Monte Ruina ya no es suyo. Si nos amenaza de la manera que sea... si no es como mi hermana dice, lo mataremos nosotras. Esta isla nos pertenece, nos la hemos ganado con nuestros cuerpos y nuestra sangre. No se la entregaremos bajo ningún concepto.

Nomi se quedó mirando a Serina como si fuera una desconocida. Su hermana había perdido toda su delicadeza, toda su sumisión. No parecía una Gracia en absoluto. En vez de hablar de pasos de baile y de cremas faciales, hablaba de cuerpos y de sangre. De matar.

La verdad a la que Nomi llevaba enfrentándose desde el instante en el que se había producido su reencuentro cristalizó de repente en su cabeza: Serina se había convertido en una guerrera.

—¿Eres... eres su líder? —preguntó Nomi sobrecogida.

—Gracias a ella somos libres —le explicó Anika—. Los carceleros nos obligaban a luchar



entre nosotras. A matarnos.

A Nomi no le cabía el aire en los pulmones. ¿Era posible que su secreto hubiera sentenciado a Serina a vivir aquello? Su hermana había sido enviada a la isla por haber robado un libro, por saber leer. Pero el crimen lo había cometido Nomi. Tenía que haber sido ella quien hubiera recibido el castigo.

—Tu hermana se negó a matarme —prosiguió Anika—. Gracia tenía que haber acabado conmigo. De haberlo hecho, su equipo habría conseguido las raciones, pero se plantó. Se negó a luchar. Eso no lo había hecho nunca nadie. —Miró a Serina—. Su actitud lo cambió todo drásticamente. Consiguió que algunos equipos colaboraran, que les plantáramos cara. Y ganamos.

—No entiendo nada —dijo Maris con voz ronca, como si estuviera a punto de romper a llorar—. ¿Dices que os obligaban a mataros entre vosotras?

—A Serina la mandaron aquí por leer —añadió Nomi—. ¿Cómo es posible? ¿Cómo...?

—¿Te preguntas cómo es posible que eso estuviera castigado con la muerte? —dijo Anika. Entrecerró sus ojos negros—. Esta cárcel no es solo para asesinas y conspiradoras, ¿acaso no lo ves? Es para cualquier mujer que desafíe el funcionamiento de Viridia, por pequeña que sea esa ofensa. Es para las desobedientes.

Nomi lo entendió por fin. Pensó en las reinas de Viridia, en cómo habían sido borradas por completo de la historia. En cómo los superiores, del pasado y del presente, habían intentado destruir cualquier atisbo de independencia y rebelión en las mujeres del país.

—Y tú ¿cómo desobedeciste? —preguntó Nomi, fijando la mirada en la potente mandíbula de Anika.

La chica esbozó una sonrisa triste.

—Bueno, yo soy del grupo de las asesinas.

Maris contuvo un grito.

—En este país, si eres chica, tampoco tienes derecho a defenderte —siguió Anika, cuya mirada se había vuelto oscura e intensa.

Un gemido de Malachi llenó entonces el silencio.

## TRES

### SERINA

Serina sabía que tenía que ocuparse de Malachi, pero no podía concentrarse en otra cosa que no fuera la presencia de su hermana. Miró con atención el cabello despeinado de Nomi, que estaba desprendiéndose de las horquillas. Su piel suave y clara, sus delicados ojos ambarinos. Su nuevo porte elegante.

Nomi estaba allí. Daba igual por qué o cómo hubiera sucedido. A Serina le daba completamente igual. Lo importante era que estaban juntas. Su hermana menor estaba allí. Y ambas eran libres. Su corazón se llenó de esperanza, era un milagro extraño y prácticamente imposible. Si no fuera porque las costillas le gritaban de dolor cada vez que respiraba, pensaría que todo aquello era un sueño.

No tenía ni idea de lo que debía de estar pensando Nomi cuando la miraba. En otras circunstancias, sentiría vergüenza por estar tan sucia, tan desarreglada, con un aspecto tan distinto al que una Gracia debería tener, pero sabía todo lo que sus brazos fortalecidos habían conseguido. Todo lo que su cuerpo sudoroso había soportado.

Malachi volvió a gemir.

—Ayudadlo, por favor —suplicó Nomi.

Val, cargado con una bolsa de cuero, se abrió paso entre las mujeres.

—Tengo algunas medicinas.

Serina miró de reojo a Anika. Con un gesto de asentimiento, la chica alzó la voz por encima de murmullos y preguntas.

—Dejadle un poco de espacio. ¿Quién está curando a las demás lesionadas? Hay heridas que suturar y comida que distribuir. Pongámonos a trabajar.

Antes de volcar de nuevo toda su atención en Malachi, Serina vio que las mujeres empezaban a dispersarse. Desconocía el nombre de la mayoría, pero distinguió entre ellas por su altura a Muñeca y también a Garra, con los hombros caídos. Pensó en Ámbar; la muerte de Oráculo la había dejado tocada. Desde que habían vuelto de entregar al volcán a las fallecidas, se había encerrado en sí misma y se había negado a involucrarse en cualquier labor de planificación.

Serina quería evaluar personalmente el número de bajas y comprobar también si el traslado al Hotel Desgracia estaba funcionando correctamente y si las raciones adicionales se distribuían con equidad. Quería controlar asimismo a los carceleros a los que habían capturado. Val y ella habían dejado esa tarea a medias en cuanto habían visto llegar la barca.

Había mucho trabajo que hacer, y estaba agotada.

Maris, la otra Gracia, deambulaba por el vestíbulo sin dejar de mirar en ningún momento el cuerpo de Malachi, que seguía tendido en el suelo de mármol. Serina se preguntó qué papel habría desempeñado en todo aquello. Por qué Asa también la habría enviado a la isla.

—Serina, ¿qué podemos hacer por él? —preguntó Nomi, arrodillándose al lado de Malachi.

A pesar de la protesta de su cuerpo magullado, Serina se acuclilló también y le subió con cuidado la chaqueta para poder examinarle el vientre. Malachi gimió débilmente. Un pequeño orificio mancillaba su piel, increíblemente clara.

—Sigue sangrando, pero no se ve pus ni nada que supure —dijo Serina—. Es buena señal.

Nomi emitió un sonido gutural, como si estuviera ahogándose. Serina se preguntó por qué le preocuparía tanto el destino de Malachi. ¿Sería únicamente porque se sentía culpable por haber confiado en el hermano erróneo o albergaría algún tipo de sentimiento hacia él? Era difícil adivinarlo. Recordaba muy bien el horror que había sentido Nomi al ser elegida Gracia.

Pero la gente cambiaba. Ella misma había evolucionado mucho.

Aunque, de haber sentido Nomi algo por Malachi, no lo habría traicionado. Serina no poseía aún todos los detalles, pero intuía que en aquella historia había detalles que Nomi no había tenido aún la oportunidad de compartir con ella. Detalles importantes para Serina.

—Será mejor que lo traslademos a la enfermería —propuso Val.

Llamó con un gesto a dos mujeres que estaban deambulando por el pasillo y corrieron a ayudarlo a levantar a Malachi. Serina se lo agradeció; le dolía aún todo de cargar con Oráculo hasta la cima del volcán.

Cuando hubieron instalado a Malachi en un camastro, situado en un rincón en la penumbra del salón de baile, a cierta distancia de las mujeres heridas, Val le pasó a Serina un frasco de cristal con líquido antiséptico y un montón de vendas limpias. Nomi y Maris observaron la escena con los ojos como platos.

Serina limpió el contorno de la herida, dando ligeros toquecitos. Sacó de la bolsa de cuero una aguja e hilo y, cuidando de no alterar mucho al paciente, empezó a coser la herida.

A sus espaldas, Nomi tragó saliva exageradamente.

—¿Sabes...? ¿Sabes...?

—Siempre se me ha dado bien bordar —dijo con ironía Serina.

Envolvió el torso de Malachi con un vendaje. Malachi se movió y su atractivo rostro se retorció de dolor, pero no abrió los ojos.

—Tiene otra puñalada en el brazo —informó en voz baja Val, cortando el tejido de la chaqueta para separarlo de la piel.

Serina trabajó con rapidez y aplicó unguento sobre los puntos de sutura cuando hubo terminado.

—Esta no es tan profunda —comentó.

Nomi estaba hecha un ovillo y su piel olivácea había perdido todo el color.

Serina no sabía si su hermana estaba a punto de vomitar o de desmayarse. Se limpió las manos

con una venda y rodeó a la joven Gracia con el brazo. Le tiraban sus propios puntos de sutura y le dolían las extremidades y las costillas, pero hizo caso omiso de esas sensaciones.

Pero Nomi no se relajó.

—¿Se pondrá bien?

Serina miró de nuevo a Malachi. Su respiración era regular y el pulso de la muñeca, fuerte, pero su aspecto seguía sin ser bueno.

—No lo sé —respondió con sinceridad.

Permaneció sentada con Nomi y Maris unos minutos, controlando el movimiento de ascenso y descenso del pecho del Heredero, cogiéndole la mano a su hermana. Val se marchó a ver si alguien necesitaba más medicamentos. En cuanto regresó, le dijo a Serina en voz baja:

—Tendríamos que ir a controlar a los carceleros.

Serina asintió. Se incorporó y emitió un gemido cuando notó que sus heridas cobraban vida de nuevo. Nomi le presionó la mano.

—¿Adónde vas?

Serina se puso al borde de las lágrimas al pensar en aquella breve separación después de tanto tiempo deseando estar con su hermana.

—Unos cuantos carceleros han sobrevivido al levantamiento. Tenemos que ir a controlarlos. Pero enseguida vuelvo, te lo prometo.

Nomi levantó la vista y, a pesar de que el miedo y el agotamiento se hacían evidentes en su mirada, sonrió, una sonrisa que lo era todo para Serina.

Animada, esta echó a andar hacia la entrada principal. En el exterior, Anika estaba asignando habitaciones a las mujeres de los demás equipos. Serina se fijó en una chica que permanecía a la sombra de los árboles, a varios metros de distancia, observando el movimiento con los puños apretados a ambos costados del cuerpo. Le sonaba de algo, aquella corona de cabello oscuro, aquella mirada furiosa...

Notó un peso en el pecho. Era la muchacha que había matado a Petrel. La que había levantado un puño ensangrentado y lanzado un grito de triunfo.

De repente, empezó a resultarle difícil recordar sus propias palabras, cuando había dicho que era el comandante el que obligaba a las mujeres a luchar. La verdad es que le había dado la sensación de que la asesina de Petrel estaba disfrutando.

—¿Cómo se llama esa chica? —preguntó Serina, ladeando la cabeza hacia ella.

Val miró en la dirección que Serina le indicaba.

—Ah, creo que se llama Escorpión.

Serina notó un escalofrío.

—Es cruel —comentó, recordando la cara de Petrel cuando el cuchillo que llevaba escondido Escorpión le atravesó la garganta—. Deberíamos ponerla en la rotación de vigilancia a los carceleros.

—Buena idea —dijo Val.

«Lo que sea con tal de que no me vigile a mí», se dijo Serina para sus adentros. Enfilaron el sendero hacia la cárcel, desandando los pasos que habían dado por la mañana. El dorso de la mano de Val rozaba la de Serina al andar. Y cada vez que se producía ese contacto, la atención de ella se centraba con precisión en ese punto, en esa breve chipa de conexión. Era entretenido.

—Es increíble que tu hermana estuviera en esa barca —dijo Val perplejo—. Debes de sentirte feliz. Bueno, aliviada, mejor dicho. Está aquí, está sana y salva, y ahora podremos ir todos juntos a Azura.

«Feliz.» Serina reflexionó sobre esa palabra.

—Sí, es un gran alivio —afirmó.

Llegaron al recinto de la cárcel y Serina arrugó la nariz al aspirar el aire cargado del vestíbulo con escasa ventilación. Val la guio por un tramo de escaleras hasta una puerta de acero. Esa no se cerraba con llave, pero sí la precisaban todas las rejas del interior. Cerró la mano con fuerza apretando el frío peso de las llaves. En mitad del vestíbulo, había dos mujeres sentadas en el suelo, una frente a otra.

Se oían voces airadas.

Una de las chicas se levantó. Era Gia, del equipo de la Cueva. Sus mejillas, que normalmente tenían un tono dorado, estaban sonrojadas, y su cabello corto se elevaba en espirales rubias.

—¿Hora del cambio de guardia? —preguntó con impaciencia.

Serina empezó a oír las voces de los carceleros con más claridad.

—Te mandaré ahorcar.

—Y haré que me supliques que te mate.

—Ni siquiera te imaginas lo que voy a hacerte. Abre esa puerta y te lo demostraré.

Y cosas peores.

De pronto, la impaciencia de Gia cobró todo el sentido del mundo.

Cuando Serina se acercó a las chicas, uno de los carceleros sacó el brazo, le agarró la trenza y tiró salvajemente de ella. La cabeza de la chica golpeó de mala manera contra las rejas de acero de la celda.

Una explosión de pánico se apoderó de ella. Intentó liberarse del carcelero, pero él le tiró entonces de la oreja hasta pegarla al frío metal.

—¡Para, Diego! —gritó Val.

Introdujo la mano entre los barrotes y agarró al hombre por el cuello.

—¡Que la dejes en paz, te digo!

Diego soltó una risotada desafiante. Y no aflojó la presión.

Serina consiguió clavarle las uñas en la mano al mismo tiempo que dirigía el pie que tenía herido hacia la puerta de la celda y daba una patada con todas sus fuerzas. Con un grito que parecía un maullido, Diego la soltó por fin.

Serina se tambaleó hasta caer sobre Gia. Aterrizaron en el suelo, golpeándose caderas y codos. Se percató, tardíamente, del escándalo que se había montado: los demás carceleros vitoreaban a

Diego.

Val incrementó la presión sobre el cuello del hombre hasta que este empezó a retorcerse de dolor y su cara se puso morada. Finalmente, cuando vio que sus ojos estaban a punto de salirse de las órbitas, lo soltó.

Diego cayó contra los barrotes y empezó a escupir y toser. Sus rubicundas mejillas seguían mostrando un rojo amoratado desagradable que contrastaba con el tono bronceado de su cabeza calva. Tendría unos cuarenta años y su cuerpo poseía esa musculatura que parecía formada expresamente para la violencia.

Uno de los carceleros gritó:

—¡Vamos, Val! Ábrenos. Te daremos una buena tunda antes de terminar contigo, maldito traidor.

Val tenía el rostro congestionado, la mirada asesina. Necesitó unos instantes para serenarse y poder responder.

—Tienes suerte de que nadie quiera terminar contigo, Carlo.

A Serina le temblaban las piernas. En las celdas había siete carceleros encerrados. Todos, excepto uno, estaban sacando las manos entre los barrotes, furibundos, como perros rabiosos.

Se separó de Gia lentamente y se levantaron, procurando en todo momento mantenerse lejos de Diego. La otra chica que estaba de guardia había echado a correr por el pasillo en dirección a la puerta. Y Serina la comprendía. Mandó a Gia que se fuera también después de susurrarle al oído: «Estoy bien, no te preocupes».

A continuación, tiró de Val en dirección contraria, hacia los almacenes. Este la siguió a regañadientes, resistiéndose probablemente al impulso de darle una paliza a Diego hasta dejarlo sin sentido.

—¿Crees que estamos seguros aquí? —le preguntó Serina en voz baja, consciente de que el cuero cabelludo le ardía a consecuencia del tirón.

Val se pasó la mano por la cabeza. Aún tenía las mejillas encendidas por la rabia.

—Deberíamos —respondió al fin—. Nos hemos llevado todo lo que podrían utilizar a modo de arma. No pueden salir de las celdas. Tú tienes todas las llaves de las puertas. Y me he asegurado de que no quede por aquí ningún duplicado.

—Deberíamos recordar a todas las chicas que se mantengan lo más alejadas posibles de los calabozos —dijo Serina, estremeciéndose.

—Sí. —Val le acarició el brazo—. ¿Estás bien?

—Alterada nada más. —Serina miró a los hombres, que seguían gritándole insultos—. Supongo que tendremos que darles de comer.

Pretendía decirlo como un chiste, pero no sonó así. Era una lástima malgastar sus valiosas raciones con hombres que lo único que querían era matarlas.

—Si nos quedamos sin raciones, serán los primeros que pasen hambre —dijo Val sin alterarse.

Serina se quedó mirándolo. Haber traicionado a los demás carceleros no parecía afectarlo en

absoluto; de hecho, se lo veía más alegre, más cómodo que nunca.

—¿Querías que pasara esto? —le preguntó ella en voz baja—. Se te ve muy a gusto con la rebelión.

Val se paró delante de un calabozo abierto donde estaban almacenados el resto de los sacos de comida.

Cogió la mano de Serina con delicadeza y tiró de ella hasta quedarse en el pequeño espacio de la celda libre, fuera del ángulo de visión de los hombres.

—¿Que si quería que hubiera una rebelión? —murmuró—. Sí. Odiaba este trabajo, esta vida. Cada día que pasaba era como una penitencia por no haber llegado a tiempo para salvar a mi madre. Era una agonía ver morir a tantas chicas.

—Ya ha acabado todo —murmuró Serina—. Ya no morirá nadie más.

—Nadie más.

Serina se acercó a Val hasta que sus alientos se mezclaron. La adrenalina seguía corriendo por su cuerpo, pero las señales que le enviaba ahora eran distintas. Sus manos entraron en movimiento, se separaron. Serina las desplazó hasta los hombros de él, ignorando la punzada de dolor que emitían sus costillas. Él las posó en su cintura.

La chica notaba el pulso latiéndole en la garganta.

—Serina...

—Dijiste que creías que había algo entre nosotros —dijo ella con voz ronca—. Dijiste que necesitabas tiempo para poner en orden tus pensamientos.

—Sí, así es —murmuró él, y sus ojos se oscurecieron cuando se clavaron en la boca de ella.

—¿Y si te dijera que las cosas han cambiado ahora que tú ya no eres un carcelero y yo ya no soy una prisionera?

Val le acarició una mejilla. Pese a ser un contacto mínimo, prendió el fuego. Un fuego que no tenía nada que ver con el intenso dolor que llevaba horas soportando. Era muy distinto. Un fuego que ardía sin dolor alguno.

Su primer beso había sido impulsivo. Fugaz.

Serina lo había iniciado, e inició también este, inclinándose hacia delante hasta que sus labios entraron en contacto.

La respuesta de Val a su pregunta llegó en forma de una presión delicada, una afirmación. Le devolvió el beso lentamente, y dejó que ella se tomara su tiempo.

El vientre de Serina se llenó de calor. Deseaba que aquel momento se prolongase eternamente, que tapara por completo los horrores de la noche anterior, la sangre, la muerte y el dolor. Que ocultara las voces roncadas de los carceleros, el recuerdo de Diego tirándole del pelo.

Y, durante unos segundos que fueron preciosos, lo consiguió.

Cuando Serina se apartó, Val abrió los ojos, y su mirada era cálida y perezosa, como si acabara de despertarse de un sueño.

—Me alegro de que hayamos puesto en orden esos pensamientos —dijo.

Ella volvió a besarle, un beso rápido y risueño, porque él tenía razón. Feliz, por imposible que pareciera; era feliz, por mucho que ese tal Diego intentara impedirselo. Tenía a Nomi con ella. Y a Val.

—Vamos —dijo, dirigiéndose hacia la puerta sin coger ningún saco—. Los carceleros pueden pasar sin raciones hasta mañana. No se morirán, ¿verdad?

Val asintió con determinación.

—Tienes toda la razón.

Fortalecida por el beso y ansiosa por volver al lado de Nomi, a Serina no le costó mucho ignorar a los carceleros cuando pasaron por delante de ellos. Los gritos de «Voy a matarte» y «Estás muerta, florecilla» habían perdido el poder de amedrentarla.



## CUATRO

### NOMI

—No soporto seguir aquí —dijo Maris, deambulando de un lado a otro de la enfermería.

Miró a las mujeres acostadas en el otro extremo de la improvisada clínica. Una de ellas gemía sin cesar, sin esperanza alguna de sobrevivir.

Nomi presionó la mano inmóvil de Malachi. Seguía demasiado pálido. Demasiado quieto.

—Tengo miedo de apartarme de su lado. ¿Y si... y si las demás no le hacen caso a Serina? ¿Y si intentan hacerle algún daño?

—Sé que estás preocupada. —Maris se llevó las manos al cabello y empezó a intentar desenredárselo con un movimiento obsesivo—. Pero ¿y si nos quedamos en la entrada? Un segundo, para respirar un poco de aire fresco. Lo controlaremos desde allí.

Hasta el momento, había guardado en su interior su nerviosismo. Pero ahora daba la impresión de que incluso deseara liberarse de la restricción de su propia piel.

Nomi no quería dejar solo a Malachi, pero tampoco soportaba ver a Maris tan inquieta. Se levantó, sin despegar la mirada del movimiento del pecho del chico. Arriba y abajo, arriba y abajo. Casi regular. Los gemidos también le molestaban, así como el olor ferruginoso de la sangre. Un poco de aire fresco les iría bien tanto a Maris como a ella.

—Solo un momento.

Maris se encaminó hacia la puerta, casi corriendo. Nomi mantuvo la mirada fija en el recuadro dorado de luz diurna e intentó no mirar hacia donde yacían las desgraciadas mujeres que intentaban superar sus heridas y salvar la vida.

La luz del sol cayó sobre ella y aspiró un olor a plumaria y a fósforo, como si acabaran de encender una vela aromática. El olor a quemado provenía del volcán, imaginó. Maris se paró al llegar a la maltrecha fuente, echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos.

Nomi se quedó más cerca de la puerta, aunque se detuvo para respirar hondo aquel aire fragante.

El patio estaba lleno de mujeres, dirigidas por Anika y otras. Nomi buscó a Serina, pero no la vio. Sí presenció el transitar de chicas desconocidas, vestidas con andrajosas camisetas sin mangas, calzadas con botas o endebles zapatillas, armadas con lanzas y cuchillos artesanales. Algunas transportaban montones de cítricos sujetándolos contra el pecho. Una mujer, alta y fornida, cargaba con un cadáver animal a sus espaldas.

De pronto, un destello de azul atravesó como una flecha el ir y venir de mujeres. Una de las

chicas se abalanzó sobre Maris con tanta fuerza que ambas cayeron rodando al suelo.

Nomi levantó los brazos, para protegerse o esconderse del ataque que estaba sufriendo su amiga. La reacción de un cobarde.

Maris gritó, casi sin aliento:

—¡Helena!

Nomi dejó caer los brazos a ambos costados del cuerpo.

¿Helena? ¿Como la chica de quien estaba enamorada Maris?

La muchacha sujetaba la cara de la Gracia entre sus manos, bronceadas y pecosas, y le besaba las mejillas, la frente, la boca. Se fundieron a continuación en un abrazo y sus cuerpos se enlazaron como parras mientras seguían rodando por el suelo polvoriento.

Nomi se ruborizó y apartó la mirada para fijarla en la mujer de mármol que decoraba la fuente, concediéndoles toda la privacidad que fuera posible dada la situación. Maris le había contado a Nomi cosas sobre Helena, que habían planeado que la acompañara al *palazzo* como su doncella para de este modo poder estar juntas. Y que el padre de Maris había descubierto sus planes y se lo había prohibido, después de lo cual la había enviado sola al *palazzo*. Maris no tenía ni idea de qué había sido de Helena e imaginaba que jamás volvería a verla.

Nomi se sintió embargada por una felicidad inesperada. Maris y Helena habían acabado por encontrarse.

Y aquel no era el único milagro. Serina era libre. Malachi seguía respirando.

Por el momento.

Nomi miró hacia la puerta de la enfermería, sin ganas de regresar a aquel ambiente oscuro y cargado de sangre.

Las enamoradas terminaron su abrazo, sonrosadas y sonrientes.

Nomi nunca había visto a Maris feliz, la verdad. Jamás había conocido aquella sonrisa brillante de gozo que le irradiaba hasta los ojos. Parecía otra persona, o la misma pero completamente limpia.

Cayó entonces en la cuenta de que Asa nunca la había hecho sonreír de aquella manera y pensarlo le proporcionó cierto consuelo. Se había encariñado, había confiado en él cuando jamás debería haberlo hecho, pero no lo había amado. No como Maris a Helena. Llegar a esa conclusión hacía que odiarlo ahora le resultara más fácil.

—No sabía que estuvieras aquí —le dijo Maris a Helena, aún sin aliento. Se levantó y se sacudió el polvo del vestido, sin dejar de mirar en ningún momento a su amada—. Creía que te habías casado, que tus padres...

—No importa —replicó Helena, recogiendo detrás de la oreja un mechón de cabello suelto de Maris. Ella tenía una pelambreira rubia y alborotada—. No puedo creer que estés aquí. Pensé que no volvería a verte nunca más y ahora te tengo a mi lado.

Acarició la cara de Maris, como queriendo asegurarse de que no era un sueño.

—Mi padre te delató, ¿verdad? —preguntó Maris, ahora con voz firme—. Incluso después de

que yo hiciera todo lo que me pedía, ¿no es cierto?

Helena levantó un hombro y lo dejó caer.

—No sé quién lo hizo. Vinieron a por mí en plena noche. Mi padre tampoco intentó impedirlo.

Maris descansó la cabeza en el hombro de Helena y se abrazaron.

A Nomi le dolía el corazón al ver la escena. ¿El padre de Helena había permitido que se la llevaran?

No quería ni pensar en lo que habrían hecho los suyos de haber descubierto que ella sabía leer y escribir.

Serina apareció por el camino y aceleró el paso al darse cuenta de que pasaba algo.

—¿Estás bien? —preguntó al llegar junto a Nomi.

Se fijó entonces en Maris y Helena, que seguían abrazadas.

—Muy bien —respondió su hermana, sonriendo—. Hemos tenido otro reencuentro.

Serina se relajó.

—¿Qué tal sigue Malachi?

—Aún no se ha despertado —le explicó Nomi—. Estaría bien que mirases si podemos hacer algo más.

—Por supuesto —asintió Serina.

Las hermanas entraron en la enfermería, dejando a Maris y Helena al sol.

Nomi estaba en un salón de baile. La iluminación era deslumbrante. Los colores centelleaban. Ella era lo único que permanecía inmóvil en todo aquel espacio. Estaba rodeada de bailarines, que giraban y giraban y giraban. Con creciente turbación, se fijó en los antifaces, que no eran las máscaras brillantes de un baile de disfraces, sino totalmente negras, con unas pequeñas rendijas para los ojos. Máscaras de verdugo.

Su vestido era del color de la sangre seca. Pesado. Asfixiante. Intentó moverse, pero el traje se lo impedía.

Se le hizo un nudo en la garganta.

El Superior estaba sentado en una tarima elevada. A diferencia de los invitados, no llevaba máscara. Su rostro, demacrado y enfermo, miraba hacia el frente. Hacia ella.

A su lado había tres figuras sentadas.

Malachi.

Renzo.

Serina.

Iban de negro. A cara descubierta. Y tenían la mirada perdida, muerta.

Nomi contuvo un grito. Intentó avanzar dentro de la jaula en la que se había convertido su vestido. Imposible.

Los bailarines no paraban. Giraban a su alrededor, ignorándola, con sus máscaras negras

vueltas hacia sus parejas, inexpresivas, espeluznantes.

Vio una figura avanzar decidida entre la muchedumbre. Esta miró a los ocupantes de la tarima. La miró a ella. Y cuando llegó cerca del Superior, Asa se volvió y vio la expresión de pánico de la chica. Se colocó detrás de su padre. Desenfundó el puñal y le cortó el cuello.

Nomi intentó gritar.

Pero no emitió sonido alguno. Los músicos siguieron tocando. Los bailarines, girando.

Asa se desplazó hacia un lado. Con la expresión imperturbable. Sin mirar otra cosa que no fuera a ella.

Nomi percibió la presión del llanto aumentando de volumen en su pecho, sin tener una válvula de escape. No podía moverse, no podía gritar, no podía salvarlos.

Sin perder la calma, Asa le cortó el cuello a Malachi.

En silencio, el Superior y su hijo empezaron a desangrarse sobre la pista de baile. La sangre fluía como un río, manchando las delicadas zapatillas de las bailarinas y las botas de excelente cuero de los bailarines. Se deslizó hacia el vestido rojo de Nomi, hacia sus pies descalzos y sucios.

El corazón le latía con fuerza; sus músculos entraron en tensión.

Asa sonrió.

El puñal se deslizó por la piel bronceada de Renzo. Brotó sangre rojísima. Nomi arremetió inútilmente contra él, se abalanzó sin conseguirlo, gritó en silencio mientras el alma se le revolvía vertiginosamente.

Asa levantó el cuchillo, dispuesto a cortarle el cuello a Serina. Nomi se moría de rabia.

Y, por fin, su boca emitió un grito.

Lo oyó. Roto por la desesperación.

Notó que unas manos la zarandeaban.

La oscuridad engulló la resplandeciente sonrisa de Asa.

—Nomi. ¡Nomi! ¡Despierta!

Se incorporó golpe. Los pulmones aspiraron bocanadas de aire. Extendió los brazos, como si estuviera liberándolos de donde habían estado sujetos.

—Nomi, no pasa nada. Estás a salvo.

Nomi abrió los ojos y Serina estaba allí, con la luz de una bombilla iluminándole intermitentemente la cara. Poco a poco, el desvencijado salón de baile, devorado en zonas por el mar de lava ennegrecida, cobró vida a su alrededor.

Serina la sujetaba por los hombros. Val estaba detrás, mirándola como hipnotizado. Malachi dormía a medio metro de distancia.

—Estabas gritando —murmuró Serina.

Observó la cara macilenta de Malachi.

—No se ha despertado —musitó.

—No te preocupes —dijo Serina.

Eran las palabras de una hermana mayor ofreciéndole consuelo porque debía. Era un gesto de amor, no una garantía de que no hubiera de qué preocuparse.

—Lo he visto —susurró Nomi, restregándose la cara—. He visto a Asa. Lo he visto en mi sueño.

—En tu pesadilla —la corrigió Serina—. No ha sido más que eso.

A Nomi le dolía a garganta, como si llevara horas gritando. En el otro lado del salón de baile, las figuras tendidas en camastros cambiaban de postura y suspiraban. Vio que un par de mujeres heridas la miraban.

—Lo siento —murmuró—. No era mi intención despertar a nadie.

Los nervios se le empezaron a calmar. Notaba el ardor de las lágrimas, que la garganta se le estaba cerrando. Serina le tiró con delicadeza del brazo.

—Vamos. Salgamos a tomar un poco el aire. Val se encargará de vigilar a Malachi.

Nomi se incorporó y echó a andar tras su hermana. Antes de instalarse en un rincón de la enfermería para pasar allí la noche, Serina les había dado a Nomi y a Maris unas camisetas andrajosas y unos pantalones para que pudieran quitarse los vestidos sucios que aún llevaban. Ella agradecía tener mayor libertad de movimiento, pero le resultaba imposible quitarse de encima el peso del vestido del sueño, la parálisis en la que la había sumido.

Maris había encontrado una habitación en el hotel para compartir con Helena; Nomi se preguntaba si estaría durmiendo plácidamente o combatiendo también oscuras pesadillas.

Bajo la luz de la luna, Serina guio a Nomi hacia un lugar al borde de un acantilado, donde el viento le alborotaba el pelo y las olas chocaban contra las rocas con una percusión rítmica. Serina se sentó y dejó las piernas colgando hacia el precipicio. Nomi no era tan valiente.

Se acurrucó junto a su hermana, lo bastante cerca para apoyarse en ella. Serina la rodeó con el brazo.

—La primera noche que pasé aquí también me costó dormir —le confesó—. Estaba muerta de miedo.

Le contó a Nomi lo de la pelea que había presenciado aquella primera noche, lo sorprendente que le había parecido. Le contó lo del túnel de lava, la sensación de que la roca iba a aplastarla.

—Yo te imaginaba en un calabozo —le confesó Nomi, cogiendo una piedra áspera del suelo y empezando a darle vueltas en el interior de la mano, un movimiento que le rascaba las puntas de los dedos—. Estabas encerrada, enfadada conmigo, pero a salvo. No... no tenía ni idea de que estuvieras luchando a vida o muerte. Me sentía tremendamente culpable, pero esto... Serina, no...

Su hermana la acunó con cariño, un gesto que sirvió para aligerar la rigidez que embargaba las extremidades de Nomi.

—Ninguna de las dos sabía el peligro que podía entrañar ser una mujer con un libro —dijo en voz baja—. Y de haberlo sabido, ¿habría importado? ¿Habrías cambiado?

Nomi arrugó la frente, sin despegarse del hombro de su hermana, sintiéndose avergonzada.

—No lo sé.

«No creo.»

Nomi suspiró.

—Pero de haber sabido que tú pagarías por mi crimen, jamás habría cogido aquel libro. Jamás habría tocado ningún libro. Tienes que creerme, Serina. Quise contar la verdad. Quise confesar que había sido yo. Pero Inés dijo que hacerlo no cambiaría nada, que entonces te castigarían por haber mentado. —Le tembló la voz—. Todo lo que tramé con Asa tenía como objetivo sacarte de aquí.

—Creo que ya es hora de que me cuentes todo lo que pasó —dijo Serina.

Había que agradecerle que en ningún momento se separara de Nomi. Que su tono de voz no se endureciera. La joven seguía sin comprender por qué Serina no la odiaba.

Le dio un vuelco el estómago. No sabía por dónde empezar.

—Hay tanto... Malachi me regaló un libro, pero yo creía que era de parte de Asa. El Heredero se preguntaba si yo sabía leer. Era un pequeño misterio que intentaba solucionar. Y lo averiguó. Me tentó con un ejemplar sobre la verdadera historia de Viridia y...

—No entiendo nada —la interrumpió Serina—. Ve más despacio, Nomi. Lo que dices no tiene sentido. ¿Qué tiene que ver la verdadera historia de Viridia con todo esto?

Nomi hizo un mohín de tristeza.

—Más de lo que te imaginas. Antiguamente tuvimos reinas. Viridia tuvo reinas. La primera venía de Azura. Era una mujer, una guerrera, que derrocó al cardenal corrupto que gobernaba el reino seduciéndolo y envenenándolo... Ella y sus hijas gobernaron durante dos generaciones antes de que sus propios consejeros las traicionaran y las borrarán del mapa.

Serina negó con la cabeza.

—Por supuesto que las borrarán del mapa —dijo—. Aún siguen eliminándonos a diario. Pero no sé qué tiene que ver esto con tu llegada aquí.

—Siempre creí que Asa había sido quien me había regalado el libro. Creía que quería que fuera su reina, como aquellas mujeres. Pensé que entonces tendría poder para sacarte de este lugar. —Nomi respiró hondo—. Pero era todo mentira. Asa nunca tuvo la más mínima intención de ponerte en libertad. Mintió cuando dijo que quería una reina y que devolvería a las mujeres todos sus derechos. No me di cuenta de ello hasta que ya fue demasiado tarde.

Con todo el dolor de su corazón, con las palabras emergiendo lentamente entre la culpabilidad y el pesar, Nomi le contó a Serina lo de Renzo. Que le había escrito, que le había pedido que formara parte del plan. Que en el último momento había cambiado de idea y le había suplicado que huyera.

—No sé dónde ha ido ni si consiguió escapar —dijo Nomi, presionando la mano sobre la piedra áspera hasta que le dolió—. Utilicé la dirección de Luca para enviar la carta, pero Asa acabó coincidiendo con Renzo. Es posible que le diera su verdadero nombre, que le dijera dónde vive, no lo sé.

—¿Involucraste a Renzo? —La voz de Serina se alzó por encima del estrépito de las olas al

chocar contra las rocas—. ¿Y... y le pediste que matara al Superior?

—¡No!

Nomi le explicó con detalle por qué pensaba que el plan iba a funcionar, que Renzo solo tenía que fingir sus intenciones para que todas las sospechas cayeran sobre Malachi.

—Quería ayudarme, Serina. Estábamos intentando salvarte.

Serina estaba horrorizada.

—Y ahora Asa irá a por él.

Nomi rompió a llorar.

—Tengo que volver. Tengo que ayudarlo.

Serina hundió la cabeza entre las manos, como si de repente le pesara tanto que no pudiera ni sostenerla sobre los hombros.

—Sí, tienes que hacerlo.

—Lo siento —musitó Nomi. Rememoró de repente la pesadilla. ¿Y si Asa hubiera matado ya a Renzo? Empezó a odiarse por ello. Su mala cabeza había puesto en peligro a sus dos hermanos—. Siento mucho todo lo que ha pasado. Todo ha sido por mi culpa.

## CINCO

### SERINA

Renzo corría peligro. Nadie de su familia estaba a salvo.

Serina empezó a notar una sensación de rabia que le resultaba muy familiar, a percibir en la punta de la lengua las palabras que tantas veces le había dicho a Nomi: «¿Cómo has podido ser tan imprudente?».

Pero no las dijo, esta vez se las tragó. ¿Cómo podía echarle una bronca cuando lo había hecho para salvarla? Y ¿a quién más podía haber recurrido? Era normal que Renzo hubiera querido ayudarla. Era tan rebelde como ella.

«Y como yo.»

—Tú no tienes la culpa de nada —dijo Serina, pronunciando todas las palabras con convicción. La rabia que sentía no era por Nomi. Ya no—. La culpa es de Viridia. Envían a mujeres a una muerte segura solo por saber leer, por querer tomar sus propias decisiones... Este país está enfermo, Nomi, podrido hasta la médula.

Su hermana se quedó mirándola y el blanco de sus ojos brilló a la luz de la luna.

—Sí, pero si yo no hubiera robado ese libro...

—El caso es que nunca tendrías que haberlo robado. Tendrías que haber podido leerlo con total libertad.

—Se-Serina... —tartamudeó Nomi claramente perpleja.

Ella no siempre había apoyado el secreto de su hermana. Pero ahora había cambiado.

—Veamos —dijo, tosiendo para aclararse la garganta antes de seguir hablando—. Tenemos que pensar qué hacemos con lo de Renzo.

—Y con nuestros padres —añadió Nomi—. Mientras Asa esté en el poder, también corren peligro.

Serina empezó a pensar. ¿Qué podían hacer?

—El plan que teníamos hasta ahora era esperar la llegada del siguiente barco con prisioneras —le explicó a su hermana—. Atacar a los carceleros y huir a Azura. En cuanto las mujeres estén sanas y salvas y rumbo hacia su nuevo destino, Val y yo pensábamos subir a bordo de una pequeña barca y volver a Bellaqua para rescatarte. Podemos seguir con el plan inicial pero ahora para intentar localizar a Renzo. Los llevaremos a él y a nuestros padres a Azura. Allí todos estaremos a salvo.

Nomi metió el dedo por un agujerito que había en la rodilla del pantalón.



—¿Cuánto falta para que llegue ese barco?

—Una semana. Quizá dos.

Serina no podía dejar de pensar en Renzo intentando escapar de las garras del nuevo Superior ni mantener las manos quietas.

—Es demasiado tiempo —replicó Nomi, enderezando la espalda—. Asa habrá empezado a buscarlo. Si da con él, lo matará. Tenemos que ir antes. Ahora.

—Y ¿cómo lo encontraremos?

Nomi cambió con nerviosismo de posición.

—No lo sé. Es evidente que no volverá a casa. Supongo que... No tengo ni idea. Pero tenemos que hacerlo, Serina. Antes que Asa.

Ella quería ayudar a Renzo, lo deseaba desesperadamente, pero había hecho una promesa a las mujeres. Se había hecho una promesa a sí misma...

—Tenemos que pensar un plan —dijo, sin que le gustara en absoluto transmitir la idea de que estaba postergando la respuesta, por mucho que fuera cierto. Pero necesitaban marcar el rumbo—. Y debemos esperar a que Malachi despierte. Asa lo da por muerto y saber que sigue con vida nos otorga poder. Tenemos que asegurarnos de que sigue vivo antes de emprender el camino de vuelta a Bellaqua.

Nomi suspiró.

Serina contempló la oscuridad infinita del mar, el eterno brillo de las estrellas y el débil resplandor de su tierra, a lo lejos. Señaló hacia allí.

—¿Sabes qué? Venía aquí muy a menudo para sentarme y mirar esas luces. Intentaba imaginar qué estarías haciendo. Si serías feliz. Si tendrías miedo. —Se volvió hacia el perfil oscuro de Nomi—. Lamento mucho no haber comprendido por qué ese mundo era tan poco grato para ti. Pero ahora lo entiendo.

—Era tal y como esperaba, aunque también diferente —replicó Nomi—. Malachi..., bueno, la verdad es que al principio no caí en la cuenta, pero él también es distinto. Y tienes razón en lo que has dicho. No podemos partir hasta que sepamos con seguridad que sobrevivirá. Que se pondrá bien.

Serina recordó la intensidad de la expresión de Nomi cuando suplicó por la vida de Malachi.

—¿Por qué lo proteges tanto? ¿Te... te gusta?

Nomi no respondió al instante. El resplandor del horizonte anunciaba la llegada del amanecer, pero aún no había luz suficiente para poder verle la cara.

—No es tan sencillo como si me gusta o no —respondió por fin—. Es más bien que estoy en deuda con él. Lo malinterpreté desde el instante en el que lo conocí y le he destrozado la vida. No se lo merece. —Atrapó un mechón de pelo agitado por el viento y se envolvió la mano con él—. Hace dos noches, en el baile de su cumpleaños, Malachi me dijo que jamás me obligaría a ser su Gracia. Que no había sido justo eligiéndome en contra de mi voluntad.

Serina enarcó las cejas.

—¿Eso te dijo?

Nomi movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Por eso intenté desbaratar el plan que habíamos urdido para tenderle una encerrona. Pero ya era demasiado tarde. Asa decidió llevarlo a cabo a su manera —dijo, con voz quebrada.

La tristeza de Nomi era inequívoca.

—Pues tú sí... sí que debes de gustarle, o importarle, si te dijo que te dejaría marchar.

Las facciones de Nomi se desencajaron.

De pronto lo entendió todo.

—Pero a ti te gustaba Asa.

La voz de Nomi sonó entonces más dura.

—Eso me imaginaba. Confiaba en él, y me utilizó. Se aprovechó del cariño que sentía por él, de mi amor por ti, para sus propios fines. Mató a su padre e intentó asesinar a su hermano y luego me mandó a la cárcel..., pero antes de todo eso me besó y me dijo que quería que fuese su reina, y me lo creí.

Serina rodeó a Nomi con un brazo, sufriendo por su hermana. Siguió sentada en silencio, abrazando a Nomi mientras esta lloraba, igual que hacía cuando eran pequeñas. Fue un momento agrisulce. No le gustaba que Nomi estuviera sufriendo, pero agradecía poder estar allí para consolarla. Hasta ayer, no estaba en absoluto segura de poder volver a hacerlo algún día.

Al cabo de un rato, murmuró:

—Asa pagará por lo que ha hecho, que no te quepa la menor duda.

Nomi se secó la cara con la camiseta.

—Eso espero.

Se abrazaron y siguieron escuchando el mar rompiendo contra las rocas, dejando que el viento les agitara el cabello y, al cabo de poco rato, amaneció.

Un grito despertó a Serina de su abotargamiento. Se enderezó, y notó al instante la rigidez en la espalda, el dolor latiente de la costilla fracturada. En la enfermería, antes de que Nomi se despertara chillando, solo había podido conciliar unas pocas horas de sueño, y el dolor que sentía por todas partes le estaba dando a entender que no habían sido suficientes.

Pero el contacto de la mejilla de Nomi contra su hombro compensaba tanto dolor.

Se volvieron a la vez cuando se dieron cuenta de que Val se acercaba corriendo.

Nomi se levantó de golpe; Serina tardó un poco más, hasta que logró obligar a su cuerpo a hacer lo mismo.

Val se detuvo delante de ellas. Su pecho se movía con agitación, tensándose contra el tejido gris de su camiseta. Debía de haber venido corriendo desde el hotel.

—Me imaginé que estaríais aquí —dijo a modo de saludo.

—¿Qué pasa? —preguntó Serina.

La inquietud empezó a provocarle tensión en el pecho. Val tenía el pelo alborotado, como siempre, y sus ojos azules estaban en alerta, pero su boca no esbozaba ni la más mínima mueca de preocupación ni tenía el entrecejo fruncido.

—Malachi se ha despertado —anunció simplemente. Miró a Nomi—. Pensé que querías saberlo enseguida.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¡Gracias! —exclamó.

Con un gesto instintivo, movió las manos con la intención de recogerse una falda imaginaria antes de levantarse, y echó a correr camino arriba.

Serina la siguió, con Val a su lado. Notó entonces la mano de él rozándola. Inspiró hondo para coger fuerzas y entrelazó sus dedos. Él respondió al instante y le sonrió.

Realizaron todo el recorrido hasta el Hotel Desgracia cogidos de la mano.

Cuando accedieron a la improvisada enfermería, unos metros por detrás de Nomi, Serina se vio obligada a detenerse para que sus ojos se adaptaran a la penumbra. Captó de inmediato el olor, intenso y mareante: sangre. Y luego los sonidos: llantos amortiguados, un gemido repleto de dolor, susurros.

En la esquina del fondo, Malachi estaba sentado recostado contra la pared, con la vista fija al frente.

Nomi lanzó una mirada nerviosa a Serina antes de acercarse a él. Ella y Val ralentizaron el paso y se distanciaron un poco, pero aun así pudieron oír a Nomi pronunciar el nombre del Heredero.

Él se quedó mirándola.

Serina estudió sus atractivas facciones, los pómulos esculpados y la mandíbula marcada, la barba de un par de días y los labios carnosos. Buscó una suavización en su mirada o el atisbo de una sonrisa al ver a Nomi. Estaba segura de que, si se había planteado liberar a su hermana de su puesto de Gracia, tenía que sentir cierto cariño por ella. Pero se mantenía inexpresivo.

—Nomi —dijo Malachi.

Pero Serina no leyó nada en su tono de voz. Fue como una puñalada gélida en la espalda.

—No sabes lo feliz que me hace verte despierto. —La chica se arrodilló a su lado, y a Serina no le gustó nada ver cómo inclinaba la cabeza, cómo se le quebraba la voz al hablarle—. Lo siento mucho. Lamento todo lo sucedido. No... no sabía..., lo siento.

El Heredero se pasó la lengua por los labios cortados.

—Nomi —repitió, y entonces Serina percibió el cambio, la rabia que empezaba a apoderarse de él. Era evidente que el arrepentimiento de su hermana le traía sin cuidado—. ¿Cómo pudiste traicionarme?

Nomi se puso a temblar. Serina dio un paso al frente para intentar consolarla —o para soltarle alguna gorda al Heredero—, pero la mano de Val tiró de ella con fuerza.

—Dales un momento más —le dijo en voz baja.

Ella se detuvo a regañadientes. Le resultaba imposible imaginarse el peso de la culpabilidad con el que debía de cargar Nomi.

Malachi miró fijamente a la muchacha mientras ella se lo contaba todo: la conspiración, cómo había implicado a Renzo, incluso cómo había utilizado la dirección de un amigo de su hermano para enviarle un mensaje. Nomi le explicó cómo había acabado por comprender que Asa era malvado y le había pedido a Renzo que huyera. El rostro de Malachi seguía imperturbable. Ni siquiera había mirado a Serina y a Val, que estaban de pie justo detrás de Nomi, ni había preguntado quiénes eran.

—Lo siento mucho —insistió Nomi, con la voz temblorosa—. Yo solo quería ayudar a Serina y a las mujeres de Viridia. No debería haber confiado en Asa. No sabía que...

—Tendrías que haber confiado en mí —la interrumpió Malachi, con un tono de voz duro como un látigo—. Si hubieses hablado conmigo, si me hubieras contado que querías salvar a tu hermana...

Nomi emitió un sonido gutural y levantó la cabeza. Cuando habló de nuevo, su voz había recuperado la fuerza.

—Pues claro que quería salvar a mi hermana. Eso no tuve ni que decírselo a Asa. Él ya lo sabía. Fue él quien me habló de ella, no al revés.

—Porque estaba utilizándote —le espetó Malachi.

—Sí, pero ¿cómo querías que confiara en ti? Tu hermano me comentó que eras un hombre volátil. Cruel. Alimentó los prejuicios que yo ya tenía. ¿Acaso no recuerdas que me elegiste como Gracia sin siquiera tener en cuenta mis deseos? Y ni siquiera mencionaste a mi hermana. ¿Cómo pretendías que te hablara sobre la posibilidad de ponerla en libertad?

Malachi frunció el entrecejo, pero, para sorpresa de Serina, no replicó.

Nomi miró a Serina por encima del hombro, pero dirigió sus palabras al Heredero.

—¿Sabías que los carceleros estaban obligando a las mujeres a matarse entre ellas para conseguir comida? A matarse, Malachi.

El Heredero abrió los ojos como platos. A Serina le pareció que la expresión de sorpresa era sincera, aunque no estaba del todo segura.

—Y se rebelaron —prosiguió Nomi, sin dejar de mirar con orgullo a su hermana. Después de una breve pausa, dirigió su mirada al Heredero—. No querían seguir matándose. A Serina la condenaron a morir aquí por el simple hecho de saber leer. Y no hiciste nada por evitarlo.

—Yo no tenía ni idea de todo esto. De haberlo sabido...

Serina no pudo mantenerse más rato callada.

—Lo sabías —le espetó, acercándose hasta cernirse con toda su altura sobre él—. Tal vez no lo de las peleas, pero sí que las mujeres que entraban aquí no regresaban jamás. —Posó la mano en el hombro de Nomi—. Sabías que, de un modo u otro, yo acabaría muriendo. Y ¿por qué? ¿Por saber leer? Hay presas que lo único que han hecho ha sido contrariar a su padre. Y lo sabías. Es posible que tu hermano sea un monstruo, Malachi, pero tú sigues formando parte del problema.

Malachi la miró fijamente con ojos brillantes y, por una décima de segundo, Serina se sintió transportada hasta la biblioteca del *palazzo*, con el Superior mirándola furioso, destrozando su máscara de serenidad con una única mirada penetrante. Serina supo en aquel momento que había caído sobre ella una sentencia. Y se recordó, obligatoriamente, que ahora estaba en su terreno. Que lo que estaba en juego era el futuro de él, no el de ella.

—De acuerdo —dijo Malachi, con una mirada fría como el acero—. Ayudadme entonces a ser la solución. Ayudadme a recuperar Viridia. Ayudadme a luchar.

Serina se quedó boquiabierta.

## SEIS

### NOMI

Era lo último que Nomi esperaba que dijera Malachi. Se quedó un momento sin poder hablar.

Malachi intentó cambiar de posición —levantarse o quizá sentarse un poco más erguido— y esbozó una mueca de dolor, llevándose la mano al vientre. Su cara, que había recuperado un poco el color, seguía estando demacrada, con ojeras oscuras y mejillas hundidas.

Serina se arrodilló en el suelo al lado de Nomi y se acercó a Malachi para comprobar los vendajes.

—¿Tiene fiebre?

Nomi le acercó tentativamente la mano a la frente. Un poco húmeda, pero no excesivamente caliente.

Malachi se apartó al notar el contacto de la mano.

—No estoy enfermo —refunfuñó—. Estoy enfadado. He perdido a mi padre y también mi derecho de herencia. Quiero recuperar mi país. Con vuestros efectivos...

—¿Efectivos? —Serina soltó una carcajada desagradable—. No somos un ejército. Y aun en el caso de que lo fuéramos, no estaríamos a tus órdenes.

Nomi se frotó los muslos. Si Malachi estaba allí era por su culpa. Sabía de sobra lo peligroso que era Asa. Y Renzo... Si Malachi recuperaba el trono, él estaría a salvo. No se vería obligado a huir. Pero solo si...

—Serina —empezó a decir—. A lo mejor si...

—No. —Serina se levantó bruscamente. Se quedó mirándolos—. No pienso permitir que estas mujeres mueran al servicio de un país que las destruiría sin pestañear. Que ya las ha destruido.

—No. —Nomi se incorporó también. Notaba el pecho tenso con un deseo, una esperanza, que Asa no había conseguido reducir a cenizas—. No se trata de luchar por el viejo mundo. Sino por uno nuevo.

Miró a Malachi, su perfil duro, la palidez de su piel, el mohín de sus voluptuosos labios. La mirada de él se clavó en sus ojos, tal vez con una señal de advertencia que Nomi pasó voluntariamente por alto.

—El Heredero por derecho deberá hacer concesiones —dijo, sin reconocer su propia voz. Sonaba como la de Serina: certera y segura de sí misma—. Si quieres nuestra ayuda, tendrás que cambiar las leyes cuando hayamos conseguido la victoria.

Malachi no pestañeó.

—¿Qué leyes?

El corazón de Nomi le aporreaba las costillas, cortándole la respiración.

—Una mujer que lee no será condenada a muerte.

—Ni a ningún tipo de castigo —replicó Malachi—. Revocaré todas las normas que prohíben que las mujeres puedan recibir educación.

Nomi, que estaba de pie al lado de Serina, emitió un ruido, tal vez un grito ahogado, pero no dejó de mirar a Malachi a los ojos. Tenía la impresión de que aquel era un momento frágil, como una capa fina de hielo en un cubo de agua. Que con solo un suspiro o un movimiento mínimo podía resquebrajarse.

Tomó aire antes de proseguir.

—Los padres no podrán vender a sus hijas como si fueran ganado —declaró—. No habrá matrimonios impuestos ni trabajos forzosos. Si una mujer consigue un empleo, el salario que perciba será solo suyo. Y las Gracias tendrán que dar su consentimiento. Voluntariamente. Libremente. Nadie las obligará a nada.

Permaneció inmóvil, sin siquiera respirar. No le extrañaría que el Heredero supiese que iba a llegar tan lejos.

Malachi bajó la vista. Solo una milésima de segundo, pero fue suficiente. Nomi sabía que el encanto se había roto.

—Llevará un tiempo —dijo—. Estos cambios son más importantes que una simple ley. Nuestra sociedad está constituida por...

—Dispones de un año —lo interrumpió Serina—. Un año para dar a las mujeres el lugar que se merecen. Tendrás asesoras: yo misma, mi hermana y cualquier otra que desee expresar su opinión. —Se volvió hacia Nomi—. Si no nos escuchas como es debido, si nos traicionas, las mujeres de Monte Ruina se rebelarán, igual que hicimos en su momento con el comandante Ricci. Arrasaremos con todo.

Nomi sintió un escalofrío. Captó la promesa y la convicción en la voz de Serina. Y también la advertencia. Ella esperaba que Nomi eligiera bando.

Asintió. Estaba con su hermana, con su familia, por encima de todo. Eternamente.

—Renzo corre peligro —dijo apresuradamente, intentando que no le temblara la voz—. Asa debe de estar persiguiéndolo porque sabe la verdad sobre lo que sucedió la noche del baile. Tienes que jurarnos que nuestro hermano estará a salvo. Que quedará protegido tanto de Asa como de ti.

A continuación, se produjo un prolongado y doloroso silencio. Nomi oía su respiración acelerada y los gemidos de una mujer en el extremo opuesto del salón. Era incapaz de mirar a Malachi. Detrás de Serina, Val se movió, pero tampoco dijo nada.

—Estoy de acuerdo con las condiciones —dijo Malachi por fin, aunque con voz entrecortada.

Nomi se percató de que había cerrado los puños mientras hablaba, como si se preparara para una pelea. Con esfuerzo, obligó a sus manos a relajarse.

—¿Confías en su palabra, Nomi? —preguntó Serina.

Ella recordó fugazmente la sonrisa amable de Asa. Su hermana no tenía ni idea de lo difícil que era responder a esa pregunta. Estudió con atención el rostro de Malachi, intentando alejar los recuerdos de su hermano. Pero no era solo Asa lo que la obsesionaba. No se veía capaz de confiar en ningún hombre. Estaban pidiéndole muchísimo.

—Confío en sus buenas intenciones —fue lo único que pudo decir.

—Podéis fiaros de mí —dijo Malachi, sorprendiendo a Nomi con su vehemencia.

Malachi le tendió una mano a la antigua Gracia y, después de unos instantes de duda, esta se la estrechó, conteniendo la emoción cuando aquella palma caliente envolvió la suya. Él le presionó la mano con fuerza, con más de la que cabría esperar de un hombre convaleciente de un intento de asesinato.

Malachi se volvió acto seguido hacia Serina y también le dio la mano.

—Lo dejaré todo por escrito —dijo de pronto Nomi, con la sensación de que así tendría un carácter más oficial. Las palabras escritas por su propia mano silenciarían los gritos del miedo a la traición.

—En el despacho del comandante hay papel y tinta —dijo Val, abriendo la boca por vez primera desde que habían entrado en la enfermería.

La verdad era que Nomi se había olvidado casi por completo de él. Lo miró, sorprendida de que no hubiese querido participar en la negociación.

—Iremos a buscar papel y Nomi plasmará este acuerdo. Y luego, las mujeres de Monte Ruina tendrán la última palabra.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Malachi, frunciendo el ceño—. Creía que ya lo habíamos decidido nosotros.

Serina levantó la barbilla.

—Yo no soy el comandante Ricci. No obligaré a nadie a combatir. No se trata solo de tu futuro, Malachi, sino también del de ellas. Les expondré el acuerdo y votarán.

El Heredero tensó la mandíbula.

—De acuerdo.

No estaba en posición de discutir. Serina tenía el poder aquí. Lo que a Nomi le preocupaba era lo que sucedería después, si ganaban.

—Iré a buscar algo de comida —dijo Serina.

Y después de dirigir una última mirada pensativa a su hermana, dio media vuelta y se dirigió hacia el luminoso rectángulo de luz del otro lado de la estancia. Val la siguió.

Naomi se sentó junto a Malachi y apoyó la espalda en la pared, manteniendo las distancias. La cabeza seguía dándole vueltas. ¿Qué pasaría? Si las guerreras de Monte Ruina tomaban el *palazzo*, si Malachi recuperaba el trono, ¿cambiaría de verdad las leyes? ¿Tendrían las mujeres libertad para aprender a leer, elegir un empleo, escoger marido? ¿Para decidir sobre su futuro? Y Renzo... Con aquel plan, contaban con que él permaneciera escondido y a salvo, durante el tiempo



que tuviera que transcurrir hasta que llegase el barco y ellas pudieran atacar el *palazzo*. ¿Sería demasiado?

No importaba, la verdad. Porque aun en el caso de que supieran dónde estaba escondido, ¿cómo podían marcharse ahora Serina y ella en la barca si Malachi había prometido un mundo nuevo a las mujeres de Viridia?

—Maldita sea —murmuró Malachi, con más agotamiento que enojo.

Cambió torpemente de postura, interrumpiendo los pensamientos de Nomi.

—¿Duele? —le preguntó.

—¡Pues claro que me duele! —le espetó él.

Nomi se dispuso a levantarse. Pero él extendió una mano hacia ella.

—Lo siento —dijo más tranquilo—. No te vayas. Por favor. Me... me siento frustrado por estar tan débil.

—Tu cuerpo se recuperará. Ya estás mucho más fuerte —dijo, con la sensación de culpa amenazando otra vez con asfixiarla.

—No son solo las heridas —reconoció—. No estaba preparado para esta conversación, para tus exigencias. Tienes talento para la negociación.

—Y mi hermana para las amenazas —replicó Nomi.

Malachi esbozó un amago de sonrisa.

—Cierto. Monte Ruina la ha cambiado.

—Como no podía ser de otra manera.

A Nomi le había parecido captar cierta desaprobación en el tono de voz de Malachi, pero estaba impresionada. Serina le había hablado de tú a tú. No; mejor dicho, como si la que tuviera el poder fuera ella. La dulce y sumisa hermana de Nomi.

Nunca se había sentido más orgullosa de ella.

Permanecieron un rato en silencio, pero las preguntas de Nomi tardaron poco en hacer acto de presencia.

—¿Por qué intentaste concederme la libertad en el baile?

No sabía qué pensar de Malachi. Había momentos en los que se mostraba volátil, tal como Asa lo había descrito, y otros en los que se lo veía reflexivo; considerado, incluso. Nomi era incapaz de descifrarlo y eso la ponía nerviosa. Para que el plan funcionara, Malachi tenía que ganarse su confianza. Y no estaba segura de que pudiera. E imaginaba que él se estaría planteando lo mismo con respecto a ella. Nomi ya lo había traicionado en una ocasión.

Malachi bajó la vista hacia sus manos, que descansaban en su regazo y tenían aún un aspecto marmóreo. A través de la manga hecha jirones de la camisa se vislumbraban los puntos de sutura del antebrazo.

—Cuanto más tiempo pasábamos juntos, más me dolía pensar que te había elegido sin previo aviso, sin tu conocimiento ni tu autorización. Saber que no te habías preparado para llevar la vida de una Gracia, que te estaba obligando, se volvió insostenible.

—Y ¿por qué me elegiste? ¿Fue un error? ¿Pretendías escoger a Serina?

Era algo que Nomi siempre se había preguntado. Recordó lo insatisfecho que se sentía con ella al principio.

Viendo que no respondía, Nomi añadió:

—En el *palazzo* me dijiste un día que mi actitud era desafiante y que era distinta a las demás. Pero nunca me explicaste por qué eso te había resultado atractivo.

Se quedó mirándolo. Comprobó, sorprendida, que se había ruborizado.

Malachi concentró toda su atención en el suelo de mármol que se extendía entre ellos, tocándolo con la punta del dedo. Tosió y se aclaró la garganta.

—Bueno, la verdad es que al principio no me resultó atractivo. Pero... servías para un propósito.

—¿Un propósito?

Vaya manera más insensible de hablar de una vida humana.

—¿Recuerdas cuando te vi por primera vez en el pasillo? —Viendo que Nomi asentía, continuó —: Estaba enfadado. Acababa de salir de una reunión con mi padre y sus magistrados. Siempre había dado por sentado que yo sería el responsable de elegir a mis Gracias y estaba dispuesto a cumplir con mi deber. Pero en la reunión me informaron de que los magistrados serían los encargados de hacerlo. Para ellos es una manera de ganar poder. Es un honor, una forma de obtener favores. Si las chicas que ellos proponen resultan elegidas, consiguen mayor acceso al Superior. Lo cual puede resultar muy positivo para una provincia. Aquella noche, mi padre decretó que eligiera a las candidatas de Lanos, de Isla Dorada y de Sola.

—Serina, Maris y Cassia —dijo en voz baja Nomi.

No estaba al corriente de que los magistrados tuvieran ese poder. Que el *signor* Pietro, el representante de Lanos, pudiera recomendarle al Superior la elección de su hermana.

Malachi asintió.

—Me puse furioso. Hasta aquel momento tenía entendido que aquella elección era una especie de deber sagrado o, como mínimo, que yo podía tener algo que ver con ella porque se trataba de mi vida. Odiaba que me impusieran lo que tenía que hacer.

Nomi lo miró con ironía, pero Malachi seguía con la vista en el suelo y no se percató del gesto.

—Cuando te conocí, tuve un destello de inspiración brillante... pensé que te elegiría a ti para fastidiar a mi padre. Mi decisión no interferiría con los asuntos políticos en absoluto, puesto que seguías siendo de Lanos, pero tomaría mi propia decisión. Aunque, claro está... no me detuve a pensar qué podías opinar tú al respecto.

Esa era la parte que menos la sorprendía de la historia. Era natural que Malachi no se hubiera planteado lo que ella pudiera pensar. Al fin y al cabo, era una mujer.

—Me preguntaba por qué habrías elegido a dos chicas que evidentemente no querían estar allí —dijo Nomi, pensando en la rabia que había sentido en aquel momento y en la desesperación de

Maris—. Asa dijo que lo hiciste porque querías separarnos. Y eso mismo dijo también el Superior. Yo pensaba... creía que te gustaban las reticentes.

Malachi se acarició los puntos de sutura del antebrazo.

—Lo hice como un acto de rebeldía. En ningún momento pretendí hacerte daño. De hecho, al principio, no quería nada contigo. Si estabas allí era para fastidiar a mi padre. Pero luego acusaron a tu hermana de leer y me sentí intrigado. Quería descubrir si tú también sabías. Quería conocerlo todo sobre ti. Tú no sonreías con afectación como Cassia, ni andabas todo el día rumiando como Maris. Y eras... bueno, eras mía. La única de las tres a quien yo había elegido de verdad. Y a pesar de que no lo había hecho por los motivos adecuados, me alegraba de haberlo hecho. Empecé a sentir... cariño.

—Pero me dijiste que podía marcharme —lo interrumpió Nomi, sintiéndose inesperadamente inquieta—. Me liberaste de mis obligaciones como Gracia.

No sabía qué pensar. Había llegado a sospechar que Malachi sentía algo por ella, pero visto así, tal como él acababa de exponerlo, saber que lo había hecho por rebeldía...

«Si hubiera confiado en él, si me hubiese dejado querer, ¿habría encontrado Malachi el modo de ayudar a Serina?» Reflexionó sobre todos los contactos que habían mantenido, analizando hasta qué punto habían estado influidos por la manipulación de Asa.

Malachi levantó por fin la cabeza y su boca esbozó una sonrisa triste.

—Te dije que podías marcharte. Pero, si recuerdas bien, te pedí también que te quedaras. Te quería, Nomi. Y esperaba que tú me correspondieses.

Por un instante, la mirada de Malachi la atrapó, quedó cautiva de sus ojos, igual que le había sucedido en el pasillo aquella primera noche. Pero esta vez lo que la llevó a ruborizarse no fue ni la rabia ni el miedo.

Malachi volvió a bajar la vista hacia el suelo de mármol.

—Pero tú estabas enamorada de mi hermano.

Nomi tenía en la punta de la lengua la frase «Ya no», pero no podía pronunciarla. No sabía si Malachi seguía sintiendo lo mismo por ella después de todo lo que le había hecho, y no podía poner en peligro su corazón. Aún lo tenía roto.

Ella aún estaba rota.

## SIETE

### SERINA

Serina estaba sentada con la espalda apoyada en los barrotes de un calabozo vacío y las piernas estiradas por delante de ella, ignorando los insultos envenenados que le lanzaba Diego.

—Morirás aquí, como todas las demás —decía, escupiendo las palabras y con una vena visible palpitando en el lateral de su cabeza calva.

—Te rajaré de arriba abajo —intervino entonces Carlo, asomando su cara estrecha y llena de granos entre las barras y soltando una risotada.

—Te enterraré bien hondo —gruñó Héctor, que era el más alto de todos los carceleros, grande como el comandante Ricci, con ojos hundidos y dientes podridos y rotos.

Después de tanto rato de oírlos animándose entre ellos, Serina conocía ya el nombre de cinco de los siete hombres encerrados allí. Había uno, el que ocupaba el calabozo del final del pasillo, que mantenía la boca cerrada. Pero la observaba, a ella y a las demás chicas, con los ojos brillantes, y Serina sabía que también era una amenaza.

Ninguno de los carceleros había suplicado por su vida ni había intentado hacerla cambiar de opinión. Ninguno fingía compartir los sentimientos de Val, ni había pronunciado una sola palabra de disculpa. Les importaba un comino ser responsables de la muerte de centenares de mujeres. Disfrutaban con ello.

A su lado, Espejo se cruzó de brazos.

—Ojalá se callaran —murmuró.

—Lo hacen para atormentarnos —replicó Serina.

Cada guardia resultaba más agotadora que la anterior. Pero dejarlos sin supervisión era peligroso. Val se había encargado ya de un montón de turnos de vigilancia para que las mujeres pudieran descansar, pero Anika siempre insistía en que alguna compartiera la tarea con él. Lo creía capaz de traicionarlas.

Habían transcurrido ya cuatro días desde la llegada de Nomi. Serina había dejado pasar el tiempo para que las mujeres se recuperaran, y también le había concedido tiempo a Malachi para reflexionar. Quería asegurarse de que todas las mujeres conocieran cuáles eran sus alternativas —huir a Azura o protagonizar un golpe de Estado— y lo que implicaba cada una de ellas. Malachi les había detallado cómo podían tomar el *palazzo*, les había explicado los pasadizos secretos que utilizarían para cruzar el canal y atacar sin alertar a los vigilantes y soldados a los que tendrían que enfrentarse. La apuesta parecía razonable.

Val había empezado a entrenar a las mujeres, enseñándolas a manejar las armas de fuego de los carceleros. Y había respondido como buenamente había podido a todas las preguntas que se le habían formulado sobre Azura.

Nomi había explicado las concesiones que había hecho Malachi, que había prometido cambiarlo todo si conseguía salir triunfante y erigirse como Superior. Les había mostrado las páginas donde ella misma había dejado plasmados por escrito los términos y que él había firmado. Una de las chicas le había pedido a Nomi que escribiera también la promesa de que no serían perseguidas si regresaban a Viridia, y Malachi lo había aceptado.

Las mujeres no hablaban de otra cosa: huir a Azura o volver a Bellaqua y luchar.

La votación tendría lugar ese mismo día.

El barco con nuevas prisioneras arribaría en una semana o incluso menos. Había llegado la hora de comprometerse con uno u otro plan. Cuantas más vueltas le daba Serina a la idea, más fuerte le latía el corazón. Era la mejor oportunidad de proteger a Renzo que se le presentaría. Y quería luchar. Se había prometido que intentaría cambiar Viridia. Era su momento.

Y confiaba en que las demás mujeres fueran de la misma opinión.

Serina avisó a Espejo dándole unos golpecitos en el brazo.

—Vámonos. Hay que llegar pronto al anfiteatro.

—Así que volvéis a vuestros instintos más básicos, ¿no? —dijo Héctor, con una sonrisa grotesca y desdentada—. No podéis vivir sin las peleas. Sin sangre.

Los demás hombres rieron a carcajadas.

—Podríamos vivir sin vosotros, eso seguro —murmuró Serina.

Esta vez no hubo relevo de vigilancia, así que los carceleros tendrían que pasar un rato insultándose entre ellos. Todas las mujeres se merecían tener derecho a voto.

—Jamás en mi vida he votado —dijo Espejo, como si le estuviera leyendo los pensamientos a Serina, en cuanto echaron a andar.

—Ni yo —replicó esta.

Las únicas votaciones que se celebraban en Viridia eran a nivel provincial para elegir a los administradores del Gobierno, cargos de escasa importancia, y solo podían participar los hombres. Todos los demás puestos, como los magistrados y también las Gracias, eran decisión personal del Superior.

—Ojalá pudiera volver a Viridia para estar con mi hermana —dijo Espejo. En una ocasión le había contado a Serina que su gemela era calcada a ella, incluso en el número de pecas, de ahí su apodo—. Aunque por eso acabé aquí. Me fui de casa con ella y su esposo, pensando que podría ser su criada, pero él me delató porque mi padre no me había dado permiso para marcharme. Las autoridades ni siquiera se tomaron la molestia de devolverme a mi hogar. Me enviaron aquí y ya está. Si ahora regreso, volverá a pasar lo mismo.

—No —la corrigió Serina—. El Heredero pondrá fin a todo eso. Podrás elegir adónde quieres ir, qué quieres hacer.

—Votaré por ir a Azura —dijo Espejo, y su voz se endureció—. ¿Por qué tendría que cambiar las leyes el Heredero? En cuanto consiga lo que quiere, sus promesas no valdrán nada.

—No creo —dijo con firmeza Serina. Aunque en el fondo de su corazón también albergaba dudas. Pero se fiaba de Nomi. Y ella jamás elegiría perjudicar a su familia.

Cuando llegaron al anfiteatro, ya estaban allí casi todas las mujeres. Val había subido ya al escenario, junto con Malachi y Nomi.

Serina examinó con la mirada a la muchedumbre. Las mujeres ya no estaban divididas por equipos. Acantilado y Ámbar estaban sentadas juntas, donde solían instalarse Serina y las demás chicas de la Cueva, y tenían a su lado a un par de mujeres de la Playa. Maris y Helena estaban también con ellas. Esta última era del Campamento de la Selva. Todas la llamaban Serpiente; incluso Serina conocía la historia de cómo había atrapado y cocinado una serpiente enorme cuando las chicas de su equipo llevaban semanas sin conseguir raciones.

Val le había comentado que tanto Maris como Helena se defendían muy bien en la instrucción de armas de fuego que él les estaba impartiendo. Serina se preguntó si estarían imaginándose que el blanco eran los hombres que las habían obligado a separarse.

Cuando Serina subió al escenario y se volvió hacia el público, el pulso se le aceleró. No había estado en el anfiteatro desde la mañana posterior al levantamiento.

De pronto, todo le resultaba tremendamente familiar, y los recuerdos, el horror, le cortaron la respiración.

Se secó el sudor de las manos en el pantalón. Con todas sus fuerzas, se obligó a no volver la vista atrás, a no mirar hacia los asientos que habitualmente ocupaban los carceleros. Esta vez no había hombres apuntándola con armas. El comandante tampoco estaba en el palco, dispuesto a lanzar a la arena una caja con arañas o con ladrillos. Aquello era ahora un lugar seguro.

«Esto ahora nos pertenece.»

Y Nomi estaba a su lado. Nomi, Val y Malachi. Estaban juntos.

Serina levantó los brazos.

—Silencio, por favor —pidió.

Las voces se acallaron. Todas las miradas se volvieron hacia ella.

Val se situó más cerca y Serina agradeció su apoyo antes de hablar a una multitud integrada por casi ciento cincuenta mujeres.

—Soy consciente de que estamos todavía adaptándonos a nuestra nueva realidad —empezó—. Por primera vez, todo esto es nuestro. Pero el próximo barco no tardará en llegar y, con él, más carceleros y más hombres con ganas de hacernos daño. Nos haremos con el barco. Defenderemos nuestra libertad. —Miró a Malachi. Incluso con el uniforme de carcelero que le habían prestado, mantenía la cabeza muy alta. Seguía conservando el aspecto del Heredero—. Esta noche vamos a decidir qué haremos a continuación. Si buscamos asilo en Azura o regresamos a Bellaqua para luchar.

Dio paso entonces a Val, que repitió todo lo que sabía sobre Azura.

—Creo que allí estaríamos seguros —concluyó—. Aunque significaría no poder ver nunca más a los amigos y familiares que tenemos en Viridia.

—La otra alternativa es luchar —dijo Serina, dando un paso hacia el borde del escenario. Señaló a Malachi—. Tenemos aquí en la isla al verdadero Superior. Como todas sabéis, ha accedido a llevar a cabo importantes cambios en Viridia si lo ayudamos a tomar el *palazzo*. Otorgará más derechos a las mujeres. Nos ayudará a reencontrarnos con nuestras familias. Si lo ayudamos a recuperar Viridia, podemos cambiarlo todo para siempre.

Mientras hablaba, Serina visualizó mentalmente la batalla: las guerreras ocupando las playas doradas del *palazzo* del Superior, el rugido de los disparos resonando por sus delicados salones.

Asa caería y las mujeres de Viridia tendrían poder.

—No podemos permitir que Asa gobierne —añadió Nomi con voz temblorosa—. Es incluso peor que el Superior, más caprichoso si cabe. Carece de escrúpulos y no le importa destruir cualquier cosa que se interponga en su camino. Ha matado a su padre, ha intentado acabar con su hermano..., pero su verdadero peligro radica en su sonrisa. Convencerá a los magistrados, a sus generales y a sus cortesanos de que es bondadoso y considerado, de que pone por encima de todo los intereses del país. —Su voz adoptó un tono más duro—. Pero lo único que le importa es él. Es un peligro para todo el mundo.

—Y ¿cómo pretendes que confiemos en él? —gritó Zorro, señalando a Malachi—. ¿Qué le impide utilizarnos para conseguir lo que quiere y luego gobernar el país exactamente igual que su padre?

Malachi se aclaró la garganta antes de hablar.

—Tenéis mi palabra. Sé que tal vez os resulte difícil creerme, pero yo también deseo el cambio para Viridia. Me he dado cuenta de lo cruel que es denegar a las mujeres, a vosotras, el derecho a elegir vuestro propio camino.

Miró de reojo a Nomi. Serina intentó interpretar la emoción que se reflejaba en el rostro de Malachi.

—Luchar o huir. Son las únicas opciones que nos hemos planteado —dijo Lllamarada, que ocupaba un lugar cerca del escenario—. ¿Y si nos quedáramos aquí? Para algunas, la isla es nuestro hogar.

—Podríamos intentarlo —dijo Serina. Había oído ya esos rumores durante el último par de días—. Pero los recursos son limitados y solo tenemos un hombre que nos ayude a fingir que la isla funciona como siempre. Las barcas seguirán llegando, y cada vez será más complicado no levantar sospechas. Pero es una opción, efectivamente. La incorporaremos a la votación.

—¿Y si simplemente queremos volver con nuestras familias sin tener que luchar? —gritó alguien.

—¿Y si resulta que esas familias fueron precisamente las que nos delataron? —contraatacó otra mujer.

El murmullo aumentó cuando las mujeres empezaron a discutir entre ellas.

Serina levantó las manos, pero la voz de Anika retumbó por encima de las demás antes de que le diera tiempo a tomar la palabra.

—La solución perfecta no existe. Algunas tenemos familia y estamos desesperadas por volver con ella. Otras queremos acabar con los hombres que nos metieron aquí. Otras preferimos huir. Pero no podemos hacerlo todo. No podemos dividir nuestro foco de atención. Hagamos lo que hagamos, tendremos que enfrentarnos a la próxima barca que llegue. Debemos sobrevivir aquí hasta entonces. Si no alcanzamos un acuerdo, si no trabajamos hacia un objetivo único, ninguna saldrá con vida de esta.

Serina observó a las mujeres mientras Anika pronunciaba su discurso. Un par de ellas negaron con la cabeza y algunas parecían asustadas, pero todas la escuchaban. Incluso Zorro. Todas estaban atentas a lo que se estaba diciendo.

—Hemos venido a votar —anunció Serina—. Podéis elegir entre quedaros en la isla, huir a Azura o luchar. Anika tiene razón: no podemos dividir nuestro foco de atención. Solo habrá una barca, de modo que tendremos que mostrarnos de acuerdo con lo que decida la mayoría.

Empezó a rezar para sus adentros.

—¿Quién quiere quedarse en Monte Ruina? —preguntó Nomi.

Serina contó las manos. Solo se levantaron algunas, en su mayoría de las mujeres de mayor edad y de las que llevaban más tiempo allí. Le sorprendió ver que Ámbar se decantaba por esa opción, pues esperaba que votase por luchar, que quisiera vengar la muerte de Oráculo.

—Catorce —anunció.

—¿Quién quiere huir a Azura? —gritó Val.

Se levantaron más manos. Maris y Helena. Zorro y la mayoría de las mujeres del Campamento de la Selva. Había muchas manos, más de las que Serina esperaba. Estuvo un buen rato contando.

Se le revolvió el estómago. Miró de reojo a Nomi; su hermana ponía mala cara y tenía las puños cerrados a ambos lados del cuerpo. Malachi se mantenía inexpresivo.

—Ochenta y dos —dijo, con el corazón latiéndole con fuerza. Hizo una pausa para controlar los nervios—. Y, por último, ¿quién quiere luchar?

Ya estaba todo.

Serina se llevó una sorpresa al ver que Espejo levantaba la mano. Debía de haber cambiado de idea. Acantilado levantó también la mano, y Anika. Muchas mujeres habían votado luchar.

—Sesenta.

Pero no era suficiente.

La sensación de incredulidad era inmensa. Serina notó el cuerpo de Nomi achicándose a su lado. Se habría desmoronado también de haber podido, pero mantuvo la postura erguida. Lo importante era que aquellas mujeres habían tenido derecho a elegir.

—El resultado es claro. Cuando llegue la barca, nos haremos con ella y pondremos rumbo a Azura para buscar asilo allí.

Serina intentó hablar con firmeza, por mucho que su esperanza de mantener con vida a Renzo y



la posibilidad de aspirar a un nuevo futuro para todas las mujeres de Viridia acabaran de morir.

## OCHO

### NOMI

Nomi caminaba con nerviosismo de un extremo a otro del escenario. Le dolía la mandíbula de apretar los dientes con tanta fuerza. Su futuro, y el de Renzo, se desmoronaban ante ella. Durante cuatro días se había permitido el lujo de creer que era posible alcanzar todo aquello a lo que aspiraba: la libertad, la seguridad de su hermano, el reencuentro con la familia.

No soportaba mirar a Malachi. Todo lo que él quería, todo lo que se merecía, acababa de quedar también fuera de su alcance.

Los murmullos recorrían el anfiteatro. Estallaron las diferencias de opinión.

—Estoy harta de luchar.

—¿Estás harta? Pues yo estoy rabiosa. Esos desgraciados merecen que les caiga encima toda nuestra ira.

—No me fio del Heredero. Quebrantará todas sus promesas. ¿Conoces acaso a algún hombre que haya sido fiel a su palabra?

—Pues sí, mi padre. Me prometió que me mandaría aquí si me negaba a trabajar en la fábrica. Y aquí me tienes. Si no luchamos, nunca cambiará nada.

—A mí eso del cambio me trae sin cuidado. Lo único que deseo es tener una cama mullida y comida fresca. Me da igual no volver a pisar Viridia.

Nomi no aguantaba más.

Al lado del escenario, Anika se dio un puñetazo de rabia en el muslo.

—Tendríamos que ir a Bellaqua. Esto es ridículo. Huir de nuestro país. De nuestras familias. Es ridículo.

—La votación ha sido justa —dijo Serina, con expresión decepcionada—. Tenemos que acatar el resultado.

Nomi apartó a su hermana del gentío y se fijó en que Val y Malachi estaban enfrascados en su propia conversación.

—No puedo hacer nada, Nomi. Lo siento —dijo Serina con su expresión estoica de hermana mayor, aunque ella adivinó la decepción que ocultaba aquella máscara.

—Y ¿qué pasará con Renzo? —preguntó—. No podemos marcharnos a Azura y abandonarlo.

Serina tenía el estómago revuelto y no sabía si acabaría vomitando o gritando. Había apoyado la votación, por supuesto. Deseaba que las mujeres tuvieran derecho a elegir su destino. Pero en todo momento había estado segura de que votarían regresar a Viridia y derrocar a Asa.

Se llevó las manos a las sienes y se las masajeó en pequeños círculos.

—Tendremos que coger la barca de Val, supongo. Pero habrá otras que también querrán venir... Anika quiere volver con su familia, por ejemplo. Tendremos que mantenerlo en secreto, pero no sé cómo.

—No puedes irte, Serina —dijo Nomi. Se llevó las manos al vientre, intentando relajar los nervios—. Ahora no. Eres la líder. Estas mujeres confían en que las lleves sanas y salvas hasta Azura.

—Podríamos ir con ellas —sugirió Serina—. Y luego volver desde allí para buscar a Renzo. Formar un pequeño grupo, gente como Anika, que quiere regresar a Viridia.

Nomi negó con la cabeza con reticencia.

—No. Pasaría demasiado tiempo. Eso no es una opción. Y tú tampoco puedes abandonarlas.

Serina se encogió de hombros, muy triste.

—Y tú no puedes irte sola en la barca de Val.

—No. No puede. Porque me la llevaré yo —dijo Malachi de pronto, acercándose a ellas.

Nomi se quedó mirándolo, sorprendida.

Malachi se estaba recuperando bien de las heridas, pero no estaba en forma para andar paseándose. Su cara había perdido color y se movía con rigidez, como si le doliera todo. Necesitaba reposo.

—Pondré rumbo a Porto Rosa. Allí hay un regimiento que me es fiel.

—La barca no es tuya, no puedes apropiarte de ella —le espetó Serina—. No puedes...

—Serina, Malachi es el auténtico Superior —dijo Val, acercándose a ellas—. Le preocupa encontrar poco apoyo en Azura si viene con nosotros. Pero si en Viridia consigue contactar con tropas fieles, podría iniciar una rebelión. No podemos negarle esa oportunidad.

—Sí que podemos —dijo Serina, contraatacando con obstinación—. La barca es tuya. Puedes hacer lo que te plazca con ella. No me parece bien que se plante aquí y empiece a exigir cosas, como cualquier...

—Iré con él —dijo Nomi, interrumpiéndola y sin pensárselo dos veces—. Quiero asegurarme de que Renzo está a salvo.

Malachi hizo un gesto inmediato de negación.

—Rotundamente no. Pretendo declarar la guerra, Nomi.

—Apenas puedes caminar —replicó ella, con una voz y una determinación cada vez más fuertes—. No puedes manejar solo la barca, no estás en condiciones. Te ayudaré a llegar a Porto Rosa y a cambio, me ayudarás a salvar a Renzo. Debes prometerme que lo protegerás si sales airoso de tu golpe, tal como ya comentamos.

Malachi esbozó una mueca.

—No necesito...

—¿Qué? —dijo Nomi, interrumpiéndolo y notando que se le erizaba el vello—. ¿Que no necesitas ayuda? Hace tan solo unos instantes estabas dispuesto a aceptar la asistencia de las

mujeres de Monte Ruina. Aunque sé que no voy a ser de gran utilidad en una guerra, sí puedo ayudarte a sobrevivir hasta llegar y poder declararla.

—Es peligroso, Nomi —dijo Malachi, y su expresión cambió ligeramente, sus cejas se unieron en un ceño profundo—. Demasiado peligroso.

—Y todo esto es resultado de haberte juzgado mal —dijo ella, negándose a bajar los brazos—. La vida de mi hermano corre peligro por mi culpa. Lo que le ha pasado, Malachi, es también culpa mía. Debo corregir mis errores. Y tú debes permitir que te acompañe.

Se quedó mirándola un buen rato.

Nomi notó que se le cerraba lentamente la garganta. En realidad, lo que deseaba era huir a Azura con Serina. Quería alejarse lo máximo posible de Asa y de la mirada penetrante de Malachi. Pero, por otro lado, no estaba dispuesta a abandonar a su familia.

—Como quieras —concedió Malachi por fin, y ella se sintió como si su cuerpo se hubiera vaciado por completo de aire—. Pero tenemos que partir pronto. Mañana mismo.

Aquella noche, Nomi se quedó dormida acariciando la trenza de Serina, acurrucadas las dos en un camastro de un rincón de la enfermería, cerca de donde dormían Malachi y Val.

Hasta mucho después de que el ritmo de la respiración de Serina se volviera más profundo, Nomi no consiguió por fin conciliar el sueño. Y soñó con Asa, que lucía una sonrisa que goteaba sangre y que la sujetaba, presionándole la cintura con ambas manos, atrayéndola hacia él. Cada vez más cerca. Hasta inclinarse para besarla con unos labios empapados de sangre...

—¡Nomi! ¡Nomi!

Nomi se despertó cuando Serina empezó a zarandearla.

—Estabas gritando otra vez —dijo.

—Lo... lo siento —tartamudeó Nomi, intentando alejar de su cabeza la imagen macabra de la sonrisa de Asa.

El amanecer iluminó al cabo de poco rato el umbral de la puerta y se levantaron todos, legañosos y en silencio.

Val desapareció unos minutos y regresó con la noticia de que la marea sería propicia en cuestión de pocas horas.

—Tendríamos que irnos. La caminata hasta la barca es larga.

A Nomi se le encogió el corazón. Pensaba que podría disfrutar de algo más de tiempo con su hermana. Espontáneamente, su cerebro empezó a buscar excusas para demorar la partida. Sin embargo, sabía que Malachi no consentiría esperar.

Serina la miró a los ojos, fijamente, como si estuviera memorizando sus facciones. Nomi se dio cuenta de que la expresión de su cara debía de ser semejante. Acababan de reencontrarse y aquella nueva despedida estaba amenazando con hacer añicos la determinación de Nomi.

Pero no podía amar a Serina sin amar a Renzo. No podía olvidar al resto de su familia por el

mero hecho de haber recuperado a su hermana.

—Debería ir contigo —repitió Serina, por enésima vez.

—No puede ser —le recordó de nuevo Nomi—. Ya lo hemos hablado. Val y tú tenéis que negociar con Azura para obtener garantías de seguridad para todas estas mujeres. Y si Malachi y yo fracasamos, solo quedarás tú como única esperanza para Renzo. Le enviaré una carta a papá para él. Le diré que viaje a Azura y te localice. Y si no estás tú allí, el plan no funcionará, lo sabes.

Serina fijó la vista en el saco de arpillera, un saco viejo de los que se empleaban para las raciones que estaban preparando juntas.

—Tanto tiempo separadas y ahora...

Y ahora más tiempo, más distancia.

Nomi tenía el corazón destrozado. Deseaba abrazar a Serina y no soltarla nunca. Deseaba pedirle que la acompañara. O quedarse allí y esperar ambas la llegada del nuevo barco. Pero Nomi había pasado la vida viendo a Serina cumplir con su deber. Y su hermana siempre se había enfrentado con serenidad a su destino. Ahora le tocaba a Nomi.

—Necesitareis más agua —dijo Serina, con la voz tomada por las lágrimas—. Iré a buscar otra garrafa.

—Gracias.

Con el estómago encogido, Nomi la vio marcharse de la enfermería. Miró entonces a Malachi, fijándose automáticamente en el color de su tez, en si esbozaba alguna mueca de dolor al moverse.

—¿Te sientes con ánimos para emprender la caminata? —le preguntó.

—Por supuesto.

Tensó su afilada mandíbula al responder. Seguía teniendo ojeras, pero había recuperado su habitual intensidad y mostraba la energía aterradora de siempre.

«Por supuesto», repitió ella con sarcasmo para sus adentros.

Malachi seguía creyendo que podía llevar a cabo su objetivo sin ella, por mucho que apenas fuese capaz de moverse sin emitir una queja.

—Nomi... —empezó a decir Malachi, suavizando la expresión, pero Maris llegó justo en aquel momento y apartó la vista para concentrarse en su saco de arpillera.

—Tu hermana me ha dicho que estáis a punto de marcharos —dijo Maris.

Helena la seguía a escasa distancia. No se las había vuelto a ver separadas desde su reencuentro.

Nomi asintió.

—Queríamos acompañaros hasta la barca.

Maris se había cortado su negra melena a la altura de los hombros y la llevaba recogida por detrás de las orejas. Se la veía a gusto, mucho más que cuando estaban en el *palazzo*. Helena lucía una sonrisa serena y sus ojos azules se iluminaban cada vez que desviaba la mirada hacia Maris. Aquí no tenían necesidad alguna de disimular sus sentimientos, no tenían que esconderse como se

veían obligadas a hacer antes de que Maris fuera elegida Gracia. La isla era el único lugar de Viridia donde podían ser realmente ellas.

Serina regresó con varias garrafas y Val con un par de botas para Malachi. Serina había encontrado calzado para muchas mujeres; también para Nomi. Eran grandes, pero las había rellenado con trozos de tela para poder caminar.

Se cargó el saco al hombro. Tenía un nudo de nervios en el estómago. Le daba miedo abandonar a Serina. Le daba miedo viajar en una pequeña barca con Malachi. Le daba miedo lo que pudiera suceder cuando el Heredero desafiara a Asa. Le daba miedo que Renzo ya hubiera muerto.

Y ¿qué pasaría con Serina cuando llegara el barco de los carceleros? ¿Y si su plan de atacarlos y vencerlos no funcionaba? Nomi respiró hondo e intentó sosegar su cerebro.

El pequeño grupo —Val, Malachi, Serina, Maris, Helena y Nomi— echó a andar por el sendero que serpenteaba en dirección norte, bordeando la isla.

—¿Crees que llegará un día en el que no nos veamos obligadas a sortear constantemente un montón de temores? —le preguntó Nomi a Serina mientras seguían andando.

—Espero que llegue. Pero entretanto, quizá esto te ayude a lidiar con alguno de ellos.

Serina se detuvo y extrajo del interior de su bota un pequeño cuchillo de fabricación casera.

Nomi lo cogió con recelo. Era fino y afilado, y tenerlo en la mano fue como armarse de violencia.

—Y ¿qué pretendes que haga con esto?

—Lo que sea necesario —respondió simplemente Serina.

Siguieron caminando en silencio un buen rato. Nomi ya empezaba a notar ampollas en los pies y le dolía la cabeza, pero apreciaba el esfuerzo físico. Era más productivo, al menos, que las interminables clases de baile y de poses estatuarias que había tenido que sufrir en el *palazzo*.

El cielo estaba nublado, lo que hacía que el camino resultase a ratos sombrío, mientras que el viento que soplaba desde el mar refrescaba de vez en cuando las acaloradas mejillas de Nomi. Entre los árboles se veían destellos de océano y, a lo lejos, la columna de humo del volcán.

Miró hacia atrás para ver qué tal avanzaba Malachi; hasta el momento seguía el ritmo, aunque estaba demacrado y empapado en sudor y no separaba una mano del costado donde tenía la herida.

Pensó en preguntarle si se encontraba bien, pero imaginó que la única respuesta que obtendría sería un gruñido que tendría que interpretar como un «Por supuesto». Su orgullo era tan intenso como su herida.

Pero sí preguntó a Maris y Helena, que cerraban la comitiva.

—No tendríais por qué haber venido —dijo—. La caminata es larga.

Maris se encogió de hombros.

—Se me ocurrió aprovechar el camino de vuelta para recoger sauquillo. Podríamos untar los cuchillos con su veneno y así tener más ventaja cuando ataquemos el barco.

Nomi se frotó los brazos al sentir de pronto un escalofrío.

—¿Estarás bien? —le preguntó a Maris.

Tuvieron que atravesar una zona donde se habían desprendido unas rocas e incluso necesitaron utilizar las manos para sortear el obstáculo. Maris no estaba entrenada para la batalla, a diferencia del resto de las chicas.

—No te preocupes por mí —dijo Maris—. Me siento mucho más feliz aquí que en el *palazzo* —añadió, aunque su rostro se ensombreció levemente.

—¿Qué pasa? —preguntó Nomi.

Maris se sacudió la tierra de las manos.

—No es nada, solo que... no dejo de pensar en Cassia. En todas las Gracias, de hecho. Recuerda que Rosario nos explicó que si el Superior moría, el Heredero se encargaba de decidir su destino. Lo que significa que Asa dictaminará su futuro.

Una nueva sensación de culpabilidad presionó el pecho de Nomi como una cadena. Ni siquiera se había parado a pensar en Cassia y las demás. Ni en Angeline, la dulce doncella que había estado a su servicio después de que se llevaran a Serina.

—Supongo que las devolverá a su casa. Y... supongo que elegirá sus propias Gracias.

Asa no le comentó que quisiera Gracias, sino una reina. Otra de sus mentiras para engatusarla. Lo más probable es que estuviera encantadísimo ante la perspectiva de poder elegir personalmente a sus concubinas.

—Pobres chicas —dijo Maris, con el rostro oscuro como un nubarrón de tormenta.

Nomi recordó cómo la había camelado Asa. Cómo la había desarmado.

Cómo la había utilizado.

—Sí.

Val, que iba en primer lugar, detuvo la marcha. Se reunieron todos a la sombra de un grupo de árboles.

—Hagamos una parada de descanso —anunció.

No miró hacia Malachi, pero Nomi sí. Al Heredero le estaba costando mantener el ritmo. Pero seguía erguido y bebió con agradecimiento un trago de agua que le ofreció Val.

Llegaron a la playa norte poco después. Val pasó de largo el maltrecho casco de un barco hundido y Serina comentó que el equipo de la Playa lo utilizaba como casa. Pero ahora que las chicas se habían mudado al Hotel Desgracia, estaba vacío, abandonado de verdad.

Siguieron andando por la arena negra hasta llegar a un punto donde la lava solidificada formaba un saliente, prolongando de modo artificial la línea de la costa. Val trepó por la roca hasta llegar a una grieta que debía de quedar escondida con la marea alta. Al fondo los esperaba su pequeña barca.

Serina y Helena le ayudaron a sacarla. Malachi repasó las provisiones una última vez. Nomi, con el corazón latiéndole con tanta fuerza que incluso resultaba doloroso, abrazó a Maris.

La barca flotaba ya en el agua. Malachi subió a bordo y desplegó la vela. Serina seguía en la arena, al lado de Nomi.

Había llegado el momento de la despedida.



## NUEVE

### SERINA

Aquello estaba siendo insoportable para Serina. Su hermana menor se estaba poniendo en peligro y lo único que podía hacer por ella era darle un cuchillo que no sabía ni cómo utilizar.

Abrazó a Nomi con todas sus fuerzas, ignorando el intenso dolor que le provocaba la costilla fracturada. En el interior del círculo de sus brazos, su hermana era menuda, excesivamente delicada para aquel viaje. Y Malachi, un gigante, enorme... ¿Velaría por su seguridad? ¿Y si la traicionaba igual que había hecho su hermano?

Serina lo había observado durante aquellos días, se había fijado en cómo le hablaba a Nomi. Era brusco y cruzaba pocas palabras con la gente, pero a veces lo había sorprendido mirando a su hermana con una expresión totalmente distinta. Sin su habitual tensión. Y era en esa expresión, en ese ablandamiento, en lo que había decidido confiar.

—Que tengas buen viaje, hermanita —le murmuró a Nomi al oído—. Cuídate mucho.

—Lo mismo digo —replicó Nomi, con la voz ahogada por las lágrimas—. No corras riesgos innecesarios, Serina, ¿me has entendido? Necesito que consigas llegar a Azura. Ya me pondré en contacto contigo cuando pueda garantizarte un regreso seguro. De no ser así... Renzo y yo nos reuniremos contigo. Pero tienes que llegar allí. Y mantenerte a salvo.

Serina se limitó a asentir, incapaz de hablar.

Esta despedida estaba siendo más dura que cuando las separaron a la fuerza la otra vez. Por aquel entonces no conocían aún la sensación de vivir sin la otra. Pero Serina ahora la conocía muy bien. Sabía, además, que su familia al completo sería el blanco de la ira del nuevo Superior y, a pesar de todo, debía permitir que Nomi se marchara.

Con todo el dolor de su corazón, Serina se soltó del abrazo de Nomi.

—Te quiero —dijo con voz ronca.

El sol era tan potente que se vio obligada a entrecerrar los ojos y la última imagen que vio de Nomi estuvo rodeada de chispitas de luz.

Esta no podía parar de llorar.

—Yo también te quiero.

Y entonces, antes de que cualquiera de las dos pudiera cambiar de idea, subió a bordo de la barca de Val.

La vela de la pequeña embarcación se hinchó con el viento y zarpó hacia el horizonte. Serina fue incapaz de evitar las lágrimas, que rodaron sin piedad por sus mejillas. Era demasiado.

Maris le dio unos golpecitos en la espalda para animarla; después, Helena le enseñó a recoger las almejas que se escondían en la arena húmeda. Ambas comprendieron que Serina necesitaba un rato antes de emprender el camino de vuelta.

Val permaneció también junto a Serina, viendo partir la barca. Ella se preguntó si estaría pensando en su madre y en los motivos que en su día lo trajeron hasta la isla.

Finalmente, cuando el velero prácticamente se perdió de vista y el llanto se apaciguó, Serina dio media vuelta dispuesta a marcharse de allí.

Justo en aquel momento, apareció Anika en el sendero. Su piel del color del bronce brillaba por el sudor.

—Se han llevado la barca, ¿verdad? —gritó—. Sin decírnoslo, sin votación.

Serina se secó la cara e intentó serenarse.

—No me quedó más remedio.

—Tendrías que habérmelo dicho —le espetó Anika, y sus palabras no transmitían rabia, sino desesperación—. Podría haber ido con ellos. Mi familia me necesita, Serina.

—Lo siento, Anika —dijo ella, con el corazón dolorido—. No podía correr el riesgo de decir nada. El Heredero se ha marchado. Cree que hay soldados que aún podrían serle leales. Necesitaba volver. Y nosotras, que volviera, para ver si existe alguna probabilidad de liberar a Viridia de las garras del nuevo Superior.

—Nomi se ha ido con él —dijo Anika—. También podría haber ido yo.

—Necesitaba a Nomi para manejar la barca —le explicó Serina—. Pero la embarcación era demasiado pequeña para todas las que queráis volver. No podía decírtelo..., no podía decírselo a nadie. Hicimos una promesa, Anika —añadió, suplicando casi—. Debemos acatar el resultado de la votación.

Desanimada, la mujer contempló el horizonte.

—Lo sé.

—Lo siento mucho —reiteró Serina, sin saber qué más decir—. Albergo todavía esperanzas de poder salvar a tu familia. La gente de Azura nos ayudará. Lucharemos por nuestra libertad. Encontraremos la manera de liberar también a nuestras familias. A lo mejor, cuando Malachi recupere el trono puede...

Anika emitió un sonido gutural.

—La barca ha zarpado. Ahora, Malachi ya no nos debe nada. —Le dio la espalda a Serina—. Las mujeres quieren seguir entrenando con las armas de fuego. No estamos ni de lejos preparadas para cuando llegue el barco de los carceleros.

No esperó respuesta alguna y echó a andar por el sendero.

Una inmensa sensación de vacío envolvió a Serina. Anika tenía razón. Si Malachi conseguía recuperar el trono, lo haría con su propio ejército. Y todas las promesas, todas las concesiones que había hecho a las mujeres de Monte Ruina, serían papel mojado.

Val colocó en sus puestos a cuatro chicas a la vez, con un muro medio derrumbado a modo de blanco. Serina esperaba con las demás a que le llegara el turno. Odiaba la sensación del retroceso del arma en sus manos, el sonido que emitía. Y cuando soltaba el arma hasta que volvía a llegarle el turno de disparar, se sentía aliviada.

Val estaba ayudándolas a perfeccionar la puntería y enseñándoles a cargar adecuadamente las pistolas. El estruendo del disparo y el sonido metálico de las balas crispaban los nervios de Serina.

—Son malísimas —dijo Anika, cruzándose de brazos y mirando el entrenamiento.

—Somos novatas —le recordó Serina—. Nos llevará un tiempo. Pero lo conseguiremos.

—No tenemos tiempo —replicó la otra—. Una semana como mucho.

—Y ese no es nuestro único problema —dijo Val, uniéndose a ellas—. No disponemos de mucha munición. Si queremos tener suficiente para atacar a los carceleros que lleguen, solo podemos repetir este tipo de entrenamiento un par de veces más.

—Pero ¡si nadie le está dando al blanco! —exclamó Anika, y sus palabras quedaron subrayadas por una nueva ráfaga de disparos.

—¿Cuántas armas tenemos? —preguntó Serina, sin dejar de observar a las mujeres que disparaban en ese momento.

En el muro de hormigón se veían las marcas de los disparos, pero los círculos que Val había dibujado mostraban en su interior una cantidad alarmantemente escasa de impactos. Maris había dado en el blanco un par de veces. Val tenía razón: lo estaba haciendo bien.

—Estas cuatro, y unas cuarenta más en el almacén —respondió Val—. Pero si las utilizamos todas a la vez, solo tenemos munición para tres o cuatro rondas. Lo cual deja muy poco para seguir entrenando.

Serina permaneció unos instantes sin decir nada. Se imaginó de nuevo en el acantilado, cuando vio llegar la embarcación que había traído a Nomi a la isla, con sus motores a vapor ralentizando la marcha, con el chirrido que emitió al entrar en contacto con la estructura de hormigón del muelle. Al llegar, habían saltado a tierra dos hombres. ¿Cuántos carceleros había a bordo de la embarcación que la trajo a ella? ¿Cuatro o cinco? Más un par de ellos en el muelle para recibirlos.

—No tendría por qué ser una batalla de grandes dimensiones —reflexionó, imaginándose la escena—. Habrá cuatro o cinco hombres y esperarán que los reciba un par de carceleros de la isla. ¿No es así, Val?

Este asintió.

—Cuatro o cinco carceleros más dos marineros. Seis hombres, ocho como mucho, en el caso de que trajesen muchas mujeres.

—¿Qué crees que harían los hombres si vieran que en el muelle no hay nadie esperándolos? —preguntó Serina, intentando estudiar todos los escenarios posibles.

Val reflexionó su respuesta mientras rascaba con la punta de la bota la áspera roca volcánica.

—Imagino que desembarcarían e intentarían averiguar qué sucede.

—¿De modo que no crees que fueran a sospechar, así de entrada, la posibilidad de un ataque? ¿No utilizarían rápidamente a las prisioneras a modo de escudos humanos o algo similar?

Serina se quedó esperando la respuesta. El día se había vuelto seco y caluroso y el viento mandaba hacia ellos el humo sulfuroso del volcán. Le empezaba a doler la cabeza.

—No creo. Al menos, de entrada —dijo Val por fin.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó Anika.

—La verdad es que no tenemos ningún plan de guerra, ¿no? —dijo Serina—. Y hay que pensar en ahorrar munición. Si elegimos a las diez chicas que mejor disparen, las que le han cogido ya el truco y no necesitan tanto entrenamiento para dar en el blanco, y las apostamos en los acantilados del muelle, escondidas para que los hombres del barco no puedan verlas, podríamos sorprenderlos cuando bajen a tierra para averiguar qué ha pasado.

—O también podría bajar yo al muelle, como hice cuando llegó la barca con Nomi. Fingir mi papel hasta que las chicas nuevas que tengan a bordo estén a salvo y entonces atacarlos entre todas y encerrarlos en los calabozos —dijo Val, mirando a Serina.

Ella sabía lo que pretendía. Se veía reflejado en los hombres que transportaban a las prisioneras; se preguntaba si habría alguno, aunque fuera solo uno, que sufriera por el destino de aquellas mujeres. Y en el caso hipotético de que hubiera algún carcelero con aquel tipo de sentimientos, deseaba salvarlo.

Cogió la mano de Val.

—Apenas tenemos comida para nosotras. Ya hemos tomado la decisión de soltar a los carceleros que tenemos encerrados para que se las arreglen con los suministros que queden en la isla, lo cual probablemente se traduzca en una lenta muerte por inanición. No podemos perdonarles la vida a los que lleguen con el barco y condenarlos a sufrir ese mismo destino. Y hay muchas cosas más que podrían salir mal. —Le presionó la mano. No le gustaba la idea de matar a nadie, ni siquiera a aquellos hombres—. Recuerda que conocen los protocolos. Sabrán enseguida que algo va mal.

Val suspiró.

—Lo sé. Pero odio tener que matarlos de esa manera, sin darles la más mínima oportunidad de defenderse.

Anika soltó una carcajada burlona. Era fácil imaginar lo que estaría pensando. Serina continuó:

—El plan que propongo es más seguro. Y nos ahorrará municiones. Creo que tendríamos que llevar las armas con nosotros cuando pongamos rumbo a Azura. No tenemos la total seguridad de que vayan a recibirnos con los brazos abiertos, como tú sugieres. Y si nos acogen, siempre podemos luego venderlas o intercambiarlas por algo.

A regañadientes, Val movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Es un buen plan. Prestaré atención a la siguiente ronda de disparos e intentaré elegir a las

chicas con mayor potencial.

Serina asintió.

Las cuatro tiradoras estaban entregando sus armas a las mujeres a las que les tocaba practicar cuando un grito descarnado retumbó en el cálido ambiente de la tarde. Serina volvió rápidamente la cabeza.

—¿Qué ha sido eso? —dijo, echando ya a correr hacia el sonido.

Varias mujeres enfilaron enseguida el camino. Serina y Anika entre ellas.

Otro grito.

Serina se abrió paso entre la multitud. En el camino había una mujer tendida con las piernas y los brazos abiertos y el cuello vuelto en un ángulo poco natural. Se arrodilló a su lado, presa del pánico. ¿Qué había pasado?

La mujer aún tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. Serina la reconoció como una de las integrantes de más edad del equipo del Hotel Desgracia, una mujer que tenía por costumbre recorrer los senderos de los alrededores en busca de cualquier planta comestible que pudiera encontrar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Anika, instalándose al lado de Serina—. ¿Alguien ha visto qué ha sucedido? —repitió subiendo la voz al ver que nadie le respondía.

Serina se sintió repentinamente embargada por el horror. Era evidente que aquello no era obra de ninguna mujer. ¿Qué motivos tendría ninguna para hacer eso? Pero allí no había nadie más...

No, no era cierto. En la isla había varias personas capaces de llevar a cabo una atrocidad como aquella si se les presentara la oportunidad. Serina se incorporó y echó a correr hacia el edificio de la cárcel.

Ascendió a toda velocidad las escaleras que conducían hacia los calabozos donde estaban encerrados los hombres.

Tres de las puertas estaban abiertas de par en par.

Y los que seguían todavía encerrados no dejaban de gritar.

Muñeca yacía en el suelo con los brazos flácidos, como una marioneta a la que acabaran de cortar las cuerdas. Escorpión, la chica que había matado a Petrel, se encontraba a su lado. Sus ojos estaban fijos en el techo y la sangre brotaba roja de sus cuellos.

## DIEZ

### NOMI

—Tensa el foque... No, el otro cabo. Sí, ese.

Las interminables órdenes que le daba Malachi la hacían ir dando tumbos de un lado a otro de la proa de la barca y, al cabo de un rato, Nomi empezó casi a desear poder arrojarlo por la borda, como hicieron en su día aquellos marineros. Aunque no era culpa de Malachi que ella no tuviera ni idea de qué se traía entre manos.

—Esa vela no para de moverse, tienes que...

—¡Lo sé! —Tensó el cabo y se desplomó impotente en la cubierta, llevándose a las mejillas las manos llenas de ampollas—. Lo siento. Todo esto es nuevo para mí. No tengo ni idea de qué estoy haciendo.

Malachi se incorporó para sentarse.

—Lo haría yo si pudiera. Créeme que me gustaría. Pero esa caminata me ha dejado agotado. Lo siento, pero...

Nomi le indicó con un gesto que se callara.

—No es necesario que te disculpes, por favor. Para eso estoy aquí. Tengo que ayudarte. Pero por lo visto, soy incapaz de hacerlo correctamente.

Cambiando de tono, Malachi dijo:

—Lo estás haciendo muy bien. —Levantó la vista hacia los aparejos, hacia la tensa vela—. ¿Lo ves? Ya lo tenemos.

Nomi avanzó tambaleándose, sujetándose la cabeza con las manos, y aprovechó aquel instante para aspirar una bocanada de aire salobre. Le gustaba sentir el viento alborotándole el pelo; eso significaba que se movían.

Le sorprendió oír a Malachi reír.

—¿Qué pasa? —preguntó, levantando la vista.

Él la miró fijamente. Esbozaba una sonrisa minúscula, escondida parcialmente por la barba de unos días que oscurecía su mandíbula.

—Que me parece gracioso que esperaras que esto fuera fácil. ¿Habías subido alguna vez a un velero?

Un barquito tambaleante rodeado por un océano inmenso. Tragó saliva. No. Jamás había estado a bordo de un velero.

—No es que esperara que fuera fácil, la verdad. Pero sí estar a la altura.

—Un sentimiento que jamás había oído en boca de una mujer.

—Será porque esperar mucho de uno mismo cuando al resto del mundo le da igual lo que sientas es bastante difícil —replicó Nomi, mirando las olas que se acercaban hacia el velero.

—Sí, lo entiendo —dijo Malachi, sorprendiéndola de nuevo—. Pero tú te consideras capaz de hacer prácticamente cualquier cosa, por lo visto. ¿Por qué?

Nomi se recostó en la regala y suspiró. Reflexionó unos instantes sobre la pregunta. ¿Por qué esperaba ser capaz de hacer navegar un velero? ¿O de aprender a leer?

—Supongo que es por Renzo —respondió pensativa—. Somos gemelos y siempre vi cómo lo trataban de manera distinta. Él iba a la escuela, salía de casa y jugaba en la calle con otros niños; luego llegaba sucio y feliz, y libre. Vi que nunca necesitaba ir acompañado a los sitios. Que podía decir lo que pensaba. Y sabía que todo eso no era porque fuese más alto que yo, ni más inteligente ni mayor. Yo tenía capacidad para hacer lo mismo que él. Pero no me estaba permitido. Siempre albergué la sensación de que eso era una injusticia. —Se apartó un mechón de pelo de la cara—. Y siempre quise justamente eso: la oportunidad de decir lo que pensaba, de poder elegir, de controlar mi propio futuro, como Renzo.

Malachi guardó silencio. Nomi no lo miró. E, inexplicablemente, brotaron de su boca más confesiones:

—Yo estaba rabiosa. Siempre. —De pronto, sin previo aviso, le vino a la cabeza la imagen de la sonrisa infantil de Asa—. Tu hermano me prometió un futuro en el que tendría poder, en el que se me permitiría dar parte de ese poder a todas las mujeres de Viridia. Era un sueño de lo más seductor.

—Por eso te utilizó —dijo en voz baja Malachi.

—Sí, ahora lo sé.

Seguía rabiosa. Muy rabiosa. Por haber sido tan ingenua. Por haberse dejado traicionar por Asa.

—Lo mataría, creo, si se me presentase la ocasión.

Miró entonces a Malachi. Lo que acababa de decir no parecía alterarlo. Sujetaba el timón con fuerza y, con el ceño fruncido, tenía la mirada clavada en las planchas de madera de la cubierta.

—Eso es justo lo que tengo pensado hacer yo —dijo sombríamente.

Nomi se quedó perpleja y sin aliento.

—¿Podrías tensar ese cabo de ahí? —le pidió Malachi.

Nomi obedeció y la barca aceleró, con el viento hinchando la vela. Por encima del extremo de la proa empezaba a divisarse tierra, una mancha en el horizonte.

—¿Cuánto tiempo crees que nos llevará llegar a Porto Rosa? —preguntó Nomi.

—Tres días, quizá cuatro —respondió él—. Navegaremos cerca de la costa por si necesitamos más provisiones.

Tres días en una barca minúscula en medio de un océano infinito. Sola, con él.

Nomi, boquiabierta, contempló la cúpula gigantesca de estrellas que se cernía sobre ella. En Lanos, la contaminación de la fábrica encapotaba siempre el cielo y el *palazzo* estaba siempre fuertemente iluminado. Jamás en la vida había visto tantas estrellas, ni tan brillantes.

Tumbada bocarriba, notó que las lágrimas empezaban a deslizarse por su piel, mojándole el cabello.

—¿Estás llorando?

La voz de Malachi resonó como un trueno, rompiendo el silencio.

—No... estaba... el viento... —respondió Nomi, tartamudeando.

Se sentó y se secó la cara. Había estado tendida sobre una manta cerca de la popa; Malachi se encontraba algo más atrás, apoyado contra el casco y con una mano en el timón.

—No era mi intención asustarte —dijo más tranquilo—. ¿Estás bien?

Tenía tantísimos motivos para llorar... Separarse de su hermana, el temor por el destino que pudieran correr su hermano y sus padres. El dolor de la traición de Asa.

Pero había llorado por la belleza de las estrellas.

Y eso no podía confesárselo a Malachi.

—Estoy bien —respondió, maldiciéndose por hablar con una voz tan ronca y carraspeando un poco a continuación.

Las estrellas seguían allí, tan cerca que se imaginó que, de levantarse y estirar el brazo podría incluso descolgar alguna de ellas del cielo.

—Ya que estás despierta, podría enseñarte a manejar el timón —se ofreció Malachi.

Nomi corrió a sentarse al otro lado del timón y presionó la espalda contra el casco de madera.

—Veamos...

—Veamos.

Le indicó con un gesto cómo tenía que situar la mano sobre el timón.

Sujetaron juntos la madera, con las manos separadas por escasos centímetros. Nomi percibió de inmediato la fuerza. Siguió los movimientos que hacía Malachi y se fijó en la tensión de la vela. La estampida constante del agua contra el casco le inundaba los oídos. A su derecha, Viridia era un gigante negro que engullía las estrellas.

—Tienes que mantener la vela a favor del viento —dijo Malachi—. Y realizar solo pequeños ajustes.

Él retiró lentamente la mano. Nomi presionó con más fuerza al notar que la fuerza del timón se incrementaba. Se concentró en mantener la mano firme.

A su lado, Malachi suspiró y se tumbó.

—Tendrías que haberme dicho que estabas cansado —le reprochó Nomi.

Observó la vela, a la espera de apreciar los pequeños cambios en la dirección del aire que la obligarían a ajustar la trayectoria.

—Jamás en mi vida me había sentido tan cansado —reconoció Malachi.



—Descansa —dijo Nomi—. Todavía te estás recuperando de las heridas.

—¿Es eso una orden o una sugerencia? —preguntó él, mirándola de reojo.

Durante una décima de segundo, la sensación de contricción que tan bien conocía le provocó tensión en el pecho. Pero, no sin cierto esfuerzo, consiguió ahuyentarla. ¿Cómo iba a cambiar el mundo si ella no era capaz de modificar sus hábitos?

—Es la verdad —replicó.

Malachi no hizo más comentarios. Sacó entonces un par de trozos de cecina de la bolsa de la comida y le ofreció uno a Nomi.

Ella masticó el trozo de carne, procurando mantener el rumbo de la embarcación.

—Tú sigue el viento —dijo Malachi al cabo de un rato—. Si te aleja de la costa, o si te acerca, síguelo. Los veleros se desplazan en zigzag. Se trata de sacarle el máximo partido a las corrientes de aire.

—Es una lástima que sea lo único a lo que podemos sacarle partido —murmuró Nomi.

Solo podían echar mano del viento y del desagradable cuchillo que llevaba escondido en la bota. Aunque eso no se lo había comentado a Malachi.

—Tenemos más cosas a las que sacarles partido de las que te imaginas —replicó él. Bajo la luz de las estrellas, sus ojeras oscuras parecían agujeros negros, pero su tez no estaba tan pálida como antes. Y Nomi se había dado cuenta de que respiraba con firmeza y regularidad. La respiración de Malachi parecía un eco de las olas que chocaban contra el casco—. Una barca, comida. El elemento sorpresa. Mi hermano cree que estoy muerto y tú es como si lo estuvieras también. En cuanto nos pongamos en contacto con Dante, nos dirigiremos a Bellaqua con su regimiento. Asa no nos espera, en absoluto.

Nomi realizó un pequeño ajuste con el timón. El brazo empezaba a dolerle, pero continuó con firmeza. Malachi necesitaba descansar.

—Y —añadió Malachi aparentemente dubitativo— nos tenemos el uno al otro. Lo cual supongo que es bueno, ¿no?

—Eso espero —replicó Nomi, aunque no pudo evitar la tristeza que dejaban patentes su voz y su cara.

Malachi había hecho un buen trabajo intentando convencerla de que estaban persiguiendo los mismos objetivos. Pero con Asa también estaba segura. Por el momento, no estaba preparada para confiar en nada que no fueran sus propias manos, su propio cerebro y sus propios recursos, por limitados que fueran.

Se aferró con fuerza al timón y no dijo nada más. Al cabo de un rato, miró a Malachi y descubrió que estaba dormido, tumbado de lado y con la cabeza recostada en los sacos de arpillera.

Pasó el resto de la noche a solas con las estrellas.

## ONCE

### SERINA

Serina gritó para no llorar. Les había dicho a todas que estaban a salvo. Se lo había prometido. Muñeca había llegado a la isla el mismo día que ella. Estaba en su equipo. Habían compartido comidas junto con Gia y Jacana. Y ahora solo quedaban dos con vida. Muñeca había muerto durante el turno de guardia de Serina. Era por su culpa.

Los cuatro carceleros que seguían aún en los calabozos gritaban y reían, caóticos como chacales. Serina tomó rápidamente nota de los que faltaban: Nero, el más callado, y Héctor, el de los dientes podridos que llamaba «flor» a todas las chicas. Y también Diego, calvo y grande como una casa, el que le había tirado del pelo. ¿Le habría hecho también eso a Escorpión, cuya mata de cabello oscuro estaba alborotada y despeinada? ¿La habría atrapado, habría empezado a asfixiarla y la habría obligado a abrirle la celda? Era imposible... porque ninguna de aquellas chicas tenía las llaves. El único juego lo tenía Serina. Aquellos hombres habían salido de allí utilizando otro método.

Val subió corriendo las escaleras y captó la escena. Y mientras Serina seguía paralizada, él se dirigió a toda prisa hacia el escondite de las armas, situado al final del pasillo.

—Sigue cerrado —informó—. No han podido entrar.

—¿Ha visto alguien hacia dónde han ido esos hombres? —preguntó Serina.

Val se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Nosotros sí sabemos adónde han ido —dijo Carlo en tono burlón y congestionado por la excitación.

—Acércate un poco y te lo diré al oído. —La sonrisa de Tiberio era cruel. Y ver cómo le hacía señas con un dedo le provocó a Serina un escalofrío.

Trató de mantener la compostura ante aquellas sonrisas de animal, ante sus sugerencias vulgares.

—No tenían las llaves. ¿Cómo han conseguido escapar? —le preguntó a Val, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad para tratar de conseguir que no le temblara la voz—. ¿Podrían volver para liberar a los demás?

—Si Diego no se hubiera puesto nervioso, Nero nos habría sacado a todos —dijo Carlo, guiñándole grotescamente el ojo a Serina.

Val negó con la cabeza en un gesto de preocupación.

—Nero debe de haber forzado las cerraduras. Registramos las celdas, pero se nos debió de pasar algún detalle por alto. Nero es un elemento. Callado, astuto..., siempre ha sido así. A veces, cuando estaba de guardia, aparecían mujeres muertas misteriosamente, y tenía una forma especial de mirarte, de esconder furtivamente las cosas...

Carlo y los demás no paraban de gritar.

—¿Crees que deberíamos trasladar a los demás hombres? —preguntó Serina.

Estaba intentando ignorar el estruendo, pero notaba su propio pulso latándole con fuerza en la garganta. No tenía valor para mirar a Muñeca, pero le parecía una doble traición fingir que no estaba ahí, muerta.

—No hay otro lugar seguro donde encerrarlos —dijo Val, frunciendo el entrecejo—. Tal vez en la sala de admisiones, si la despejáramos y pudiéramos trabar bien la puerta...

—Eso nos llevaría demasiado tiempo —dijo Serina—. Hay que encontrar a Diego, a Héctor y a Nero lo antes posible. Podrían tratar de ponerse en contacto con Bellaqua o mandar alguna señal al barco cuando se aproxime.

Oyeron ruido de pasos y llegaron Anika, Ámbar y varias mujeres más. Al ver los cadáveres, se quedaron paralizadas en el umbral de la puerta.

—Val, traslademos rápidamente las armas y lo que queda de comida al Hotel Desgracia —dijo Serina.

Él hizo un gesto de asentimiento.

Serina abrió la puerta del arsenal y le entregó un arma a Ámbar.

—Si te importunan o vuelven los demás, dispáralos.

Ámbar se apoyó en la pared que quedaba justo delante de la celda de Carlo y se quedó mirándolo en silencio. Su franja de pelo rojo capturaba la escasa luz reinante y brillaba como sangre fresca.

Anika y las demás ayudaron a Serina y a Val a cargar con las armas y los cuerpos. Cuando por fin salieron del recinto, empezaba a caer la noche y el cielo lucía llamativas franjas rojas. La neblina sulfurosa del volcán se había intensificado. La oscuridad y los recuerdos asfixiaban a Serina; le recordaban al aire contaminado de Lanos, pues era similar, espeso y sofocante.

Depositaron con cuidado los cuerpos de Muñeca y Escorpión en el claro que había antes de llegar al Hotel Desgracia, al lado de la otra mujer que había sido asesinada. Aquellas muertes eran como piedras sobre el pecho de Serina, un peso opresivo.

Las mujeres deambulaban inquietas junto a la fuente y los cadáveres, murmurando entre ellas y observando con nerviosismo la oscuridad. Se habían encendido más antorchas de lo habitual.

Serina envió a veinte mujeres a la cárcel para relevar a Ámbar.

—Si aparecen esos carceleros, acabáis con ellos, ¿entendido? Apostaos en el pasillo y en las entradas al edificio. Escondeos en el bosque. Si regresan a por los demás, caeremos sobre ellos.

Las mujeres asintieron y desaparecieron en la noche.

—Necesito que veinte más se queden aquí —continuó Serina, mirando a sus compañeras—.

Para proteger a las heridas y a las que están demasiado débiles para luchar. El Hotel Desgracia es nuestro hogar. No permitiremos que entren.

Val guardó las armas en una habitación y cerró la puerta con llave. Previamente, distribuyó unas cuantas entre las chicas que habían rendido mejor durante la instrucción. Maris, Helena y Anika estaban entre ellas.

A Serina le habría gustado disponer de tiempo suficiente para llevar a las mujeres muertas hasta el volcán, pero antes tenían que localizar a los carceleros. No podían permitir que campasen libremente por la isla. Podían causar mucho daño.

—¿Adónde crees que habrán ido? —le preguntó a Val.

—Tendríamos que matar a los que siguen encerrados —opinó Anika, antes de que Val pudiera responder—. Son una amenaza. Deberíamos...

—Acordamos que los dejaríamos en la isla cuando huyéramos —la interrumpió Serina.

Tal vez no hubiera una gran diferencia entre matarlos ahora de un tiro o dejar que perecieran de hambre. Pero abandonándolos allí, aún tendrían alguna probabilidad de supervivencia. La diferencia era esa. Y eso era también lo que diferenciaba a las mujeres de Monte Ruina de aquellos hombres. Serina se había prometido a sí misma que no mataría a nadie a menos que fuera absolutamente necesario. Y mientras aquellos hombres siguieran encerrados bajo llave, no representaban ninguna amenaza.

Serina no quería ver a ninguna de sus compañeras obsesionada por aquellos hombres. Y ejecutarlos —mirarlos a los ojos y apretar el gatillo— proporcionaba a buen seguro imágenes capaces de atormentar a cualquiera.

Val fijó la vista en la oscura roca que tenía a sus pies mientras reflexionaba su respuesta.

—No creo que Diego, Héctor y Nero vuelvan a por los demás. Al menos por el momento. No tienen suministros, ni armas. Pienso que habrán ido al arroyo, a buscar agua. A lo mejor luego se dirigen a alguna de las torres de vigilancia para disponer de un buen mirador. Algunas albergan suministros, algo de comida, tal vez un poco de agua.

—¿Y armas?

—No. Armas no. El comandante Ricci no quería que hubiese ningún tipo de arsenal en las torres de vigilancia, por si acaso algún hombre no cumplía con su turno de guardia o dejaba el puesto desprotegido. No confiaba mucho en nadie.

—Lo cual parece razonable, visto lo visto —dijo Anika, mirando por encima del hombro.

Serina se preguntó si estaría imaginándose que los carceleros fugados la observaban desde la oscuridad. Ella sí. Se estremeció, a pesar de que la noche era calurosa y el ambiente estaba cargado de humedad y humo volcánico.

—Vayamos a por ellos. —Serina se balanceó sobre las plantas de los pies; el nerviosismo y la energía le impedían quedarse quieta—. Antes de que hagan daño a alguien más.

Dividieron apresuradamente al resto de las luchadoras en distintos equipos de búsqueda, encabezado cada uno de ellos por una mujer que se desenvolviera bien con las armas de fuego.

Serina se sumó al grupo integrado por Maris, Helena y Temblor, cuyo brazo Serina había suturado cuando la atacó un jabalí.

—Pero si yo no sé luchar —le dijo Maris a Val cuando este le hizo entrega de un arma.

—Tal vez no. Pero tienes buena puntería —le explicó—. En el entrenamiento tenías muy buenos resultados.

Helena rodeó a Maris por los hombros.

—Yo sí sé luchar. No me separaré de ti ni un segundo.

Maris respiró hondo, miró a Helena para tranquilizarse y asintió.

Val formó equipo con dos lugartenientes de Lllamarada y una chica del Campamento de la Selva, Esquirla, que conocía el camino más rápido y escondido para llegar hasta el arroyo que recorría el corazón de Monte Ruina.

Anika se incorporó a otro grupo, con Espejo y tres chicas del Hotel Desgracia.

Finalizado el reparto de armas y antorchas apagadas, Val se dirigió a los equipos para asignarles distintas zonas de búsqueda.

—Cuando os acerquéis a la zona que tenéis asignada, apagad las antorchas. Guardad silencio mientras podáis. Si veis a los carceleros, lanzad un disparo de advertencia para que los demás podamos acudir en vuestra ayuda. O disparad a matar. No podemos permitir que estos hombres deambulen libremente por la isla.

—Id con cuidado —añadió Serina—. Y sed metódicas.

Intercambió una última mirada con Val, cuyo pelo le caía hacia los ojos. Serina tuvo que resistir la tentación de retirárselo. Deseaba sentir la piel de su mejilla en la palma de la mano, recordarse una vez más que Val estaba allí, que era real, que la oscuridad de Monte Ruina no acabaría engulléndolo.

—Hasta ahora mismo —dijo Serina en voz baja, rezando para que fuera cierto.

Tres hombres sin armas y sin comida no tendrían por qué ser una gran amenaza, pero lo eran. Tal vez fuese por la presión que ejercía la humedad de aquella noche, o por el resplandor rojizo del volcán latiendo en la lejanía.

Serina se puso en marcha con su equipo, enfilando el camino que bordeaba el acantilado más oriental. Su destino era la torre de vigilancia situada al noroeste del que había sido el campamento del equipo de la Cueva, la torre en la que estaba apostado Bruno cuando se le insinuó, donde Petrel le dijo que siempre tenía que plantar cara a los carceleros.

Ahora vislumbraba entre los árboles el débil parpadeo de las antorchas de los demás grupos. Val se dirigía al arroyo; Anika, a la torre de vigilancia más próxima al Hotel Desgracia. El equipo de Acantilado era el que tenía por delante la caminata más larga hasta la torre del nordeste.

Serina, antorcha en mano, encabezaba su comitiva. Vigilaba constantemente el terreno que iluminaba el titilante resplandor, deseosa de poder olvidarse de la sensación de que la noche también la estaba observando.

El sonido constante de las olas al chocar contra las rocas, a su izquierda, hacía imposible

prestar atención a posibles pasos furtivos o al crujido de ramas rotas a consecuencia del movimiento de los hombres en el bosque. Pero la imaginación de Serina se encargaba con creces de suministrarle sonidos, entretejiéndolos con el retumbar real de las olas, el ruido de sus compañeras y el chisporroteo de la antorcha, hasta acabar casi convencida de que estaba oyendo pasos, que los carceleros las seguían.

—¿Y si no puedo hacerlo? —preguntó Maris, y aunque lo dijo bajito, Serina se sobresaltó al oír su voz.

—¿El qué? —dijo Helena.

—Disparar contra alguien —respondió Maris, que sujetaba con tanta fuerza su arma que se le habían quedado los nudillos blancos.

Helena le acarició la espalda.

—Pues si no puedes, dispara al aire para alertar a las demás y ya nos ocuparemos nosotras de los carceleros. —Miró de reojo a Serina, que hizo un gesto de asentimiento, y añadió—: Llevamos mucho tiempo luchando sin armas de fuego. Sabemos qué hacer.

Maris suspiró.

—Me resulta todo tan raro... Es como si estuviera en otro mundo.

Serina puso mala cara.

—Y lo estás. En nuestro mundo.

El sendero empezó a alejarse de los acantilados para sumergirse entre la arboleda cercana a la entrada de la cueva. A Serina le parecía extraño pensar ahora en la cueva, vacía y abandonada, con la excepción de unas pocas sillas oxidadas y los restos de la hoguera donde solían cocinar como únicos vestigios de que en su día aquello fue un lugar habitado. No había vuelto allí desde la noche de la lucha con el comandante. De pronto, le asaltó una duda:

—Oye, Temblor —dijo, dirigiéndose a esta—. Cuando nos trasladamos a vivir al Hotel Desgracia, ¿nos llevamos de la cueva todas las armas y los suministros que teníamos almacenados?

—La mayoría, creo —respondió esta después de pensárselo un momento—. Acantilado ordenó a las chicas que recogieran sus camastros y sus pertenencias personales. Me parece que también se llevaron la comida y las armas.

—Pero no estás segura.

Fue como si le hubiesen puesto un peso en el estómago. Lo más probable era que los carceleros hubieran ido a alguna de las torres de vigilancia o al arroyo. Que se hubiesen dirigido a un lugar que conocieran bien. Pero ¿y si hubieran decidido saquear los campamentos abandonados? ¿Y si encontraban en ellos armas o comida?

—Creo que lo mejor es que vayamos primero a la cueva —decidió—. Si queda alguna cosa, nos la llevaremos. Lo que menos nos conviene es que Nero o Diego se hagan con una lanza para cazar jabalíes o con un cuchillo que hayamos dejado por allí.

Con el latido acelerado, Serina se desvió del camino para enfilar el sendero que atravesaba el

bosque y conducía hasta la cueva. Pensar que los hombres pudieran haber entrado en su antiguo hogar, que pudieran incluso estar escondidos en la oscura cueva donde dormían las mujeres a las que aterrizaban, la ponía enferma.

Aunque, en parte, esperaba también que estuvieran allí.

Le parecía un lugar adecuado para recordarles que aquello no eran sus dominios.

Oráculo habría dado su aprobación.

Pero cuando los árboles se abrieron y apareció la boca negra de la cueva, no fue la imagen de Oráculo lo que empezó a obsesionarla, sino la de Jacana. Notaba la presencia de la chica por todos lados. Habían estado justo allí aquella primera noche, tan aterradora, mirando las fauces oscuras del túnel de lava mientras Acantilado y las demás se adentraban en él. Jacana había sido la primera amiga de Serina en Monte Ruina, la primera que había tenido en su vida, sin contar a sus hermanos. Pero ya no estaba; tal vez, si no hubiera entablado amistad con Serina, si no hubiese salido a escena aquella noche, seguiría con vida. Su carita angulosa y sus ojos tristes jamás abandonarían a Serina.

—Tendríamos que apagar las antorchas —dijo en voz baja.

—¿Quieres..., tenemos que entrar ahí? ¿A oscuras? —preguntó Maris.

Bajo la parpadeante luz de las llamas, el blanco de sus enormes ojos brillaba como el de un caballo presa del pánico.

—Si los hombres están dentro, la luz los alertará de nuestra llegada. Tendrán un blanco que atacar.

—Tú mantente detrás de mí —dijo Helena.

Maris se agarró con una mano a la camiseta de la chica mientras que con la otra sujetaba con firmeza el arma.

Después de respirar hondo para tomar aire y rezar una oración para sus adentros, Serina apagó la antorcha y se adentró en el túnel.

Casi de inmediato, el espacio se encogió a su alrededor, hasta que la piedra la acorraló. Oía a sus espaldas los pasos firmes y regulares de Temblor, que estaba acostumbrada al túnel, y el avance tentativo de Maris y Helena.

Serina había vivido semanas entre aquellas paredes; aun así, le faltaba aire en los pulmones y sus manos temblaban a medida que se adentraba en el túnel. Caminaba a ciegas, palpando las paredes de piedra. Y cuanto más se acercaba a la cueva principal, más forzaba la vista en busca de un resquicio de luz. Si los hombres habían encendido un fuego, tendría que verse un resplandor en el túnel de lava, tendría que haber alguna cosa que las advirtiera de su presencia.

Pero no se veía luz, ni siquiera cuando la corriente de aire cambió y el túnel empezó a ensancharse. Habían llegado a la cueva.

Serina se detuvo y las chicas que llevaba detrás se pararon también. El silencio llenaba la oscuridad. Serina contuvo la respiración.

Uno, dos, tres...

Seguía sin oírse nada.

Decidió que encendería de nuevo la antorcha y ordenaría a Helena y a Maris que bloquearan el túnel mientras Temblor y ella registraban a fondo la cueva. Si los hombres se escondían entre las sombras, darían con ellos.

Buscó el pedernal y justo en aquel momento oyó un débil estallido. Detrás de ella, notó que Temblor se encogía de miedo. El lejano disparo resonó de forma extraña en aquel espacio; era imposible saber qué equipo de búsqueda lo había emitido.

El disparo significaba que alguien había encontrado a los hombres.

—¿Has oído eso? —murmuró Helena.

Serina se volvió.

—Vamos a...

Alguien la agarró por detrás. Gritó, y el sonido rebotó en las paredes y en las demás chicas. Se quedó flácida, convirtiéndose en un peso muerto tal y como Petrel le había enseñado a hacer, y el hombre gruñó al encontrarse con aquella carga inesperada. Serina lanzó un codazo a su entrepierna e intentó retorcerse para soltarse, pero las manos se clavaron en su cuerpo, rasgándole la camiseta y ascendiendo hacia su cuello. Volvió a retorcerse y se agachó para poder clavarle las uñas en los brazos con todas sus fuerzas.

Sin saber muy bien cómo, consiguió liberarse.

La oscuridad pesaba como una manta gruesa y estaba llena de los gritos de las demás chicas. Pero por debajo de aquel caos, si se concentraba, conseguía escuchar el jadeo del hombre. Le pareció que solo había uno y pensó que tal vez hubieran decidido separarse.

Retrocedió, tropezando con Temblor al hacerlo, pero no fue lo bastante rápida. La mano del carcelero se movió y logró agarrarla por el brazo. Serina respondió con un puntapié, que consiguió impactar con éxito en su agresor. El hombre volvió a gruñir.

Temblor se abrió entonces paso y empujó todo el peso de su cuerpo contra el atacante; ambos cayeron sobre el retumbante suelo de la cueva.

Los gritos de las chicas habían cesado, pero Maris estaba llorando.

Helena murmuró algo, en voz baja y con urgencia.

Serina corrió tras Temblor. Los golpes y los gemidos de la pelea eran la única guía de la que disponía hasta que, de pronto, un cuerpo impactó contra ella, haciéndola caer al suelo. Intentó liberarse de aquel peso. ¿Sería Temblor la que le había caído encima? ¿O el carcelero?

Recordó la mirada calculadora de Nero, sus manos cuando la agarró por el cuello.

—¿Temblor? —musitó Serina con voz temblorosa.

—Sí —murmuró ella.

Se separaron despacio, intentando hacer el menor ruido posible. La oscuridad era también todo un desafío para el carcelero. Si no las localizaba, no podía atacarlas.

De pronto, una voz grave llenó la negrura.

—Vais a morir todas aquí, flores. ¿Verdad que lo sabéis? —Serina reconoció la voz de Héctor,



que soltó una gélida risotada—. Nadie consigue escapar de Monte Ruina. No...

Justo en aquel momento, se produjo un destello de luz a la izquierda de Serina, seguido por la sacudida de un disparo que le retumbó en los oídos. Un gemido vacío, luego un golpe sordo.

Héctor no volvió a decir nada más.

—¿Le he dado? —musitó Maris—. He.... He apuntado hacia su voz... ¿Le he dado? ¿Serina? No te habré dado a ti, ¿verdad? —dijo, subiendo el tono hasta convertirlo en llanto.

—Estoy aquí, estoy bien —murmuró Serina.

Buscó el pedernal y gateó por el suelo irregular de piedra hasta localizar a tientas la antorcha. Con manos temblorosas, prendió fuego a los trapos engrasados.

Maris estaba tumbada cerca de la entrada del túnel, sujetando con firmeza el arma entre sus manos y con los ojos abiertos de par en par. Helena corrió a abrazarla. Temblor estaba sentada a un par de metros de ellas. Las sombras que proyectaba la antorcha bailaban en sus rostros. Serina se volvió lentamente. Héctor yacía en el suelo, junto a los restos apagados de la hoguera, con la mirada clavada en la roca del techo de la cueva. Su boca se abría y cerraba sin emitir ningún sonido. Por debajo de él, asomaba una mancha del color del óxido que empezaba a extenderse por el suelo.

Serina se incorporó y se acercó con cuidado. La llama proyectaba una mareante luz anaranjada sobre las mejillas hundidas de Héctor, que parpadeó en silencio, mirándola, desangrándose a sus pies.

—Nosotras escaparemos de aquí, Héctor —le prometió Serina, notando aún el latido del corazón en la garganta—. Pero tú no. Monte Ruina jamás te dejará marchar.

## DOCE

### NOMI

En el transcurso de los dos días siguientes, Nomi y Malachi consiguieron encontrar su ritmo. Se turnaban al timón y Malachi siguió con sus lecciones de navegación, hasta que Nomi dejó de sentirse tan frustrada y empezó a estar más segura a la hora de tensar un cabo o de cambiar el rumbo de la embarcación para encontrar viento más favorable.

Dormían a intervalos breves tanto durante el día como durante la noche, se tapaban la cara y los oídos cuando el otro hacía sus necesidades por la borda y hablaban, con vacilación, sobre el plan de ponerse en contacto con Dante, el amigo de Malachi. Nomi pensaba en Renzo a menudo y confiaba en no llegar demasiado tarde para salvarlo.

No hablaban de Asa, aunque Nomi seguía viéndolo con frecuencia en sus sueños.

En sus sueños no. En sus pesadillas.

Y pensaba también mucho en Serina.

¿Habría llegado ya a Monte Ruina el barco con nuevas prisioneras? ¿Habría puesto ya su hermana rumbo a Azura? Los pensamientos de Nomi pasaban de Renzo a Serina, del miedo a la duda, de la duda a la esperanza.

La mañana de su tercer día en el mar, Nomi se despertó y vio a lo lejos una flota de barcas de fondo bajo unidas entre sí mediante cuerdas y ancladas. Con incredulidad, fue descubriendo cómo aquel poblado aumentaba lentamente de tamaño ante sus ojos. Las embarcaciones estaban unidas mediante un laberinto de aparejos. Minúsculos como hormigas desde aquella distancia, los hombres corrían de un lado a otro por los cabos, como si estuvieran sobre una cuerda floja.

Nomi había oído hablar de aquellas comunidades, de familias que vivían en alta mar, frente a la costa, en barcas que unían entre sí hasta crear auténticas ciudades flotantes, pero jamás se había imaginado que llegaría a ver alguna.

—Daremos un rodeo —dijo Malachi, ajustando la vela para adentrarse en alta mar—. Cuanta menos gente nos vea, mejor.

Durante los últimos días había ido recuperando las fuerzas. Nomi ya no se preocupaba por su palidez, y ambos, por otro lado, empezaban a estar tostados por el sol.

Nomi se apoyó en el timón. El vaivén del mar no le resultaba aún completamente natural, pero ya no temía que la embarcación fuera a volcar en cualquier momento.

Se habían alejado ya bastante de la ciudad flotante cuando un «¡Ah del barco!» los sorprendió.

Nomi se volvió y vio que se aproximaba un esbelto velero con varios hombres en cubierta.

Malachi maldijo para sus adentros.

—¿Crees que podemos dejarlos atrás? —preguntó Nomi, notando que el pánico le empapaba la nuca de sudor.

—Van demasiado rápido —respondió Malachi—. Tienen la vela más grande que la nuestra y son más hábiles, evidentemente. E intentar huir solo serviría para que se sintieran más intrigados. Tendremos que marcarnos un farol.

Con un suspiro, aflojó los cabos y, con ello, la vela. La embarcación bajó el ritmo.

—¿Y si te reconocen? —preguntó Nomi, con el pulso acelerado.

Si aquellos hombres se daban cuenta de que Malachi era el Heredero, la noticia llegaría rápidamente al *palazzo* y perdería de este modo la ventaja que tenía sobre Asa, que lo daba por muerto.

Malachi se pasó la mano por el vello que oscurecía su cara.

—¿Tú me reconocerías?

Nomi se quedó mirándolo. No tenía todavía una barba crecida, pero camuflaba la carnosidad inesperada de su boca y le suavizaba la mandíbula. Las ojeras que lucía dejaban patente que había estado recientemente enfermo y el cabello, normalmente corto y bien peinado, estaba despuntado y alborotado. Sí reconocería sus ojos, brillantes como madera pulida, aunque la verdad es que había pasado mucho tiempo contemplándolos.

—Tienes razón —dijo, hablando despacio y examinando el uniforme de carcelero que le habían prestado y aquellas enormes botas—. No pareces tú.

Malachi esbozó una sonrisilla.

—Ahora soy un rufián. El Heredero ha muerto, ¿acaso no lo recuerdas?

Cuando Malachi tomó el timón y le indicó que se situara en la proa, Nomi se preguntó por el curioso brillo de su mirada al pronunciar esa última frase.

—Y ¿qué les decimos? —preguntó al ver que el velero se acercaba—. ¿Y si nos preguntan qué hacemos aquí? Yo no parezco... la ropa que llevo... —dijo, señalando los pantalones gastados de color azul y la camiseta de la cárcel que llevaba.

Malachi se quedó mirándola. Hacía días que Nomi no veía aquella mirada, tan intensa y amedrentadora.

—Tú no digas nada.

A Nomi se le cerró de pronto la garganta.

—¡Ah del velero! —gritaron los marinos.

El barco bajó su ritmo y se situó al lado de ellos. Era más grande que su lancha, pero no mucho. Cuatro hombres, todos ellos con barba crecida y curtidos, unieron ambas embarcaciones con un cabo sin siquiera pedir permiso.

Uno de ellos, evidentemente el líder, saltó de una cubierta a otra y sus botas de cuero aterrizaron con un ruido sordo. Era un hombretón, de la edad del padre de Nomi, iba a pecho descubierto y tenía la piel tostada por el sol.

Nomi bajó la vista y un nuevo miedo cobró vida en su pecho. ¿Y si aquellos hombres pretendían hacerse con la barca? ¿Y si se la robaban? ¿Los echarían a Malachi y a ella por la borda? ¿Cuánto tiempo tardarían en ahogarse?

Le recorrió la espalda un escalofrío, tan gélido como el agua del mar.

Intentó alisar el andrajoso pantalón que llevaba, dolorosamente consciente de su aspecto. En Viridia las mujeres no solían llevar ese tipo de prendas, y tampoco el cabello suelto y alborotado. ¿Reconocería aquel hombre su atuendo como el uniforme de la prisión? ¿Se preguntaría por qué iba tan desaliñada, por qué tenía un aspecto tan... salvaje? Nomi miró de reojo al marinero y vio que, efectivamente, la estaba mirando y le había llamado claramente la atención.

—¿De qué huis, gente? —preguntó directamente, cruzándose de brazos—. ¿O es que estáis compitiendo con alguien? ¿Acaso sois contrabandistas?

—Llevo a mi esposa a Corrado para que pueda ocuparse de mis padres enfermos —respondió Malachi sin dudar ni un instante, una réplica brusca y autoritaria que camuflaba perfectamente la verdad—. No es tan emocionante como hacer carreras o dedicarse al contrabando. Aunque sí estoy abierto a hacer trueques. Hace unas noches, una tormenta nos desvió de nuestro camino y perdimos parte del equipaje y de la comida.

Entonces Malachi sacó un reloj del bolsillo del pantalón. La caja de oro capturó la luz del sol, y también la atención del hombre.

—¿Qué querrías a cambio de ese chisme? —le preguntó a Malachi, mirando otra vez a Nomi.

—Algo de pescado, y un poco de pan si tienes, y también un vestido para mi mujer. No puedo permitir que mis padres la vean así. La lluvia le destrozó toda la ropa.

El hombre cambió el peso del cuerpo a la otra pierna e hizo un mohín.

—Por aquí llevamos una semana sin tormentas. ¿De dónde dices que venís?

Nomi retorció las manos, que tenía unidas a la espalda, e intentó mostrarse recatada, pero el constante balanceo de la embarcación acabó haciéndole perder el equilibrio. Separó un poco las piernas para sostenerse. Parecía un soldado en posición de descanso. Demasiado confiada. Desunió las manos y las dejó caer a los costados. Tenía las palmas húmedas.

—Somos de Bellaqua —dijo tranquilamente Malachi—. Dudo que os haya llegado la tormenta. Soplaba del sur y fue hacia el interior.

—Un largo viaje para una barca tan pequeña. —El hombre miró hacia sus compañeros, que seguían la conversación en silencio. Luego, señaló la empuñadura que cerraba el espacio de almacenamiento que había debajo de la proa—. No eres muy buen marinero, por lo que se ve. Mira que perder tus pertenencias cuando dispones de un pañol estupendo para guardar tus pertrechos...

Malachi miró a Nomi una décima de segundo con una expresión difícil de interpretar. Y acto seguido, se volvió hacia el hombre y se cuadró de hombros. Cuando volvió a tomar la palabra, la aspereza de su voz se tornó desagradable.

—La verdad es que la chica es un hueso duro de roer. Se la compré a su padre, que la tenía

consentida a más no poder. Cuando le dije que la dejaría sola al cuidado de mis padres, pilló un berrinche y lo tiró todo por la borda. Me queda todavía bastante trabajo que hacer para domesticarla antes de llegar a Corrado.

Nomi apretó la mandíbula y miró fijamente la cubierta, notando que el calor le ascendía desde el cuello hasta las mejillas. «Sabes que es mentira. Sabes que lo hace para protegernos.» Se lo repitió una y otra vez, pero el tono de voz de Malachi, la facilidad con la que estaba hablando, como si ella fuese un perro que acababa de comprar y que tenía que obedecer sus órdenes... todo aquello se le clavó en el pecho y empezó a horadarla.

—Ah —dijo el marinero, y con aquella escueta palabra, Nomi comprendió que todos sus celos se habían esfumado. El hombre cambió de postura y empezó a balancearse sobre los talones. Se sentía cómodo, ahora que todo cobraba por fin sentido para él. Ahora que sabía el lugar que le correspondía a ella—. Pues muy bien. Creo que haremos negocios.

El *palazzo* había resultado asfixiante para Nomi desde el primer día. Siempre había querido huir de los corsés ceñidos y los vestidos pesados, de las interminables lecciones y de la retorcida política que regía la conducta de una Gracia. Pero el lujo la había protegido, tal como Serina había intentado explicarle entonces. Igual que Asa. Él le había hecho crearse ilusiones de que tendría una mínima libertad de elección, un resquicio de voluntad propia.

Pero Viridia seguía siendo un país retorcido y sus reinas seguían enterradas en lo más profundo.

Nomi fijó la mirada en las punteras peladas de sus enormes botas. No quería escuchar la conversación, las voces de los hombres perdieron todo su sentido cuando empezaron a regatear el precio y a quejarse de la inutilidad de las mujeres. No quería oír a Malachi hablando sobre sus planes para domesticarla. No quería oír su voz convirtiéndolo en un perfecto desconocido.

El hombretón tostado por el sol regresó a su barca, desató los cabos y volvió a amarrar el velero de Malachi y de Nomi para arrastrarlo y poner rumbo hacia la flotilla de embarcaciones. En cuanto atracaron, el capitán desapareció como por arte de magia, pero Nomi no se movió. No quería mirar a Malachi a los ojos, ni siquiera después de que él carraspeara levemente antes de pronunciar en voz baja su nombre.

Cuando el hombre regresó con los productos del intercambio, Malachi dio las gracias a todos los marineros y puso la barca rumbo norte, alejándose de los hombres que llenaban el muelle de aquella impresionante red de embarcaciones. Nomi permaneció sentada todo el rato, realizando tan solo movimientos contenidos y precisos. Manteniendo la serenidad con puño de hierro. Sin levantar la vista del suelo y con la boca cerrada.

—Nomi... Nomi...

Ella levantó por fin la cabeza y miró desafiante a Malachi.

—Empezaba a sospechar —se justificó Malachi.

—Lo sé —replicó ella, intentando mantener la voz firme e ignorando la presión que se incrementaba en su pecho.

—Le he dicho simplemente lo que necesitaba escuchar.

Se quedó mirándola, serio y razonable. Malachi no entendía nada.

—Lo sé —repitió Nomi.

Ella sí lo entendía. Lo comprendía todo.

Era una suerte que Serina hubiese decidido marcharse a Azura. Nomi estaba ahora segura de que nada cambiaría ni podía cambiar. La verdad la rodeaba por todas partes, siempre había estado allí. Por mucho que luchara contra ella o la aceptara. Cualquier interacción, por mínima que fuese; cualquier instante, servía para recordárselo.

Malachi se llevó la mano a la nuca, quemada por el sol, y su expresión se desmoronó.

—Y entonces ¿por qué me miras así? ¿Por qué estás enfadada?

La brisa del mar le acariciaba las mejillas y le refrescaba la piel. Pero no lograba enfriar ese puño en llamas que tenía en el pecho. Intentó contenerlo, trató de pensar en una respuesta educada, pero era imposible.

—Has dicho de mí que era un hueso duro de roer. Has dicho que ibas a domesticarme. ¡Has dicho que me compraste! —estalló, y el viento le robó las palabras.

—Pero sabes perfectamente que...

—¿Qué sé? ¿Que es mentira? —Movió la cabeza en un gesto de negación—. Tal vez esta vez lo sea. Pero son las palabras que han servido para apaciguar las sospechas de ese hombre. Saber que soy de tu propiedad me ha permitido seguir sana y salva, ha hecho que mi persona tenga sentido en su mundo. No pasa nada si soy «un hueso duro de roer» porque me tienes controlada. —Deseaba poder levantarse y ponerse a deambular de un lado a otro, pero el velero, al poner rumbo hacia mar abierto y dejar atrás el poblado de barcas, había capturado el viento y brincaba con violencia arriba y abajo—. Ni siquiera has pestañeado, Malachi. Ni siquiera has tenido que pararte a pensarlo. Sabías qué lo tranquilizaría: tratarme como un caballo sin doma.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Se sentía como una imbécil. Sabía que estaba teniendo una reacción exagerada, que Malachi simplemente trataba de protegerla. Sabía que su mundo funcionaba así. Sabía incluso que Malachi no estaba de acuerdo con las palabras que había pronunciado. Se lo había demostrado la noche de su cumpleaños, cuando intentó concederle la libertad.

Pero la expresión de aquel hombre era imperdonable y crecía en su cabeza, multiplicada por las miles de veces que se había visto despreciada con la misma facilidad, que se había visto borrada del proceso de toma de decisiones relacionadas con ella. Había pasado tan solo unos días con Serina en un lugar donde las mujeres tomaban sus propias decisiones, donde las mujeres tenían voz y voto. Y aquel tiempo había sido suficiente para que todo pareciera ahora menos inalcanzable.

Malachi permaneció en silencio durante unos momentos que se hicieron eternos e incómodos. Se concentró en guiar la barca y en mirar más allá de Nomi, hacia el desdibujado perfil de la costa a lo lejos. A sus espaldas, el sol empezaba a fundirse con el horizonte.

—Y ¿qué tendría que haber hecho? —preguntó por fin.

—No lo sé —respondió Nomi, hundiendo sus mejillas húmedas entre las manos. ¿Qué esperaba que hiciera Malachi? La frustración hervía en su interior, abrasándole las entrañas—. Cambiar el mundo en el transcurso de una única conversación imagino que es imposible, ¿no?

Un nuevo Viridia. Eso era lo que deseaba, pero ahora sabía que, por mucho que Malachi también lo quisiera, no podría dárselo.

El sol desapareció lentamente en el acuoso horizonte, en busca de un nuevo mundo.

## TRECE

### SERINA

—¿Estás segura? —preguntó Ámbar.

Tenía en la mano un cuchillo hecho a partir de una vieja pieza curvada de metal, con la hoja recién afilada.

Serina respiró hondo y asintió.

Ámbar sujetaba con la otra mano la larga trenza de Serina. Empezó a cortar.

Serina cerró los ojos. Su melena había sido una molestia desde su llegada a la isla, pero ahora formaba parte de sus pesadillas. En sus sueños, Diego la agarraba por la trenza, y la utilizaba para maniatarla y asfixiarla.

Y ella se negaba a darle ese poder.

Cortar la trenza llevó más rato de lo que imaginaba. Tuvo tiempo para recordar las horas que su madre y su hermana habían pasado cepillándole el cabello, todo el tiempo que habían pasado juntas, riendo y chismorreando, mientras probaban un peinado tras otro. La añoranza le encogió el estómago.

—¿Estás bien? —preguntó Ámbar cuando hubo terminado.

La mujer llevaba la cabeza rapada, con la excepción de una franja de pelo rojo en el centro. Serina se quedó mirándola y apartó rápidamente la vista: la trenza colgaba de la mano de Ámbar como una serpiente muerta.

¿Qué pensaría su madre si la viese así?

Se pasó las manos callosas por el pelo, que ahora le quedaba a la altura de los hombros.

Se avergonzaría de ella.

—Estoy bien —replicó Serina.

No era más que pelo, era una tontería sentir ese tipo de apego. Seguía siendo Gracia, la persona en la que Monte Ruina la había convertido, la mujer en la que la isla la había ayudado a convertirse.

Ámbar se guardó el cuchillo en la bota y se marchó al bosque para tirar el pelo. Su paso decidido obligó a dispersarse a las chicas que se congregaban alrededor de la vieja fuente.

En su día, el Hotel Desgracia había sido un lugar inhóspito y aterrador para Serina. Pero ahora era un refugio de caos más o menos controlado. Las habitaciones antes vacías estaban ocupadas ahora por las mujeres de los equipos de la Playa, los Acantilados del Sur, la Cueva y la Selva. El salón de baile seguía haciendo las veces de enfermería y el desvencijado vestíbulo se había



convertido en un lugar de encuentro, mientras que la pasarela que bordeaba el apestoso canal rebosaba siempre de conversaciones.

Y en aquel momento, las voces sonaban en un tono más elevado de lo habitual.

Serina salió a recibir el equipo de búsqueda que llegaba de su inspección y el corazón le dio un vuelco al ver que traían un cadáver.

Y no era precisamente de ninguno de los carceleros desaparecidos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Durante la primera noche de búsqueda, Maris había acabado con Héctor. Pero el otro disparo que habían oído se había quedado en nada. Diego había conseguido escapar del grupo que lo había localizado en el arroyo que transcurría por las proximidades del Campamento de la Selva. Y nadie había visto a Nero, ni aquella noche ni después. Habían pasado ya tres días y dos de los carceleros seguían aterrorizando y asesinando a las mujeres de Monte Ruina.

—Han matado a una de las chicas que vigilaba la entrada sur del edificio de la cárcel —informó Zorro. A pesar de que su cabello casi blanco le caía sobre un ojo, su mirada furibunda era evidente—. Se adentró un par de metros en el bosque para hacer sus necesidades y ya no regresó. La hemos encontrado en la ronda de inspección por los Acantilados del Sur. Las chicas que estaban de guardia con ella tampoco vieron nada. Ni siquiera la oyeron gritar.

A Serina se le erizó el vello. El día antes habían perdido la vida otras dos mujeres en la misma zona.

—Nero y Diego están poniendo a prueba nuestras defensas en la puerta sur de la cárcel. Imagino que pretenden liberar a los demás carceleros. Así que a partir de ahora, ninguna de nosotras irá a ningún lado sola, ni siquiera un momento —ordenó—. Esta noche quiero más mujeres apostadas allí. Iré a hablar con Val para ver si podemos disponer de una tiradora.

La formación seguía adelante, aunque la munición iba menguando.

Zorro clavó el extremo de la lanza en el suelo.

—Estamos intentando abarcar demasiado —dijo enfadada—. Demasiados equipos de búsqueda, demasiados lugares que vigilar. Nos estamos quedando sin comida.

Detrás de ella, las mujeres que cargaban con el cuerpo lo depositaron con cuidado en el suelo. Habían empezado a llevar a sus muertas al volcán a primera hora de la mañana; con Nero y Diego rondando por allí y a la espera de sorprenderlas, era demasiado peligroso hacerlo de noche.

Rama, la líder del equipo de la Playa, con diferencia la persona más alta de la isla, más incluso que Val, se acercó a ellas.

—¿Por qué no te has cargado aún a los hombres que tenemos en la cárcel? ¿Por qué darles de comer cuando apenas tenemos alimento suficiente para nosotras?

—Les hemos reducido las raciones, pero seguimos alimentándolos. Por el momento —respondió Serina—. La barca llegará en tres días como máximo. Tenemos suficiente.

Serina, recurriendo a la formación de Gracia que había recibido y que guardaba en lo más profundo de su ser, conservó la calma y sonrió a su interlocutora. Hasta entonces, no había sentido

sobre sus hombros otro peso que no fuera el de las expectativas que sus padres tenían depositadas en ella. Jamás se había sentido responsable de la vida de nadie. El hecho de que la mayoría de las mujeres que esperaba respuestas de ella pareciera odiarla tampoco ayudaba en absoluto. Estaba agotada.

«Mantente firme en tu postura —dijo para sus adentros, intentando animarse—. Podrás con esto.»

Rama negó con la cabeza, contrariada, y se marchó.

—Tomaos un descanso —le dijo Serina a Zorro y al resto del equipo—. Vuestra parte de la comida del mediodía está en la enfermería.

Las mujeres marcharon hacia el oscuro salón de baile. Serina se acuclilló al lado del cuerpo de la mujer asesinada. Cabello negro cortado a la altura de los hombros, como el de ella. No la reconoció, pero sí que le sonaban las marcas moradas de presión que mostraba en el cuello. Igual que Muñeca y Escorpión. Igual que todas las demás víctimas.

Sentía el pecho henchido de rabia, una ira tan violenta como inútil.

Mientras seguía velando el cuerpo, llegaron Val y Anika.

Serina les explicó lo sucedido.

—La mataron junto a la puerta sur de la cárcel, cerca de donde encontramos ayer a las otras mujeres. Me da la impresión de que pretenden sacar de allí al resto de los carceleros.

—¿Has ordenado más equipos de búsqueda? —preguntó Anika—. No podemos permitir que sigan matándonos. Tenemos que dar con ellos.

Su expresión era poco animada; desde la votación, estaba más apagada. Serina sufría por ella. Comprendía, mejor que la mayoría, la agonía que debía de sentir Anika por saber que se marcharía dejando atrás, quizá para siempre, a su familia.

Serina hizo un gesto de negación.

—No, no habrá nuevos equipos de búsqueda..., pero esta noche quiero más mujeres apostadas en la puerta sur. Val, ¿podemos reservar munición para que una tiradora ayude a la patrulla?

Serina se quedó mirando a Val, que estaba de pie al lado de la fuente, dividiendo su atención entre la conversación y las sombras que se extendían más allá del claro. Estaba así desde que Nero y Diego se habían fugado: siempre alerta.

Todos estaban nerviosos.

—Verificaré las reservas de munición en cuanto las tiradoras hayan acabado la formación de hoy —dijo, sin comentar si le parecía o no buena idea.

Aparte de los temas logísticos y las sugerencias sobre dónde ir a buscar a Nero y a Diego, Val se reservaba siempre su parecer. Un gesto que Serina agradecía, por mucho que a veces le habría gustado que opinara sobre lo que creía que había que hacer.

Jamás en su vida había tomado tantas decisiones como en el transcurso de la última semana. Se había criado creyendo que los hombres eran los que tenían siempre la última palabra. Su trabajo hasta entonces había consistido en estar guapa y mantener la boca cerrada. Oráculo la había

ayudado a olvidar gran parte de esa formación, pero ella no podía borrarla por completo. No podía deshacerse de toda su historia, pero sí conocía la de Viridia.

El hecho de que el país hubiera estado gobernado en su día por mujeres no facilitaba que ella tomara ahora el mando. Su instinto la empujaba a diferir las decisiones. A someterse.

Respiró hondo. Con práctica, conseguiría cambiar su instinto.

—Anika, necesito que te incorpores a la patrulla del sur —dijo, con una de sus sonrisas apaciguadoras de Gracia—. Confío en ti para garantizar la seguridad de las chicas.

—De acuerdo. —La mujer se dirigió entonces a Val—. Voy a coger un arma. Y si veo a alguno de esos monstruos, le dispararé.

Se marchó sin dar oportunidad de réplica.

Serina y Val trasladaron a la chica muerta a un rincón del vestíbulo, donde habían depositado previamente el cuerpo de una mujer que había fallecido por la mañana como consecuencia de una infección. Al amanecer, las llevarían a ambas al volcán.

Por acuerdo tácito, entraron en el hotel y fueron directos a la habitación donde guardaban las raciones, donde podrían disfrutar de unos momentos de intimidad.

—Te has cortado el pelo —comentó Val.

Le acarició las puntas y su sonrisa le pareció a Serina tan bondadosa y dulce que se olvidó por completo de sentirse cohibida.

Con la misma facilidad con la que respiraba, se adentró en el círculo que formaban los brazos de Val. Recostó la cabeza contra su pecho y cerró los ojos.

—¿Qué tal estás? —preguntó él.

—Cansada. Preocupada.

Él le acarició con ternura la espalda.

—No has parado, ni siquiera cuando esperaba que lo hicieras. No te has detenido desde que nos conocimos. Es lo que más me gusta de ti, ver que te levantas continuamente, que sigues siempre adelante.

—¿Y que sonrío delante de quien me odia?

Se dejó acoger por el tejido gastado de la camiseta de él. El retumbar de la risa de Val vibró contra su mejilla.

—Sí, exactamente. Sonreírle a alguien que te odia tiene que ser muy duro —replicó—. Pero no creo que Anika te odie. Rama tal vez sí.

Serina le dio un empujoncito.

Las manos de Val ascendieron hacia los hombros de ella y luego hacia las mejillas; le acunó la cara. Serina dejó un poco de distancia entre ellos para poder mirarlo.

—Hace tan solo un año, estabas aprendiendo a ser Gracia. —Le acarició la mejilla con el pulgar—. Todo tu mundo giraba en torno a someterte a las necesidades de los demás. Y ahora estás liderando hacia la libertad a ciento cincuenta mujeres. Eres la responsable de la rebelión. Y

lo estás consiguiendo, Serina. Sé que tienes dudas, pero estás ayudando a todas las presas de Monte Ruina.

Las palabras de Val le provocaron una oleada de calor. Cuando le hablaba de aquella manera, siempre le resultaba sorprendente. Jamás se habría imaginado que un hombre pudiera ver con buenos ojos que una mujer reclamara el poder. Jamás habría pensado que vería a un varón asumiendo una posición secundaria y de apoyo en vez de querer imponer su voluntad. En su día, el Heredero le había parecido guapo. Pero nunca había visto nada tan atractivo como el respeto que traslucían los ojos de Val.

Presionó la cara contra sus manos y echó la cabeza hacia atrás. Val aceptó su invitación y se inclinó para besarla. Sus labios se encontraron y crearon un universo propio de sol y estrellas rutilantes. Serina le acarició el torso, los hombros; sus manos alcanzaron el vello de la nuca de Val. Lo atrajo hacia ella para sumergirse en la oscuridad, en el dulce calor de su boca. Las manos de él se pusieron también en movimiento, abandonando su cara para desplazarse hacia la curva de su cintura. Serina suspiró. Su aliento se entremezclaba de tal forma que sintió como si su vientre empezara a arder.

El sonido de unos pasos acelerados los separó.

Serina se volvió a tiempo de ver a Anika, que entraba corriendo en la habitación.

—Acabamos de encontrar otro cuerpo —dijo, jadeando.

El calor desapareció de repente, dejando a su paso un viento gélido. «Otra no. Tan pronto no.»

—¿Qué ha pasado? —preguntó, saliendo ya de la habitación con Anika y bajando por la escalera.

Val echó a correr tras ella, empuñando su pistola.

—León, una chica del Campamento de la Playa. Era una de las cuatro centinelas del lado norte, cerca del anfiteatro. —Anika miró por encima del hombro el tiempo suficiente para añadir—: La han estrangulado, igual que a las demás.

De pura rabia, Serina se dio un puñetazo en el muslo.

—¿Alguna noticia de Nero o de Diego?

Anika negó con la cabeza.

—Las chicas que estaban con ella no han visto nada. Estaba allí con ellas y de repente ha desaparecido. Y también el cuchillo y el agua que llevaba consigo.

Serina maldijo en voz baja.

Llegaron a la entrada del hotel, un espacio enmarcado por un par de vasijas resquebrajadas, con las plantas ornamentales que en su día contenían muertas tiempo atrás. Un grupo de mujeres rodeaba el cuerpo inmóvil de León. Serina se dio cuenta de que se le anegaban los ojos de lágrimas.

Rama se agachó para coger el cuerpo de la chica y lo acunó contra su pecho en un gesto protector. Las piernas de León colgaban como si no tuvieran huesos y a Serina, al ver la escena, se le revolvió el estómago.

Anika le dijo en voz baja:

—Las demás centinelas han seguido un sendero hasta perderles la pista, cerca del arroyo. No tienen ni idea de cómo ese hombre ha podido volver sobre sus pasos sin que ellas lo hayan visto.

Serina estaba desesperada.

—De acuerdo, convoca a todo el mundo, excepto a las mujeres que están de guardia en el recinto de la cárcel. Esta noche nos quedaremos en el hotel, reforzaremos nuestras defensas aquí y rezaremos para que la barca llegue mañana. —La situación empezaba a ser insostenible. Todas estaban faltas de sueño—. Asegúrate de que nadie sale sola. Que todo el mundo tenga un arma. Pero no de fuego. No quiero correr el riesgo de que Nero y Diego puedan hacerse con alguna de ellas. Excepto tú, Anika. Llévate una contigo cuando vayas a controlar la puerta sur, tal como teníamos planeado.

Esta asintió.

—Más nos vale que llegue pronto esa barca. Tenemos que largarnos de esta roca cuanto antes.

Serina marchó en busca de Ámbar. Cuando no se encargaba de la formación de combate, la experimentada mujer ayudaba en la enfermería. Apenas dormía y no paraba de ir de un lado a otro. Val la acompañó, y Serina no sabía muy bien si verlo examinar los arbustos, forzando exageradamente la vista, resultaba reconfortante o preocupante.

—Quiero formar parte del siguiente turno de guardia de la cárcel —le dijo Serina—. Junto con Ámbar y Acantilado, si logro localizarla. No puedo quitarme de la cabeza la idea de que Nero y Diego van a ir a por las demás centinelas.

—Puede ser que simplemente hayan decidido ir eliminándonos, de una en una —dijo con tristeza Val—. Sorprendieron a León cerca del anfiteatro.

—¿Cómo va el entrenamiento de tiro? ¿Estamos preparadas si la barca llega mañana? —preguntó Serina, pensando que estaban todavía en el proceso de intentar conseguir diez chicas capaces de disparar con posibilidad de éxito.

Val se encogió de hombros.

—Vamos mejorando. Maris no ha querido seguir y he elegido a otra chica para ocupar su lugar. No es tan buena, pero se esfuerza. El resto también.

Empezaba a oscurecer y la enfermería se había llenado de sombras. La mayoría de las heridas se estaba recuperando, aunque por la mañana había fallecido una chica y había otra que seguramente no tardaría mucho en alcanzar el mismo destino. Una tercera mujer, del equipo de la Playa, había perdido la sensibilidad de las piernas. Val le había confesado a Serina que creía que nunca más volvería a recuperarla.

A Serina le sorprendió encontrar a Maris en un rincón, acurrucada en compañía de Helena. Con el pulso acelerado, fue directa hacia ellas.

—¿Estás bien, Maris? Me han dicho que has dejado de entrenar.

La joven levantó la cabeza al oír la voz de Serina, que se quedó pasmada al verla tan demacrada. Tenía unas ojeras oscuras como medias lunas y llevaba el pelo sucio y despeinado. De

no haberlo sabido, jamás se le habría ocurrido pensar que había sido una Gracia.

—¿Estás bien? —volvió a preguntarle Serina.

Maris escondió la cabeza entre las manos.

—Lo oigo constantemente —murmuró—. El sonido de ese disparo resuena y resuena sin fin. Y la sangre...

—Tiene pesadillas —dijo en voz baja Helena—. Desde la noche de la cueva. Le da miedo quedarse dormida...

Le acarició la espalda a Maris, una y otra vez.

Serina tomó asiento en el suelo de mármol rajado, al lado de las dos chicas, y le tomó las manos a Maris.

—Nos salvaste la vida. Tu rápida reacción evitó la muerte de Helena.

Maris levantó la vista. A Serina se le encogió el corazón al ver la expresión obsesionada de sus ojos.

—Héctor no habría parado de no ser por ti —prosiguió Serina, bajando la voz y empleando un tono con el que esperaba tranquilizar a Maris—. Quería hacernos daño. Nos habría matado sin pensárselo dos veces. De no haberle disparado tú, te habría arrancado la pistola de las manos. Podría haberte matado a ti, a Helena y a todas las que estábamos en esa cueva. Hiciste lo que debías, Maris. Y ahora Helena está contigo, sana y salva gracias a ti. De modo que si piensas cargar con el recuerdo de la muerte de ese hombre, atesora también la alegría de que Helena sigue viva.

—Yo no quería matar a nadie —musitó Maris.

Helena la rodeó con el brazo y la atrajo hacia ella.

—Ninguna de nosotras quiere —dijo Helena. Levantó la vista y miró a Serina a los ojos—. Ojalá hubiese tenido yo la pistola. Matarlo me habría hecho feliz. Y ¿qué dice eso de mí?

Helena también estaba llorando.

—Dice que quieres sobrevivir. Igual que todas. —Serina se incorporó—. Pero esto cambiará. Pronto nos iremos para siempre de Monte Ruina y dejaremos todo esto atrás.

Helena pasó la mano por el cabello de Maris y la acurrucó contra su hombro.

—¿Verdad que sí?

—Le salvaste la vida a Helena, Maris —dijo Serina con firmeza. Recordaba muy bien la conmoción que sufrió cuando vio su primera pelea, cuando entendió que también ella se vería obligada a luchar algún día. La impactó, al venir del *palazzo*, lo horripilante que era aquello—. Intenta concentrarte en eso.

Después de lanzar una última mirada a las dos chicas, Serina se dio media vuelta para unirse a Val, que había localizado a Ámbar entre las mujeres que estaban cuidando de las heridas.

—Quiero relevar a las que están de guardia en la cárcel —le dijo Serina—. ¿Te apuntas?

Ámbar asintió.

—Por supuesto.

Encontraron a Acantilado en un lugar tranquilo cerca del hotel, afilando ramas para convertirlas en lanzas.

—Coge el cuchillo —le dijo Serina.

Caminaron en silencio hasta el recinto de la cárcel, prestando atención a cualquier sombra sospechosa.

La noche había caído lúgubrementemente cuando llegaron allí, y Serina se alegró de disponer de la antorcha de Ámbar y de la pistola de Val. No le gustaba nada aquella oscuridad que se había cernido sobre ellos.

Diez mujeres custodiaban la entrada más próxima al camino. Saludaron con solemnidad al grupo de Serina cuando sus integrantes, en fila india, fueron pasando por su lado. La húmeda y oscura escalera era tan estrecha y tenebrosa como la entrada de la cueva. Serina intentó pensar en techos altos y candelabros encendidos. Cogió aire y se imaginó aquel espacio tan limpio como la brisa marina, sin el olor a sulfuro, a ceniza y a sangre.

¿Sangre?

Llegaron al final de la escalera. La pesada puerta de hierro estaba abierta.

Val sacó el arma. Serina apretó el cuchillo en su mano. Muy despacio, accedieron al largo pasillo. Serina captó por primera vez el zumbido de las luces. Y se dio cuenta demasiado tarde de por qué ahora lo oía.

Los hombres no estaban gritando sus habituales amenazas e insultos.

Serina se quedó mirando a Anika, Espejo y Zorro. Iban todas armadas. Y no era su turno de guardia.

—Anika —dijo en voz baja Serina, y empezó a vislumbrar algo en la penumbra de las celdas: los brazos abiertos, las manchas de sangre—. ¿Qué has hecho?

## CATORCE

### NOMI

Nomi se despertó con la cabeza recostada en el brazo, acurrucada en la proa del barco. Los débiles rayos de luz del amanecer iluminaban el rostro de Malachi. Estaba dormido junto al timón, con la cabeza apoyada en la regala, la boca entreabierta.

Si los dos se habían quedado dormidos...

Nomi se incorporó a toda velocidad y tomó nota de todos los detalles: las velas recogidas, las luces de un pueblo brillando en la orilla, a una docena de metros.

La costa, a escasa distancia. Corrió hacia la popa del barco.

—¡Malachi! —dijo, zarandeándolo.

Con un ronquido muy poco digno de un Heredero, la cabeza del chico cayó hacia delante y se despertó, balbuceando como si ella acabara de tirarlo al agua.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Nomi, sin decir palabra, señaló el pueblo, tan cercano.

Malachi se echó hacia atrás y se restregó los ojos.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? —Ahora fue Nomi la que balbuceó.

—Estabas dormida. No he querido despertarte y sabía que, de todos modos, teníamos que esperar hasta que amaneciera para atracar. Así que he recogido las velas y he echado el áncora. —Bostezó—. Me alegro. He aprovechado para dormir un poco yo también.

Nomi observó las casas que cubrían la colina como una telaraña.

—¿Es Porto Rosa?

Malachi asintió.

—Así es.

Nomi se inclinó por encima de la regala dispuesta a recoger el ancla.

—Pues vamos.

—Todavía no —dijo Malachi—. Antes tenemos que comer. Y tú debes cambiarte.

Nomi se miró, fijándose en su camiseta andrajosa y los pantalones de la cárcel, que le quedaban enormes.

—Sé que te resultará doloroso, pero hay que seguir representando el papel —añadió Malachi, casi con delicadeza.

—¿Te refieres al de chica callada y obediente que sigue a su marido sin tan siquiera levantar la



mirada? —inquirió Nomi, sintiendo una necesidad de gritar ascendiéndole por el pecho.

—No eres una chica callada y obediente. —Le acercó un dedo a la barbilla, sorprendiéndola, y la obligó a levantar la cabeza para que lo mirara a los ojos. Le sonrió—. Eres peligrosa.

Sin previo aviso, Nomi recordó fugazmente la noche de la tormenta, cuando Malachi le había dicho que era peligrosa y luego la había besado; recordó la imagen de sus caras ruborizadas y empapadas por la lluvia. Besarse con Malachi había sido distinto a hacerlo con Asa, en matices que jamás se había permitido estudiar a fondo.

Y que no iba a ponerse a analizar precisamente ahora.

Se apartó de él para dirigirse al pañol donde habían guardado los bienes que habían intercambiado.

—De acuerdo —dijo, obligándose a mantener la calma—. Me pondré el vestido.

Nomi no disponía de ningún cepillo, de modo que se peinó como buenamente pudo con los dedos y se trenzó el cabello. No tenía calzado para sustituir las botas, pero el vestido era lo bastante largo para disimularlas... Esperaba. Y aunque no tenía ni idea de cómo utilizarlo, saber que llevaba el cuchillo de Serina escondido en el interior del cuero, junto al tobillo, le resultaba reconfortante.

Una vez vestida, Malachi abandonó su puesto mirando al mar e izó la vela.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó Nomi, señalándole el vientre.

Malachi había disimulado bien durante los últimos días, pero Nomi había visto los vendajes manchados de sangre y las muecas de dolor que esbozaba cuando tensaba algún cabo.

Malachi se llevó la mano a la herida.

—Estoy bien.

Nomi levantó una ceja.

—Estoy curándome —se corrigió él—. Sobreviviré.

—Estupendo —replicó Nomi—. Estoy... nerviosa —reconoció—. ¿Y si Dante no quiere sumarse a la causa? ¿Y si resulta que le es leal a Asa?

—Era mi mejor amigo cuando éramos niños —le explicó Malachi—. Conoce bien a Asa.

Nomi se acercó a la proa para observar la aproximación al puerto, intentando concentrarse.

Por debajo de las casas con tejados rojos que se enfilaban por las laderas de las colinas, se extendía una larga playa de arena dorada. Más allá de la ciudad, la montaña boscosa ascendía hacia el cielo. En dirección norte, el muelle se adentraba en el mar y el hormigón y el acero del puerto marcaban un contraste imperfecto con el encanto de la ciudad. Malachi puso rumbo hacia el atracadero, donde varios trabajadores portuarios se acercaron para asistirle.

Nomi respiró hondo.

«Vamos, tú puedes.»

Bajó la vista y se transformó de nuevo en una mujer de Viridia.

Malachi la ayudó a desembarcar sujetándole el brazo por debajo del codo. La falta de costumbre de sentir suelo firme bajo los pies hizo que las piernas le fallaran unos instantes.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor? —dijo el hombre que se acercó a recibirlos. Su cara recordaba a la de una comadreja y vestía con chaleco de brocado azul marino y calzones dorados.

—Me gustaría dejar amarrada aquí mi embarcación durante unos días —respondió Malachi. Sacó de la bolsa unas cuantas monedas, los beneficios de su intercambio con los hombres del poblado flotante—. Creo que con esto será suficiente para cubrir los gastos.

El capataz del astillero contó el dinero y repasó rápidamente a Malachi con la mirada.

—Le faltan dos de plata —dijo, enarcando una ceja.

Tenía poco pelo, de un tono castaño anodino y con unos mechones en la parte superior de la cabeza que no bastaban para cubrirle por completo la calvicie.

Malachi le entregó una sola moneda más.

—Le pagaré la otra cuando venga a recoger la barca.

El hombre abrió la boca con intención de protestar, pero se calló al ver la intensidad de la mirada de Malachi. Este tiró de Nomi, que casi sintió lástima por el hombre con cara de comadreja.

Había amanecido ya en Porto Rosa y las calles estaban llenas de hombres que empujaban sus carretones hacia la *piazza* central. Algunos iban seguidos por sus mujeres y sus hijas; estas podían trabajar como vendedoras siempre y cuando no gestionaran el dinero.

«Hacemos el trabajo pesado, las tareas más agotadoras», pensó Nomi, viendo cómo una chica flaquísima, con la espalda encorvada por el esfuerzo, cargaba en la cadera con una cesta enorme de pan. Nomi pensó en su madre, encorvada sobre la máquina de coser, trabajando durante décadas mientras su marido cobraba el sueldo. El padre de Nomi era bondadoso, pero nunca había cuestionado la injusticia del sistema. Jamás le había pedido opinión a su esposa.

Pero Renzo... Nomi lo había obligado a escuchar sus opiniones. Los puntos de vista radicales de su hermana habían calado en él, le gustaran o no. No tenía muy claro si había sido su insistencia lo que había hecho de Renzo un hombre distinto, o si era por el hecho de ser gemelos; aunque también podía ser, simplemente, que fuera de ese tipo de personas que sabe ver la valía de todo el mundo.

La sonrisa de Renzo la iluminó como la llama de una vela, ayudándola a seguir adelante.

Malachi caminaba por las calles empedradas con su bolsa y la mirada intensa amenazando con abrasar a cualquiera que aspirase a plantarle cara. Ni la barba ni la ropa andrajosa conseguían ocultar la altiva confianza que había heredado de su padre. ¿Cómo era posible que no lo reconocieran?

A Nomi le fallaba el corazón cada vez que pasaban por el lado de alguien que se los quedaba mirando más tiempo de lo normal.

—¿Podrías moderarte un poco? —le dijo Nomi en voz baja, fingiendo tener miedo de un perro que acababa de cruzárseles para poder de este modo acercarse un poco más a Malachi.

—¿Moderar el qué? —murmuró él como respuesta.

Nomi tuvo que reprimir una cara de exasperación.

—Tu aspecto de Superior. Vas caminando como si la calle fuese tuya. Acabarán reconociéndote.

Malachi siguió andando, pero su porte fue cambiando poco a poco. Dejó de mirar fijamente a todo aquel que se cruzaban. Relajó más los hombros. Y aflojó el ritmo.

El sonido de una carcajada los forzó a detenerse en seco. En la esquina había dos hombres de pie y de espaldas a ellos.

Nomi siguió a Malachi hacia un callejón. Por encima de sus cabezas, una mujer tendía la colada en los alambres instalados entre los dos edificios. Nomi recordó cuando ella se ocupaba también de esa tarea, recordó el metal ardiente rozándole los dedos, inflamados ya por culpa de la elevada temperatura del agua y del jabón de lavar la ropa.

Recorrieron toda la calle. Nomi buscaba constantemente indicios de que el país estuviera de luto por la muerte del Superior: cortinas negras en las ventanas, crespones en las farolas o en las puertas de hierro forjado que protegían las casas más ricas.

Pero no había nada.

—El país entero debería estar de luto por tu padre —murmuró—. ¿Acaso no saben que el Superior ha muerto?

—He visto un retrato de Asa colgado en una tienda. Saben que mi padre ha muerto. —Malachi tensó la mandíbula—. Pero por lo que se ve, Asa no ha declarado un período de duelo después de subir al trono.

Nomi se le acercó más hasta pegarse prácticamente a él. No sabía qué otra cosa hacer para demostrarle su pesar. Daba igual que el Superior fuera un hombre cruel y caprichoso. Era el padre de Malachi. Y a Nomi no le importaba que Viridia no estuviera de duelo por aquel hombre. Pero Asa había tomado la decisión de no declararlo y eso mancillaba su nombre.

—Ya casi hemos llegado —dijo en voz baja Malachi.

Aquella zona estaba más tranquila. Nomi supuso que se estaba alejando de la *piazza* central y del barullo de la vida diaria. Las casas de aquella calle eran más grandes, con portaladas de hierro forjado y frondosos jardines. Aparte de una anciana que estaba barriendo una entrada y de un niño que jugaba con una pelotita de madera en la esquina, no había nadie más.

Estaban a una buena distancia del puerto, por la ladera de la colina, pero el ambiente seguía oliendo a pescado y salmuera. Nomi recordó entonces su primer día en Bellaqua, cuando vio por primera vez los puentes y los canales de cuento de hadas de la ciudad y olió su podredumbre.

Confiaba en que aquella excursión tuviera un resultado más positivo.

Malachi giró a la derecha y llegaron a un campo deportivo con césped, con un edificio bajo al fondo. Se detuvo.

—¿Qué pasa? —preguntó Nomi.

Malachi movió lentamente la cabeza.

—No lo sé. Tal vez no sea nada. Pero es curioso que no haya nadie entrenando. Las unidades realizan su instrucción por las mañanas.

—Vayamos a ver —propuso Nomi.

Tiró del brazo que seguía sujetándola por el codo, arrastrando con su movimiento a Malachi.

Se acercaron con cautela, aunque ella no sabía muy bien por qué. A lo mejor tenía que ver con el canto de los pájaros entre los árboles y con tanta calma y tranquilidad. Suponía que los campos de entrenamiento y las guarniciones no eran habitualmente lugares tan plácidos.

—Tendrás que esperar aquí —dijo Malachi cuando llegaron a la puerta principal del edificio—. Las mujeres tienen prohibida la entrada.

Por supuesto. Aunque a Nomi no le gustaba la idea. ¿Y si resultaba que Dante no era tan leal como suponía Malachi?

«¿Qué harías de ser así?»

De modo que Nomi asintió recatadamente, cumpliendo con su cometido, y se quedó fuera mientras Malachi entraba en el cuartel.

Estudió entretanto los árboles altos y de tronco grueso del otro lado de la calle y vio que el niño seguía en la esquina, con la pelota olvidada por completo y mirándola con descaro. Nomi le dirigió una sonrisa, que el niño no le devolvió.

Malachi reapareció mucho más pronto de lo que Nomi imaginaba, solo, sin Dante.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Ahí dentro no hay nadie —respondió Malachi, con expresión tensa y confusa—. El edificio está desierto. Se han ido.

Nomi sintió un escalofrío.

—¿Se han ido? ¿Cómo es posible?

Malachi meneó la cabeza en un gesto de preocupación.

—No tengo ni idea. No hay motivos para marcharse, no tienen por qué ir a ningún lado. A menos que...

—¿A menos que qué? —inquirió Nomi.

De repente, la tranquilidad y los pajaritos no le parecían tan pacíficos, sino señales de mal agüero.

Malachi miró a su alrededor, como si pudiera encontrar a los soldados escondidos entre las sombras. Su mirada se detuvo en el niño que fingía seguir jugando con la pelota.

—A menos que Asa esté congregando sus tropas en algún lugar, con algún objetivo.

A Nomi se le revolvió por completo el estómago. ¿Con qué fin podría haber decidido Asa reunir todas sus tropas?

—Espera aquí un momento más.

Malachi echó a correr hacia la esquina y se agachó al llegar junto al niño. Desde donde estaba, Nomi no podía oír qué decían.

Vio que el niño se encogía de hombros. Que hacía un gesto negativo con la cabeza. Que rascaba las piedras del suelo con la punta del zapato.

Malachi volvió enseguida, pero pasó a Nomi de largo y volvió a entrar en el cuartel. Cuando

salió, lo hizo con un papel doblado en la mano. Ella guardó silencio, con las manos unidas recatadamente, mientras Malachi entregaba el papel al niño y le alborotaba el pelo en un gesto cariñoso.

El pequeño recogió la pelota y se marchó, desapareciendo calle abajo.

—¿Qué era eso? —preguntó Nomi cuando Malachi volvió a su lado.

Malachi encogió los hombros con indiferencia.

—El niño ha dicho que no sabía adónde habían ido los soldados, pero me parece que estaba mintiendo. Le he entregado un mensaje para Dante, por si acaso.

Nomi estaba decepcionada, sin poder evitarlo.

—Y ahora ¿qué hacemos? ¿Esperar aquí por si vuelven? ¿O pretendes ir a Bellaqua y enfrentarte solo a Asa?

¿Y ella? ¿Qué iba a hacer ella? ¿Intentar localizar a Renzo?

Todo el plan giraba en torno al apoyo de Dante; sin él, no tenían nada.

Malachi examinó la calle vacía, como si pudiera encontrar allí la respuesta. Cuando volvió a centrar su atención en Nomi, lo hizo con una mirada penetrante.

—Lanos no queda muy lejos. Podríamos ir a visitar a tus padres. Es posible que Renzo les haya hecho llegar algún mensaje con su paradero.

—Pero... —Su cerebro se detuvo en seco—. Y ¿qué pasa con Asa?

—Me gustaría esperar un par de días por si el niño entrega el mensaje. —Su tono de voz se suavizó—. Y tú has llegado ya muy lejos. Si tu hermano está cerca de aquí o tu familia corre peligro, tendríamos que intentar ayudarlos.

Los ojos de Nomi se llenaron repentinamente de lágrimas. La embargaba un sentimiento curioso, una punzada próxima al lugar donde se ubicaba el corazón.

—Gracias. Debería ayudarte a solventar esta situación. No sé por qué quieres ahora ayudarme tú.

Se quedó mirándola un buen rato.

—¿No lo sabes?

Nomi se ruborizó. Era incapaz de responder.

## QUINCE

### SERINA

Serina no podía dormir, de modo que pasó la noche montando guardia delante del Hotel Desgracia, con la presencia silenciosa de Ámbar y el chisporroteo de la antorcha que habían clavado en el suelo. Alrededor del edificio, había otras mujeres esperando. Vigilando.

«¿Cómo has podido asesinarlos?»

Mentalmente, Serina se repetía sin cesar esa frase.

«Tu plan era asesinarlos. ¿O acaso no lo es matarlos de hambre?»

Anika no se había retractado de su decisión ni lo más mínimo. Serina la llevaba observando desde entonces y no la había visto titubear ni un instante.

—Esos hombres eran un riesgo —se había justificado Anika cuando Serina le había preguntado—. Estaban aprovechándose de nuestra comida, estaban agotando a nuestras luchadoras, obligadas a montar guardia y a velar por unas vidas que no valían nada. Si Nero y Diego hubiesen tenido oportunidad de liberarlos, habrían matado a más chicas, de eso no te quepa la menor duda, y probablemente habrían encontrado también la manera de mandar alguna señal al barco. Eran una amenaza. Y tu plan, de todos modos, era dejarlos morir. Al menos, en mis manos, lo hicieron con rapidez. Y no creo que, puestos a escoger, hubieran preferido perecer de hambre.

—No —había dicho Serina, con el corazón latiéndole en las sienes—. Estaba dándoles una oportunidad. Dejarlos aquí en la isla para que se apañasen como pudieran no es lo mismo que asesinarlos. Estaba dándoles mucho más de lo que el comandante Ricci nos concedió en su día a nosotras. Y estaba salvándoos a todas. —Señaló a las mujeres armadas—. Estaba intentando evitaros tener que vivir este momento, que os vieseis obligadas a enfrentaros a la realidad de haber mirado a los ojos a un hombre desarmado y haber acabado con su vida. Lo que ha pasado no ha sido una lucha por la supervivencia. Ha sido una maniobra calculada. Ha sido un asesinato.

Anika había posado una mano en el hombro de Serina y la había forzado a mirarla a los ojos.

—Yo no necesitaba que me salvaras de nada. Tú me necesitabas. Sé que jamás habrías tomado esta decisión. —Entonces, había mirado de reojo a Val—. Pero había que tomarla.

Le había dado unos golpecitos de ánimo a Serina.

—Nos encargaremos de los cuerpos. Si quieres utilizar la cárcel a modo de trampa para capturar a Nero y a Diego, me parece bien. O podemos cerrarla y reagruparnos en el hotel. Tú decides.

Serina se había quedado inmóvil cuando Anika le había pedido las llaves para abrir las celdas

y sacar los cuerpos de los carceleros al pasillo. Había permanecido en silencio cuando Espejo había pasado por su lado y le había dicho en voz baja:

—No eran buena gente.

Y finalmente, Val y Serina se habían quedado solos.

—Quería darles la oportunidad de sobrevivir —murmuró él.

Serina recordó el momento en el que Diego le había tirado del pelo, cómo Carlo y Héctor habían amenazado jocosamente con matarla. Le vinieron a la mente las apuestas que hacían los hombres entre ellos cuando las chicas peleaban. Bruno cuando había intentado violarla y, luego, matarla.

Recordó la barca que había llevado a Nomi a la isla, con solo dos hombres, y que Val había tomado la decisión de no matarlos para hacerse con la embarcación.

Desde el primer momento, Anika había querido matar a los carceleros y Serina se lo había impedido. Había argumentado que podrían necesitarlos para obtener información. Pero ¿hasta qué punto había influido Val en su decisión?

¿Les había fallado a las mujeres de Monte Ruina porque él era su punto débil? De haber permitido que los carceleros fueran ejecutados de entrada, todas aquellas mujeres seguirían con vida. No habría amenazas, no habría miedo en la isla mientras aguardaban la llegada del barco.

Pero ahora, Nero y Diego seguían acechándolas.

—Espejo tenía razón —había dicho, lentamente—. Los carceleros nos han hecho mucho daño. Y comprendo el punto de vista de Anika. Eran tu debilidad, y la mía. Nero y Diego han matado a muchas chicas... —Se interrumpió—. Su sangre mancha nuestras manos.

—Estoy cansado de tanta sangre —replicó Val.

Serina seguía montando guardia cuando el amanecer tiñó el horizonte.

—Igual hoy llega el barco —le dijo a Ámbar, intentando dirigir sus pensamientos hacia algo más productivo. Revivir lo acontecido la noche anterior no ayudaba en absoluto—. ¿Estamos preparadas?

Ámbar hizo crujir los nudillos mientras evaluaba mentalmente la situación.

—No puedo opinar sobre las chicas que manejan las armas, pero el entrenamiento físico va bien. Espero, de todos modos, que no haya mucha batalla cuerpo a cuerpo.

—Si llega una barca de las de siempre, con el número de marineros y carceleros de siempre, tendría que ser fácil.

Serina miró al camino. Por la mañana, enviaría vigías a controlar la posible llegada de la embarcación. Ya había enviado bastantes. No tanto por la barca en sí, sino para protegerse de Nero y de Diego.

Si los hombres mataban a sus vigías, no se enterarían de que su salvación se aproximaba.

—Tendríamos que ensayar en el muelle. Hay que saber cómo colocarnos rápidamente en nuestros puestos.

«Hoy, tal vez mañana. Esta pesadilla terminará pronto», se dijo.

A menos que Asa hubiera decidido cambiar el sistema. A menos que hubiera decidido dejar de enviar mujeres a Monte Ruina. Era una posibilidad que Serina no había contemplado hasta la fecha.

Cuando el amanecer iluminó por completo la isla, Serina y Ámbar se alejaron del recinto de la cárcel y reunieron a todas las mujeres que no estaban de guardia en el desvencijado vestíbulo del Hotel Desgracia.

—Tenemos que pasar de la fase de entrenamiento a la de los preparativos para nuestro viaje — anunció Serina, alzando la voz para que todas pudieran oírla—. Se acabó la caza, las prácticas de tiro y los equipos de búsqueda. Quiero que llevéis a la enfermería todas vuestras pertenencias, comida, todo lo que tengáis. Así será más fácil acceder a ello. Cuando llegue la barca, nos marcharemos. No podemos darles a Nero y a Diego la más mínima probabilidad de impedirnoslo.

La respuesta a su anuncio fue una oleada de actividad. Ordenó llevar al volcán los cuerpos de León y las demás. Y luego habló en privado con Anika.

—Reúne a todas las tiradoras. Quiero ir al muelle y practicar para cuando llegue la barca.

La chica asintió y se marchó corriendo. A su vuelta, Serina se sorprendió al ver que Maris estaba de nuevo entre las tiradoras.

—¿Estás segura? —le preguntó.

Maris levantó la barbilla y cuando con el gesto el cabello se retiró de su cara, vio que también las sombras habían desaparecido. Ya no tenía aquella mirada obsesiva.

—Estoy lista para desempeñar mi papel.

Serina sonrió.

—Me alegro.

Encontró a Val en la enfermería. Cuando la vio llegar, este esbozó una sonrisa triste, pero ninguno de los dos mencionó la conversación que habían mantenido la noche anterior.

—¿Podrías reunir un par de grupos para ir a buscar agua? —le pidió Serina—. Necesitamos llenar todas las garrafas que tengamos. Cuando estemos en alta mar, será nuestra carga más valiosa.

Val asintió.

—En la cárcel hay algunos barriles vacíos que también podríamos utilizar.

—Estupendo —dijo Serina—. Hay que tenerlo todo preparado. Si la barca llega tarde, ya nos reabasteceremos.

Val se dispuso a marcharse, pero Serina lo llamó de nuevo. Él se detuvo en seco.

—No vayas solo —dijo—. Tú también eres un blanco deseable para Diego y Nero.

Val le presionó la mano con cariño.

—Iré con cuidado.

Serina se quedó mirándolo unos instantes y luego volvió con las tiradoras.



—Cuando las vigías nos den la señal, tendremos una ventana de tiempo muy pequeña para situarnos en nuestros puestos sin que los hombres nos vean. De modo que vamos a ensayar ahora mismo cómo apostarnos debidamente, por mucho tiempo que nos lleve perfeccionarlo.

Algunas de las chicas asintieron.

Serina y Ámbar encabezaron la comitiva hacia el muelle.

—Parece que esta vez la barca está tardando mucho en llegar —comentó Ámbar—. A lo mejor estamos atrapadas aquí por algún tipo de magia, condenadas a recorrer estos senderos y a preocuparnos por esos hombres eternamente.

Serina miró de reojo a Ámbar, que era mayor que ella. Era una mujer de pocas palabras y apenas hablaba aparte de para dar órdenes durante sus sesiones de entrenamiento. No solía dar rienda suelta a la imaginación.

—Sí, parece que hace ya mucho tiempo. Calculo que casi dos semanas —asintió Serina.

—Antes parecía que vinieran mucho más a menudo —dijo Ámbar—. Cuando sabíamos que su llegada significaba comida y muerte.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —quiso saber Serina.

Se preguntaba cuántas peleas habría visto Ámbar, cuántas habría ganado. La cara y el cuerpo de aquella mujer eran un mapa de cicatrices, algunas débiles, otras, gruesos relieves plateados. Ámbar era todo fuerza y Serina no podía negar que seguía inspirándole mucho miedo.

—No sé —respondió Ámbar, recorriendo el camino con grandes zancadas. A Serina le costaba seguir el ritmo—. Después del segundo año, decidí perder la cuenta. He ganado en el ring seis veces.

—Seis...

Serina emitió un silbido de incredulidad. A veces no podía dejar de pensar en las mujeres que debían de haber muerto allí. Por cada victoria de Ámbar habían muerto otras cuatro. Veinticuatro solo en aquellas seis peleas. Desde que Serina había llegado a Monte Ruina, había visto morir a once mujeres en las peleas. Eran cifras espeluznantes.

—Oráculo llevaba más tiempo aquí. Fue la primera persona a la que conocí en Monte Ruina. —La voz de Ámbar se volvió algo más ronca, pero su expresión se mantuvo inalterable—. Ganó diez peleas. Una de ellas me correspondía a mí. Pero ese día me puse enferma, comí carne de jabalí en mal estado o algo por el estilo, y ella se presentó voluntaria para ocupar mi lugar. Por aquel entonces aún no era líder. Después de aquello, pasó tres días cuidándome hasta que me recuperé, guardando mi parte de las raciones para que tuviera algo que llevarme a la boca en cuanto me encontrara mejor.

Ámbar no había hablado nunca tanto rato con Serina. Y escuchar aquello le partió el corazón. Cuando ella llegó a Monte Ruina, Oráculo era una mujer dura, parecía hecha de hierro y alambre. Pero evidentemente no había empezado así. Y probablemente no fuese ni siquiera tan dura como aparentaba. Ella se había rendido cuando Petrel había hecho una petición similar para ayudar a

Serina. Le había relatado su pasado como Gracia. Oráculo había ayudado a que muchas mujeres de la isla siguieran con vida. También a ella le había salvado la vida.

Oráculo merecía haber huido de allí más que cualquiera. No debería haber muerto en Monte Ruina.

—Oráculo y tú me salvasteis la vida —dijo Serina en voz baja, recordando aquellos últimos momentos—. Sois las que habéis hecho posible todo esto.

Ámbar movió los hombros, sintiéndose claramente incómoda.

—Le dije a Oráculo que debíamos luchar. La convencí. Pero entonces murió.

Serina tenía la sensación de haberse quedado sin aire en los pulmones.

—Pensaba que a lo mejor podríamos librarnos de todo esto. Soñaba con huir juntas de aquí. —Ámbar ralentizó el paso al acercarse a los acantilados desde donde se dominaba el muelle. Miró hacia el mar y su voz se volvió más grave—. Pero ahora ya no estoy segura de querer marcharme. —Se volvió hacia Serina—. Si no muero aquí, si mi cuerpo no se entrega al volcán, ¿crees que Oráculo y yo podremos llegar a encontrarnos de nuevo?

Serina sintió la agonía de Ámbar como una espada atravesándole el pecho.

—Sí, sí que lo creo —fue todo lo que pudo decir.

Pero en cuanto el resto de las mujeres las alcanzaron, las grietas de la armadura de Ámbar desaparecieron por completo. El perfil de su mandíbula se endureció otra vez y su mirada se volvió pétrea.

A Serina le costó quitarse de la cabeza aquella conversación, por mucho que Ámbar y ella se concentrasen en la tarea de decidir dónde apostar a cada mujer. Un grupo se colocó a lo largo del acantilado, ocultas por las sombras, allí donde los marineros no pudieran verlas. Pidieron a un par de ellas que se ocultaran entre los matorrales que había por encima del muelle, para prestar atención a la posible llegada de Nero y de Diego. Una vez instaladas todas, ordenaron a las chicas del acantilado que dispararan hacia el muelle para comprobar el rango de alcance y la puntería.

—Los carceleros oirán los disparos —dijo Ámbar.

—Pues mejor —replicó Serina—. Así se enterarán de que tenemos armas y sabemos utilizarlas.

Serina repasó mentalmente la trampa que pensaba tender. Llega la barca. No aparecen los carceleros para recibirla. Los marineros bajan a tierra, echan un vistazo. Y las tiradoras acaban con ellos. Y entonces aparecen Nero y Diego y las chicas les disparan también.

Recorrió el muelle en toda su longitud y se volvió para mirar hacia los acantilados. ¿Se veía a las chicas escondidas? Vislumbró el brillo de las armas. Una cara con mejillas sonrosadas.

Tomó mentalmente nota de decirles que se oscurecieran la piel con barro o con tierra.

Pero incluso con la luz de la mañana, ver las siluetas era difícil. Perfecto. Normalmente, las barcas llegaban por la tarde, cuando el sol ya había superado los acantilados. A aquella hora solía haber más sombras.

—Muy bien —dijo—. Ahora me gustaría que volvierais todas a la cárcel y esperarais allí.

Entonces daré la voz de alarma y calcularemos cuánto tardamos en llegar a nuestros puestos.

Serina estuvo entrenando con las chicas hasta última hora de la tarde. La señal que indicaba que se acercaba la barca —tres gritos potentes— llegaba bien, pero si se giraba viento, costaría más oírla. De modo que decidió que Anika y otra chica se quedaran como vigías.

—En vez de gritar, quiero dos disparos si veis llegar la barca —dijo brevemente Serina—. Uno si veis a los carceleros. Y a ser posible, que les dé en el corazón.

—No permitiré que echen a perder todo esto —dijo Anika, clavando sus ojos oscuros en los de Serina—. Vamos a largarnos de esta isla.

Serina asintió. Los métodos de Anika no eran siempre de su agrado, pero le gustaba su determinación.

Con Ámbar y las demás tiradoras enfilaron el sendero. El ambiente era más húmedo que los últimos días y soplaba la brisa, alborotando el pelo de la lideresa.

Se preguntó si Nomi habría llegado a Porto Rosa. ¿Se habrían reunido ya con el regimiento leal a Malachi, tal como él esperaba? ¿Seguiría Renzo con vida?

El ambiente empezaba a cargarse, se le pegaba a la garganta. El volcán debía de estar activo. Arrugó la nariz. No. El olor no era el de siempre. El ambiente no olía a azufre y a hierro; olía más bien a hoguera, a humo de leña.

—¿Hueles tú también eso? —le preguntó a Ámbar.

¿Habrían encendido ya las hogueras para cocinar, tan temprano, tan potentes?

Sin decir palabra, Ámbar señaló con un dedo.

Serinaladeó la cabeza hacia la dirección que Ámbar le indicaba, hacia el centro de la isla. Un resplandor curioso impregnaba toda la zona. Era más grande, más cercano que la caldera del volcán.

Serina aceleró el paso. El recinto de la prisión estaba tranquilo. Sin los carceleros ni las armas almacenadas allí, habían decidido cerrar a cal y canto el edificio. Y dejarlo sin vigilancia. Pero resultaba igualmente inquietante verlo de esa manera, como si las ventanas protegidas por barrotes estuvieran observándolas.

El olor a madera quemada era cada vez más intenso.

Serina echó a correr.

Ámbar, las tiradoras y ella llegaron al claro que se abría delante del Hotel Desgracia. No reinaba el silencio, pero la escena tenía un elemento macabro. Las mujeres corrían por todas partes.

—¿Qué sucede? —gritó Serina, llamando así la atención de Espejo, que estaba sacando de la enfermería un saco medio vacío de comida.

Debajo de su capa de pecas, el rostro de Espejo estaba blanco. El miedo tensaba sus músculos y le daba un aspecto errático y extraño. Serina lo vio antes de que a Espejo le diera tiempo a responder.

Las llamas se elevaban hacia lo alto. Se oían crujidos y chisporroteos, como si un millón de

pájaros ocupara el cielo.

Fuego. Una pared de fuego, una ola, avanzando con violencia por el bosque en dirección al Hotel Desgracia.

## DIECISÉIS

### NOMI

Estaban a bordo del carruaje de la red de transporte público, que avanzaba dando violentos tumbos por la pista de tierra. Nomi tenía las manos posadas sobre los muslos para impedir que se movieran con impaciencia, pero las palmas le sudaban hasta tal punto que la humedad traspasaba el tejido del vestido y le humedecía la piel. A su lado viajaba una anciana cargada con una cesta enorme. Al otro lado de la mujer, su hija, de mediana edad, no paraba de menearse para intentar hacerse con más espacio. Nomi estaba tan apretujada que apenas podía respirar. Delante de ellas, viajaban Malachi y el marido de la anciana, ambos con las piernas extendidas cómodamente. Malachi se había bajado el ala del sombrero de paja para que le cubriese los ojos y fingía dormir, desanimando la posible conversación del otro hombre. Nadie había intentado cruzar palabra con Nomi.

Ella mantenía la barbilla pegada al cuerpo. Fijó la vista en la cesta de la mujer hasta haber examinado todos y cada uno de los hilos del paño confeccionado en rojo, dorado y verde que ocultaba algo que olía a pan recién horneado. Hizo caso omiso a las quejas de su estómago vacío.

Nomi habría preferido viajar directamente en tren hasta Lanos, pero Malachi había sugerido conservar el poco dinero que tenían y viajar en el carruaje público, que era mucho más económico. Siempre habían pensado que contarían con los recursos y la protección de Dante y su guarnición para el viaje hasta Bellaqua, pero ahora tenían poca cosa más que la ropa que llevaban en la bolsa, algunas monedas y una barra de pan seco que les quedaba aún del trueque con los hombres de la barca. Nomi no estaba segura de si quedarse con su familia una vez llegaran a Lanos, animarlos a que huyeran a Azura con ella o viajar a Bellaqua con Malachi. Dependía en gran parte de si sus padres habían tenido noticias de Renzo y conocían su paradero.

Y el resto de la decisión dependía de su propio coraje.

El carruaje se desplazaba tan lento como la melaza cuando se desliza de la cuchara. Hacía paradas frecuentes. En una de ellas, se apeó la familia y entraron dos hombres altos, que hablaban con voz potente y apestaban a humo. Luego subió otra familia, con dos niños pequeños. Después de la parada en Vesta, el carruaje se quedó vacío y Malachi y ella pudieron disfrutar de un tiempo a solas.

Nomi se relajó lo suficiente para volver a respirar con normalidad, pero era casi de noche y les quedaban todavía dos horas de viaje para llegar a Lanos. Dos horas de preguntas y de

preocupación. A lo mejor Malachi estaba durmiendo de verdad. No se había retirado el sombrero de la cara y tampoco había intentado entablar conversación.

El silencio se llenó de pensamientos y recordó todos los minutos que habían transcurrido desde que le había dicho a Renzo que huyera. Intentó imaginar qué habría hecho su hermano mientras a ella la encadenaban, la subían a un barco de la cárcel, se alejaba de la costa y atendía las heridas de Malachi. ¿Habría acabado huyendo? ¿Habría mandado Asa a sus hombres para darle caza?

¿Y si lo habían capturado aquella misma noche? ¿Y si había sucedido lo peor? Si Renzo estaba muerto, ¿no lo sentiría ella en lo más hondo de su ser? ¿No tendría que superar la conexión que tenían como hermanos gemelos cualquier distancia que los separara? ¿Sería eso lo que estaba sintiendo en aquel momento, en el vuelco que le estaba dando el estómago, en aquella angustia y en aquel miedo que lo permeaba todo?

—Te veo muy inquieta —dijo Malachi.

Nomi se sobresaltó. Él se había enderezado en el asiento y había dejado el sombrero en el espacio que había quedado vacío a su lado.

—Estaba preguntándome qué haré si Asa ha dado ya con Renzo. Cómo me sentiré si llegamos demasiado tarde. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. No sé por qué me está afectando tanto ahora, justo cuando estamos tan cerca de conocer lo que ha sucedido en realidad.

—A lo mejor es precisamente por eso —dijo él—. Mientras no se sabe la verdad, siempre hay esperanza.

Nomi escondió la cara entre las manos. No estaba dispuesta a renunciar a sus esperanzas, pero el suspense la estaba destrozando. Tal vez habrían hecho mejor en quedarse en Porto Rosa. ¿Qué probabilidades había de que Renzo hubiera podido enviar un mensaje a sus padres?

Cuando ella regresara a la casa a la que no esperaba volver jamás en la vida, ¿cuántos segundos tardaría en echarse corriendo a los brazos de su madre?

Se preguntaba qué dirían sus padres cuando la vieran. Cuando se había marchado de Lanos, era la doncella de Serina, una chica desaliñada y del montón. Tenía las manos rojas y ajadas de pasarse el día lavando la ropa, y el pelo enmarañado. Había guardado su secreto —que sabía leer— como una llama encendida en su corazón, una vela que mantenía prendida allí donde nadie la pudiera ver. ¿Qué habrían pensado sus padres al enterarse de que la elegida había sido ella y no Serina? Se habrían quedado conmocionados, por supuesto. Pero ¿se habrían preguntado por qué?

La cabina se tambaleó al pasar por lo que debía de ser un bache gigantesco y el movimiento arrojó a Nomi contra las paredes tapizadas con un tejido mohoso. Fuera, el conductor le gritó al caballo. Con un chirrido, el carruaje se movió con brusquedad hacia delante, para a continuación inclinarse hacia un lado. Debajo de ellos se oyó un crujido que no presagiaba nada bueno.

Malachi se encendió.

—Este imbécil ha roto la rueda —murmuró, abriendo la puerta y saltando a tierra.

Los hombres empezaron a hablar a gritos y a intercambiarse reproches. Nomi deseó poder

intervenir. Ansiaba llenar con sus gritos la cúpula de aire que se alzaba por encima de ella, el mundo entero.

Unos minutos más tarde, Malachi asomó la cabeza en el interior del carruaje.

—Hay una posada a un cuarto de hora andando. Podemos pasar allí la noche. Dice el conductor que a primera hora de la mañana pasa otro carruaje público con destino a Lanos.

—¿A primera hora de la mañana? —repitió Nomi consternada—. No podemos esperar tanto tiempo.

Malachi se encogió de hombros en un gesto de impotencia.

—Ojalá hubiese otra alternativa. Pero tengo el dinero justo para una habitación y el regreso a Porto Rosa en carruaje público. No es suficiente para costearnos el tren o un carruaje privado. —Emitió un sonido de indignación—. Lo siento, Nomi.

Con un suspiro de frustración, Nomi dejó que Malachi la ayudara a apearse. El conductor estaba desatando al caballo, supuestamente para montarlo e ir en busca de ayuda para reparar la rueda. Nomi siguió a Malachi con la cabeza baja. Le habría encantado poder robarle la montura al hombre y cabalgar a toda velocidad hasta Lanos. Pero respiró hondo, con rabia, y siguió caminando.

No hablaron. Las botas de Nomi le estaban haciendo ampollas en los talones. El ambiente tenía un carácter frío que no había vuelto a sentir desde que se había marchado de Lanos, y los árboles que flanqueaban la carretera empezaban a mostrar el brillo típico del otoño. A lo lejos, las montañas se alzaban como dientes podridos. Estaban muy cerca. El retraso la convertía en un rehén, le revolvía el estómago y le ponía el corazón en un puño. Intentó pensar en que ir a Lanos no era en absoluto el plan que tenían por la mañana, pero ya daba igual. Ahora lo era y la distancia que la separaba de su familia se hacía insoportable.

Llegar a la posada les llevó más de los quince minutos anunciados. Nomi habría expresado con gusto su enojo, pero los murmullos y las miradas de Malachi hablaban suficiente por ella; caminaba con la mandíbula tan apretada que incluso empezó a dolerle la cabeza.

—Tendremos que compartir la habitación, fingir que estamos casados —murmuró Malachi al llegar delante de la puerta roja de la posada—. De lo contrario, podríamos correr riesgos.

Nomi se habría puesto nerviosa ante tal perspectiva de no haber visto a Malachi tan enojado consigo mismo.

Él la dejó en la entrada, al calor de la taberna, mientras iba a hablar con el propietario. En la pequeña sala, llena de humo, había solo un par de hombres, que se volvieron de inmediato para mirarla. Las mujeres no eran bienvenidas; eso era evidente.

—... mejor no seguir camino ahora, que es de noche —estaba diciendo un hombre bajito y calvo, que cruzó la estancia seguido de Malachi.

Al ver a Nomi junto a la puerta, puso mala cara.

Le entregó una llave a Malachi y le señaló la escalera.

—Primer piso, segunda puerta a la izquierda. Baje cuando quiera y le prepararé la cena. Luego,

si le parece, le puede subir algo a su esposa. Pero, como le he dicho, manténgala fuera de la vista del público.

Nomi representó su papel y siguió a Malachi escaleras arriba con la cabeza recatadamente inclinada. Pero el malestar que sentía era como una punzada profunda. Cuando las hijas solteras viajaban en compañía de la familia solían comer aparte, donde nadie pudiera verlas. Recordó que cuando viajó a Bellaqua en tren con Renzo y Serina, habían comido en el coche cama y en la habitación del hotel, nunca en restaurantes públicos. Pero las mujeres casadas siempre comían con su marido. Su deber era servirlo, incluso en público. Muy en especial, en público.

Esperó a estar dentro de la habitación, a que Malachi cerrara la puerta, antes de expresar su preocupación.

—¿Qué te ha dicho el posadero? ¿Por qué tengo que permanecer escondida?

Malachi frunció el entrecejo.

—Me ha explicado que los soldados estaban llevándose a chicas, pero no entiendo qué ha pretendido decir... Me ha parecido muy raro. Trataré de averiguar algo más.

—No, ni pensarlo —dijo Nomi, intentando dominar con la mano el pelo alborotado por el viaje—. Cenaremos juntos, como marido y mujer. Quiero saber qué sucede.

Malachi unió las manos a su espalda y se balanceó sobre los talones.

—No sé, Nomi... El propietario parecía sinceramente preocupado por tu seguridad. Si es peligroso...

Nomi lo agarró por el brazo y lo guio hacia la puerta.

—¿Cómo va a ser peligroso? No es más que una cena. Vamos.

Volvieron a bajar, evitando la taberna y yendo directamente a un pequeño comedor con mesas y una chimenea encendida. Al lado de un ventanuco, había una mesa con dos hombres sentados; una mujer mayor de pelo canoso y cara de manzana arrugada estaba sirviéndoles dos platos grandes de pasta. Levantó la vista al ver llegar a Nomi y Malachi y esbozó un mohín.

Malachi eligió una mesa al lado de la chimenea. Y Nomi se lo agradeció. El vestido era demasiado fino para mantener la temperatura corporal con el frío de la noche.

La mujer se acercó a la mesa.

—¿Acaso el señor no ha hablado con usted? —preguntó, mirando con preocupación a Nomi.

—Cena para dos —pidió con firmeza Malachi.

La criada inclinó la cabeza y desapareció por una puerta lateral.

Nomi fijó la vista en los nudos de la madera. Los hombres de la esquina hablaban en voz baja y era imposible saber qué decían.

Malachi tamborileó con los dedos sobre la mesa. Al cabo de un rato se levantó y se acercó al fuego para calentarse. Reapareció entonces la mujer, con las manos vacías y un nuevo sentido de urgencia impregnando sus movimientos. Fue directa hacia Nomi y, justo en aquel momento, se oyeron carcajadas en el pasillo.

—Por favor, por favor —dijo la mujer, dándole unos golpecitos en el hombro—. Suba a la



habitación, por favor. Han llegado los soldados. Suba, por favor.

Las voces incrementaron el volumen, se volvieron más groseras.

—¿Por qué? —musitó Nomi asustada de repente—. ¿Qué está pasando?

La mujer la instó a levantarse. Malachi se acercó de nuevo, enojado.

—El nuevo Superior está eligiendo Gracias —dijo la mujer, con tanta rapidez que las palabras se le atropellaban—. Los soldados apresan a todas las chicas bonitas que encuentran. Da igual si son demasiado jóvenes o si están casadas, no les importa. Se las llevan al *palazzo*. Si el Superior no da su aprobación, las devuelven a casa, pero si la chica le gusta... —Hizo un nuevo mohín, de pura tristeza—. Váyase, por favor. —Señaló una puerta—. Por la escalera de atrás.

Con los ojos abiertos de par en par, Nomi le indicó con un gesto a Malachi que se quedara mientras la criada se la llevaba arriba. Una vez sola en la habitación, empezó a deambular con nerviosismo de un lado a otro. Desde allí se oían las carcajadas y los gritos ocasionales de los soldados, el ruido sordo de las botas al pisar el suelo y los portazos. Imaginó que la habitación debía de estar justo encima de los establos, porque se filtraban también los relinchos de los caballos y las coces.

Miró al exterior a través de la pequeña ventana. Encendió la lámpara de la mesita de noche e intentó no pensar en lo que la mujer había dicho.

«Asa está eligiendo a sus Gracias.»

Llevándose a mujeres de las calles. A mujeres reacias.

Nomi movió la cabeza con preocupación, deseando que todo aquello fuera una pesadilla de la que pudiera despertarse. Era incluso peor de lo que se temía. ¿Cuántas chicas —y cuántas madres, hermanos, padres y hermanas— la odiarían si supieran que ella era la razón de que Asa hubiera subido al poder?

El pomo de la puerta se movió. Nomi dio un brinco.

Pero era Malachi, que llegaba con una bandeja de comida.

Dejó la bandeja en la mesa que había en una esquina y cayeron con urgencia sobre sus platos, ignorando que la carne estaba dura, los fideos excesivamente blandos y la salsa demasiado salada.

—Es verdad —dijo Malachi, recostándose en la silla y limpiándose la boca—. Asa ha ordenado a sus soldados que lleven al *palazzo* a todas las chicas guapas que encuentren. Piensa tomar sus propias Gracias, todas las que le venga en gana. No piensa pasar por el filtro de los magistrados, que se ve que están muy enfadados.

Nomi notó que se le empezaba a revolver la comida en el estómago.

—¿Y las Gracias de tu padre? ¿Y Cassia?

Malachi se inclinó hacia delante y fijó la mirada en el plato vacío.

—Nadie sabe qué ha sido de ellas.

Nomi apartó la bandeja. El hambre había desaparecido de repente. ¿Qué habría sido de su doncella, Angeline? ¿Estaría aún en el *palazzo*, ayudando a las nuevas Gracias? ¿Y Rosario? ¿E Inés?

Malachi cogió el panecillo que Nomi había dejado en la bandeja y lo guardó en la bolsa. Vertió el contenido de la jarra de agua en una de las cantimploras y dejó los platos sucios fuera, junto a la puerta.

En el exterior, el sol había desaparecido para dar paso a la noche. Dentro, la luz de la lámpara iluminaba con un resplandor dorado su piel.

—El carruaje pasa a primerísima hora de la mañana —dijo Malachi—. Tendríamos que intentar dormir.

Nomi se excusó para ir al lavabo, que estaba al final del pasillo, y regresó corriendo cuando oyó voces masculinas subiendo por la escalera.

En cuanto entró de nuevo en la habitación, se quitó las botas, extendió los dedos y estiró sus cansadas pantorrillas. Se detuvo junto a la cama. Tenía un cabezal de hierro forjado y estaba apoyada en una de las paredes. De pronto, le vinieron a la cabeza imágenes de las cámaras de Malachi en el *palazzo*, de aquella cama blanca gigantesca. Se ruborizó.

Y como si le estuviera leyendo los pensamientos, Malachi dijo:

—Acuéstate tú. Yo dormiré en el suelo junto a la puerta.

Se agachó para examinar la cerradura. Nomi se quedó mirándolo.

—No tienes por qué hacer eso —dijo en voz baja, notando los latidos del corazón en la garganta.

Malachi se volvió, preguntándole con la mirada qué había querido decir.

—Creo... creo que la cama es suficientemente grande para los dos. —La lengua se le pegaba al paladar al hablar, la notaba seca como arena. Un rubor le cubrió las mejillas—. Sigues herido y los dos necesitamos dormir.

Malachi dio un paso hacia Nomi, que reprimió el impulso repentino y curioso de levantar las manos para acariciarle los brazos. Se volvió rápidamente.

—No pasa nada. Lo que tú creas que es mejor. Estoy... estoy muy cansada. Buenas noches.

Se metió en la cama y se acurrucó. Cerró los ojos con fuerza.

Instantes después, el resplandor de la lamparita desapareció y Nomi se sumió en la oscuridad. Otra pausa. Sin poder evitarlo, estiró el cuello para prestar atención. ¿Estaría durmiendo en el suelo? ¿Estaría de pie junto a ella?

La cama crujió y el duro colchón cedió bajo el peso. Las sábanas susurraron cuando Malachi se acostó junto a ella y suspiró.

—Gracias —murmuró—. En comparación con la cubierta de la barca o el suelo de mármol, esta cama es un sueño.

Nomi no dijo nada. Malachi no la tocó, pero todas y cada una de las terminaciones nerviosas de la espalda de ella se habían puesto en alerta, a la espera, dispuestas a captar alteraciones en la oscuridad.

—Conmigo estás a salvo —dijo Malachi, en apenas un murmullo—. Lo sabes, ¿verdad?

Nomi pasó un momento interminable sin decir nada ni moverse.

Y después, muy lentamente, empezó a desplegar las extremidades.

Sus piernas agradecieron el estiramiento. Centímetro a centímetro, obligó a su cuerpo a relajarse. Quedaba aún cierto espacio entre ellos, un espacio que en ningún momento Malachi intentó invadir. Tampoco ella.

Entonces él habló, titubeando:

—Quiero que sepas... que nunca te habría forzado. Siendo Gracia o sin serlo, jamás lo habría hecho, Nomi. Y nunca lo haré.

Ella pensó en todos los momentos que habían compartido en el *palazzo*: en el mar, en sus estancias, en el salón de baile. Malachi nunca se había propasado. Incluso la noche que se besaron, en plena tormenta, Nomi se había llevado una sorpresa y había sentido... deseo, por mucho que no hubiera querido reconocerlo.

—Te creo —aceptó.

Pensó en Asa, en su idea de robar a las chicas de sus casas, de llevárselas al *palazzo* sin el consentimiento de sus padres. Sin su consentimiento.

—Pero... —prosiguió Malachi, y se interrumpió.

Nomi notó que el ambiente entre ellos se hacía más denso. No sentía el contacto de la piel de él, pero saber que su brazo estaba allí, a escasos centímetros del de ella, le provocaba vértigo.

—Pero sigo sintiendo lo mismo que la noche de mi cumpleaños. Sigo deseando... desearía que pudiéramos... —Volvió a cortar la frase.

Seguía sintiendo algo por ella.

No era una sorpresa, pero a la vez sí. Nomi notó que se le aceleraba el pulso. Era incapaz de pronunciar palabra.

—¿Confías en mí? —preguntó Malachi al ver que el silencio de Nomi llenaba la estancia—. ¿Quieres... quieres estar conmigo?

Nomi tardó unos momentos en responder. No eran preguntas fáciles.

—No creo que eso tenga importancia —dijo por fin—. Cuando detengas a Asa, te convertirás en Superior. Tendrás Gracias. —Suspiró. Tal vez, en una vida distinta, en un mundo distinto, su respuesta habría sido otra—. Y yo no puedo ser tu Gracia, Malachi. Ahora no.

—No funcionaría, de todos modos —dijo él, con el fantasma de una sonrisa entonando su voz—. Has aprendido a discutir conmigo. Enseñarías a las demás Gracias a plantarme cara y se produciría un motín.

—Del mismo modo espero que tú le plantes cara a Asa —replicó Nomi.

Estaba preocupada por aquellas mujeres desconocidas. Ahora le parecía inconcebible haber llegado a confiar en Asa. Haberlo creído cuando él le había recitado todo lo que ella deseaba oír. Pensó en lo extraño que resultaba que hubiera envenenado la imagen que ella tenía de Malachi utilizando precisamente la falta de honestidad y toda la maldad que él mismo poseía.

—Fui una estúpida —musitó.

Nomi casi se había dormido cuando la voz de Malachi surgió como una espiral en la oscuridad.

—Cuando tenía ocho o nueve años, mi padre me regaló una estatuilla en forma de caballo. Me encantaba. Era tan delicada... Tenía las patas finas como cerillas. Y la crin parecía que estuviera congelada en el tiempo, enmarañada, con aspecto salvaje. Era un trabajo exquisito, lo más bello que había visto en mi vida.

Cambió de postura y se volvió hacia ella. Nomi cambió también de posición porque en la oscuridad era más fácil ser valiente, y se colocó de cara a él. Sus alientos se entremezclaban, cercanos, pero no exageradamente.

—Un día, estaba jugando con mi caballito, haciéndolo galopar por las paredes del pasillo al que daba mi habitación. Entonces llegó Asa y me dijo que quería el caballo. Le dije que no me apetecía compartirlo con él pero no me hizo caso. Al final, nos peleamos por el juguete y acabó con dos patas rotas.

Nomi contuvo el aliento. Se imaginó al pequeño Malachi, destrozado por haber perdido su juguete favorito.

—Mi padre no quiso regalarme otro. Me dijo que tenía que aprender a ser más cuidadoso con mis cosas.

—Pero si no fue culpa tuya —replicó Nomi, sintiendo una punzada en el vientre—. Sino de Asa.

—Eso a mi padre le dio igual —dijo Malachi.

—Tu hermano siempre ha estado podrido —sentenció Nomi.

—A partir de aquel momento, dedicó hasta el último minuto del tiempo libre del que dispuso durante los seis meses siguientes a aprender a tallar la madera para construirme un sustituto —le explicó Malachi—. Era espantoso, Nomi. Con las patas gruesas y torcidas, con un pedazo de madera tosco a modo de cola, la cabeza deformada. Era lo más feo que había visto en mi vida. Pero pensar en todas las horas, todas las semanas, todos los meses que Asa había dedicado a fabricarlo para mí... lo valoré muchísimo. Hasta que descubrí que todo aquel esfuerzo iba única y exclusivamente enfocado a mi padre. Se quedó tan impresionado al ver el compromiso de Asa que le regaló un caballo de verdad.

Nomi no sabía qué decir.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Malachi cambió otra vez de posición. Suspiró.

—Porque... supongo que quiero que sepas que yo también llegué a creer que era bondadoso. Monté en cólera al ver que habías confiado en él y no en mí. Pero tampoco es tan extraño que lo hicieras. Asa siempre ha sabido utilizar a la gente en beneficio propio. Ojalá hubiera sabido lo que estaba haciendo contigo. Te habría puesto sobre aviso.

Nomi presionó la mejilla contra la almohada con fuerza para contrarrestar la depresión que se apoderaba de ella al pensar con dolor en todas las oportunidades perdidas. Con un suspiro de tristeza, le confesó:

—No te habría creído.

## DIECISIETE

### SERINA

El fuego estaba devorando la característica hierba dorada de Monte Ruina. Consumía los irregulares bosquecillos de limoneros, los arbustos espinosos y la vegetación selvática. Devoraba, rugía y se desplazaba a toda velocidad hacia el Hotel Desgracia.

Las mujeres corrían por todas partes, cargadas con ropa, con comida, con todo lo que pudieran llevarse.

¿Adónde ir? Serina necesitaba tranquilizarse. Necesitaba decirles adónde tenían que dirigirse. ¿Dónde podrían estar a salvo del fuego?

Serina estaba tiritando, notaba débiles temblores recorriéndole piernas y brazos. Estaba resquebrajándose, desmoronándose.

No.

Cerró los ojos. Enderezó la espalda. Respiró hondo, una bocanada de aire lleno de cenizas.

«Eres compostura. Eres elegancia. No dejarás nunca que tu máscara se agriete ni que tu calma acabe haciéndose añicos. ¿Me has oído bien, Serina? Serás siempre una Gracia.»

Las palabras de su madre resonaban en su cabeza. Serina era en aquel momento todo lo contrario a una Gracia, pero su adiestramiento le sería de utilidad ahora, cuando lo que necesitaba era mantener la calma. Cuando lo que necesitaba era pensar.

El hotel había sobrevivido años atrás a la erupción del volcán, aun habiendo llegado hasta allí la lava, gracias a que estaba construido con mármol y hormigón. Cuando la lava invadió el salón de baile y ascendió por parte de la escalera, fundiendo la piedra que había debajo, las paredes no se habían incendiado. Habían resistido.

¿Podrían volver a aguantar? ¿Podía correr ese riesgo?

Algunas chicas estaban subiendo sus pertenencias a las plantas más altas. ¿Serían capaces de eludir el fuego allá arriba? ¿Y si se quedaban atrapadas?

—¡Oye! ¡Oye! —gritó Serina, abriendo los ojos. Estiró el brazo y agarró a Espejo para detenerla—. Dile a todo el mundo que recoja sus cosas y corra hacia la cárcel. Está cerrada con hierro y acero. Resistirá el fuego. Será más seguro.

Espejo hizo un gesto afirmativo. Tenía la cara manchada de hollín, la expresión asustada.

—¡Id a la cárcel! —gritó Serina. Echó a correr hacia la puerta que daba acceso a la enfermería. Las mujeres más graves seguían tendidas en sus camastros, con los ojos muy abiertos,

muertas de miedo—. Tenemos que trasladar a todas las heridas al recinto de la cárcel. ¡Vamos! ¡Ayudadme!

Corrió hasta la chica que le quedaba más cerca.

—¿Puedes andar?

La chica tenía la frente llena de puntos de sutura y el brazo vendado.

—Me mareo si me levanto.

Serina la ayudó a incorporarse.

—Tranquila. Yo te ayudaré. No dejaré que te caigas.

Avanzaron despacio hacia la puerta, Serina gritando órdenes. Sin saber muy bien por qué, dar órdenes la ayudaba a superar el pánico. Estar ocupada la ayudaba a calmarse.

Examinó con la mirada todas las figuras que aparecían entre la humareda, en busca de Val. ¿Quién le había acompañado a buscar agua? ¿Habrían regresado las mujeres que iban con él?

—¿Es el volcán? —preguntó Ámbar, acercándose a Serina.

Cogió el otro brazo de la chica herida y se lo pasó por el hombro. Esta gimió.

—No lo sé —respondió Serina—. No creo. No es lava.

Ámbar levantó la vista hacia las nubes de humo negro y las lenguas de fuego.

—A lo mejor debajo de todo eso hay lava.

—Estoy muy mareada —murmuró la chica a la que estaban ayudando, dejando caer la cabeza hacia delante.

—Resiste —la animó Serina—. Nosotras te llevaremos.

A su alrededor, las mujeres abandonaban el hotel para ir hacia la cárcel. A su derecha, el rugido del fuego iba in crescendo y sonaba cada vez con más fuerza. El humo se acumulaba en una capa por encima de ellas. Se acercaba. Serina no había explorado el recinto de la prisión por completo. No sabía si había algún salón o alguna estancia grande donde poder congregarse, aparte de la aterradora sala de admisiones. Así que, al llegar, acompañó a la chica herida escaleras arriba y la ayudó a instalarse en el primer camastro que encontró, sin manchas de sangre, en las habitaciones que habían ocupado los carceleros. La seguían más mujeres.

—Aquí vamos a estar muy apretadas —dijo—. Alguien que se sienta valiente tendría que ir a explorar el edificio para ver si hay espacios más grandes que podamos utilizar.

Volvió a bajar la escalera y salió a un exterior cada vez más asfixiante.

Echó a correr hacia el Hotel Desgracia. La caminata, en condiciones normales, era de unos quince minutos; a ella le llevó solo diez, parándose a toser cada pocos metros. El pánico le bombardeaba el pecho. Cuando llegó al hotel, con la pared de fuego avanzando implacable, aún había mujeres saliendo del edificio.

—¡Corred! —gritó—. ¿Dónde están las armas de fuego? ¿Se ha encargado alguien de trasladarlas?

No hubo respuesta. La supervivencia era la única preocupación.

Serina subió a toda prisa a la habitación del segundo piso donde habían almacenado las armas

y la munición.

Seguía todo allí.

Maldijo para sus adentros. Era culpa suya haberse olvidado de decir a las mujeres que llevasen las armas. Cogió lo que pudo: dos pistolas y un par de bolsas con balas. De haber dispuesto de más tiempo, habría buscado a alguien y le habría pedido que cargara con más. Temía que el fuego lo arrasara todo y perdieran su única ventaja...

Vio una sombra oscura en la puerta, silenciosa como un fantasma, pero Serina reconoció quién era incluso a través de la capa de humo.

Nero.

De pronto supo, con toda seguridad, que el fuego no llegaría acompañado de lava.

—Habéis provocado el incendio. Una distracción para poder robarnos las armas.

Su voz sonó potente, distorsionada por el ambiente cargado. Le temblaban las manos. No podía dispararle de tan cargada como iba. Necesitaba un arma, apuntar a blanco...

Lo tiró todo al suelo excepto una pistola y el sonido metálico fue estrepitoso.

—Quería verte asustada —dijo Nero, y era la primera vez que Serina oía su voz suave y calmada, que le caló hasta los huesos—. La barca llegará pronto y la quiero llena de soldados. El incendio está levantando una columna de humo de más de treinta metros. El Superior la verá y comprenderá que algo va mal. Enviará tropas a investigar y os matarán a todas.

Serina notó que se le cerraban los pulmones, que sus órganos y sus huesos se hacían añicos, aplastados por la desesperación.

Una señal de humo.

De treinta metros de altura. Y a plena luz de día.

—Pero sí. De todas formas, también voy a llevarme las armas —añadió Nero, entrando en la habitación—. Y te mataré personalmente.

Su sonrisa era como de salón de baile: educada y superficial. Una máscara, como muchas de las que había tenido que esbozar Serina. Pero, con todo, incapaz de esconder la maldad que había debajo.

Se abalanzó sobre ella y Serina hizo lo único que podía: levantó el arma y disparó.

No había manera de saber si la pistola estaba cargada, y sus dotes para disparar carecían de importancia. El blanco estaba a poco más de medio metro de distancia, con los brazos extendidos para bloquearla. La bala salió del arma con un rugido, impulsándola hacia atrás, y se incrustó en el vientre de Nero, que retrocedió un paso, tambaleándose.

Serina volvió a disparar.

La mitad del cuello de Nero desapareció.

Y su cuerpo fue derrumbándose poco a poco. Serina observó la escena entre la humareda. Percibía los latidos de su corazón en las sienes, una percusión que no iba con la rapidez adecuada. Bum, bum... bum. Se le nubló la visión. El humo, la muerte..., estaba a punto de desmayarse.

Diego irrumpió en la habitación.

Serina intentó disipar la oscuridad en la que se estaba sumiendo. Diego cogería las armas. Le acercaría las manos al cuello y la ahogaría entre sus dedos en vez de hacerlo con su trenza. Diego...

Pero este no llegó a tocarla jamás.

Ámbar entró casi volando, portando en cada mano un tosco cuchillo largo, y con expresión concentrada y vengativa, se abalanzó sobre Diego, dio una vuelta y el hombre cayó al suelo.

Serina abrió la boca, pero fue incapaz de emitir sonido alguno.

Manteniendo la calma, Ámbar limpió la sangre de los cuchillos en la camiseta de su víctima. El cuerpo de Diego se convulsionó.

Pero Ámbar ni tan siquiera pestañeó.

Serina dejó caer los brazos a los costados, sujetando aún la pistola entre sus dedos entumecidos.

—Fueron ellos los que iniciaron el incendio —dijo con voz ronca.

—Tenemos que salir de aquí. El fuego está a punto de llegar —fue lo único que replicó Ámbar.

Serina cargó con las armas que había dejado caer al suelo. Ámbar cogió las que pudo. No eran ni mucho menos todas las que tenían almacenadas.

—Ordenaré que suban a recoger el resto.

—No hay tiempo —dijo Ámbar, cruzando la puerta.

Fuera, la humareda era ya tan densa que se hacía prácticamente imposible respirar. Serina tosió, pensando que habría hecho bien en subirse antes la camiseta para cubrirse la boca y la nariz. Ahora ya era demasiado tarde, tenía las manos ocupadas con las armas y la munición.

Bajaron corriendo la escalera y llegaron a la planta baja. Serina contuvo un grito.

Los árboles que flanqueaban el hotel estaban en llamas.

Entre el humo se vislumbraban algunas figuras. De pronto, notó unas manos que tiraban de ella.

—Ay, Val.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Val tiró de ella hacia la parte posterior del hotel, abriéndose paso entre la maleza en dirección al recinto de la cárcel, y le cogió la mitad de las armas que llevaba en las manos.

—Vamos. ¡Corre!

—El resto de las armas aún está... —intentó decir Serina, pero le sobrevino un ataque de tos.

Empezaba a anochecer, y la oscuridad hacía que el crepitar y el rojo de las llamas resultasen más aterradores si cabía. No quedaba aire limpio que respirar, solo humo, calor y confusión.

—Ahora no podemos pensar en las armas —respondió Val con firmeza.

Pero su voz avanzaba como una rueda de carro a través de un terreno embarrado y apenas se oía.

Serina tropezó. Val le cubrió la cara con un retal húmedo de tela. Aquello le sirvió para respirar un par de veces sin tener la sensación de que unas manos abrasadoras la agarraban por el



cuello. El mundo había quedado reducido a la ceniza caliente que se le acumulaba en la nariz, el calor del peligro abrasándole la piel y el rugido leonino de las llamas.

Ansiaba volver la cabeza para ver si los seguía Ámbar y lo que sucedía con las otras figuras que había visto entre el humo. ¿Habría salido ya todo el mundo? ¿Estarían más seguras en el recinto de la cárcel?

¿Y si las había enviado hacia una trampa mortal en lugar de un refugio?

Llegaron por fin a la verja de hierro. Val le hizo cruzar una puerta que Serina no había visto nunca, en el lado opuesto del edificio, lejos de la zona más cruenta del incendio. El resto de las mujeres los siguió al interior.

El ambiente en el interior estaba cargado y caliente, pero la neblina reinante no tenía nada que ver con la gruesa capa de humo de fuera.

Serina cayó de rodillas, tosiendo, abrazando las armas contra su pecho. Ámbar también había conseguido llegar con vida, y se había dejado caer al suelo, tosiendo, junto a ella.

Cuando se hubieron recuperado un poco, Val las guio hacia una estancia alargada, un comedor. Una multitud de mujeres llenaba por completo el espacio, sentadas a las mesas o deambulando de un lado a otro, recorriendo un perímetro de paredes desprovistas de ventanas.

Serina, Val y Ámbar se liberaron del cargamento y dejaron con cuidado las armas y la munición en una mesa apartada. Solo habían podido salvar siete.

Serina examinó con la mirada el gentío para intentar localizar a Anika. Estaba en el otro extremo. Una chica estaba curándole las espantosas quemaduras que tenía en los antebrazos. No era la única herida. Había chicas llorando por todas partes, tosiendo, con lesiones en los brazos, las mejillas, las manos.

Tiró del brazo de Val y lo sacó de la estancia.

—¿Está aquí todo el mundo? —le preguntó, con la voz ronca y la garganta dolorosamente irritada.

Val la tomó por ambas manos y le acarició la piel cubierta de hollín como si no pudiese creer que estaba tocándola, que Serina estaba allí, un impulso que ella comprendió perfectamente.

—Hemos perdido a dos chicas —le reveló apesadumbrado—. Nos hemos quedado atrapados por el fuego y no nos ha quedado otro remedio que intentar llegar hasta la costa y desplazarnos por las playas y los acantilados. Una se cayó al agua y la otra se asfixió con el humo, se desplomó sin más. Diego y Nero han sido muy listos. Esperaron a que soplara viento del norte. Creo que prendieron fuego en distintas partes, creando una línea recta a través de la isla. Su intención era destruirlo todo.

—Nero dijo que el humo serviría como señal. —Serina presionó con fuerza las manos de Val—. No tengo ni idea de si todas las chicas que estaban en el hotel han conseguido salir de allí. Ha habido mucha confusión, gente corriendo por todas partes...

—He echado un vistazo cuando he vuelto al hotel, aunque no he dispuesto de mucho tiempo —dijo Val—. Cuando os he localizado a Ámbar y a ti, el fuego ya estaba muy cerca y hemos tenido

que huir.

—La mayoría de las armas sigue allí. No sé si podremos salvarlas.

Serina estaba agotada. Tenía los pulmones llenos de ceniza y le costaba respirar.

—Cuando el fuego haya pasado de largo, iremos a comprobarlo. —Val le acarició el cabello con una mano ennegrecida—. No sabes cuánto me alegro de que estés bien —murmuró, inclinándose para acercarle los labios a la frente, un gesto que fue más un suspiro que un beso.

Serina respiró hondo con mucho esfuerzo. La verdad empezaba a asentarse en su pecho, negra y asfixiante como el humo.

—Asa verá la humareda. Sabrá que algo va mal. No enviará la barca habitual, sino un ejército entero. Y hemos perdido prácticamente todas las armas. No tenemos nada con lo que luchar contra él.

Val le acarició la espalda con cariño.

—Lo sé.

## DIECIOCHO

### NOMI

Nomi se despertó envuelta en una oscuridad intensa y aterciopelada y con el calor sedoso del cuerpo de Malachi pegado al de ella. Por lo visto, mientras dormía, se había acurrucado contra él, había acomodado la cabeza en su hombro, extendido los brazos sobre su pecho y entrelazado las piernas con las suyas. La impregnaba su olor, un aroma a agua de mar, a sudor, a especias picantes. Se quedó paralizada y concentró todos sus sentidos en el lento sonido del corazón de Malachi, justo debajo de su mejilla. Respiraba con regularidad, profundamente. Seguía dormido.

Le daba miedo moverse, despertarlo. Y la sensación que desprendía Malachi era tan cálida, tan sólida, tan...

No. Pero ¿qué estaba haciendo?

Nunca podría estar con Malachi. Nunca sería su Gracia. Y la traición de Asa seguía adherida a su corazón como una película de plástico transparente, pegajosa y asfixiante. Lo que sintieran carecía de importancia. Aquello era un abrazo vacío, una promesa de nada.

Aun así, no soportaba la idea de tener que separar sus extremidades de las de él, y le estaba resultando imposible volver a conciliar el sueño. De modo que acabó cediendo a aquel momento secreto y aspiró su olor, se relajó pegada a su cuerpo, capturó aquel aliento prohibido.

Reinaba el silencio, interrumpido tan solo por la respiración rítmica de Malachi y alguna que otra coz y relincho de un caballo procedente de los establos. Nomi empezó a pensar en los soldados, que debían de estar durmiendo en sus habitaciones; pensó en Renzo; en el carruaje que llegaría al despuntar el día. El caballo volvió a relinchar.

Se movió entonces lentamente, con cuidado, en un intento de abandonar sigilosamente la cama sin despertar a Malachi. Pero a pesar de ser tan cuidadosa, él suspiró, cambió de postura y estrechó más si cabe su abrazo. Nomi adivinó el instante exacto en el que Malachi se despertó. La respiración se detuvo en seco y su cuerpo se puso rígido. Tenía una mano abierta sobre el brazo desnudo de Nomi, que se deshizo rápidamente del abrazo, feliz de saber que la oscuridad impedía ver lo ruborizada que estaba.

—Tenemos que irnos —dijo Nomi en voz baja, introduciendo los pies en las incómodas botas y maldiciendo para sus adentros cuando el contacto reventó una de sus ampollas.

—Aún es de noche. Vuelve a la cama —murmuró Malachi, con un gruñido grave que fue como una caricia para Nomi—. El carruaje no llegará hasta dentro de un montón de horas.

—No vamos a esperar el carruaje —replicó Nomi, lanzándole sus botas—. Vamos a robar un

caballo.

Volaban.

Nomi se sujetaba con fuerza a la áspera crin que le fustigaba la cara. El torso de Malachi le presionaba la espalda y la envolvían sus brazos, que sujetaban las riendas. Aun estando a tanta distancia del suelo, se sentía segura. Y a pesar de que la mañana era fría, la proximidad del cuerpo de Malachi mantenía al rojo vivo sus mejillas y las puntas de sus dedos.

La oscuridad y el viento pasaban a toda velocidad. El caballo del ejército que habían robado («No es exactamente un robo —había dicho Nomi mientras bajaban sin hacer ruido por la escalera—. Tú eres el Heredero, de manera que tanto este caballo como esos soldados están a tu servicio.») era grande y rápido. Galopaban hacia el amanecer, como los corredores del Premio Belaria, y Nomi estaba disfrutando del momento. Siempre se había preguntado qué se sentiría al montar a caballo. Y nunca se había imaginado que pudiera ser tan peligroso, tan emocionante.

Llegaron a los alrededores de Lanos justo al amanecer. Malachi tiró de las riendas para poner el caballo al paso y enderezó la espalda. Nomi siguió su ejemplo. Tenía la piel de las mejillas cortada por el viento y su cuerpo era un remolino de terminaciones nerviosas electrificadas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Malachi.

La emoción de la cabalgada se esfumó rápidamente y el temor por lo que hubiera podido sucederle a Renzo reapareció. Nomi señaló la capa de humo oscuro como el carbón que se cernía sobre la silueta lejana de las montañas.

—A la calle de la Fábrica.

El estómago le dio un vuelco. Cada vez que aspiraba un poco de aquel aire tan contaminado de Lanos era como una bofetada de nostalgia. Llevaba solo unos meses ausente. Parecían años. Parecían vidas. Ella era ahora una persona nueva, pero la ciudad no había cambiado.

Cuanto más se acercaban a la calle de la Fábrica, a la pequeña y oscura casa donde vivía su familia, más se le aceleraba a Nomi el latido del corazón. Temía por Renzo, temía no poder encontrarlo. Estaba a punto de volver a ver a sus padres. A su madre, que, a pesar de sus duros consejos, le daba siempre abrazos cálidos y reconfortantes. Y a su padre, que, a regañadientes, en un momento de intimidad que habían podido disfrutar antes de subir al tren que la llevaría a Bellaqua, le había confesado que la echaría de menos.

Los cascos del caballo emitían un sonido metálico al chocar contra los adoquines. Llegaron por fin a la *piazza* central y Nomi recordó la imagen de Serina delante de la fuente, junto con las demás aspirantes a Gracia de Lanos. Recordó con brutal claridad al *signor* Pietro pronunciando el nombre de su hermana, el nudo que se le hizo en el estómago por la rabia que sintió en aquel momento.

Le indicó a Malachi cómo llegar hasta su calle. Estaba viendo la suciedad, las manchas de óxido y el hormigón resquebrajado con nuevos ojos, con los ojos del Heredero. Llegar hasta el

portal de su casa les llevó una eternidad y, al mismo tiempo, solo un instante.

Malachi, en estado de alerta y rastreando la calle con la mirada, se apeó del caballo y la ayudó a bajar. Era temprano, pero pronto empezaría el barullo de los desplazamientos hacia el lugar de trabajo, las caminatas de los obreros hacia las fábricas. Sus padres saldrían de casa en cualquier momento.

—No hay rastro de soldados —murmuró Malachi.

Y justo cuando dijo eso, se abrieron las primeras puertas y salieron a la calle los hombres y las mujeres más madrugadores. Malachi ató el caballo a una farola y se volvió hacia Nomi.

Aspirando una bocanada de aquel aire cargado de carbonilla, llamó al timbre.

¿Le daría un abrazo su padre cuando abriera la puerta? ¿Le concedería la oportunidad de explicarse?

¿Qué pensarían sus padres cuando vieran al Heredero, supuestamente muerto, vivo y acompañándola?

Esperó un buen rato, pero su padre no abrió la puerta. Malachi le posó la mano en la espalda.

Intentó abrir. El pomo cedió sin problemas y se preguntó por qué no habrían cerrado con llave. Normalmente lo hacían.

—¿Papá? —dijo nada más entrar—. ¿Mamá?

Las palabras se quedaron atrapadas en su garganta, envenenándola casi.

El salón estaba patas arriba. Sillas rotas, la mesa tumbada, platos hechos añicos por el suelo. Y dos cuerpos.

Dos cadáveres, destrozados, como los platos.

Nomi cruzó corriendo la estancia, tropezó con la alfombra y cayó en el suelo justo delante del cuerpo inmóvil de su madre. Tenía que haber a buen seguro sangre seca en la alfombra. Tenía que haber heridas, y oscuros y cruentos pedazos de carne y hueso, pero Nomi no vio nada de todo aquello. Lo único que podía ver era el tejido azul celeste del vestido de su madre, el cálido color castaño de su cabello.

Tenía que oler a muerte y a podredumbre.

Nomi se inclinó sobre su madre y rompió a llorar.

Dos cadáveres.

Se obligó a levantar la cabeza. El otro cuerpo. ¿Sería de...?

Era el de su padre, no el de Renzo.

Descubrir aquello no fue reconfortante, sino que añadió más pesar, más dolor, una sensación que se acumulaba en su pecho hasta impedirle respirar.

Sus padres estaban muertos.

Muertos.

Igual que el padre de Malachi.

¿Los habría torturado Asa personalmente? ¿O habría dejado que fueran sus soldados quienes hicieran el trabajo sucio mientras él se entretenía en el *palazzo* con sus nuevas Gracias?

¿Dónde estaba Renzo?

—Nomi —dijo Malachi en voz baja. Se encontraba justo detrás de ella—. Lo siento muchísimo. Supuse que interrogarían a tus padres, pero jamás imaginé que... jamás se me pasó por la cabeza que Asa fuera a ordenar que...

Nomi lloró con más intensidad.

Malachi se acuclilló a su lado y la abrazó. Durante un buen rato, Nomi se sumergió en la oscuridad, en el horror, en el dolor. Malachi se separó de ella unos instantes y regresó para volver a abrazarla.

—He mirado en las otras habitaciones. Tu hermano no está aquí —confirmó por fin—. Existe alguna posibilidad de que siga con vida. Tenemos que encontrarlo.

—¿Qué te lleva a pensar que Asa no ha dado ya con él? —preguntó Nomi, con la voz rota. Con el corazón roto. Se deshizo del abrazo de Malachi y la estancia empezó a dar vueltas a su alrededor con una claridad espeluznante—. Asa ha... ha matado a mis padres. No puedo... no...

Serenarse era imposible.

Y entonces vio una cosa que le llamó la atención, que detuvo el remolino en el que se había sumergido su cerebro. Un libro, colocado exactamente en el centro del salón. Estaba abierto. Sin ninguna página arrancada, a diferencia de los demás. Sin manchas de sangre.

Nomi gateó por la alfombra ensangrentada hasta alcanzarlo.

¿Por qué permanecía intacto?

Cuando vio lo que era —«El libro de las leyendas, la razón de todo esto, ay, por favor, que alguien me ayude»—, se formó un gemido en su garganta. Qué crueldad.

Estaba abierto por la primera página, «Los pájaros del amor».

«Mucho antes de que nacieran los antepasados de nuestros antepasados, aquí no había nada.»

Y debajo de Nomi tampoco había nada. Estaba cayendo en la oscuridad.

—Mira —dijo Malachi, agachándose a su lado y señalando una débil mancha de tinta que había en la esquina de la página.

Nomi acercó el libro a la luz que se filtraba a través de las ventanas cubiertas de polvo.

«La luna ama a un hombre, y un pájaro está a punto de morir. Un tatuaje y un fantasma, y una hermana que miente.»

Era la letra de su hermano, apresurada y apretada, unas palabras minúsculas escritas al lado de los caracteres impresos en la página.

—¿Qué significa? —preguntó Malachi—. ¿Se trata de una pista?

De entrada, Nomi había dado por sentado que la presencia del libro era un mensaje de Asa. Pero aquello estaba escrito por Renzo. Era uno de sus acertijos.

«La luna ama a un hombre, y un pájaro está a punto de morir. Un tatuaje y un fantasma, y una hermana que miente.»

Mencionaba las historias que contaba el libro: los pájaros del amor, la luna y su amante, la mujer tatuada que se vengó desde la tumba. No era una pista. No significaba nada más, nada...

Le vino de repente a la cabeza un recuerdo curioso, en el que no pensaba desde hacía mucho tiempo. Renzo y ella tenían doce años y acababan de leer por vez primera el libro de las leyendas. Habían tenido la brillante idea de vestir a Nomi con ropa de niño y bajar sigilosamente al río una noche de luna llena para intentar atraer el cariño de la luna. Una tontería...

Pero habían conseguido llegar al río, recogiendo a Luca, el mejor amigo de Renzo, por el camino. Habían llegado a la orilla y se habían quedado contemplando la luna y contando historias de fantasmas. Renzo había convencido a Luca de que Nomi era un primo lejano que se llamaba Felicio. Nomi había mentido descaradamente y había representado su papel y le había contado a Luca que tenía un tatuaje que le cubría toda la espalda. ¡La de historias que habían contado aquella noche! Hasta que había aparecido un agente de la policía y habían corrido a esconderse debajo del puente, entre la hierba crecida. Nomi había acabado con los pantalones completamente empapados y Luca había estado a punto de caer al río, gritando como un endemoniado hasta que Renzo había conseguido tirar de él y depositarlo en terreno seco.

A Nomi se le aceleró el corazón. ¿Era posible que Renzo estuviera pensando en aquella noche? ¿Cómo se le podía haber ocurrido que ella acabaría encontrando aquello, leyéndolo? ¿Cómo?

Pero al menos era algo. Y el olor, la sangre seca, la realidad, estaba empezando a calar. Y por ello estaba dispuesta a agarrarse a cualquier clavo ardiente de esperanza.

—Creo que sé lo que significa —dijo al fin—. Tenemos que irnos.

Malachi la ayudó a levantarse. Nomi miró con impotencia a sus padres.

—No puedo... no podemos dejarlos así. Habría que incinerarlos; no deben quedarse aquí, de esta manera...

—Lo sé —dijo con delicadeza Malachi—. Pero en estos momentos no podemos ayudarlos. Los soldados de Asa podrían estar vigilando la casa, en cuyo caso estaríamos corriendo peligro en estos momentos, y aunque no estuvieran al acecho, no podemos llamar al magistrado. Enseguida se daría cuenta de que aquí hay juego sucio. Nos interrogaría. Tenemos que encontrar a tu hermano.

Malachi tenía razón. Nomi lo sabía. Y se le llenaron los ojos de lágrimas cuando se marcharon de allí, con el libro de las leyendas sujeto contra el pecho. Cruzó la puerta y echó a andar, olvidándose del caballo.

—Nomi —dijo Malachi, tirando de ella.

Cogió el libro y lo guardó con cuidado en la única bolsa que tenían. La ayudó a subir al caballo. La calle estaba ya concurrida y la gente se quedaba mirándolos con curiosidad.

De pronto, un miedo repentino traspasó la neblina de confusión en la que estaba sumida Nomi. ¿Qué sucedería si alguien la reconocía? Había pasado la mayor parte de su vida encerrada en la casa, pero su padre invitaba a menudo a cenar a compañeros de trabajo. ¿Cómo explicaría su presencia en la ciudad? ¿Qué diría si le preguntaban por sus padres? Lo más probable es que alguien se estuviera cuestionando por qué no habían acudido a trabajar. ¿Cuánto tiempo llevarían abandonados y pudriéndose?

¿Y los soldados de Asa? ¿Seguirían por allí? ¿Vigilando? ¿Esperando?

—Acelera, Malachi —susurró, con la garganta en carne viva de tanto llorar.

Este espoleó al caballo y siguió las indicaciones que le iba dando Nomi, vigilando en todo momento la posible presencia de soldados. La chica también estaba en alerta y casi esperaba que Asa en persona surgiera del umbral oscuro de cualquier puerta, con su atractivo rostro deformado por la sonrisa diabólica de un monstruo.



## DIECINUEVE

### SERINA

El sol salió entre el humo remanente, de un magnífico color rojo sangre. El extremo sur de la isla había quedado prácticamente destruido. Aún había pequeños focos del incendio, pero el grueso del desastre se había extinguido solo. Parte del Hotel Desgracia permanecía en pie, pero el ala donde estaban guardadas las armas se había derrumbado. Val imaginó que el fuego habría prendido la munición y provocado una explosión. Serina estaba junto a los escombros, superada por las circunstancias. Zorro y Rama inspeccionaban los restos de hormigón, pero no habían encontrado ni armas que salvar, ni mujeres heridas que rescatar; solo cadáveres. Nero y Diego habían quedado reducidos a polvo. Y un par de chicas también habían perdido la vida.

Acantilado dio un puntapié a un fragmento de ladrillo.

—¿Y ahora qué vamos a hacer?

Tenían poca comida, pocas armas, y la isla se había vuelto casi inhabitable; el agua del arroyo bajaba cargada de ceniza y la mayoría de los limoneros eran troncos carbonizados. La parte norte de la isla no había sufrido daños, pero allí no había nada con lo que poder alimentarse. Si la barca se retrasaba unos días más....

Anika llegó corriendo por el camino.

—¡Gracia! —gritó.

Serina se volvió al instante.

—Ya vienen —anunció con voz grave.

Serina no sabía cómo sentirse. La llegada de la barca era una oración respondida y también un maleficio, justo en el momento en que estaban recuperándose y haciendo inventario de los daños.

—¿Cuántas barcas hay? —preguntó.

¿Sería una de las habituales o habría visto Asa el incendio y habría enviado de inmediato un grupo de soldados a investigar?

—Solo una, por lo que se alcanza a ver —respondió Anika—. Tenemos poco tiempo para los preparativos.

Serina respiró hondo. Por la mañana, al abandonar el recinto, no había visto más que caras desanimadas y asustadas. Todas sabían que habían perdido la mayoría de las armas. Todas sabían que no había agua, que la comida era escasa y que pronto llegarían los soldados del Superior.

Pero había solamente una barca.

—Convoca a todo el mundo delante del edificio —dijo—. Incluso a las vigías.

Anika dio el aviso a las demás.

Bajaron corriendo el sendero, esquivando los cadáveres humeantes de los árboles. Serina llegó al recinto de la cárcel y se quedó fuera mientras Anika seguía sus instrucciones. Esperando, aprovechó aquellos momentos para cerrar los ojos y respirar.

Anika actuó con rapidez. El claro se llenó enseguida de mujeres.

Val también salió corriendo del edificio y se reunió con Serina.

—Tenemos siete armas que funcionan correctamente, con munición suficiente para que cada una de ellas pueda realizar unos diez disparos.

—No es mucho —dijo Serina descorazonada.

—No, no lo es —replicó Val—. Pero si posicionamos a las tiradoras en los acantilados como teníamos planificado, debería ser suficiente.

Serina miró a las mujeres, en su mayoría sucias, agotadas, con la cara cubierta de hollín, tristes. La derrota era palpable. Maris estaba apoyada en el hombro de Helena. Ámbar se había situado al fondo, con las manos unidas en la espalda, inexpresiva. Zorro movía la cabeza con un gesto de preocupación y tenía la mirada clavada en el suelo ennegrecido. Serina se fijó en otras caras que le resultaban familiares: Garra, la mujer mayor de la Cueva que se había presentado explicándole a Serina que en su día le había arrancado los ojos a un hombre; Espejo, con su pelo de pincho tizado de hollín; Esquirra, una de las tiradoras; Temblor. Ninguna de ellas la miraba a los ojos.

—¿Sabéis una cosa? —empezó Serina, alzando la voz para que todas pudieran oírla—. Cuando llegué aquí, uno de los primeros nombres que me dieron fue el de Chica Muerta. —Miró de reojo a Val, que tuvo el detalle de sonreírle para animarla—. Pero luego Oráculo me llamó Hierro. Me dijo que la moneda de esta isla era la fuerza. Me dijo que tendría que luchar. Yo no tenía ni idea de cómo pelear..., lo único que me habían enseñado a lo largo de toda mi vida era a ser una mujer blanda y dócil. Obediente. Sumisa. Bonita. —Arqueó su dolorido cuerpo para hacer una reverencia exagerada. Varias mujeres levantaron la vista para mirarla, algunas bocas esbozaron un mohín—. Pues ya no soy bonita. Ni siquiera soy de hierro, porque el hierro es fuerte pero quebradizo, inflexible. Y a veces hay que ser moldeable. A veces hay que adaptarse.

Señaló a la destrucción que tenía a sus espaldas.

—Nero y Diego quemaron el único lugar donde nos sentíamos seguras. Mataron a nuestras amigas. Destruyeron la mayoría de nuestras armas. Y alertaron al Superior de que algo iba mal en la isla. Todo lo cual es cierto, y negativo. Pero Nero, Diego y los demás carceleros han pagado con su vida. Nunca conseguirán salir de Monte Ruina. Nosotras sí. Todavía tenemos armas. Pocas, es cierto, pero nos tenemos también a nosotras. Tenemos los cuchillos que hemos fabricado y nuestras lanzas, también nuestros puños y nuestra fuerza. Tenemos nuestra propia moneda. Nos hemos ganado la salida de esta isla. Hemos redimido nuestros pecados y los de los hombres que nos trajeron aquí. Hemos pagado nuestras deudas.

La voz de Serina retumbó en el silencio. Ya nadie miraba el suelo.

—Apostaremos ahora mismo a las tiradoras en los acantilados. Les daremos toda la munición de la que disponemos. Y el resto esperaremos al principio del camino, fuera de la vista. Cuando se agoten las balas, llegará nuestro turno. —Miró una vez más a Val, fijamente—. Porque me niego a ser una chica muerta.

Un grito unánime recorrió la multitud.

—¡Vamos a irnos de esta isla! —vociferó Serina.

Y hubo un rugido de réplica.

—En marcha —dijo, dirigiéndose a Anika y a Val, que la flanqueaban.

La chica asintió y gritó entonces:

—¡Vamos a cobrarnos nuestra deuda!

Las mujeres de Monte Ruina levantaron las voces y los puños. Serina ya no veía derrota. Veía desafío.

Cuando recogieron las armas del interior del edificio y se pusieron en marcha en masa hacia el muelle, el sol ya había salido por completo y la barca casi había llegado. Val entregó las armas a las mejores tiradoras, incluyendo entre ellas a Maris, que, con la barbilla bien alta, dio un paso al frente junto con las demás.

—Gracias —dijo Serina—. Gracias por formar parte de todo esto.

A la joven le temblaban los labios, pero sus ojos oscuros mantuvieron la mirada de Serina.

—Si tengo que matar a más gente para que Helena esté sana y salva, para protegernos de Asa, lo haré.

Serina asintió.

Helena abrazó a Maris, enredando los dedos entre la cortina negra de su cabello, y la besó. Cuando se separaron, la piel marfileña de Maris estaba sonrosada y le brillaban los ojos.

—Te quiero —dijo Helena.

Maris sonrió.

—Y yo a ti.

El resplandor que emitía Maris le recordó a Serina que tenía que decirles a las tiradoras que se oscurecieran la piel para no destacar sobre las rocas del acantilado. Con tanta ceniza y carbonilla, no sería necesario buscar fango.

—Muy bien —dijo Val—. Tiradoras, a vuestras posiciones. Todo el mundo a los acantilados.

Val levantó su arma y Serina siguió el ejemplo de Helena y lo abrazó, presionando la cabeza contra el hueco de su garganta. Cuando levantó la cara, Val la besó, un beso que era una promesa, no un adiós.

«Que no sea un adiós, por favor.»

—Cuidate —murmuró Val, y se marchó para ocupar su posición.

Anika le entregó a Serina un cuchillo de confección artesanal, tremendamente afilado y con la hoja serrada.

—Con esto podrás hacer daño —dijo, con una sonrisa igualmente afilada.

—Parece que disfrutes con la violencia —replicó Serina. No es que envidiara a Anika exactamente, pero ella siempre tenía miedo. Le gustaría ser capaz de luchar sin pensárselo, sin temor a nada—. ¿Cómo consigues mantener el miedo a raya?

Anika rio, pero no era una risa alegre.

—No lo mantengo a raya ni mucho menos. Estoy aterrada.

—Pero... —empezó a decir Serina, abriendo los ojos como platos.

—Por mucho que pienses lo contrario, odio las peleas —confesó Anika—. Pero la violencia me ha salvado la vida a mí y a mis hermanas. Así que la disfruto. Si pelear... si matar me mantiene a salvo, si me da la oportunidad de conseguir que mi vida sea solo mía, de poder salvar algún día a mi familia, pues lo haré con una sonrisa.

Serina se quedó sin saber qué decir. Le presionó el brazo a Anika, solo un instante, y echó a andar colina abajo.

El improvisado ejército se detuvo en una parte del camino donde los conglomerados de lava petrificada le daban al terreno el aspecto de la superficie lunar. Serina levantó la mano y las mujeres que la seguían se detuvieron. A continuación, avanzó sigilosamente hasta divisar el muelle.

Se agachó detrás de unos matorrales para inspeccionar los acantilados en busca de las tiradoras. No vio nada. Perfecto.

La embarcación se acercaba. Estaba ya tan cerca que podía incluso oírse el sonido rítmico del motor de vapor. No veía aún la cubierta. Pero no tardaría en hacerlo.

El motor se ralentizó.

La barca se aproximó lentamente al muelle.

En la cubierta había una multitud de gente. Serina notó que el corazón le ascendía a la garganta y amenazaba con asfixiarla. Tres filas, de diez hombres cada una. No había prisioneras. No había mujeres a bordo.

Asa había enviado a sus tropas. Habían visto la señal de Nero. Las esperanzas de que aquella fuese una de las barcas habituales se esfumaron de repente. El chirrido de la lancha al chocar contra el espigón rompió de repente el silencio. Seguía habiendo humo, una neblina que otorgaba una tonalidad extraña a la luz del sol, como si la escena se desarrollara detrás de un cristal sucio.

—¿Qué hacemos? —susurró Espejo—. Son muchos.

—Seguiremos fieles al plan —respondió Serina apesadumbrada—. Primero las tiradoras. Y luego... luego lucharemos.

Serina siempre había confiado en que fuera fácil, había rezado por ello, que fueran solo unos pocos marineros, un par de carceleros. Una victoria rápida.

Las tropas saltaron a tierra. Treinta hombres sobre el muelle de hormigón, abarrotándolo. Dos se encargaron de amarrar la embarcación. No eran marineros, no tenían nada que ver con los hombres que trajeron a Nomi y a Maris desde Bellaqua. Aquellos estaban preparados para enfrentarse a cualquier problema.

Las mujeres escondidas en los acantilados iniciaron el ataque antes de que los soldados pudieran enfilarse el camino. Los disparos retumbaron entre las piedras, más potentes que el sonido de las olas al romper contra la roca.

Varios soldados cayeron allí mismo. Otros desenfundaron las armas y devolvieron los disparos.

Las armas desprendían tirabuzones de humo. La cacofonía iba en aumento.

Serina escuchaba el zumbido de su propia sangre en los oídos. Sus chicas, Val..., estaban allí arriba. Eran blancos fáciles. Rezó para que los acantilados los mantuvieran a todos a salvo, para que los hicieran invisibles.

Las balas resplandecían. Varias rebotaron contra el hormigón, dejando su huella. Las rocas que sufrían impactos rodaban hacia el muelle.

Cayeron más soldados. Serina intentó contarlos. Cuatro cuerpos, no, tal vez seis. ¿Diez? El humo y el caos la cegaban. A su lado, Espejo temblaba de nervios.

Serina sujetaba el cuchillo con mano resbaladiza. Era un arma minúscula en comparación con las balas y la fuerza bruta. Pero detrás de ella, la cantidad de mujeres agazapadas y a la espera era superior al número de soldados que tenían delante. Y aquella barca significaba la libertad.

Los disparos de los acantilados fueron menguando. Hasta detenerse en seco.

Se habían acabado las balas.

Serina tragó saliva. Quedaban al menos quince soldados en pie. Tal vez más. Y cargados de munición.

Los hombres del muelle se dieron cuenta enseguida de que habían dejado de ser un blanco. Se quedaron a la espera, inmóviles.

Serina levantó el cuchillo y gritó.

## VEINTE

### NOMI

Nomi se sujetó con fuerza y con ambas manos a la crin del caballo, mareada tanto por la altura como por el dolor que fustigaba su pecho.

—A partir de aquí tendremos que ir andando —dijo, en cuanto llegaron a la calle que había justo delante del río.

Nomi confiaba en que Renzo estuviera relajándose en una playa de Azura o de cualquier otro país lejano. No soportaba la idea de encontrárselo muerto, como acababa de ver a sus padres. Si no estaba en el río, ¿podía suponer que había corrido un destino mejor? ¿Que se había salvado? ¿O la acompañaría eternamente aquella sensación de aturdimiento que se había apoderado de ella y que le paralizaba las manos, la lengua y el corazón?

—¿Nomi? —dijo Malachi.

Ella era incapaz de responder.

Sus padres estaban muertos.

Malachi ató el caballo a la barandilla de hierro que había junto al río. Nomi ni le prestó atención. Estaba inmóvil, sujetándose al frío metal, intentando orientarse. ¿Dónde estaba el puente? ¿Dónde se situaron aquella noche, bajo la luz de la luna, cuando las historias sobre fantasmas brotaban sin cesar de sus bocas?

¿La perseguirían para siempre los fantasmas de sus padres?

La caricia del sol era incapaz de iluminar el verde turbio del río. Nomi, destrozada por el dolor, miró fijamente los remolinos que formaba el agua. Tenía que ponerse en movimiento. Tenía que encontrar el puente. Pero luchar contra el presentimiento de que todo aquello era improductivo resultaba muy difícil y, por ello, todo lo que estaba haciendo empezaba a parecerle una pérdida de tiempo, una negación inútil de la verdad.

Sus padres estaban muertos. ¿Acaso no era lo más lógico que Renzo hubiese corrido la misma suerte?

—¿Es aquí, Nomi? —preguntó Malachi—. ¿Crees que tu hermano ha venido aquí?

—No —respondió ella débilmente. Volvió a mirar a su alrededor: la orilla del río estaba repleta de establecimientos, cafeterías y panaderías en su mayoría. A su derecha, pasada una carnicería y la tiendecilla de un relojero, un puente de piedra cruzaba el río—. Allí. Por allí.

Echó a andar hacia allá, ignorando por completo la mirada de extrañeza del hombre de pelo blanco que estaba parado enfrente de la puerta de la carnicería. A lo mejor la había mirado así

porque estaba muy pálida, o porque tenía la cara desencajada. A lo mejor lo había hecho porque no le había gustado que caminase por delante de Malachi o que no inclinara la cabeza al pasar por su lado. A lo mejor la había reconocido.

No le importaba en absoluto.

Malachi comprendía cómo se sentía, puesto que en ningún momento intentó adelantarla ni llamarla para que aminorara el ritmo. Llegaron al puente en pocos minutos. Una escalera de piedra, resbaladiza y cubierta de musgo, descendía hasta la fangosa orilla. La sombra que proyectaba el puente ocultaba lo que pudiera haber debajo, si acaso había algo.

—Espera —dijo Malachi, agarrándola por el brazo—. Déjame ir a mí primero. Esto resbala, te podrías caer.

Nomi se detuvo. Sabía que algo iba mal; había dejado de sentir el cuerpo como suyo y su cerebro se había sumido en una neblina que no la dejaba pensar. Apenas era capaz de hablar, ni de moverse. Debía de ser similar a haber sido envenenada.

Pensó en el malvado cardenal que murió asesinado por la reina Vaccaro. ¿Se habría sentido así, como si las extremidades se estuvieran separando de su cuerpo, una a una, hasta no quedar nada?

Nomi siguió a Malachi por la escalera. Sí, se acordaba de todo aquello. De pronto, recordó con claridad la noche que se escapó hasta allí con Renzo y con Luca: la luna reflejada en el agua, el terreno resbaladizo de la orilla, el sonido de la voz de Renzo contando historias de fantasmas.

Pero esta vez, entre aquellas sombras no había nadie.

Malachi le posó una cálida mano en la espalda.

—Hay más lugares donde podría estar.

—¿Como las mazmorras de Asa?

Nomi se apartó del contacto para acercarse a la orilla. El suelo estaba fangoso y resbaladizo.

—Me dijiste que escribiste a tu hermano utilizando la dirección de un amigo. ¿Y si buscamos allí? —sugirió Malachi—. ¿Crees que ese amigo podría estar dándole cobijo?

Nomi fijó la vista en la ondulación del agua al alcanzar la orilla.

—¿Y si han matado también a Luca y su familia?

—De ser así, lloraremos su pérdida, Nomi. Pero aún hay esperanza.

Nomi se volvió de repente hacia Malachi.

—Mis padres están muertos. ¿Cómo puedes hablar de esperanza?

Ya no le quedaban lágrimas. Pero acababa de encontrar algo en aquel vacío, en aquella neblina. En lo más profundo de su ser: la llama de una vela que aumentaba de tamaño, que ardía cada vez con mayor intensidad.

Su rabia iba en aumento a cada instante que pasaba.

Asa había hecho muchas cosas espantosas. Había matado a sus padres, y probablemente también a su hermano. El dolor de Nomi era ahora afilado como un cuchillo, e igual de peligroso.

—¿Nomi?

Ella levantó la vista. A los pies de la escalera, iluminada por la espalda por el vacilante sol de la mañana, se vislumbraba una figura que conocía tan bien como la suya.

Sus enormes botas resbalaron en el fango en cuanto corrió para alcanzarlo.

Renzo.

—¡Renzo! ¿Eres tú? ¿Estás bien? —prácticamente gritó.

Le acarició las mejillas, su nariz torcida, la raída chaqueta de lana, que olía a libros viejos y a pan recién horneado.

Las preguntas de Renzo se solapaban con las de ella.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo me has localizado? ¿Estás bien? Ay, Nomi, estaba tan preocupado...

La chica se apartó un poco para poder examinarlo bajo la escasa luz.

—¿Has ido a casa?

El rostro de Renzo se cubrió de tristeza.

—Sí... llegué demasiado tarde. ¿Has ido tú también?

Nomi hizo un gesto afirmativo y notó que se le cerraba la garganta.

—Pero ¿cómo me has encontrado? —preguntó Renzo—. He tenido muchísimo cuidado..., he intentado no dejar rastro. Pensé que aquí estaría seguro...

—He visto tu nota en el libro de las leyendas —lo interrumpió Nomi—. Me acordé de que había estado aquí contigo.

Renzo abrió los ojos como platos.

—Ese mensaje era para Luca. ¿Lo has visto? Temo que Asa vaya ahora a por él. Pasé por su casa tan pronto llegué a Lanos, pero se ha marchado a la costa con sus padres.

—No lo he visto —dijo Nomi.

Lo abrazó con fuerza, una y otra vez, para confirmar que era de verdad. Que no era un fantasma.

—Estás aquí. Estás vivo. —Seguía con el corazón roto, aunque una pequeña parte empezaba a reconstruirse lentamente—. Lo siento mucho, Renzo. Jamás pretendí implicarte en todo esto. No fue mi intención...

Imposible continuar. Detrás de ella, Malachi carraspeó levemente.

—Emi... Eminencia. —Renzo, con los ojos abiertos de par en par, saludó con una reverencia—. ¡Está vivo!

—Siento mucho tu pérdida —murmuró Malachi.

—Y yo la suya —replicó él—. Su hermano... ha destruido muchas familias, creo.

—Hay que detenerlo —dijo Malachi con seriedad.

Renzo abrazó a Nomi con fuerza.

—No sabes cuánto me alegro de que estés bien. No sabía qué había sido de ti. Pensé... pensé que a lo mejor Asa te había matado.

—Lo intentó —dijo Nomi, con la rabia todavía impulsándola, como si tuviera en el pecho una llama incandescente que jamás se apagaba—. Me mandó a Monte Ruina. Renzo, esa isla no tiene nada que ver con lo que me imaginaba. Obligan a las mujeres a luchar entre ellas, y Serina...



Él la miró fijamente y, en aquel inmenso mar de dolor que seguía amenazando con ahogarla, Nomi encontró por fin la alegría en la posibilidad de poder comunicar una buena noticia.

—Renzo, Serina ha puesto en marcha una rebelión —le contó—. Cuando llegamos a la isla, estaba dirigida por las prisioneras, con Serina al mando. Tendrías que haberla visto, desmelenada, con la cara sucia, dando órdenes a la gente, pronunciando discursos. Jamás en la vida había visto algo tan increíble.

Renzo meneó la cabeza en un gesto de incredulidad.

—¿Serina? ¿Nuestra Serina? Pero si ella es siempre tan dulce, tan... obediente. No puedo creerlo.

—Pues es verdad. Se ha convertido en una guerrera —proclamó Nomi con orgullo.

La imagen, por increíble que fuera, agradó a Renzo y le arrancó una sonrisa. Miró más allá de Nomi.

—Y ahora ¿dónde está? ¿Ha venido contigo?

Nomi hizo un gesto negativo.

—Está con las demás mujeres, quieren pedir asilo a Azura.

—Y ¿por qué no fuiste con ella? —preguntó Renzo—. No tendrías que estar aquí, Nomi. Es demasiado peligroso.

—Malachi y yo teníamos la intención de encontrarnos con un regimiento que le es leal para ir a detener a Asa. Nunca pensé que pudiera localizarte, pero él dijo que te protegería en cuanto lo restituyéramos en el trono. Pero las tropas se habían marchado. De modo que fuimos a ver a papá y a mamá, pensando que a lo mejor tenían noticias tuyas, y...

No pudo hablar más.

Los ojos de Renzo estaban llenos de tristeza y Nomi supo que su expresión era idéntica a la de su hermano.

Ella se quedó mirándolo, estudiando sus facciones. Lo había echado mucho de menos. Veía a su madre en sus mejillas redondeadas, a su padre en la mueca de sus labios, y a sí misma en sus cálidos ojos dorados. Llevaba el cabello más largo y desgreñado de lo habitual. Nomi era quien solía cortarle el pelo.

Lo miró y lo remiró, memorizándolo.

—¿Y Asa? —preguntó Renzo.

Nomi miró a Malachi.

—Yo me encargaré de Asa —dijo él, con un atisbo de frialdad que a Nomi le recordó al Superior—. Tendrías que volver a Porto Rosa conmigo. Y desde allí utilizar la barca o comprar un pasaje en un barco mercante para ir hasta Azura. Reuniros allí con Serina. Es el único lugar donde podréis estar seguros por el momento.

Nomi no estaba dispuesta a hacer eso. La recorrió un escalofrío; pero no era un escalofrío de miedo, sino de determinación.

En vez de responder a Malachi, se dirigió a Renzo:

—¿Estás viviendo aquí? —le preguntó, observando la fangosa orilla del río y percatándose de que no había indicios de que alguien estuviera instalado allí, de que no había ningún tipo de pertenencias.

—Tengo una pequeña habitación justo encima de la tienda que hay al otro lado de la calle. Tiene una entrada trasera y una ventana desde donde controlo el río. Y a los soldados —respondió Renzo, alisando la tela de la chaqueta, tirando de los puños.

Estaba nervioso.

—¿Ha habido soldados? ¿Todavía te buscan?

Nomi no podía dejar de mirar a su hermano, sus mejillas redondeadas, sus ojos ambarinos, su cuerpo alto y robusto. «Está a salvo. Está vivo. Lo he encontrado.»

—Después de que los soldados... —Tragó saliva—. Después de que fueran a casa, siguieron vigilándola durante un par de días. Conseguí entrar por el tejado poco después de mi llegada, pero ya era demasiado tarde. Ahora ya no vigilan la casa. Pero no tengo ni idea de si es porque lo han dejado correr o porque han pagado a los vecinos para que me delaten si me ven.

Nomi tenía un nudo en el estómago. ¿Y si la habían visto a ella?

—Vámonos —dijo Renzo—. Aquí abajo hay mucha humedad. Estaremos más seguros, y también más calientes, en mi casa.

Nomi y Malachi siguieron a Renzo escaleras arriba, cruzaron la calle y se adentraron en el callejón que conducía hasta una puertecilla medio escondida detrás de un montón de cubos de basura llenos a rebosar. Nomi respiró por la boca hasta que subieron la angosta escalera del edificio y entró en el apartamento de Renzo.

Pero llamarlo apartamento quizá sería un poco exagerado. No era más que una pequeña habitación con un montón de mantas en el suelo, debajo de la ventana, una montaña de ropa en un rincón y un lavabo minúsculo separado del espacio principal mediante una cortina manchada. Del techo colgaba una única bombilla.

—El propietario es el *signor* Stefano —explicó Renzo.

Nomi abrió mucho los ojos. Conocía el nombre.

—¿El amigo de papá es el dueño de este edificio?

—Está al corriente de lo que les ha pasado —replicó Renzo, asintiendo. Se frotó los brazos, como si quisiese evitar un escalofrío—. Su intención es esperar unos días más y luego ir a visitarlos. Así los «descubrirá» y pedirá a las autoridades que les den descanso eterno. Papá acababa de visitarlo... Tiene que hacer que parezca natural y por eso hay que esperar entre visitas, para que nadie piense que le han dado un chivatazo.

Malachi se acercó a la ventana y miró hacia el puente.

—Tendríamos que irnos antes de que los descubra —dijo Malachi—. Cuanto más lejos de aquí, más a salvo estaremos.

«Ninguno de nosotros está a salvo», pensó Nomi.

Nadie lo estaría hasta que Asa no hubiera muerto.

Pero, como si se le acabara de asentar un peso enorme en el pecho, Nomi cayó en la cuenta de que la muerte de Asa se había convertido para ella en algo más que una sombría necesidad. Se había convertido en un deseo. Lo quería muerto. Quería que sufriera.

Y quería ser ella quien lo hiciese sufrir.

## VEINTIUNO

### SERINA

El grito de guerra de Serina resonó por el muelle y fue asimilado por las mujeres que se preparaban para atacar detrás de ella, hasta que los chillidos endemoniados vibraron en sus oídos y la sangre palpitó en sus sienes. Corrieron camino abajo, directas hacia los soldados.

Los hombres se apresuraron a cambiar la trayectoria de sus disparos, pero la mayoría no dispuso de tiempo suficiente para recargar y apuntar antes de que la oleada de mujeres cayera sobre ellos.

Serina intentó desconectar el cerebro, concentrarse en la memoria muscular del entrenamiento de Ámbar y en la ira de la venganza. Trató de no tener miedo.

A su derecha, Ámbar blandía sus dos cuchillos largos y su cara mostraba una expresión tan endurecida que parecía hecha de mármol. Una mancha de sangre destacaba sobre la palidez de una mejilla. Desconcertado, el hombre que Serina tenía enfrente se dispuso a aporrearle la cabeza con la pistola que llevaba en la mano en vez de disparar contra ella. Ella bloqueó el golpe con el brazo y le hundió el cuchillo en el vientre. El soldado cayó hacia delante, gritando. Serina sacó rápidamente el cuchillo y aplastó a su víctima con el pie.

El siguiente contrincante hizo una pausa de décimas de segundo antes de levantar el arma, y fue todo lo que necesitó Serina para acabar con él. A su lado, Espejo lanzó un grito delante de un soldado. El hombre abrió mucho los ojos, pero no atacó de inmediato. ¿Qué estaba esperando? Igual que acababa de sucederle a Serina, aquellos instantes de duda dieron a Espejo tiempo suficiente para preparar su ofensiva y atravesarle el cuello con un cuchillo.

Y lo mismo sucedió con muchos otros hombres: era como si los hubieran pillado desprevenidos, como si jamás se hubieran esperado aquella batalla. Tal vez no estaban preparados para enfrentarse a un enemigo femenino. Fuera lo que fuese, sus dudas, su vacilación, les estaba costando la vida.

Serina esquivó un puñetazo tímido y apuntó con su propio puño a la entrepierna de su adversario. El hombre se derrumbó y ella aprovechó para rebanarle el cuello.

Desde lo alto de los acantilados, las tiradoras las animaban. No les quedaba munición, pero un par de ellas lanzaron piedras contra los soldados situados en los extremos de la refriega. Serina vio caer al menos a un hombre como resultado del impacto de una piedra en la cabeza.

Alguien la agarró de repente por el hombro, clavándole los dedos en la herida que aún no estaba curada del todo. Notó que sus rodillas amenazaban con doblegarse. El hombre impulsó la

otra mano hacia atrás, como si fuera a arrearle un puñetazo, pero de pronto se detuvo, y la confusión quedó patente en sus facciones.

—¿Por qué sois así? —dijo tremendamente turbado—. Las mujeres no pelean.

Serina le hundió el cuchillo en el estómago y lo hizo caer al suelo.

—Pues nosotras sí —murmuró, y siguió avanzando.

La cegó entonces un destello. Se volvió en redondo, justo en el momento en el que Espejo caía de rodillas llevándose la mano al brazo. Serina vio la pistola de un soldado humeando. Helena saltó sobre él y le aporreó la cabeza con un bastón. El hombre se tambaleó y ella siguió golpeándolo una y otra vez con la madera, emitiendo un sonido hueco al impactar contra su cráneo. Cuando hubo acabado, la sangre impedía ver la cara del hombre.

Serina agarró a Espejo por las axilas y tiró de ella para incorporarla. Por debajo de las pecas, la palidez de su rostro era mortal.

—¡Ámbar! —gritó.

Levantó el brazo para bloquear el puñetazo de un soldado con expresión huraña. Ámbar apareció enseguida a su lado, con ambos cuchillos goteando sangre. Serina dio un puntapié al soldado, lanzándolo contra el abrazo asesino de su amiga.

Espejo se debilitaba entre los brazos de Serina.

—Vamos —le suplicó—. Tienes que levantarte.

Con un gemido, Espejo consiguió sostenerse en pie. Serina buscó con la mirada un espacio libre de pelea cerca de los acantilados. Ámbar las acompañó, utilizando los cuchillos cada vez que un hombre se acercaba en exceso. Serina se cansó rápidamente, pero se armó de valor y siguió avanzando bajo el peso de Espejo. La herida que tenía su compañera en el brazo no paraba de sangrar y empapó la camiseta de Serina en cuestión de segundos. Era demasiada sangre, brotando a demasiada velocidad. Serina cayó presa del pánico. Llegaron por fin a los pies del acantilado, a escasa distancia de donde se continuaba librando la pelea. Serina ayudó a Espejo a tumbarse en el desigual hormigón del suelo. Ámbar se apostó entre ellas y la batalla, con sus armas levantadas y a punto.

Serina tiró del bajo de una pernera del pantalón. Le temblaban tanto las manos que necesitó dos intentos para rasgar la tela. Espejo había recostado la cabeza contra la base rocosa del acantilado y estaba blanca como el papel. Tenía el brazo herido descansando en su regazo. La sangre seguía fluyendo, manchando de negro y rojo el uniforme azul de la cárcel. Serina examinó la herida. La bala había destrozado el antebrazo de Espejo, dejándole un orificio que llegaba hasta el hueso. Pero la bala no se había quedado alojada en la herida. Un pequeño punto a favor.

No tenía nada con lo que lavar la herida, pero aquello carecía de importancia si no lograba detener la hemorragia. Envolvió el brazo lo más fuerte que pudo con el vendaje improvisado hecho con la tela del pantalón. Espejo gritó, dejando los ojos prácticamente en blanco, pero consiguió mantener la consciencia.

—No es más que un rasguño, Espejo, un simple rasguño —dijo Serina, repitiéndolo sin cesar y

rezando para que la hemorragia se ralentizara, para que la cara de su amiga recuperase un poco el color.

Espejo soltó una risotada temblorosa.

—¿Un rasguño?

Serina le apartó el pelo de los ojos. Tenía la frente pegajosa, mucho más fría de lo que sería adecuado para el calor reinante en Monte Ruina. «No es más que un rasguño, un simple rasguño.»

Intentó convencerse a sí misma.

A sus espaldas, los sonidos de la pelea resonaban en la impresionante pared de piedra. Ámbar seguía montando guardia, pero quedaban ya pocos soldados que pudieran atacarlas.

Serina cambió de posición para poder seguir el desarrollo de la batalla.

—Vete —murmuró Espejo—. Necesitamos esa barca.

Serina hizo un gesto de negación.

—Tengo que mantener la presión sobre la herida. No quiero ser una heroína egoísta. —Abrió bien los ojos para mirar hacia la refriega—. Además, las chicas no me necesitan.

La ola de mujeres estaba barriendo el muelle y los últimos soldados que quedaban fueron capturados y engullidos bajo su violenta corriente. Cuchillos, lanzas, puños... Con su entrenamiento y su rabia, con sus armas artesanales y sus manos, las mujeres acabaron derrotando a los hombres de Asa.

Para Serina era un milagro. Y tal vez lo fuera. Pero la victoria se estaba produciendo también porque aquellos hombres no estaban preparados para enfrentarse ni a la furia ni a la organización de las mujeres de Monte Ruina. Era evidente que no se esperaban una batalla.

Y Serina y su ejército se la habían brindado.

Val y las tiradoras descendieron de los acantilados. Espejo no era la única herida de consideración, y cuatro guerreras habían perdido la vida. Los soldados formaban una montaña de cuerpos ensangrentados, cadáveres con ojos ciegos. Los escasos supervivientes, todos con heridas graves, fueron rematados. Nadie quería que otro Nero u otro Diego estropeará sus planes, teniendo la libertad tan cerca.

La embarcación se balanceaba junto al muelle y su motor seguía emitiendo vapor.

Serina se arrodilló junto a Espejo y combatió la explosión de lágrimas de alivio al ver que seguía respirando, que seguía consciente. La sangre había traspasado el improvisado vendaje del brazo, pero la hemorragia se había ralentizado. Espejo sonrió a Serina con debilidad.

—Creo que sobreviviré.

Serina le devolvió la sonrisa.

—No te quepa la menor duda.

Ámbar relevó a Serina en los cuidados de Espejo para que esta se acercase al mar a limpiarse la sangre de las manos. Examinó el horizonte en busca de la posible presencia de otra embarcación, de otro peligro. Le resultaba difícil imaginar que la amenaza hubiera tocado a su fin; que, después de todo, habían alcanzado su objetivo. Una embarcación, una vía de escape. Serina

había recibido el amanecer con espíritu de derrota, con gran parte de la isla asolada por el incendio y reducida a su lecho negro de lava petrificada. Pero ahora tenían todo lo que necesitaban.

Anika se acercó a Serina con su arma. Estaba tan estupefacta como ella.

—¿Hemos... hemos ganado?

—No parece real —replicó Serina.

No sabía qué hacer con sus manos, ahora que ya no necesitaba utilizarlas a modo de armas. Se las frotó, evaluando los moratones y la piel magullada.

Val se sumó a ellas. Aún tenía la cara cubierta del hollín que había utilizado como camuflaje.

—El Superior os ha infravalorado. Solo ha enviado treinta soldados.

—Habría preferido una barca llena de prisioneras y solo un par de hombres —replicó Serina—. Pero lo hemos conseguido.

La dentadura de Val brilló entre la negrura de su cara cuando sonrió. Serina le correspondió. Relajó los hombros, pero seguía sintiendo una fuerte tensión en el pecho y le dolía la garganta del humo y de tanto gritar. Su cuerpo se balanceó hacia el de Val, deseoso de unos momentos de tranquilidad, de un abrazo.

—Aún nos queda pendiente salir de la isla —dijo Serina, obligándose a concentrarse. Cuando llegaran a Azura, ya habría tiempo para abrazos y para momentos de tranquilidad—. Y tenemos que atender a las heridas. Lo prepararemos todo hoy y partiremos mañana al amanecer.

Anika fijó la mirada en el agua plateada y dijo, con voz de perplejidad:

—Nos vamos de Monte Ruina.

Serina levantó la barbilla.

—Sí. —Sintió una punzada de algo muy similar a la felicidad—. Nos vamos de Monte Ruina.

## VEINTIDÓS

### NOMI

Nomi encontró los libros de texto de Renzo debajo de la montaña de ropa que se había traído de casa. Acarició las tapas de piel y abrió el pequeño cuaderno de redacciones para leer lo que su hermano había escrito con su característica caligrafía inclinada.

—Dos meses más y podría haber entrado en la universidad —dijo Renzo, mirando los libros y suspirando.

—Lo siento mucho. —Nomi sujetó el cuaderno contra el pecho—. No tendría que haberte implicado en todo esto. De no haberlo hecho...

Se le quebró la voz. La imagen de los cuerpos de sus padres era una presencia constante e implacable en su cabeza. Jamás conseguiría librarse de ella, ni de la rabia asesina que Asa le inspiraba.

Sabía que había cometido errores —como confiar en él, como escribir a Renzo—, pero era Asa quien había cometido el asesinato pues era quien había ordenado la muerte de sus padres.

Era Asa quien se merecía morir.

—¿Cuánto tiempo nos llevará cruzar a Azura? —preguntó Renzo, tomando asiento en las mantas que había debajo de la ventana—. ¿Llegará antes Serina?

—Confío en que ya esté allí, sana y salva —respondió Nomi.

Tomó también asiento, al lado de su hermano. No podía dejar de mirarlo, no podía dejar de pensar en todo momento que Renzo estaba allí. Que estaba vivo.

—Podríais llegar a Azura en quince días si cogéis el velero —dijo Malachi, de pie junto a la ventana desde donde controlaba la calle—. Si conseguís un billete en un barco mercante, en cuatro. Tal vez cinco.

A Nomi le habría gustado poder ver la expresión de su cara. Malachi había estado muy callado desde que habían encontrado a sus padres. Tal vez fuera su manera de concederles a Nomi y a Renzo un poco de espacio para reconectar. Pero ella tenía la extraña sensación de que había algo más. Porque no solo estaba muy callado, sino que además parecía inquieto, y no dejaba de moverse de un lado a otro de aquel pequeño espacio como si estuviera enjaulado. Había pasado cerca de una hora desaparecido, cuando había salido a vender el caballo robado después de decidir que volverían a Porto Rosa en tren.

—No tenemos dinero suficiente para comprar un pasaje en un mercante. Y no sé...

Nomi se interrumpió. No estaba segura de qué quería decir, de qué estaba pensando. Pero ir a



Azura era como huir, y ella lo que deseaba era quedarse y luchar.

—Tenemos dinero. —Renzo hundió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita de seda que balanceó seductoramente entre sus manos—. Es el dinero que papá consiguió cuando fuiste seleccionada como Gracia. —Le entregó a Nomi la bolsa—. No gastó nada, ni una sola moneda de plata.

A Nomi se le paró el corazón.

—Y ¿por qué no?

Renzo se encogió de hombros.

—Ni idea. Papá siempre decía que quería que mamá se jubilase, hablaba de comprar una casita fuera de las murallas de la ciudad si Serina llegaba a Gracia. Pero cuando se enteró de que la elegida habías sido tú, guardó el dinero en su escritorio y jamás volvió a mencionarlo.

Nomi hizo el ademán de incorporarse. La bolsa pesaba en su mano. Su padre la azotaba a menudo de pequeña, cuando desobedecía y se rebelaba. Le había enseñado, le gustara o no, a esconder su carácter desafiante. ¿Estaría avergonzado de que hubiera salido ella elegida en vez de Serina? ¿O se habría imaginado que sería infeliz?

¿Por qué no había gastado aquel dinero?

Pero su padre estaba muerto y nunca lo sabría. Aporreó el suelo con la mano.

—¿Nomi? —la llamó Malachi, posándole una mano en el hombro.

—Estoy bien —dijo, apartándolo—. No, no lo estoy —se corrigió, obligándose a mirarlo a los ojos—. Prométeme que harás que tu hermano pague por todo lo que ha hecho.

Él no pestañeó ni apartó la mirada.

—Te lo juro, Nomi.

Pero ella no quedó satisfecha del todo. Quería hacerle pagar personalmente a Asa todo lo que había hecho.

Hasta horas más tarde, después de haber acabado con la improvisada cena y decidir que se marcharían de allí a la mañana siguiente, no empezó a tomar forma en la cabeza de Nomi una idea peligrosa. Estaba adormilándose, apoyada contra la pared, cuando, al rascarse la pierna, sus dedos entraron en contacto con la tosca empuñadura del cuchillo que le había dado Serina. Era una respuesta a la pregunta que se había estado formulando desde que había visto el cadáver de sus padres.

Ladeó la cabeza para mirar al Heredero.

—Malachi, en Monte Ruina comentaste algo sobre pasadizos secretos. Que las mujeres podían acceder al *palazzo* sin que su presencia fuera detectada por nadie. ¿Utilizarás esa vía cuando te reúnas con las tropas de Dante?

Malachi se rascó la nuca y también volvió la cara.

—No lo sé. Depende de cuántos hombres se sumen a nosotros, de cómo sean las defensas que tenga apostadas Asa cuando lleguemos allí. Son pasadizos estrechos y de difícil acceso. ¿Por qué lo dices?

—¿Y si tienes que ir solo? —preguntó—. ¿Y si Dante no recibe tu mensaje?

Malachi aguzó la atención.

—Sí. En ese caso utilizaría los túneles. Hay uno que empieza en el sótano de una panadería. Me lo mostró en su día mi padre. En una pared hay un bajo relieve donde aparece representado un hombre gordo y, si le presionas la barriga, se abre la puerta. El pasadizo va directamente a la zona de dormitorios del *palazzo*, a las habitaciones de las Gracias, a mis aposentos, a los de Asa y a los del Superior. ¿Por qué lo dices, Nomi?

Un pasadizo con acceso directo al Superior.

A Nomi empezaron a temblarle las manos.

—Y ¿conoce Asa esos túneles? A buen seguro que sí —dijo, eludiendo la respuesta y fijando la vista en sus botas. No quería que Malachi supiera por qué le preguntaba por los pasadizos, pero su respuesta le suscitaba un montón de interrogantes—. Tu hermano me condujo por lugares secretos para que pudiera reunirme con él, pero no me habló de ningún túnel. Me ha dado por pensar... si habría algún motivo por el que no me lo hubiese mencionado.

Probablemente pensó que no merecía la pena compartir el secreto con ella por si la sorprendían.

—No te lo mencionó porque no lo sabía —dijo Malachi, sorprendiéndola—. Mi padre solo me lo contó a mí.

—Y entonces ¿para qué se construyeron los túneles? —preguntó Nomi.

—Para escapar —respondió Malachi—. Para proteger al Superior. Justo después del Diluvio...

—Querrás decir después del golpe que derrocó a la reina de Viridia —lo corrigió Nomi.

La culpa era de Malachi; era él quien le había dado un libro donde se explicaba con detalle la verdadera historia del país. Ahora sabía que el Diluvio no había sido la catástrofe natural que se había hecho creer a todo el mundo, sino un esfuerzo deliberado para sabotear al gobierno y el poder de la reina. Sus propios consejeros la habían derrocado y el primer Superior la había tomado a ella y a sus dos hijas como Gracias.

Esa historia seguía provocándole náuseas.

Malachi carraspeó. Renzo levantó la vista, como queriendo preguntar «¿Qué es eso?», pero ambos lo ignoraron.

—Sí, después del golpe —acabó diciendo Malachi—. Reconstruyeron el *palazzo*, pero el Superior y sus consejeros estaban preocupados por las represalias. Y por eso se aseguraron de construir una vía de escape.

—Y el Superior sometió a las mujeres de Viridia de todas las formas posibles para que nunca hubiera represalias.

Nomi se levantó y empezó a deambular de un lado a otro del pequeño espacio. Su corazón latía a toda velocidad.

—Pero ¿qué es todo esto? —preguntó Renzo, mirándolos a los dos.

—La historia que te enseñaron en la escuela no representa la realidad —dijo Nomi, pero no le

dio más explicaciones. Tenía demasiadas cosas en las que pensar, demasiada rabia bombeando por sus venas.

Al atardecer, Nomi había tomado ya su decisión. Malachi no era el único que buscaba desesperadamente venganza. Y ella no necesitaba esperar que un regimiento la ayudara a conseguirla.

—¿Algo de postre? —dijo Renzo, ofreciéndole un pastelito.

Nomi respondió con un gesto negativo. Simulando que estaba ordenando un poco, había hecho inventario de las pertenencias de Renzo: tres camisetas de lino, la chaqueta de lana, una capa gruesa y dos pares de pantalones. Los libros de texto, el cuaderno y un lápiz de grafito. Tres mantas, una única almohada, las botas. La bolsa con el dinero. Malachi y ella tenían una bolsa, una cantimplora, su ropa de la cárcel y unas pocas monedas de plata.

Renzo insistió en que Nomi se quedara con la almohada cuando se instalaron para dormir. Ella eligió un lugar en el suelo cerca de su hermano, lo abrazó con fuerza y le dio un beso en la mejilla antes de acostarse.

—No falta mucho, no te preocupes —dijo Renzo, confundiendo tantos mimos con nerviosismo—. Mañana, esperaremos a que todo el mundo se haya ido a trabajar y entonces nos dirigiremos a la estación. Nadie nos incordiará. Llegaremos a Porto Rosa al mediodía y, con un poco de suerte, estaremos a bordo del barco mercante al anochecer.

—Deberíamos dejarle algo de dinero al *signor* Stefano —dijo Nomi—. Para mamá y papá... y por su silencio.

Renzo asintió.

—Lo haremos.

Malachi se quedó dormido sentado, con la cabeza echada hacia atrás y la boca abierta. Nomi se acurrucó y escondió la cara en la manta de Renzo, obligándose a ralentizar el ritmo de la respiración. Cuando su hermano empezó a roncar, gateó hasta donde estaba la montaña de ropa y cogió unas cuantas cosas.

Pasó con sigilo a la pequeña zona del lavabo y se cambió, poniéndose el pantalón y la camiseta de Monte Ruina. Encima, la chaqueta de lana gruesa de Renzo. Si se ponía la capucha, le taparía el cabello y gran parte de la cara. Guardó en el bolsillo unas cuantas monedas del saquito de seda y dejó el resto para Renzo. En silencio, introdujo los pies en las botas, colocó bien el cuchillo que Serina le había dado y cogió el cuaderno de Renzo.

La luz de la luna que se filtraba a través de la ventana desprovista de cortinas era suficiente para ver.

Querido Renzo:

Tal vez la mujer tatuada se convirtiera en un fantasma, pero consiguió vengarse. Coge el tren y ve a Porto Rosa, luego toma el barco rumbo a Azura y ponte a salvo. Dale un beso muy grande a Serina de mi parte.

Siento mucho todo lo sucedido.

Te quiero,

Dejó la nota en el suelo, junto a la cabeza de su hermano, para que la viera nada más despertarse. Y se dirigió sin hacer ruido hacia la puerta.

De pronto, notó una mano sujetándole el brazo. Tragó saliva para no gritar.

Malachi la volvió hacia él y le dijo en voz baja:

—¿Qué se te ha metido ahora en la cabeza?

Nomi lo miró levantando la barbilla, temblando, pero se armó de valor.

—Asa ha matado a mis padres, Malachi.

La presión sobre el brazo se incrementó.

—Y te matará a ti.

—Da igual —murmuró Nomi—. Si ha alcanzado el poder es por mi culpa. Y seré yo quien se lo arrebate. Mis padres merecen que se haga justicia.

—No. —Estaba destrozado—. Asa es mi hermano. Es mi responsabilidad.

La actitud de protesta de Malachi se le estaba haciendo insoportable. Nomi se sentía como un jinete justo antes de iniciar el Premio Belaria, superada por la impaciencia y el horror.

Malachi abrió la boca para seguir hablando, pero esta vez Nomi no le dio oportunidad de hacerlo. Impulsada por el instinto, por el dolor y por el deseo, se puso de puntillas y lo besó. Cerró los ojos, pero no fue capaz de impedir que se le saltaran las lágrimas. Malachi se quedó rígido unos instantes, pero enseguida se fundió con ella y enredó las manos en su cabello enmarañado.

Aquel momento era lo único que tenían. Y sería lo único que tendrían en su vida. Por ello, Nomi se olvidó de todo, aunque fuera solo por un instante. Por la duración de un beso. Le daba igual lo que Malachi quisiera de ella. Porque ella quería aquel momento. Aquella oportunidad de unirse a él, de disfrutar del calor de su boca, de permitirse sentir.

Cuando se apartó, tenía la cara empapada de lágrimas.

—Busca a Dante. Trae tu regimiento. Remata el trabajo si yo no lo consigo.

Las duras facciones de Malachi se llenaron de dolor. De no haber sido porque se había decidido a ser fuerte, verlo la habría destrozado por completo.

—Nomi...

—Tengo que hacerlo, Malachi —musitó, sintiendo una fuerte presión en el pecho—. No puedo vivir con toda esta rabia dentro de mí. Tengo que liberarla.

Y entonces, antes de que Malachi pudiera decir nada más, se marchó corriendo.

## VEINTITRÉS

### SERINA

Serina ayudó a transportar a los soldados muertos hasta los acantilados del sur, donde abundaban los tiburones. Después de que el mar engullera al último soldado, y mientras las chicas recogían sus pertenencias y Espejo y las demás heridas eran atendidas, ella y Val se ocuparon de examinar la embarcación.

La cubierta era larga y ancha, suficiente para dar cabida a todo el mundo, pensó Serina, recorriéndola de un extremo a otro. Intentó imaginarse a la multitud del anfiteatro trasplantada allí. Un poco apretadas, pero funcionaría.

Siguió a Val y entraron en el pequeño compartimento de la proa del barco. El centro estaba ocupado por la rueda del timón y en las paredes había diversos instrumentos y aparatos de medición de aspecto misterioso.

—¿Crees que serás capaz de manejar esto? —preguntó Serina, con un nudo en el estómago.

Aparte del timón, no tenía ni idea de cómo funcionaba la barca. Una escalerilla descendía hasta la sala de máquinas.

—Gia podrá encargarse —respondió Val—. Sabe mucho más de navegación que yo.

Serina tiró de él para detenerlo antes de salir de la cabina del timonel. Val se detuvo y la miró con expresión interrogativa hasta que ella se puso de puntillas para besarlo. La abrazó y disfrutaron durante unos instantes de la intimidad que les brindaba aquel pequeño espacio. Serina recostó la cabeza contra el pecho de Val para escuchar el latido regular y tranquilizador de su corazón.

Le acarició la musculatura del antebrazo y el contacto con su piel prendió chispas en la punta de sus dedos. En su formación como Gracia, había aprendido a dar placer a los hombres, a ser seductora. Pero no sabía, ni se habría imaginado jamás, que ella también experimentaría placer cuando el hombre objeto de sus caricias fuera un ser amado. Nadie le había contado que ella también sería capaz de sentir atracción.

Serina se puso de puntillas para besarlo de nuevo, sin ganas de que aquel momento acabara. La boca de Val era cálida y delicada y le gustaba la sensación de poder que le proporcionaba morder su labio inferior, estrecharlo entre sus brazos y atraerlo hacia ella.

Enredó los dedos entre su pelo suave e indomable. Abrió la boca y se inundó de calor, una sensación emocionante e inesperada.

Val se apartó y la miró con curiosidad.

—¿Serina?

Ella rio.

—No sé qué me pasa. Creo que estoy un poco mareada. Vamos a escapar de aquí, Val. Esto está sucediendo de verdad.

Val sonrió, la sonrisa más feliz que le había visto Serina desde que lo conocía. Le iluminaba el rostro y borraba todo el peso que habitualmente se cernía bajo sus ojos. Volvió a besarla y ella se abandonó en el remolino de lenguas, manos y calor.

Pero no habían huido aún de la isla y había muchas mujeres esperando la libertad.

Serina se apartó a regañadientes. Al salir de la cabina del timonel, cogidos de la mano, Serina le preguntó:

—¿Y qué pasará con nosotros cuando lleguemos a Azura?

Era una pregunta que no había tenido fuerzas para formular hasta aquel momento, por el miedo supersticioso a que hablar sobre el futuro lo dejara fuera de su alcance. Pero habían ganado. Podía empezar a imaginarse distintas posibilidades.

Val le apretó la mano.

—Pasará lo que nosotros queramos. —Le lanzó una mirada, rápida y casi tímida, y carraspeó un poco—. En Azura podrás trabajar, ser dueña de tus pertenencias y de tus propiedades. Podrás elegir la vida y... y el compañero que desees. Si es que quieres unirse a alguien.

—Suenas como un cuento de hadas, no como un lugar real.

La verdad era que Serina nunca se había detenido a pensar qué quería hacer en la vida, más allá de lo que se esperaba de ella: convertirse en Gracia. Y ahora que había llegado hasta aquí, lo único que le apetecía era sobrevivir el tiempo suficiente para poder volver a ver a Nomi.

Sonrió a Val. Quería a Val. Le encantaría aprender a leer como Nomi. Y ansiaba la seguridad de su familia. Más allá de eso..., no tenía ni idea. Pero le gustaba saber que tendría una oportunidad para averiguar qué deseaba hacer. Una oportunidad para sí misma. La burbuja de felicidad fue aumentando de tamaño en su interior, llenándose de luz y de aire, hasta que empezó a tener la sensación de que pronto estaría flotando.

Amaneció, y todo estaba preparado para abandonar Monte Ruina para siempre.

—Muy bien, ¿está listo todo el mundo? —gritó Serina.

Ayudó a subir a bordo a la última pareja de mujeres y miró hacia atrás, al sendero vacío que serpenteaba colina arriba hacia la cárcel. Monte Ruina había quedado convertido en una auténtica ruina, ennegrecida y humeante, habitado única y exclusivamente por fantasmas. Esperó unos instantes, pero, claro está, no apareció nadie más en el camino. Contaron y volvieron a contar. Embarcaron primero las heridas, con las compañeras asignadas para cuidar de ellas. Previamente, Anika había hecho un último barrido en la zona norte de la isla, en las partes que aún quedaban accesibles, para asegurarse de que no hubiera nadie.

Serina subió a bordo, cerró la portilla y gritó a Val que estaban listos para zarpar. Val estaba bajo cubierta, echando carbón al motor. Gia y otra chica, Carnero, que era también originaria de un poblado de barcas, serían las encargadas de capitanear la embarcación.

Ámbar estaba en la popa del barco, con los brazos recostados sobre la regala, contemplando la isla. Serina imaginó que estaría pensando en Oráculo. Le habría gustado poder consolarla, pero la partida también se le estaba haciendo dura a ella. Por muy aliviada que se sintiera, tenía la sensación de estar abandonando a las mujeres que habían muerto allí: Oráculo, Petrel, Jacana, Muñeca, la madre de Val y todas las demás. Demasiadas. Confiaba en que un día el volcán entrara de nuevo en erupción y las que habían sido entregadas a sus profundidades pasaran a formar parte de aquello en lo que la isla fuera a convertirse después.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Serina a Maris, que se encontraba cerca de ella, sujetándose a la barandilla.

—Tengo aún muy recientes los recuerdos de mi viaje hasta aquí —dijo, esbozando una mueca—. Pero al menos sé que ahora navegamos en dirección contraria.

—Y que no hay cadenas —añadió Serina, sonriendo—. Esta victoria es tuya, Maris. Nos ayudaste cuando más lo necesitábamos. Gracias.

La joven levantó la barbilla. Cuando había bajado de los acantilados, las manos le temblaban de tal manera que apenas podía seguir sujetando su arma. Pero no se había escondido ni había vacilado. Helena se acercó a su lado y apoyó la cabeza en su hombro. Y juntas vieron la isla de Monte Ruina empequeñeciéndose en el horizonte.

Serina recorrió la cubierta para ir a ver qué tal seguían Espejo y las demás heridas.

—¿Qué tal va el brazo? —preguntó, señalando el vendaje que envolvía el bíceps de Espejo, de aspecto más profesional que el que ella le había practicado.

La mujer puso mala cara.

—Duele un montón —dijo—. Pero ha dejado de sangrar. Una de las chicas del Hotel Desgracia me ha cosido la herida. No estaba muy segura, pero... La verdad es que es profunda. Ya veremos cómo evoluciona.

Serina le posó con cuidado la mano en el hombro, tratando de no hacerle daño.

—En Azura habrá médicos de verdad. Y se encargarán de que la herida evolucione como es debido.

Anika estaba apoyada en la barandilla del lado opuesto, de espaldas a Monte Ruina. Serina se abrió paso entre las chicas para ir hacia ella. Anika no se dio cuenta de que llegaba.

—Sé que da la impresión de que estamos yendo en dirección contraria —le dijo Serina—. Pero volverás a ver a tu familia, Anika. Lo creo de verdad.

Esta cerró los ojos y dejó que el sol le bañara la cara.

—El simple hecho de estar en movimiento ya me hace feliz —dijo—. Es la primera vez, quizá en toda mi vida, que no me siento prisionera. —Abrió los ojos y se volvió hacia Serina—. Quiero que mis hermanas se sientan igual que yo.

Serina le dio un apretón en el brazo.

—Te entiendo.

Se dirigió entonces hacia el puesto del timonel, desde donde Gia, totalmente concentrada, capitaneaba la embarcación, sujetando el timón con tanta fuerza que tenía incluso los nudillos blancos.

—¿Cuánto tiempo calculas que nos llevará la travesía? —preguntó Serina.

—Dos días, más o menos —respondió Gia—. Con la carga que llevamos no podemos ir muy rápido, pero aumentaremos un poco el ritmo en cuanto el carbón se caliente más. Tenemos combustible de sobra para llegar a buen puerto.

La mirada de preocupación que tenía al principio se había aligerado un poco. Resultaba asombroso que estuvieran de pronto todas tan relajadas. Era como si se hubieran quitado años de encima: la tez gris y tensa provocada por el terror constante había quedado sustituida por un destello de luminosa esperanza.

Serina estaba a punto de bajar por la escalerilla para ver qué tal iba Val cuando superaron el extremo occidental de la isla y el mar abierto se extendió ante ellas.

Gia contuvo un grito y se quedó paralizada al mando de la embarcación. Las esperanzas de Serina quedaron reducidas a nada al instante.

Cinco barcos. No, siete. Todos con la bandera del Superior ondeando al viento.



## VEINTICUATRO

### NOMI

Nomi cruzó la ciudad de Lanos caminando sin levantar la cabeza. No como una mujer, esperaba, sino como un hombre que no tenía ni tiempo ni paciencia para interrupciones. La capucha le escondía el cabello y la noche, la cara.

Había estado en la estación de tren de Lanos en una única ocasión, cuando ella y sus hermanos viajaron a Bellaqua. Con la oscuridad, las calles habían perdido los colores y los sonidos con los que estaba familiarizada. No pudo encontrar el mercado de la esquina, con sus cajas de melocotones de color rosa anaranjado y sus castañas marrones, después del cual sabía que había que girar hacia la izquierda, ni la calle llena de tiendas, ya cerca de la estación, donde un anciano cantaba y tocaba un organillo.

Pero sí encontró una *piazza* con mesas de hierro forjado y hombres bebiendo vino, hablando con voz potente y gesticulando con exageración, sin que el ambiente gélido de la noche los disuadiera en absoluto. Nomi titubeó. ¿Haría bien preguntando a alguno de aquellos por dónde se iba a la estación? Tal vez sería buena idea poner a prueba su disfraz; si se daban cuenta de que era una mujer. A pesar de la capucha y la oscuridad, sabía que engañar a la gente cuando llegara a la estación iba a ser imposible.

Estaba a punto de entrar en la *piazza* cuando vio aparecer un grupo de soldados procedente de una calle lateral. Los hombres de las mesas dejaron de hablar en cuanto el ruido sordo de las botas retumbó en el pavimento y fijaron la vista en las copas de vino. Nomi se retiró hacia un callejón, donde no pudieran verla. Contuvo la respiración, aguzó el oído y rezó para que los soldados no se dirigieran hacia donde ella estaba.

Preguntaron algo a los hombres y Nomi solo alcanzó a oír palabras sueltas: «visto», «el Superior», «interrogatorio». ¿Estarían buscando a alguien?

¿Y si andaban tras Renzo?

Le empezaron a temblar las piernas. Con el corazón latiéndole con fuerza, retrocedió y se alejó de la *piazza*. No podía pedir indicaciones a nadie, no podía llamar la atención hacia su persona. Si los soldados andaban buscando a alguien, la mirarían de arriba abajo, y eso sería muy peligroso.

Había recorrido varias manzanas en lo que creía que era dirección contraria y empezaba a plantearse esconderse en algún umbral hasta que amaneciera para luego pedir ayuda sin levantar sospechas cuando un silbido estridente rasgó el aire con su potencia.

Un tren.

Fijó aquel sonido en su cabeza y salió en su persecución, casi corriendo. Las calles estaban oscuras, alumbradas tan solo por la luna y unas farolas tan distantes entre sí que Nomi empezó a sentirse como una rana intentando saltar entre las piedras iluminadas, para volver a caer cada vez en las profundidades.

Giró por fin hacia una calle estrecha flanqueada por edificios bajos de ladrillo y allí, al fondo, vislumbró una *piazza* amplia y el enorme edificio de la estación. Cruzó corriendo la entrada principal, procurando cubrirse bien con la capucha y sin dejar de lanzar miradas a su alrededor, preocupada por la posible aparición de más soldados.

La estación de tren era tal como la recordaba: grande y reverberante, con el techo recorrido por vigas largas, un olor permanente a carbón y una neblina de vapor espesa. A aquellas horas de la noche había pocos viajeros, y la falta de movimiento otorgaba al espacio una sensación de vacío.

En la zona del despacho de billetes había algunos hombres y mujeres, pero en la amplia zona solo se oían voces masculinas. Eso, y el clic clac del tablón de salidas. Nomi levantó la vista: había dos trenes con destino a Bellaqua. Uno era un expreso que partía justo antes del amanecer; el otro, el regular de media distancia, un viaje de seis días, era el que había cogido en su día con Serina y Renzo. No salía hasta el mediodía. Si se decidía por ese, Renzo y Malachi la encontrarían allí cuando acudieran a la estación para coger el tren hasta Porto Rosa.

Nomi respiró hondo para calmar los nervios. Y a continuación echó a andar hacia la taquilla.

Notaba la mano tensa en el interior de la chaqueta. Se cruzó con un hombre, pasó tan cerca que casi podía rozarle el brazo. ¿Habría adivinado aquel que era un engaño? ¿Habría notado que estaba intentando camuflarse?

No tenía valor suficiente para mirar hacia atrás y ver si se había parado o se había vuelto a mirarla.

Cuando llegó a la taquilla, un señor mayor con cejas blancas y tupidas y nariz roja y prominente le preguntó adónde quería viajar.

—A Bellaqua —dijo, poniendo voz ronca.

—¿Tren regular o expreso? —replicó el taquillero, sin levantar la vista de sus horarios.

—¿Cuánto vale el billete del expreso? —preguntó Nomi, rezando por tener monedas suficientes.

Pensó en su padre guardando aquel dinero, el que le habían pagado a cambio de su vida. ¿Por qué no se lo habría gastado? ¿Por qué no le habría dicho a su madre que ya no tenía que trabajar más o le habría buscado una esposa a Renzo? Lo que más le habría gustado en aquel momento era haber tenido la oportunidad de preguntárselo.

—Ocho monedas de oro —respondió el taquillero—. Dos de oro y diez de plata el normal.

Nomi sacó del bolsillo las monedas y fijó la vista en los destellos dorados. Tenía escasos conocimientos sobre el coste de las cosas, puesto que nunca había tenido permiso para llevar

encima dinero y mucho menos gastarlo. Pero incluso así, sabía que ocho monedas de oro era mucho dinero. Era la razón por la cual la otra vez que viajó lo hizo en el tren lento, y también por la que calculó que Renzo necesitaría seis días enteros para viajar hasta Bellaqua antes del baile.

Pero en la mano tenía mucho más que ocho monedas de oro, incluso después de haber dejado gran parte del contenido de la bolsa a Renzo, de modo que decidió viajar en el expreso. Fuera cual fuese el motivo que había llevado a su padre a conservar aquel dinero, estaba segura de que jamás se habría imaginado que Nomi acabaría utilizándolo para vengar su muerte.

—El tren sale a las cinco. Andén número dos. Llegarás a Bellaqua al día siguiente por la mañana, poco después de las ocho.

Tras darle la información el hombre le cogió el dinero, le entregó el billete y llamó al siguiente de la cola. En ningún momento la miró a la cara.

Nomi se sintió tan aliviada que se habría echado a llorar. Pero lo que hizo, en cambio, fue carraspear, en un estilo que confiaba que sonara masculino, y se alejó de la taquilla caminando con grandes zancadas.

Buscó el andén número dos.

Siguió las indicaciones de los carteles y puso una vez más a prueba su camuflaje en un quiosco donde vendían café y pastas. Se sentó en un banco, envuelta entre los voluminosos pliegues de la capa, y se metió dos pastelitos en la boca, uno detrás de otro. Comió porque sabía que tenía que hacerlo, porque necesitaba todas sus fuerzas y la cabeza bien despejada para sobrevivir a aquel viaje, para ejecutar su plan. Pero el azúcar y la grasa le cayeron como una piedra en el estómago después de más de una semana de dieta austera en Monte Ruina y durante el viaje de regreso. Con qué rapidez había olvidado las exquisiteces del *palazzo*.

Un tren partió de la estación al cabo de pocos minutos y luego, durante horas, reinó el silencio. Nomi dormitó incómodamente en el banco. Pasó un barrendero, recogiendo hojas secas y la basura que había caído en el deslustrado suelo embaldosado. Las voces de algunos borrachos resonaron en el techo abovedado, pero no se acercó nadie a importunar a Nomi.

Hacia las cuatro de la mañana, el chirrido de los frenos y una nube de vapor anunciaron la llegada de un tren. Se apearon hombres bien vestidos, intercalados con alguna que otra mujer que caminaba con la mirada clavada en el suelo, con recato. Cuando Nomi las vio, le entraron ganas de levantarse y decirles a gritos que huyeran corriendo, que plantaran cara a sus opresores.

Aunque la verdad es que, en su mayoría, no parecían muy infelices. No seguían, muertas de miedo, a sus esposos, hermanos o padres; no estaban enfurruñadas ni se las veía inquietas.

Nomi recordó que Serina le había enseñado a sonreír por mucho que por dentro hirviera de rabia. Recordó las lecciones que le había impartido su madre sobre la importancia de las máscaras.

La felicidad era una emoción difícil de fingir, pero la veía por todas partes.

Su madre había sido feliz, pensó Nomi. Probablemente no deseaba que las cosas cambiaran en Viridia. Cuando Serina resultó elegida como posible Gracia, se había alegrado. Nomi nunca había

visto nada que insinuara que le molestaba entregar a su marido la totalidad de su salario, ni había visto que se quejara por tener el cuerpo destrozado después de pasar jornadas interminables en la fábrica.

Nomi no sabía cómo enfrentar sus sentimientos —la rabia, el rencor— con aquella felicidad. No podía juzgar a su madre por no haber querido nada más. Pero se sentía infeliz porque su madre no hubiese visto a Serina liberando una isla entera de mujeres.

Nomi había visto a Serina como una potencial Gracia y también como guerrera.

La guerrera Serina había ganado. Y ahora Nomi se convertiría también en guerrera.

No, en guerrera no.

En asesina.

De pronto llegó al andén una oleada de gente y Nomi vio aparecer a un grupo numeroso de soldados. Con los ojos entrecerrados, empezaron a inspeccionar el andén, y a Nomi se le cayó el alma a los pies.

Intentando que el gesto no fuera muy evidente, tiró de la capucha para taparse aún más la cara y cruzó los brazos sobre el pecho. Inclino la cabeza como si estuviera durmiendo, como hizo en su día Malachi a bordo de aquel carruaje.

Controló el ritmo de la respiración hasta transformarlo en un murmullo apenas audible e hizo acopio de todas sus fuerzas para no salir huyendo. Mantuvo los ojos cerrados para fingir que dormía, por un lado, y también porque no soportaba la idea de verlos aproximarse a donde estaba sentada, de que descubrieran su engaño.

Una voz grave retumbó en el andén.

—Vaya, vaya, una flor. ¿O acaso eres una visión?

Nomi abrió los ojos de golpe. Tenía un soldado justo enfrente, pero su atención se dirigía a una chica acompañada por su padre, situada a escasos metros de ella. Los demás soldados empezaron a silbar y a emitir sonidos que pretendían imitar el de un beso.

—Al Superior le gustan las caras jóvenes y dulces como la tuya —dijo el hombre.

Se acercó a la chica. A la niña. La cogió por la barbilla para obligarla a mirarlo. El cuerpo de la muchacha se encogió de miedo y se pegó al de su padre.

Nomi observó la escena con incredulidad.

El padre de la chica se puso rígido.

—Tiene solo catorce años —dijo en voz baja—. No es edad suficiente para...

El soldado emitió un bufido desdeñoso.

—El que decide cuál es la edad suficiente para ser Gracia es el Superior. Y deberías considerar un honor que tu hija sea tenida en cuenta para ese puesto.

—Por favor —dijo el hombre, bajando aún más la voz.

La llama de la rabia de Nomi cobró vida de repente. Aquel padre estaba suplicando.

El soldado posó su manaza en el hombro de la chica.

—¿Cómo te llamas, flor?

La chica temblaba tanto que no podía ni responder.

Nomi estaba a punto de vomitar. Miró a su alrededor. Alguien tendría que intervenir. Pero ¿por qué nadie hacía nada? Vio unas cuantas caras vueltas hacia el espectáculo, un par de hombres con expresión preocupada. Pero ningún movimiento.

«El Superior tiene poder absoluto», pensó.

Aquellos hombres, toda la gente congregada en el andén, permitirían que los soldados se salieran con la suya. Al fin y al cabo, eran los hombres del Superior. Y tenían, en consecuencia, el poder de este en sus manos.

—Se llama Talía —dijo el hombre—. Vamos de camino a Ciudad Plateada para visitar a su tío, que está enfermo.

—Estupendo, pues ahora va a ir de camino a Bellaqua. Qué bien, ¿verdad?

El soldado tiró de la chica hacia un banco y la obligó a sentarse. Ella no derramó ni una lágrima. Tampoco gritó ni intentó escapar. Y a Nomi se le partió el corazón al verlo.

El soldado movió la cabeza en dirección al tren, negro y resplandeciente.

—Vete, papá. El tren hacia Ciudad Plateada está a punto de salir.

El padre estaba paralizado en medio del andén. Una nube de vapor le proporcionaba un aspecto insustancial, como si allí mismo se acabara de transformar en un fantasma. Pero la neblina no conseguía engullir sus ojos agonizantes. Aquel padre no consideraba un honor que acabaran de robarle a su hija para llevarla al *palazzo*. Las Gracias jamás se habían elegido así. Aquello era una farsa.

Una tragedia.

Un hecho insoportable para Nomi.

El tren silbó. En el silencio que siguió al pitido, Nomi se levantó, señaló al otro extremo del andén, cerca de la máquina, y gritó, con voz grave y ronca:

—¡Alguien ha caído a las vías!

Los soldados se volvieron para mirarla.

Nomi siguió señalando y corrió unos pasos para acercarse al convoy.

—¡Lo he visto caer! ¿No lo ha visto nadie más? ¡Lo aplastará el tren!

El miedo y la premura envolvían sus palabras. Esperaba que se creyeran su mentira. El miedo que sentía era real.

El soldado que sujetaba a la muchacha miró hacia la locomotora, que soltaba ya vapor en abundancia. Las vías habían desaparecido entre una nube de blanco sucio. Las ruedas empezaron a girar.

—¡Corran! —chilló Nomi desesperada—. ¡Sálvenlo!

Su garganta amenazaba con cerrarse. Comprendió que su truco no iba a funcionar. No podía ni respirar.

Pero entonces, para su asombro, otro hombre empezó a gritar en el andén. Los soldados se volvieron a la vez y echaron a correr hacia la parte delantera del tren.

Nomi corrió entonces hacia la chica y la agarró por el brazo. Tiró de ella hacia su padre y los empujó a ambos hacia el vagón.

—Daos prisa, corred —murmuró, olvidándose de incorporar el tono grave a su voz.

Las ruedas giraron y, con gran estruendo, el tren empezó a moverse. Pero los soldados estaban de vuelta y le gritaban al conductor que se detuviera.

El corazón de Nomi le retumbaba en los oídos.

Presa del pánico, saltó al tren detrás del padre y la hija y cerró la puerta a sus espaldas. Desde la ventanilla, vio que los soldados se reagrupaban, rabiosos, y levantaban los brazos con los puños cerrados al ver que el tren cobraba rápidamente velocidad.

No se había parado.

El conductor no los había oído.

Nomi no respiró hasta que superaron el final del andén y llegaron a las afueras de la ciudad.

Notó una mano en el brazo. Se volvió, esperando ver la cara del padre.

Pero era Talía, que la miraba con los ojos abiertos de par en par. En voz baja y temblorosa por la emoción, musitó:

—Gracias.

Nomi viajó hasta Ciudad Plateada. Allí cambiaría de tren y subiría a bordo de un expreso hacia Bellaqua. Llegaría al *palazzo* más tarde de lo previsto, no antes del mediodía del día siguiente, pero su acto impulsivo no le suponía más que un pequeño retraso.

Además, la sonrisa de Talía bien merecía la acción tan arriesgada que había llevado a cabo. El padre de la chica no dijo nada en todo el viaje, ni siquiera reconoció la presencia de Nomi, quien se acurrucó bajo su capa en la parte posterior del vagón, que iba casi vacío. Pero Talía le sonrió cuando se apearon del tren y su padre la condujo protectoramente a su lado. El hombre seguía con la expresión torturada de aquel que ha estado a punto de perderlo todo.

En la estación de Ciudad Plateada, Nomi compró en un quiosco un pastel de carne, una botella de agua mineral y un pequeño libro de cuentos. En el tren a Bellaqua, se recostó en la parte posterior del coche cama y leyó.

Era la primera vez que leía en público, sin que el miedo a ser descubierta pesara con fuerza sobre cada palabra. Y, de hecho, leer la ayudaba ahora a dar mayor autenticidad a su disfraz. En la tranquila penumbra del coche cama, con algún que otro resoplido o ronquido como único elemento perturbador del silencio, dejó que su mirada se deslizara por las páginas, que diera forma a letras y palabras, y la distrajera del objetivo que la aguardaba al llegar a su destino.

Leyó durante toda la noche, hasta acabar el libro. Luego dedicó el tiempo a repasar mentalmente su plan una y otra vez. Tenía un inicio, una parte intermedia y un final.

«Localizar la panadería, bajar sigilosamente al sótano, localizar el túnel. Ir hasta la habitación de Asa. Matarlo con el cuchillo de Serina.»

Nomi creía que tenía algunas probabilidades de éxito. Jugaba a su favor que Asa desconociera la existencia de los pasadizos. Pero, por otro lado, ella no estaba entrenada para lo que se disponía a hacer. En realidad, no era una asesina. Estaba segura de que Asa daría la voz de alarma o alguno de sus soldados —Marcos, tal vez— estaría con él en sus estancias. Incluso con el túnel secreto, sabía que era poco factible que lograra escapar. Marcos la mataría. O Asa, incluso. Podría darse el caso de que murieran juntos, de que sus heridas mortales actuaran como justicia poética por tantos complots y traiciones.

Mientras el tren traqueteaba rumbo a Bellaqua, Nomi miró por la ventana y pensó en el final. En el último suspiro de Asa, y también en el suyo.

## VEINTICINCO

### SERINA

La noche y el perfil de la isla habían escondido los barcos del Superior, pero ahora Serina podía ver con todo detalle cómo avanzaban hacia ellas a una velocidad aterradora.

—No puedo correr más que ellos —gimió Gia—. Llevamos demasiada carga.

—Y tampoco podemos presentar batalla —murmuró Serina, notando que la realidad amenazaba con asfixiarla.

Habían dejado en tierra la mayoría de sus cuchillos y lanzas y no les quedaba munición para las armas, que sí habían subido a bordo con la intención de venderlas en Azura.

Serina salió corriendo a cubierta. ¿Qué decirles a aquellas mujeres que tanta confianza habían depositado en ella? El horror se propagó rápidamente entre las chicas, puesto que las que estaban situadas más cerca de la proa habían divisado los barcos y transmitido la noticia hacia popa.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Qué podemos hacer?

—Qué estúpidas hemos sido pensando que podríamos llegar a ser libres.

Serina tenía el corazón hecho añicos.

Los barcos del Superior les dieron alcance en cuestión de minutos. Los soldados lanzaron los cabos y sujetaron la barca de las mujeres a las demás sin darle tiempo siquiera a Serina a plantearse alguna estrategia de defensa. Estaban rodeadas por todas partes de armas de fuego.

Una de las luchadoras del Campamento de la Selva, portando una improvisada lanza que no había dejado en tierra, gritó y saltó por la borda para lanzarse contra los soldados. Le dispararon y su cuerpo se hundió en el mar. A diferencia de los últimos hombres que habían llegado a Monte Ruina, aquellos soldados no se paraban a pensar. No pestañeaban antes de atacar.

Serina se situó al lado de Ámbar y Anika, consciente de que su cuerpo había perdido toda su determinación, toda su alegría. Se exprimió el cerebro en busca de alguna manera de combatir contra aquellos hombres. Pero estaba paralizada.

Se quedó muda cuando le pusieron los grilletes, mirando sin ver nada cómo le daban a Val una paliza hasta dejarlo sin sentido por haber traicionado a sus compañeros. Zorro saltó por la borda antes de que pudieran esposarla. No sabía nadar. Las demás mujeres, algunas gritando, vieron cómo se la llevaban tambaleante hacia un lado de la barca y la empujaban hacia las bodegas. En lo más hondo de su ser, en lo más profundo, Serina también gritaba. Pero había caído víctima de la



insensibilidad; el aturdimiento había capturado toda su rabia, todo su miedo, todo aquel horror. No podía ni respirar.

No intentaron trasladar a las mujeres a los otros barcos. Los soldados se limitaron a ponerse al timón para alejar la embarcación de Azura y poner rumbo a Bellaqua.

Todo lo que habían sufrido y todo lo que habían luchado no había servido para nada. Cuando llegaran a Azura ya no tendrían forma de escapar, no habría refuerzos. No lucharían nunca más por el alma de Viridia. Serina había dado esperanzas a todas aquellas mujeres, ella incluida, y todo se había quedado en una promesa vacía.

El viaje se prolongó durante tres horas agónicas. Varias mujeres se marearon. Los soldados les permitieron acercarse a la borda, la única concesión que hicieron. Por lo demás, pasaron el rato paseándose entre ellas, uniéndoles las muñecas con esposas. Fustigando espaldas doloridas. Riendo.

Nadie intentó plantarles cara. Ni siquiera Anika. Estaban en estado de *shock*.

Llegaron a Bellaqua pasado el mediodía. Serina se acurrucó junto a Val, que, a rastras, había conseguido encontrar un hueco junto a la regala. Tenía un ojo tan hinchado que no podía ni abrirlo, y el labio, partido. Las manchas de sangre seca le ensuciaban desagradablemente la camiseta. Serina sabía que debía de tener moratones que no se veían, puesto que cada vez que se movía esbozaba una mueca de dolor. Con las limitaciones que le impedían mover los brazos, poco más podía hacer que no fuera darle la mano.

La barca atracó en el muelle del *palazzo*. Serina esperaba que las llevaran a cualquier otra cárcel, pero la chispa de sorpresa que prendió en ella al ver cuál era su destino apenas alteró la neblina de derrota que la engullía. Los soldados las escoltaron bajo el sol abrasador hacia un frío pasadizo situado en la parte posterior del edificio. Los criados, observándolas sorprendidos, se mantuvieron en todo momento alejados de la columna de prisioneras.

Serina se volvió para buscar con la mirada a Espejo y a las demás mujeres heridas, que estaban muy débiles y probablemente no aguantarían el traslado. Uno de los soldados le dio un empujón en el hombro.

—No te pares —rugió.

Se le había formado un nudo en la garganta. Sentía náuseas. Había creído que jamás tendría que volver a enfrentarse a hombres tan violentos.

La columna de mujeres avanzó con lentitud por pasadizos estrechos y descendió por una escalera empinada y oscura hasta llegar a un pasillo escasamente iluminado que olía a sepultura recién excavada. Cruzaron una bodega, atravesaron varios almacenes y pasaron por delante de unas cuantas puertas cerradas. Incluso con algo de luz, el pasillo era tan claustrofóbico y tan aterrador como el túnel de lava. Serina respiraba con dificultad, cogiendo el aire aceleradamente y en bocanadas minúsculas, con la sensación de que todo el peso del *palazzo* le estaba cayendo encima.

Finalmente, al llegar al extremo del pasillo, entraron en una sala. A diferencia del lugar donde

Serina fue confinada después de que la sorprendieran con el libro de Nomi, aquella celda no estaba simplemente oscura y tenía escaso mobiliario, sino que era negra y húmeda, con paredes de piedra que rezumaban agua. Aquello era una mazmorra.

Y era pequeñísima. Los soldados las empujaron hasta que todas las mujeres estuvieron apretujadas dentro. Val entró con ellas. Serina se preguntó cómo acabaría él, si lo castigarían por traidor e insurgente. Si lo ejecutarían, como ya habían liquidado a su padre. A pesar de la presión y la confusión, Val consiguió mantenerse en todo momento a su lado, y Serina se sintió dolorosamente agradecida por ello.

No había espacio para sentarse. La gélida oscuridad subió de temperatura rápidamente y la presión constante por todos lados se hizo insoportable. Aquello era peor que la cueva de Monte Ruina. Allí no había aire, no había espacio. Las habían enterrado vivas.

—Por favor, por favor —susurró una voz en la oscuridad—. Acabad con nosotras, por favor.

—Matadme ya de una vez —murmuró alguien muy cerca de Serina, que reconoció en la frase la voz de Anika, aunque esta vez su actitud desafiante estaba envuelta en desesperación.

A Serina le habría gustado poder dar un discurso enardecedor, pronunciar unas palabras de consuelo, decir cualquier cosa, pero la voz de su propia derrota lo aniquilaba todo. Val se inclinó hacia ella y le estampó un beso en la sien. Tampoco él tenía nada que decir.

Permanecieron sumidas en la oscuridad durante horas. No había ventanas que pudieran proporcionarles alguna noción del tiempo. No tenían comida, ni agua. Un par de chicas acabaron perdiendo el conocimiento. Era difícil ayudarlas confinadas como estaban.

Serina se adormiló de pie durante un rato, acosada por las pesadillas, y pasó las horas que permaneció despierta sumida en un debate interno para decidir si aquel día interminable destacaba o no en el panteón de los peores momentos de su vida. ¿Era mejor que la noche en la que murió Petrel? ¿Peor que su pelea con el comandante? Al menos, aquella debacle les había granjeado el control de Monte Ruina. Aunque Oráculo había muerto.

Llegó un momento en el que Serina se dio cuenta de que empezaba a ponerse histérica, que su respiración jadeante le retumbaba en los oídos. Cerró los ojos, imaginó un techo alto y amplio e intentó ralentizar el ritmo caótico de su corazón.

Horas o días más tarde, un sonido metálico anticipó la llegada de alguien. De pronto, se encendió una luz por encima de las cabezas de las mujeres, exhaustas y aterradas, bañándolas con su resplandor mortecino. Serina encontró fuerzas suficientes para abrirse paso hacia la parte delantera de la sala y situarse junto a la puerta de hierro. Anika se colocó a su lado, Ámbar justo al otro. Y Serina sabía que Val estaba detrás, junto con todas las mujeres que tanto habían luchado por crear una vida diferente. El aturdimiento se rompió bajo aquella luz indolente.

Se abrió un poco la puerta.

En el pasillo había tres hombres uniformados de negro y armados.

El cuarto...

Durante una décima de segundo, Serina visualizó el fantasma de un recuerdo. Estaba subiendo

una escalinata y dos atractivos hermanos la observaban desde arriba. Uno de ellos era serio y de mirada intensa, el otro tenía el pelo alborotado y un aire distraído.

Asa había dejado de fingir. Había desterrado de su aspecto aquel aire distraído y adorable. Sus ojos eran negros como la tinta, y el mohín de su boca reflejaba la crueldad de su alma.

¿La habría reconocido? Era imposible saberlo. Su mirada pasó por encima de ella sin detenerse. Inspeccionó a las capturadas y sonrió.

—Vaya, vaya, veo que tenemos aquí a mis pequeñas rebeldes.

Serina notó que un escalofrío gélido le recorría la columna.

—Mi padre os infravaloró —dijo Asa, en tono amable—. Os encerró a todas en una isla y dio carta blanca a los carceleros. Se olvidó de vosotras. Pero es evidente que no había que quitaros el ojo de encima, ¿verdad? Sois más listas de lo que él imaginó.

Sonrió. Serina estaba a punto de vomitar.

—Yo no soy como él —confesó, y sus ojos brillaron—. Valoro el intelecto de la mujer. Su afición al engaño.

Asa cambió el peso del cuerpo a la otra pierna. Detrás de él, los soldados esperaban pacientemente.

—Creo que no hace mucho tiempo, una de esas mujeres a las que me estoy refiriendo, muy guapa y muy inteligente, se incorporó a vuestras filas. Nomi, ¿dónde estás? —dijo, subiendo la voz para hacerse oír en la abarrotada sala.

—Está muerta —dijo Maris, detrás de Serina—. Como tu hermano.

Asa se quedó paralizado.

—Una lástima —murmuró, y su voz sonó como si estuviera cargada de cuchillos—. Ya que estáis aquí, me habría gustado haber podido acabar personalmente con ella.

Serina se quedó helada. Jamás había agradecido tanto estar separada de su hermana como en aquel momento. Con un poco de suerte, Nomi y Malachi estarían ya de camino hacia allí, acompañados por el ejército leal al Heredero. Asa se llevaría una sorpresa al verlos llegar. Y Serina, imaginándosele, casi esbozó una sonrisa.

—Como iba diciendo —prosiguió Asa, alzando un poco más la voz—, mi padre no supo entender los peligros que plantean las mujeres desafiantes. Pero yo no me dejo engañar tan fácilmente. —Su mirada pasó de nuevo de largo de Serina y se detuvo—. Razón por la cual no seréis trasladadas a otra cárcel. Seréis ejecutadas.

Se produjo un grito ahogado colectivo. Serina se quedó boquiabierta. ¿Por qué se sorprendía? Nomi ya se lo había advertido.

—Una a una —continuó Asa—. Al amanecer, a partir de mañana. Lo alargaremos. Vosotras, flores mías, seréis un ejemplo. Un nuevo Superior necesita demostrar su fuerza. Y vosotras seréis la mía.

Serina notó que le ardían las mejillas con la humedad de las lágrimas que silenciosamente rodaban por ellas. Aquellas mujeres habían acabado allí por su culpa.

—¿Quién es vuestra líder? —preguntó Asa—. ¿Tenéis tan siquiera?

Serina tragó saliva. Al menos asumiría la responsabilidad. Levantó la barbilla, y la mirada de Asa se cruzó con la suya.

Pero alguien la apartó del medio.

—Son mis mujeres y moriré antes de que les haga más daño.

Ámbar se había adelantado y se había colocado frente a frente con Asa. Su musculatura estaba tensa de rabia.

—¡No, Ámbar! —gritó Serina.

Estaba tan conmocionada que era incapaz de pensar en nada útil. Con las manos atadas, la mujer la empujó hacia la multitud, sin interrumpir en ningún momento el contacto con la mirada siniestra de Asa.

—Morirás —dijo él. Cogió a Ámbar por la barbilla y por un instante Serina pensó que ella iba a embestirlo con la cabeza para que la matara allí mismo—. Mañana por la mañana.

Asa intentó empujarla para alejarla de él, pero Ámbar ni se encogió de miedo ni titubeó. Era una grieta en su autoridad, un leve traspie. Durante una décima de segundo, ella tuvo el poder. Pero entonces, Asa chasqueó los dedos y uno de los soldados la empujó contra las demás mujeres.

Serina y Anika la retuvieron con las manos encadenadas. No estaban dispuestas a permitir que cayera al suelo.

«Tengo que encontrar una solución. La condenada debería ser yo», se dijo Serina, pero Asa ya estaba cerrando la puerta.

«Mañana. Conseguiré que me ejecuten a mí. No a Ámbar.»

La puerta dejó de crujir. Asa no acababa de marcharse. Su mirada captó la presencia de alguien por detrás de Serina.

—Maris, querida —dijo—. Tienes buen aspecto, teniendo en cuenta las circunstancias.

Serina se volvió en redondo. Maris y Helena, con las manos entrelazadas, estaban justo detrás de ella.

—Resulta... interesante. Creo que, después de todo, me gustaría tenerte como Gracia —dijo Asa—. Supongo que tu ejecución tendrá que esperar. ¿No te sientes agradecida?

Sin pronunciar palabra, Maris negó con la cabeza. Helena se apretó aún más contra ella.

Asa volvió a chasquear los dedos.

Los soldados se abrieron paso en la sala y la cogieron. Maris gimió e intentó escabullirse, pero no había adónde ir. Y mientras los hombres la arrastraban hacia fuera, Helena les escupió y los golpeó con las manos sujetas con las esposas, gritándole a Maris que la quería.

El chirrido de la puerta encerró sus gritos.

## VEINTISÉIS

### NOMI

Nomi encontró una cafetería cerca de la estación de tren de Bellaqua y se escondió allí, detrás de una taza de café. Abrió el libro sobre la mesa y fingió estar leyendo, procurando en todo momento mantener la cara oculta en el interior de la capucha de la capa. No podía pasearse por Bellaqua a plena luz del día sin levantar sospechas. Fuera hacía sol y calor, no era tiempo para ir vestida de lana. E incluso dentro de la cafetería, no podía dejar de sudar bajo los pliegues del grueso tejido de la capa.

Esperó allí durante una interminable tarde. Cuando los propietarios del establecimiento empezaron a mirarla con extrañeza, buscó otra cafetería. De haber cogido también el vestido, podría haberse movido con más libertad por la ciudad. Aunque, viendo que había soldados acechando en cada esquina y ninguna mujer circulando sola, quizá tampoco habría sido muy conveniente.

Lentamente, de forma inexorable, el día fue llegando al atardecer. Cuando las calles empezaron a despejarse y Nomi creía estar a punto de reventar de calor, salió al exterior húmedo y bochornoso de la tarde.

Rodeó la *piazza* central, que estaba demasiado concurrida, y serpenteó por las callejuelas empedradas y por debajo de los puentes en dirección al *palazzo*.

Malachi le había hablado de una panadería cerca del gran canal.

Llegó por fin a la orilla. Examinó con atención todos los establecimientos por los que iba pasando. Una minúscula tienda de lanas, una carnicería con conejos y cerdos colgando detrás del cristal. Compró una manzana en un pequeño mercado de frutas y verduras, sin levantar en ningún momento la cabeza ni la voz.

Ya casi de noche, quedaban pocos compradores por las calles y los que había se movían de un lado a otro con rapidez, casi furtivamente. Las únicas mujeres que Nomi vio circulando eran esposas de edad madura cargando con las cestas de los productos que iban comprando sus maridos. No se veían criadas, ni hijas en edad de merecer, ni esposas jóvenes. Bellaqua tenía a las chicas encerradas en casa. Nomi recordó entonces el espectáculo del baile de selección de Gracias de Malachi. Recordó a las niñas lanzando pétalos, soñando con convertirse en Gracias y viendo cómo las hermosas aspirantes desfilaban por el canal a bordo de góndolas doradas. Serina llevaba un vestido precioso y sonreía como si lo que más deseara en la vida fuera capturar la atención del Heredero.

Un grupo de soldados dobló la calle a escasos metros de ella. Se le formó un nudo en el estómago. Se refugió corriendo en una tenebrosa papelería, justo cuando el dependiente iba a cerrar.

—Dígame —murmuró el hombre.

—Le... le pido disculpas —dijo Nomi, con su voz más ronca y profunda—. Será solo un momento.

Miró de reojo hacia la calle, hacia el otro lado del escaparate, a la espera de que pasara la patrulla.

La papelería olía a tinta, a cuero y a papel húmedo. Nomi fingió interés por un pliego de papel de color beis con un motivo de hojas de viña repujado en dorado. Cuando vio aparecer un soldado al otro lado del cristal, avanzó hacia el fondo de la tienda, hasta encontrar un espacio, detrás de una columna de cajas de cartón, que era imposible visualizar desde el exterior. En un rincón lleno de polvo localizó un diario pequeño, de factura barata, con páginas en blanco y tapas de piel rústica. Siguió estudiándolo un rato, hasta que el dependiente carraspeó con exageración para llamarle la atención. De camino a la caja registradora, vio un bote con lapiceros, cada uno de ellos unido con un cordel a una pequeña cuchilla para sacarles punta.

—¿Cuánto le debo? —preguntó con voz ronca, dejando en el mostrador uno de aquellos lápices y el diario.

Confiaba en que su voz sonara similar a la de Renzo, y no como la de una chica jugando a disfrazarse con la ropa de su hermano.

—Una moneda de plata —dijo el hombre.

Sin levantar la cabeza ni mirarlo a los ojos, Nomi hurgó en el bolsillo. No tenía una idea muy clara del aspecto del dependiente; solo conocía su voz, nasal y con un claro tono de desaprobación. Dejó en el mostrador una moneda de plata y recogió la compra. Dio media vuelta y se dirigió a la puerta antes de que el hombre pudiera verla mejor.

Echó una ojeada a la calle y descubrió que los soldados se habían esfumado. Salió de la tienda y el sonido metálico de la llave al introducirse en la cerradura resonó en sus oídos.

Tardó unos veinte minutos más en localizar la panadería de la que le había hablado Malachi.

Tenía las luces encendidas y un continuo fluir de clientes entraba y salía del establecimiento, con las manos cargadas con bolsas de papel que contenían *cornettos* y galletas de almendras, barras de pan recién horneado y tortas de chocolate. A Nomi empezó a rugirle el estómago.

Se mezcló con la clientela y, entre cestas con pan y pastas, tomó nota rápidamente de la disposición del establecimiento. La tienda en sí era pequeña, pero una pared divisoria de cristal dejaba entrever el horno del panadero, instalado en una estancia posterior, donde su esposa y su hija estaban enfrascadas limpiando. Un pasillo conducía a una puerta de la que solo podía ver el perfil del marco, pero se vislumbraban algunas más. A lo mejor una de ellas conducía al sótano. Nomi eligió un panecillo de queso, pagó enseguida y salió.

Encontró un lugar, en el callejón que cruzaba la calle, lo bastante oscuro como para que su capa

la volviera prácticamente invisible, y se sentó sobre la piedra húmeda del suelo. Apenas corría el aire, no había ningún tipo de corriente que ayudara a refrescar su piel sobrecalentada, pero siguió sin quitarse la capucha. Se acurrucó en la noche, comió el pan y esperó, disfrutando al menos del consuelo de la comida.

El propietario de la panadería despidió por fin al último cliente con un cordial «¡Hasta la semana que viene, Claudio!» y cerró la puerta con llave.

Nomi se asomó con sigilo y vio que la esposa y la hija del propietario estaban acabando de limpiar la tienda. Esperó hasta que, al cabo de un buen rato, se apagaron las luces. Unos minutos más tarde, se iluminaron las ventanas de la planta de arriba. Y entonces, otra hora más tarde, esas también se apagaron. Nomi prestó atención al posible sonido de pasos, a cualquier indicio de que pudiera haber alguien en la calle. Cuando estuvo segura de que estaba realmente sola, cruzó con cautela y enfiló la estrecha acera que flanqueaba el viejo edificio de piedra. La parte trasera daba al gran canal y el olor a agua salobre y a peces muertos superó rápidamente el aroma cautivador del pan y el chocolate fundido.

Se le aceleró el pulso. Observó el resplandor del *palazzo* reflejado en el agua. Respiró hondo y cerró los ojos. No podía ponerse nerviosa. Ahora no. Sus padres se merecían que se hiciera justicia.

Echó una última mirada al *palazzo* y se volvió. La puerta trasera de la panadería estaba cerrada. Se protegió el brazo con los pliegues gruesos de la capa.

«Ya has quebrantado de sobra la ley. Aprendiste a leer. Te fugaste de la cárcel. En comparación, esto es un juego de niños.»

Nomi intentó imaginarse qué haría Serina de estar en su lugar.

«Ella no dudaría.»

Y con este pensamiento en la cabeza, Nomi estampó el codo contra el panel de cristal de la mitad superior de la puerta. Tuvo que hacerlo un par de veces para conseguir romper el vidrio y el estrépito le provocó un escalofrío de terror. Se alejó de la puerta y esperó, conteniendo la respiración, a que bajara corriendo el panadero para ver qué había pasado.

Pasaron unos minutos que se hicieron interminables.

Al final, llegó a la conclusión de que, como por obra de un milagro, no iba a aparecer nadie. Con mucho cuidado, introdujo la mano por el pequeño agujero que había creado para abrir la puerta.

Entró todo lo silenciosamente que pudo en la panadería. Los fragmentos de cristal roto crujieron bajo sus botas. Empezó a avanzar por el pasillo con los brazos extendidos para buscar a tientas las puertas que había visto desde la tienda. El corazón le retumbaba con fuerza en la garganta.

Localizó por fin el pomo de una de ellas.

Chirrió débilmente al girarlo para abrirla. Escaleras. Descendían hacia una oscuridad aterciopelada.

Se adentró en la negrura. ¿Por qué no habría comprado una lámpara o una caja de cerillas? Cualquier cosa que pudiera serle de utilidad. Extendió las manos, palpando las tinieblas. Malachi había dicho que había una puerta secreta detrás de un relieve de un hombre barrigudo.

Cuando llegó al final de la escalera, se arrodilló y recorrió con las manos la parte inferior de la pared, palpando y presionando la madera. Nada. Lo repitió desde el principio, una y otra vez. Gateó entre las patas de una mesa, recorriendo la pared con las manos, y lo único que consiguió fue darse un doloroso golpe en la cabeza contra una silla que había al otro lado.

Nomi apartó la silla que se interponía en su camino y se estremeció cuando la arrastró estrepitosamente. Había hecho tantísimo ruido que estaba segura de que no tardaría mucho en aparecer alguien. Intentó apresurarse, pero las paredes parecían prolongarse eternamente. Eran lisas, sin nada sobresaliente.

La oscuridad ejercía una potente presión sobre ella.

Pero de repente dejó de hacerlo. A sus espaldas detectó un resplandor parpadeante. Con el corazón en la garganta, Nomi se volvió muy despacio. Allí, en el umbral de la puerta, estaba la esposa del panadero, portando una lámpara.

La mujer miró a Nomi.

Ella abrió la boca. Volvió a cerrarla. Tenía un nudo en la garganta. El pánico le enturbió la visión. Necesitaba respirar. La capucha se había deslizado hasta dejar su cara completamente al descubierto. La mujer la estaba mirando, sabría que era una chica y describiría sus facciones cuando llegara la policía, por mucho que consiguiera escapar de allí.

—¿Eres leal al nuevo Superior? —le preguntó la mujer con voz ronca y curiosamente insegura.

Nomi iba a responder que sí, pero hubo algún detalle en la expresión de aquella mujer, algo en el mohín de preocupación de su boca, que la llevó a detenerse. Pensó en la chica a la que había visto a través del cristal, ayudando a su madre a limpiar. Una hija. Joven, con una cara dulce y redondeada. Nomi le confesó la verdad.

—Soy leal al auténtico Heredero: Malachi.

La esposa del panadero no dijo nada. Nomi contuvo la respiración hasta que se le empezó a nublar la vista.

Al cabo de un buen rato, la mujer levantó un poco la lámpara, hasta que toda la estancia quedó iluminada, e inclinó la cabeza. Sin mediar palabra, Nomi se volvió para mirar hacia donde la mujer le indicaba y lo vio. El relieve de un pequeño hombre gordo.

La esposa del panadero se marchó rápidamente, llevándose con ella la luz.

Nomi soltó el aire que había contenido. Y se deslizó hacia donde había visto el relieve.

Rozó la barriga con la punta de los dedos, localizó una pequeña protuberancia y la presionó. Con un clic, parte de la pared se abrió hacia dentro. La recibió una oleada de aire viciado. Tragó saliva.



## VEINTISIETE

### SERINA

—No es justo, Ámbar —dijo Serina. No podía agarrar por los hombros a aquella mujer, más alta que ella, porque tenía las manos todavía esposadas, pero le habría gustado. Quería zarandearla—. Tengo que ser yo.

Ámbar hizo un gesto de negación con la cabeza, con expresión resoluta. No desafiante, ya no.

—Gracia, he visto morir a demasiadas mujeres —dijo, con un tono de aceptación excepcional y triste—. Y no pienso pasar por ello otra vez.

El dolor pesaba, excesivamente. Y Serina era incapaz de soportar más peso.

Era el único razonamiento que no podía contraatacar. ¿Cómo negarle aquello a Ámbar, que había visto morir a Oráculo justo delante de ella, que había visto a tantas amigas suyas morir en el ring?

Le ardía la garganta de dolor y de tristeza.

—Sabes que tendría que ser yo.

—Te llegará el turno pronto —replicó Ámbar inalterable.

«Vamos a morir todas.»

La puerta volvió a crujir. Los soldados lanzaron varios cubos al calabozo, derramando agua por el suelo.

Las mujeres corrieron a beber agua ayudándose de las manos. Su sed y su desesperación las llevó a emitir gruñidos, a salpicar por todas partes.

«Somos como animales —pensó Serina—. En eso nos han convertido.»

—Vamos —dijo con voz ronca—. Tenemos que mantener el orden para que todo el mundo pueda beber un poco.

Los soldados no les habían traído comida y no habían apagado en ningún momento la luz, pero el agua ayudaba. Gracias a la luz, pudieron disponerse de modo que la mayoría tuviera algo de espacio para sentarse. Val estaba en todo momento brazo con brazo con Serina, y ella aprovechaba para recostarse contra él y aliviar de este modo el peso de su corazón.

Las mujeres lloraban constantemente, sollozos de desesperación, pero era el llanto desgarrador de Helena lo que más le llegaba al alma a Serina. Reencontrarte con la persona que amas, tener esperanzas por primera vez en tu vida, y que luego te lo arranquen todo...

—Yo lo único que quería era reunirme con mi hermana —dijo Espejo, hundiendo la cabeza entre las manos—. Nunca nos habíamos separado y entonces, en un momento, sucedió. Jamás

volveré a verla.

—Tengo una hija —dijo Lllamarada, con la emoción otorgándole una tonalidad grave a la voz—. Me llevaron a Monte Ruina justo después de que ella naciera. No sabe nada sobre mí. Nunca me recordará. Pero yo me acuerdo de sus manitas, lo pequeñas que eran, sus deditos... Prendí fuego a mi casa, maté a mi marido porque la miraba como si fuese una mercancía que podía vender y obtener un dinero. Y yo no lo soportaba. Creí que podría huir con ella. Pensé que escaparíamos juntas, que mi hija tendría una vida mejor. Pero me capturaron y me la arrebataron. Y ahora, ya no podré encontrarla jamás. A mi Lucía. Mi luz.

Todas tenían una historia que contar.

—Deseaba con todas mis fuerzas llegar a Azura. Aquí no tengo nada, nunca lo tuve. Siempre me quise marchar de Viridia —dijo una chica del Campamento de la Selva.

—Mi mejor amiga murió en Monte Ruina hace un año —relató otra—. Desde entonces tengo pesadillas. La echo mucho de menos. Pienso que tal vez se llevó con ella una parte de mí y por eso nunca volveré a ser yo sin ella.

Serina se recostó sobre Val, cuyo corazón era lo único que la ayudaba a no desmoronarse por completo. Aprovechando un momento de calma, su voz profunda resonó en el calabozo.

—Fui a Monte Ruina para salvar a mi madre —dijo—. Tenía un plan: conseguir trabajo como carcelero y sacarla de allí. Pero cuando llegué, ya había muerto. Y luego no hice otra cosa que ver mujeres morir.

Cuánta tristeza. Cuántas oportunidades desperdiciadas, cuánta nostalgia. Lo que más deseaba Serina en el mundo era poder cambiar el rumbo de aquellos relatos, dar a aquellas mujeres la felicidad que se merecían.

Se alegraba de que Nomi y Malachi se hubieran marchado. A lo mejor conseguían localizar a Dante, a lo mejor llegaban a tiempo de salvar a unas cuantas chicas. Él acabaría con todo aquello, le arrebataría a Asa su poder. Saber que el Heredero legítimo estaba vivo y que Asa suponía lo contrario era un débil consuelo.

—Yo maté al mejor amigo de mi padre. —La voz de Anika había perdido su carácter—. Intentaron casarme a la fuerza, por mucho que yo tuviera diecisiete años y él cuarenta y cinco. Ese hombre quería que me llevara a su casa a mis hermanas pequeñas para que fuesen mis criadas. Pero yo siempre supe para qué las quería en realidad. La noche antes de la boda, entró en mi habitación. No le apetecía esperar. Y yo no podía ni verlo. —Temblorosa, cogió aire para seguir hablando—. Mi padre no me protegió. No dijo que la muerte había sido un accidente ni quiso esconder el cadáver. Me delató ante el magistrado. Ojalá lo hubiese matado también a él. Ojalá hubiera cogido a mis hermanas y a mi madre y hubiera huido. Podría haberlo conseguido. Ahora no sé ni dónde están ni qué ha sido de ellas.

Cuántas hermanas perdidas. Cuántas familias rotas.

—Yo nunca tuve familia —dijo Ámbar en voz baja—. Solo a Oráculo.

Serina recordó entonces lo que le había preguntado antes de abandonar Monte Ruina, si sería

capaz de encontrar a Oráculo cuando muriera. El recuerdo le partió el corazón, como si lo hubiese atravesado el metal ardiente de una flecha. No soportaba la idea de que Ámbar fuera a morir al día siguiente albergando aún aquel temor.

—Oráculo y tú siempre os tendréis la una a la otra —le aseguró Serina, con la voz atrapada por las lágrimas—. Cuando todas las batallas toquen a su fin, estaréis juntas. Seréis libres. Siempre que queráis, sin que nadie os obligue a pelear, sin que nadie os separe. ¿Sabes... sabes adónde os habría gustado ir?

Ámbar tensó las muñecas esposadas para poder abarcarse las rodillas y bajó la vista hacia el suelo.

—Me encanta el mar. A veces, Oráculo y yo pasábamos horas sentadas en la playa, charlando. No sobre nuestro triste pasado ni sobre los horrores de la siguiente pelea. Sino que contemplábamos el agua y hablábamos sobre dónde iríamos, sobre lo que haríamos, si pudiéramos huir de allí...

Serina había roto a llorar sin poder evitarlo.

—Tendrás la oportunidad, Ámbar. No lo dudo. Podrás verlo todo, serlo todo. Soñarás toda la eternidad con esos destinos. Oráculo y tú os reuniréis. Lo sé.

El ritmo de la respiración de Val se aceleró. Serina recostó la cabeza contra su pecho y cerró los ojos. Era una esperanza también para ellos que, en la muerte, Val y ella volverían a encontrarse.

Las mujeres de Monte Ruina permanecieron despiertas durante la interminable noche, con sus historias, sus oraciones, sus arrepentimientos y sus esperanzas llenando los escasos huecos que había entre ellas, hasta que al final la sensación de espacio dejó de existir.

## VEINTIOCHO

### NOMI

Cuando Malachi había planeado con Serina entrar con su ejército por aquellos pasadizos, el corazón de Nomi se había acelerado solo de pensarlo. Pero ahora, arrastrándose por aquel túnel estrecho sumida en la oscuridad más absoluta, sabiendo que todo el peso del canal se cernía sobre su cabeza, notando las gotas de agua fétida filtrándose sobre su cara, el espejismo se había disipado. Los pasadizos secretos no eran ni emocionantes ni románticos; eran resbaladizos, sucios y aterradoramente oscuros.

Cuando el túnel empezó a inclinarse hacia arriba, cuando sus paredes rezumantes de agua cedieron paso a piedra más seca, Nomi se concentró por fin en la tarea que tenía entre manos y no en el estrepitoso sonido de sus jadeos en medio de tanto silencio. Era noche cerrada. Asa estaría durmiendo. Malachi había comentado que el pasadizo daba acceso a las distintas estancias de la familia, y también a las de las Gracias. Debía encontrar la entrada correcta.

Le llamó la atención un débil destello. A medida que empezó a vislumbrar más alfileres de luz traspasando la negrura, incrementó la cautela, intentando avanzar haciendo el mínimo ruido posible. Se acuclilló para mirar a través de uno de los pequeños agujeros de la pared y reprimió un grito. Sentada detrás de una mesa de lo que parecía una cocina había una criada adormilada, dando cabezazos, mientras iba removiendo el contenido de un cuenco. El sonido de un golpe asustó de pronto a la chica... y también a Nomi. Apareció un hombre, gritando:

—Hay que amasar ese pan, señorita. Necesito que la masa suba durante un par de horas antes de poder hornearlo, y ya sabes lo que pasa si el desayuno del Superior llega con retraso. Si no está a punto para sacarlo del horno cuando vuelva, serás azotada. ¿Me has oído bien?

La chica asintió frenéticamente y dirigió toda su atención a la masa extendida sobre la mesa. Nomi siguió avanzando, saltando de punto de luz en punto de luz. El resto de las estancias parecían vacías, almacenes y cuartos donde preparar las comidas del *palazzo*. Continuó forzando la vista para ver en la intensa penumbra y estuvo a punto de tropezar contra la escalera de mano oculta en las sombras, al final del pasadizo.

Con cuidado y muy despacio, empezó a trepar. El túnel del segundo piso era largo, también con agujeros minúsculos en la pared desde los que podían verse las habitaciones de invitados y las salas de estar. Se preguntó si el Superior habría utilizado aquel método para espiar a sus invitados y criados, si tal vez los pasadizos secretos le habrían servido para alguna cosa más que como

simples vías de escape. Al final, Nomi encontró la escalera que subía al tercer piso y, una vez más, quedó sumida en la más completa oscuridad.

No había mirillas que dieran acceso a las estancias de las Gracias o de la familia real. Nomi avanzó con cuidado por el estrecho espacio que se abría entre ambas paredes, palpándolas con las manos, buscando. ¿Habría cerrojos secretos? ¿Paneles que se abrieran al contacto? ¿Y si tocaba donde no debía y la pared se abría y entraba dando un traspie en la habitación de Asa?

El corazón le retumbaba en el pecho. No había aire para respirar y la gruesa capa de lana, que tan útil le había resultado como disfraz, pesaba sobre sus hombros y le daba tanto calor que resultaba insoportable. La capa era como un instrumento de tortura que le tiraba del cuello y la empapaba en sudor. Sabía que no iba a aguantarla ni un minuto más, así que la desató y la dejó caer en el suelo. De pronto, el aire, aun cargado, le refrescó la piel.

Siguió avanzando en silencio, con precisión. Aspirando bocanadas minúsculas y controladas. Intentó orientarse partiendo de lo que sabía de la disposición del *palazzo*, pero era imposible adivinar en qué lugar de sus entrañas se encontraba. De modo que continuó deslizándose en la oscuridad, aplicando la oreja a las paredes y tratando de oír cualquier tipo de sonido. Sus manos lo palpaban todo, en busca de cerrojos u otra anomalía. Empezó a imaginarse a Asa, dormido en la cama, y a ella, con el cuchillo apuntándole al corazón.

Sin despegar la oreja de la pared, avanzó unos cuantos metros a la izquierda de la escalera y captó de pronto la débil cadencia de la voz de una mujer y también un chapoteo de agua. ¿Estaría cerca de los baños de las Gracias? Retrocedió un poco y tropezó con un pequeño saliente en la pared. No, aquello no formaba parte de la pared. Era una bisagra. Se arrodilló y palpó detenidamente la madera, rezando. Sus dedos localizaron una protuberancia redondeada. Tiró de ella y, al instante, se abrió lentamente un panel. Asomó la cabeza por el hueco y se encontró justo delante de una maceta grande con un helecho. Estaba a punto de abrir el panel un poco más cuando el sonido de voces subió de volumen y vio pasar dos pares de pies enfundados en zapatillas. Estaba claro. Había llegado a las estancias de las Gracias.

Cerró con cuidado el panel, memorizó la sensación que le había dejado en la mano el minúsculo pomo y tomó nota de la distancia que la separaba de la escalera. Siguió avanzando por el pasadizo hasta que localizó otra puerta. Esta daba acceso a la silenciosa habitación de Malachi.

El pulso se le aceleraba en la garganta. Introdujo la mano en la bota y se tranquilizó al comprobar que el cuchillo seguía allí. El siguiente panel que encontrara la llevaría a las estancias del Superior.

Nomi tiró de la puerta para abrirla tan solo una rendija. Inspiró hondo y contuvo el aire.

Escuchó.

Visualizó los cuerpos destrozados de sus padres, los golpes en la cara de Serina, la mirada afligida de Renzo. Lo hacía por todos ellos. Y también por ella misma.

Pero la habitación de Asa no estaba en silencio. Su voz, grave y peligrosa, hablaba en un murmullo:

—No lo haces todo lo bien que deberías.

Experimentó una oleada de terror. La asaltó el recuerdo del cuchillo de Asa hundiéndose en la piel, su mirada perversa. Asa estaba despierto. Y acompañado. De momento no podía matarlo.

Cerró el panel sin hacer ruido. La sangre le retumbaba en los oídos.

Asa no estaba solo. Se dejó caer en el suelo y permaneció un buen rato sentada, con la espalda apoyada a la pared. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar? ¿Y si tardaba horas en dormirse? ¿Y si Asa había oído ruidos detrás de la pared? ¿Y si en aquellos momentos estaba sentado a los pies de la cama, esperándola?

Inmersa en aquella espiral de oscuridad, notó que la puerta que daba acceso a las estancias de las Gracias estaba llamándola.

¿Estaría allí Angeline? ¿Seguiría bien? ¿Que habría sido de Rosario, de Cassia y de todas las demás? Nomi movió la cabeza en un gesto de preocupación. Aquellas mujeres quedarían en libertad en cuanto Asa muriera. Probablemente Malachi estuviese ya de camino, y confiaba en que llegaría pronto acompañado por el regimiento de Dante.

Aunque él no había prometido en ningún momento que fuera a liberar a las Gracias.

Pero estaba segura de que lo haría. De repente, comprendió que no podía pasar ni un segundo más escondida detrás de los muros del *palazzo* como un secreto olvidado, enterrada viva.

Necesitaba respirar.

Recogió la capa del suelo y buscó el panel que daba acceso a las estancias de las Gracias.

Y muy despacio, conteniendo la respiración, tiró de él para abrirlo. La tenue luz que se filtraba por la rendija le acarició la cara como la mano de un amigo.

Esta vez, no había nadie.

Del modo más sigiloso y silencioso que pudo, Nomi accedió al pasillo de suelo de mármol que conducía hacia los cuartos de baño.

Era de noche. Las chicas debían de estar durmiendo. Sabía que los hombres del Superior hacían rondas por los pasillos. Si no iba con cuidado, la descubrirían.

Nomi cerró el panel, devolviéndolo con cuidado a su lugar. Se aseguró de poder volver a abrirlo en caso de necesidad, de recordar qué panel, de entre todos los idénticos del pasillo, era el que conducía a los túneles. El que la conduciría a la libertad.

El que la conduciría hasta Asa.

Caminaba sigilosamente a través de las silenciosas estancias para llegar al pasillo que daba acceso a los dormitorios cuando el sonido de voces la llevó a buscar refugio a la sombra que proyectaba un gigantesco jarrón decorativo.

—Gracias por tu tiempo, flor —dijo una voz, que reconoció al instante.

Nomi oyó pasos arrastrándose por el pasillo, un llanto casi silencioso.

—Pronto nos volveremos a ver —dijo Asa, con un tono en absoluto educado, como si fuese una amenaza.

Un susurro de tela, un portazo. Y a continuación, el llanto.

Nomi asomó la cabeza por la esquina. En el suelo, junto al opulento sofá del salón redondo, había una figura hecha un ovillo, con el rostro oculto por una cortina de cabello rubio platino.

A Nomi se le formó al instante un nudo en el estómago.

—¿Cassia?

La tercera Gracia de Malachi levantó la cabeza, vio a Nomi y abrió la boca dispuesta a gritar.

Ella corrió hacia donde estaba la chica, le tapó la boca y murmuró:

—Tranquila, tranquila, soy yo.

Con los ojos muy abiertos y la mirada aterrada, cogió a Nomi por los hombros. Dijo algo contra la mano que le tapaba la boca pero sus palabras quedaron amortiguadas. Con cuidado, Nomi empezó a soltarla, preparada por si acaso intentaba volver a gritar.

—¿Eres un fantasma? —musitó Cassia.

Tenía la piel pálida y seca, desprovista de su luminosidad habitual. A primera vista, Nomi tuvo la impresión de que no iba maquillada. Su cabello rubio, siempre brillante, le colgaba suelto y deslustrado sobre la espalda y lucía unas ojeras grises impresionantes. Nomi nunca la había visto tan descuidada.

—No —respondió Nomi—. No soy un fantasma.

Cassia la envolvió de repente en un estrecho y desesperado abrazo.

—Creía que estabas muerta. ¡Maris dijo que estabas muerta! Le pregunté y me contó que...

—Espera un momento, ¿cómo que Maris te dijo que estaba muerta? —La inquietud se desplegó en el vientre de Nomi como una serpiente venenosa, dispuesta a atacar—. ¿Cuándo has visto a Maris? ¿Cómo es posible?

—El Superior la ha traído hoy a primera hora.

Nomi era incapaz de asimilar lo que Cassia le estaba diciendo. Era imposible que Maris estuviera allí, con las Gracias. Iba de camino a Azura, con Helena y Serina. Cassia estaba confundida.

Pero no podían seguir hablando allí. Los silenciosos hombres que patrullaban por las estancias de las Gracias estaban de ronda. Podían aparecer en cualquier momento.

—¿Hay algún lugar seguro donde podamos hablar? —dijo en voz baja Nomi—. ¿Sigue Angeline por aquí?

Cassia se mordió el labio y movió la cabeza en sentido afirmativo. Cogió a Nomi del brazo y la guio hacia la puerta que tenía esculpidos aquellos ciervos de cara triste. La antigua habitación de Nomi. La muchacha abrió la puerta y entró, empujando a Nomi hacia el interior, justo en el momento en el que se oyeron unos pasos aproximándose a la esquina del pasillo.

El cuarto estaba en penumbra, tenuemente iluminado por la luz de la luna.

—¿Angeline? —susurró Nomi. Cassia no le había soltado aún el brazo—. Cassia, ¿quién ocupa ahora esta habitación?

Escuchó el murmullo de las sábanas agitándose en la cama. Nomi se acercó al camastro que había junto al lavabo.

—¿Angeline? —volvió a decir, alzando un poco más la voz.

¿Y si la chica que dormía en esta habitación se despertaba sobresaltada y se ponía a gritar? Pero la figura que ocupaba el camastro se sentó tan de repente que la que tuvo que contener un grito fue la propia Nomi.

—¿Qué pasa?

La voz sonó adormilada, pero Nomi la reconoció enseguida.

Se sentó en el camastro de Angeline.

—Angeline, soy yo, Nomi —dijo en voz baja.

La luz de la luna le permitió ver cómo abría los ojos de par en par.

—¿Nomi?

Igual que acababa de hacer Cassia, Angeline la abrazó estrechamente, aunque este abrazo le resultó menos turbador. Ella ya le había demostrado en el pasado el cariño que le profesaba, a diferencia de Cassia, que siempre la había visto como la competencia.

Esta, con una mueca de dolor, se sentó también en el camastro.

—¿Estás bien? —le preguntó Nomi a Cassia.

Recordó entonces cómo había llorado después de que Asa se marchara. Recordó la frase que él había dirigido a quien lo acompañaba en su habitación: «No lo haces todo lo bien que deberías». ¿Estaría hablándole a Cassia?

Esta se llevó la mano a la cara. La pálida luz de la luna iluminó un débil moratón justo al lado de la barbilla. Cassia no respondió.

Estaba tan cambiada que costaba creerlo. Su confianza, su belleza escultórica, habían desaparecido. Parecía una niña asustada, una chica rota y vulnerable. Nomi odió a Asa más si cabe por aquello.

—¿Cómo es posible que estés aquí, Nomi? —preguntó Angeline—. Maris dijo que habías muerto.

Las esperanzas de que Cassia se hubiera confundido se desmoronaron. La invadió al instante un sentimiento de urgencia. Si Maris estaba allí, ¿dónde se encontraba Serina? Se levantó.

—¿Sabes en qué habitación está? Necesito verla.

—Quédate aquí. Voy a buscarla.

Angeline se levantó, se cubrió el camisón con un batín deshilachado y salió.

Cuando la puerta se hubo cerrado, las sábanas de la cama se agitaron de nuevo.

—¿Angeline? —dijo una voz—. ¿Ya es hora de levantarse?

Con un suspiro, Cassia encendió la luz.

—Ria, flor, Angeline ha tenido que salir un momento. Pero todo va bien.

La figura menuda que se había sentado en la cama no era una chica. Era una niña. Más joven aún que Talía. Los ojos azules de Ria estaban hinchados y enrojecidos, como si se hubiera dormido llorando.

—¿Quién eres tú? —le preguntó a Nomi, con una expresión indefinida, entre el miedo y la



sorpresa.

—Soy Nomi. ¿Eres una Gracia?

La niña asintió.

El horror que sentía Nomi se transformó en bilis en su garganta. De repente, su mente rememoró las manos de Asa envolviéndole la cintura, sus labios presionados contra su boca, y el recuerdo se convirtió en una jaula de la que era imposible escapar.

En su momento había acogido con gusto aquel abrazo y había sido tan estúpida que había creído que él estaba encantado con su buena disposición. Pero Asa era igual que su padre, un hombre que disfrutaba imponiendo su voluntad sobre la de los demás.

Que disfrutaba domesticando a quienes no estaban dispuestos a dejarse someter.

Se abrió la puerta y apareció Maris, seguida por Angeline. En cuanto vio a Nomi, se vino abajo.

Ella la abrazó, con el pánico presionándole el cuello con sus garras afiladas.

—¿Qué haces aquí?

El rostro de Maris era de pura angustia.

—Nos capturaron. A todas las de Monte Ruina. Están encerradas en una celda, en una especie de calabozo. Pero Asa vio que yo me encontraba entre ellas y me hizo subir aquí. Dijo que este es mi lugar. —Esbozó un mohín—. Me vio con Helena, creo que lo hizo por eso. Porque quiere torturarme.

Nomi se preguntó cuántos fragmentos de su corazón quedarían aún enteros para ser hechos añicos.

—Y Serina, ¿está...? Maris...

—Está viva. Me parece que Asa no la reconoció. Pero da igual. —La chica bajó la vista hacia sus sucias botas—. Piensa ejecutarlas a todas.

Las palabras retumbaron en la cabeza de Nomi.

La rabia empezó a correrle por las venas, a abrasarle el pecho, a hacerle latir la sangre en las sienes. Cogió la capa y se dirigió a la puerta.

—No, no lo hará.

—Nomi, ¿qué piensas...? —empezó a decir Maris.

Pero en aquel momento, alguien llamó a la puerta. Nomi se quedó paralizada, con la mano ya en el pomo.

—Corred —dijo en voz baja Angeline.

Apagó la luz y empujó a Nomi, Maris y Cassia hacia el lavabo. Se escondieron, conteniendo la respiración, y prestaron atención a las voces que se oían en el cuarto. En cuestión de segundos, Angeline volvió a abrir la puerta del lavabo.

—Dice Inés que tenemos que vestirnos. —Una arruga profunda le cruzó la frente—. El Superior ha ordenado que sus Gracias presencien la ejecución que tendrá lugar al amanecer. Debemos estar preparadas para cuando nos llamen.

Nomi se tapó la boca con ambas manos para sofocar un grito. No había tiempo para matar a Asa, ni para buscar a Serina. Pero no podía permitir que su hermana muriera.

¿Qué hacer?

—Yo no quiero ver morir a nadie —dijo Ria, mientras Angeline la ayudaba a ponerse un vestido de color rosa adornado con cintas. Las lágrimas no derramadas le cortaban la voz—. ¿Por qué tenemos que ir?

—Porque el Superior lo exige —dijo Angeline en un susurro.

Cassia se marchó a su habitación para vestirse, pero Maris se quedó allí. Se sentó en el tocador y observó su reflejo con la mirada vacía y desesperanzada de quien lo ha perdido todo. Nomi ya había visto antes aquella expresión en su cara, cuando Malachi las eligió como Gracias. Durante toda su estancia en el *palazzo*, Maris había vivido encerrada en el dolor de no saber qué había sido de Helena.

Y hoy, la mujer que amaba iba a morir.

—Iré yo también —murmuró Nomi—. Tiene que haber algo que pueda hacer. Si fuese capaz de acercarme a Asa, solo con que pudiera...

Las palabras le raspaban la garganta como arena. Había llegado hasta allí. Y aquello no podía terminar de esa manera.

—Pero si te ve alguien... —empezó a decir Angeline.

—Iré con cuidado. Necesito... necesito... —«Necesito matarlo. Necesito salvar a Serina»—. Necesito un vestido. Por favor, Angeline.

Esta le buscó un vestido. Nomi cogió la prenda de color gris perla y corrió al lavabo a cambiarse. La falda era lo suficientemente larga para esconderle las botas. No le habría importado disponer de un calzado distinto, más de su talla, pero las botas eran un buen escondite para el cuchillo y no pensaba dejarlo allí. Lo sacó y contempló la fina hoja aserrada.

«Esto es para ti, Asa —pensó—. Te lo mereces.»

## VEINTINUEVE

### SERINA

Ámbar estaba esperando junto a la puerta cuando los soldados llegaron a por ella.

—Vamos —dijo uno de ellos, tirándole del brazo.

La mujer se plantó ante él, inamovible como una montaña, hasta que la soltó. Y antes de que pudiera pegarle o empujarla para conseguir su sumisión, Ámbar echó a andar con firmeza, levantando la barbilla.

Serina rezó para que cuando le llegara a ella el turno fuera capaz de afrontarlo con la valiente serenidad de Ámbar, aunque estaba prácticamente segura de que empezaría a gritar.

—Y el resto venís también —rugió el soldado—. Y no intentéis nada u os mataremos. Órdenes del Superior.

Serina salió del calabozo detrás de Ámbar, con Val a su lado. Él caminaba muy rígido y tenía la cara magullada e hinchada.

La larga columna de mujeres se desplegó detrás de ellos. Serina se preguntó cuántas quedarían, ¿cien? ¿Cuántos días tardaría Asa en ponerse impaciente y matar a más de una a la vez?

Subieron por la empinada y oscura escalera, accedieron a un pasillo con un precioso suelo de mosaico y de allí salieron al sol.

La mañana era tan luminosa que a Serina le dolieron los ojos. Todo parecía blanqueado, descolorido, irreal. Los soldados las condujeron hacia la parte delantera del *palazzo*. Al otro lado del canal se había apiñado una multitud silenciosa.

Serina agradeció que no lanzaran vítores. Aunque era posible que lo hicieran cuando la ejecución hubiera finalizado.

Se abrió paso hasta llegar junto a Ámbar. Le tomó las manos. Todas y cada una de las células de Serina clamaban horrorizadas ante aquella injusticia. Por aquel desperdicio, por la agonía de aquel momento.

—Deja que vaya yo —le suplicó Serina, con voz entrecortada—. Por favor.

—Creo que tienes razón, Gracia —replicó Ámbar, con una leve y agotada sonrisa. Sus manos desprendían una sensación de calor y solidez entre las de Serina—. Pienso que Oráculo está esperándome.

Serina le apretó las manos y las retuvo hasta que se lo impidieron.

Un soldado se detuvo frente a ella y bloqueó a la muchedumbre con su cuerpo.

—Para —le ordenó.

Serina le escupió en la cara. Esperaba que le pegara, pero no hizo nada.

Otro soldado condujo a Ámbar hasta una pared próxima a la escalinata. Sus botas se hundieron en el césped. La pusieron de cara a la multitud, de espaldas a la pared.

Asa hizo entonces su aparición en lo alto de la escalinata. Incluso desde aquella distancia, Serina divisó su malévola sonrisa.

El Superior levantó las manos en un gesto enfocado a dar la bienvenida al público. Los consabidos aplausos llenaron el ambiente al cabo de unos instantes. Pero se apagaron rápidamente.

—Buenos días a todos —dijo—. El grupo de mujeres que veis aquí ha cometido gravísimos crímenes contra nuestro gran país. Sé que mi padre tenía cierta... aprensión por lo que a la ejecución de mujeres se refiere, pero para mí es inmensamente importante que sean castigadas por los actos que han cometido. Su descarada falta de respeto a las normas y las leyes de Viridia no puede tolerarse, y no se tolerará. Hoy, la lideresa del grupo pagará por lo que ha hecho con el precio definitivo. Ha cometido traición, y morirá por ello. El resto de las mujeres pagará también con la muerte, mediante una ejecución diaria.

«Traición.»

Serina se ahogó con su propio llanto. No sabía qué hacer, pero tenía que actuar. Tenía que hacer algo.

Asa dejó de hablar. Y dio la señal a los soldados.

Y Serina cantó:

*Fuego, respira.*

*Agua, quema.*

*Terror, márchate.*

*Tu reinado ha terminado.*

Los disparos retumbaron en el aire.

*Fuego, respira.*

*Agua, quema.*

*Estrellas, marcad el camino.*

*Vuestra hermana está aquí.*

# TREINTA

## NOMI

Nomi no consiguió acercarse a Asa. Intentó quedarse rezagada cuando recorrió el pasillo con las Gracias y trató de escabullirse cuando salieron a la terraza, pero los criados acorralaron a las mujeres en el exterior. No tuvo oportunidad alguna de huir.

La presión de los cuerpos la empujó hacia el balcón y la escondió entre las Gracias. Allí no podían reconocerla, pero su presencia era completamente inútil. Se sentía impotente.

Asa apareció en lo alto de la escalinata del *palazzo*. Demasiado lejos para intentar arrojarle el cuchillo.

Habló de traición, de ejecuciones diarias. Dijo que la lideresa de la rebelión sería la primera en morir.

Serina.

Nomi no se tenía en pie, no podía respirar, iba a gritar...

En el césped de delante del *palazzo*, los soldados colocaron a una mujer contra una de las paredes más próximas a la escalinata. Esta se mantuvo erguida, con el cabello rojo brillando bajo el sol.

Cabello rojo.

No era Serina.

Las mujeres de Monte Ruina y la multitud congregada en la *piazza* guardaban un silencio sepulcral.

El corazón se le encogió en el pecho. La sensación de alivio y la vergüenza la llenaban en igual medida. Serina no iba a morir hoy. En cambio fallecería aquella mujer que, por el motivo que fuese, estaba ocupando el lugar de Serina.

Asa dio la señal.

Y entonces, una única y temblorosa voz se puso a cantar.

Nomi conocía muy bien aquella voz. Le había cantado las nanas que la habían consolado durante su infancia. Le había contado cuentos. La había reprendido cuando no se portaba bien.

Y no hacía mucho tiempo había concedido el voto a las mujeres.

Muchas más voces se sumaron rápidamente a la de Serina, pero no consiguieron ahogar el sonido de los disparos que partieron la mañana en dos.

La figura de cabello rojo se sacudió como una marioneta y entonces, como si le hubieran cortado las cuerdas, se desplomó en el suelo.

Las mujeres continuaron cantando, con la potencia de las campanas de la catedral.

Nomi no emitió sonido alguno. El huracán que rugía en su interior era demasiado grande; si hubiera empezado a chillar, no habría podido parar.

Y solo un pensamiento le impidió derrumbarse

Aquella noche. Asa moriría aquella misma noche.

## TREINTA Y UNO

### SERINA

Nunca había deseado nada tanto en su vida como ver sufrir a Asa. Quería arrancarle de las manos su país. Quería arrancarle la vida. Nomi tenía razón. Era mucho, muchísimo peor que su padre.

Serina, rodeada de mujeres con la mirada vacía, caminó con desidia por los pasillos para volver al calabozo. Val le dio la mano y sus esposas chocaron entre sí. De no haber estado encadenadas, habría invitado a todo el mundo a luchar. Con armas o sin ellas, sus mujeres podrían haber superado a los soldados. Y de no conseguirlo... estaban todas condenadas a morir igualmente. ¿Por qué alargarlo?

Serina fijó la vista al frente y las imágenes de Asa despellejado vivo empezaron a repetirse en un bucle en su cabeza. Lo mataba una y otra vez, de cien maneras distintas. Aquí no tenía poder, ni albergaba esperanzas de salvar la vida, pero al menos aún podía controlar sus pensamientos. Y en ellos, lo descuartizaba.

Asa en persona las esperaba en la puerta del calabozo. Sonrió apaciblemente a las mujeres a medida que iban entrando y Serina vislumbró en aquella sonrisa al manipulador que había engañado a su hermana. Se lo veía amable, dispuesto incluso. Y eso que acababa de ordenar el asesinato de Ámbar.

Cuando Serina pasó por su lado, le escupió a los pies.

Asa levantó la mano y uno de los soldados la detuvo y empujó a Val hacia el interior del ya abarrotado calabozo.

Asa miró a Serina de arriba abajo.

—Ah—dijo—. Pues claro. Tú eres la hermana de Nomi.

—Y tú eres un asesino—rugió Serina—. Eres un impostor, un traidor, un mentiroso y un...

—Y tú serás la siguiente—la cortó Asa. No levantó la voz, pero el color le subió a las mejillas, tiñéndolas de rojo—. Mañana por la mañana te llegará el turno, Serina. Tu familia está esperándote.

La sacudió un viento gélido que le borró todos los pensamientos. Empujó, sin embargo, la barbilla hacia delante.

—¿Qué significa eso?

Asa se limitó a sonreír.

Con toda la fuerza de su odio, Serina dirigió sus manos esposadas contra la cara de Asa. La cabeza del Superior rebotó hacia atrás y le empezó a sangrar el pómulo. Gritó.

Serina emitió un rugido animal, nacido en lo más profundo de su garganta. Volvió a abalanzarse contra él. La rabia superaba todos sus pensamientos, todos sus sentimientos. Estaba dispuesta a matarlo allí mismo.

Uno de los soldados le dio un puñetazo en la cara, haciéndola retroceder. La masa de mujeres que abarrotaba todavía el pasadizo empezó a moverse y, por un momento, Serina pensó que a lo mejor la rebelión volvía a hacerse realidad. Pero los soldados empezaron a golpearlas con sus armas, a empujarlas y a pegarles, hasta que consiguieron contenerlas en el húmedo agujero del calabozo, una oleada humana que acabó arrastrando también a Serina.

Se llevó como pudo las manos esposadas a la cara y comprobó la dolorida hinchazón.

—¿Estás bien? —preguntó Val, abriéndose paso entre las mujeres para poder llegar hasta ella.

Con la rabia agotada, Serina recostó la frente contra su pecho. Ahora solo se sentía cansada. Muy cansada.

—Me ha elegido para mañana —le dijo a Val en voz baja.

Le resultaba demasiado difícil repetir lo que había dicho Asa sobre su familia. Sus padres, Renzo...

Aunque Asa había asumido que Nomi también estaba allí, con las demás mujeres de Monte Ruina. A lo mejor su hermana conseguía escapar. A lo mejor lograba sobrevivir.

El día pasó muy despacio, prácticamente en silencio. Todo el mundo había contado su historia la noche anterior. Serina pasó sus últimas horas pegada a Val, con las manos unidas. Él intentó entablar conversación un par de veces, pero ella no tenía ánimos para nada.

—No te obsesiones con mi muerte —fue todo lo que dijo—. Prométemelo.

Val presionó la cara contra el hombro de Serina y la humedad de sus lágrimas se filtró a través del fino tejido de la camiseta.

Un carcelero llegó con más cubos de agua y un par de docenas de barras pequeñas de pan. Veinticuatro barritas para un centenar de cuerpos. Serina no comió. ¿Para qué? Ya no necesitaría nutrientes por mucho tiempo más. Val tampoco probó bocado, por mucho que ella le suplicó que lo hiciera.

Algunas chicas consiguieron quedarse dormidas. Y varias gritaron en sueños. Helena no paraba de mover nerviosamente los pies y de retorcerse las manos. Nadie había visto a Maris durante la ejecución. Los soldados no la habían devuelto al calabozo.

—Lo más probable es que esté con las demás Gracias —sugirió Serina, pero Helena no encontró consuelo en aquella idea.

Ella misma tampoco conseguía encontrarlo.

—¿Crees que Malachi logrará solucionar todo esto? —le preguntó a Val.

—Esto concretamente no —respondió él—. Pero lo de Viridia es posible que sí, con el tiempo.

—Nomi lo ayudará. Se asegurará de que el nuevo Superior se acuerde de todas nosotras.



Serina cerró los párpados. La cabeza le flotaba. Se sentía desapegada, como si una parte de ella hubiera abandonado ya su cuerpo y estuviera viajando a la deriva, preparándose para dejar atrás todo aquello. Pero una sensación de vacío muy profunda en el estómago le recordaba que el pánico aguardaba, al acecho. Que su cerebro no estaba tan dispuesto a aceptar la situación como su cuerpo le invitaba a creer.

—Nomi se asegurará de que lo haga —le confirmó Val.

—Se pondrá muy triste —dijo débilmente Serina, adormilándose—. Teníamos que salvarnos la una a la otra...

Las horas, sus últimas horas, pasaron, al mismo tiempo, muy rápida y muy lentamente.

## TREINTA Y DOS

### NOMI

Nomi pasó el día hecha un manojo de nervios. Permaneció escondida en su antigua habitación, repasando mentalmente su plan una y otra vez. Era sencillo. Esperar hasta última hora de la noche, entrar sigilosamente en la habitación de Asa, matarlo en la cama. Justo lo que esperaba haber hecho cuando había llegado al *palazzo*. Con la diferencia de que esta vez, oyera lo que oyese, no dudaría ni un segundo.

Milagrosamente, ni Inés ni ninguno de los soldados se habían percatado de su presencia durante la ejecución, pero no podía volver a correr ese riesgo, razón por la cual estaba atrapada en la habitación, prisionera de la luz del día. Rezaba para que el sol avanzase velozmente en el cielo, para que el mundo se sumiera pronto en la oscuridad.

Durante aquellas horas insulsas, se acurrucó en la cama de Ria, junto a la ventana, y durmió, aunque las pesadillas la despertaron continuamente.

A última hora de la tarde, Angeline le trajo algo de comer. Cassia y Maris, con la cara ensombrecida por la preocupación, entraron con ella.

—Quiero saber qué está pasando —dijo Cassia, sentándose a los pies de la cama de Ria—. ¿Por qué Malachi mató a su padre y nos dejó luego en manos de su malvado hermano? ¿Lo sabes, Nomi?

Ria había pasado la mañana en una sesión de prueba de vestidos. Ahora permanecía tumbada bocarriba en la cama, mirando el techo, y su menudo cuerpo apenas ahuecaba la colcha.

—Malachi no mató a su padre —respondió Nomi—. Lo mató Asa. Le cargó el crimen a su hermano, luego lo apuñaló y lo mandó a una muerte segura en Monte Ruina. Me utilizó en sus maquinaciones y luego me hizo desaparecer para que no le pudiese contar a nadie todo lo que vi.

—Y a mí también me envió allí a morir —añadió Maris—. Porque fui testigo de lo que hizo.

—Pero nadie murió —dijo Nomi—. Al menos, no todavía. Malachi está reuniendo a sus tropas y pronto ocupará el lugar que le corresponde como Superior. Y Asa morirá esta noche.

Se levantó de la cama y empezó a deambular de un lado a otro de la habitación, ignorando la comida que le ofrecía Angeline.

Cassia fijó la vista en el suelo.

—Esta historia que me contáis tendría que pillarme por sorpresa, pero no es así. —Levantó la cabeza y su boca formó una línea firme—. El nuevo Superior es cruel. Jamás me imaginé que vivir en este *palazzo* fuera como estar en una cárcel.

Nomi siempre lo había visto así. Pero había empezado a entender que había distintos niveles de cautividad.

Ria se hizo un ovillo en la cama. Como si con ello pudiera protegerse de aquellas revelaciones, o de Asa.

—Yo lo único que quiero es volver a mi casa —musitó.

—Hay un pasadizo secreto —les contó Nomi—. En el pasillo que da acceso a la piscina de los baños. Contando diez paneles a la izquierda, detrás de una maceta grande con un helecho. Conduce hasta una panadería que hay al otro lado del canal. Si fracaso... si Malachi no llega, escapaos por allí y volved a casa. Salid por allí todas las chicas que podáis.

Ria abrió los ojos como platos. Cassia se pasó las manos por el pelo en un gesto de preocupación.

Angeline depositó un pastelito en las manos de Nomi.

—Confiemos en que no tengamos que llegar a eso.

Cuando llegó el crepúsculo, Nomi ya le había cogido afición a mirar por la ventana. Y así contempló la desesperantemente lenta puesta de sol, hasta que los últimos rayos rosados se fundieron con un azul marino oscuro.

Cassia y Maris habían vuelto a sus habitaciones.

Ria estaba sentada al tocador, con las manos unidas en el regazo. Era demasiado joven, con unos brazos y unas piernas interminables, con una carita aún redondeada y suave. Asa no había reclamado todavía su presencia, pero vivía muerta de miedo. Nomi lo percibía en la postura caída de sus hombros, en su forma de esconderse detrás de su cabellera rubia rojiza, igual que solía hacer Maris.

—¿Ya ha llegado la hora de irte? —preguntó Ria, mirando hacia un cielo cada vez más oscuro.

—Aún falta un poco.

Nomi bajó de la altísima cama. Ojalá hubiera podido dormir más, pensó. Aunque, al menos, la comida que le había obligado a engullir Angeline la había revivido un poco, y aquella noche necesitaría todas sus fuerzas.

Fue al lavabo y volvió a vestirse con la ropa de la cárcel. El pantalón le facilitaba los movimientos y le hacía sentirse más próxima a Serina. Se cubrió con la capa de Renzo, pensando que la ayudaría a fundirse con la oscuridad.

Le habría gustado ir a los calabozos y ver a su hermana, pero lo mejor que podía hacer por ella en aquel momento era matar a Asa. Y ¿quién sabía? También cabía la posibilidad de que los hombres del Superior no la mataran en el acto. En cuanto hubiera cumplido con su misión, Nomi decidió que, de estar a su alcance, intentaría localizar los calabozos.

Aunque no esperaba salir con vida del dormitorio de Asa.

Verificó el cuchillo que escondía en la bota. Introdujo la mano en el bolsillo de la capa y

encontró el lápiz afilado y el pequeño diario que había comprado en Bellaqua. Los dejó donde estaban. Era un consuelo curioso, un recordatorio de que sabía mucho más de lo que debía.

Angeline se limpió las manos en el delantal.

—Ojalá pudiera ir contigo. Quiero ayudarte.

—Ya estás ayudándome —le recordó Nomi—. Conoces la vía de escape. Puedes sacar de aquí a Ria. Y puedes decírselo a las demás. Pero espera un par de días si es posible. Malachi llegará. Y os ayudará a todas.

Era posible que Malachi no se sintiera obligado por las concesiones que Serina y ella le habían exigido, pero había visto su expresión de repugnancia cuando se había enterado de que Asa estaba reuniendo a sus propias Gracias. Todas aquellas mujeres estarían a salvo bajo Malachi.

Envolvió a su antigua doncella en un estrecho abrazo.

—Ve con mucho cuidado.

Angeline le devolvió el gesto.

—Y tú también.

Nomi se sentó junto al tocador mientras Angeline y Ria se preparaban para acostarse. Esperó, con los nervios de punta, a que la oscuridad aterciopelada de la noche inundara la habitación y a que la respiración de las dos chicas se hubiera ralentizado con el sueño.

Había llegado el momento.

Cogió la lamparita que le había conseguido Angeline, abrió lentamente la puerta, solo un par de dedos, y aguzó el oído. Los recuerdos de la noche en la que había salido sigilosamente de allí para reunirse con Asa por primera vez amenazaban con engullirla. Qué ingenua había sido conspirando la caída de Viridia sin sospechar nada, sin miedo a nada.

Pensando en aquella noche, en la confianza que había depositado erróneamente en Asa, podía llegar a comprender por qué había sido tan tonta. Estaba desesperada. Se sentía culpable. Estaba muerta de preocupación por su hermana. Por eso había caído. Y se había decantado por el bando equivocado.

Pero esta, la de matar a Asa, sabía a buen seguro que era la decisión correcta. Estaba conspirando de nuevo, pero para el bien de Viridia.

Y era casi como si la noche también lo supiera. Nomi salió sigilosamente de la habitación y recorrió el pasillo sin contratiempos. No oyó pasos que la siguieran ni resonaran por los otros corredores. No vio absolutamente ningún vigilante. El pasadizo secreto le permitiría superar a cualquier soldado o criado que pudiera encontrarse. Recordaba que Malachi tenía siempre un hombre apostado en la puerta de sus estancias y estaba segura de que Asa también. Probablemente Marcos, su mano derecha. El que en su día se había encargado de transmitirle a Nomi sus mensajes. El que la había metido a empujones en la barca que la conduciría a Monte Ruina.

Pero en cuanto dobló la esquina, se quedó paralizada. Había una figura plantada justo al lado del panel secreto. Bloqueando su acceso, como si supiera que estaba allí.

—Te he visto esta mañana en la terraza —dijo Inés. Sus curvas resplandecían en el interior de

un batín de seda blanca que capturaba la luz de la luna—. Me preguntaba si habrías entrado por aquí.

La serenidad característica de aquella mujer se había resquebrajado. Era como si en el transcurso de las semanas en las que Nomi había permanecido lejos del *palazzo*, la edad la hubiese atrapado. Sus ojos estaban enmarcados por finas arrugas y fruncía el entrecejo, un gesto que había calificado siempre de impropio de una Gracia.

—Malachi me contó que solo su padre y él conocían la existencia de los túneles.

Nomi cruzó los brazos sobre el pecho y la capa la envolvió por completo. Era una sombra en comparación con la luz que irradiaba Inés.

—Malachi tenía tanto potencial de bondad... —dijo la mujer, y Nomi volvió a quedarse sorprendida ante la sensación de envejecimiento, de agotamiento, que la envolvía. El sufrimiento que debía de haber padecido en las últimas semanas era palpable. Era creíble—. Tendría que haberse convertido en Superior.

—Y así será —dijo Nomi—. Sigue vivo.

Inés retrocedió un paso.

—Mientes.

—Asa intentó matarlo, pero fracasó. Lo que sí consiguió fue asesinar al Superior. No fue Malachi, sino Asa.

Inés miró fijamente a Nomi y sus ojos se transformaron en dos sombras negras en la penumbra del pasillo.

—Y ¿qué planeas hacer?

Nomi respiró hondo. ¿La dejaría continuar Inés si le contaba la verdad?

—Soy una Gracia —dijo al fin—. Voy a visitar al Superior.

Inés puso los brazos en los costados y apretó los puños. No dijo nada. Pero pasados unos instantes, después de otra mirada muda, levantó la vista por encima de la cabeza de Nomi, como si de repente esta se hubiera vuelto invisible, y echó a andar por el pasillo. Ella se quedó mirándola, pero la madre de Asa no volvió la vista atrás en ningún momento.

Nomi no esperó ni un segundo más. Tiró del panel para abrirlo y accedió al túnel.

## TREINTA Y TRES

### SERINA

La puerta del calabozo chirrió demasiado pronto. Serina se incorporó hasta sentarse, mareada y sedienta. Aún no estaba preparada.

Había decidido aceptar su destino con la misma calma que Ámbar, pero ahora que había llegado el momento, se descubrió agarrada con desesperación al brazo de Val.

—¿Serina?

Un susurró recorrió el mar de cuerpos.

Serina se levantó al oír aquella voz. En el umbral de la puerta se perfilaba una figura, y no era la de Asa.

—¿Renzo?

Cuando Renzo la vio, su rostro cambió, se abrió de repente. Le hizo señas.

—Vamos. Tengo las llaves de las esposas. Y una pistola. Hay que darse prisa.

Serina se abrió paso entre las mujeres, que empezaban a sacudirse el sueño de encima y a levantarse. Confusa, le preguntó:

—¿Qué haces aquí?

¿Estaría soñando?

—El Heredero me explicó cómo entrar en el *palazzo* a través de los túneles —dijo—. Fuera solo había un centinela. Y le he cogido las llaves y el arma. —Renzo le abarcó la cara con ambas manos y la miró, como si fuera una desconocida. El golpe que tenía en la cara le escocía—. Serina. Cuando Nomi me lo contó me costó creerla. Pero eres... eres una guerrera.

—El Heredero... Nomi... —murmuró Serina—. ¿Cómo...?

El rostro de Renzo se ensombreció.

—Me encontraron.

—Así que ¿estáis aquí todos? ¿Con el regimiento?

Un rayo de esperanza empezó a iluminarla.

—No —respondió Renzo. Le quitó las esposas—. Pero espero que esté ya de camino.

Serina se frotó las muñecas doloridas, pero la sorpresa ralentizaba sus movimientos. Tenía aún la cabeza confusa.

—¿Y Nomi?

—Se marchó para emprender una misión descabellada. Quiere ir a por Asa. Vine para ayudarla, pero entonces me enteré de que habían capturado a las mujeres de Monte Ruina y de que

estaban ejecutándolas, de modo que imaginé que tú también necesitarías ayuda —le explicó. Renzo también estaba distinto, más adulto, sin su característica sonrisa mofletuda. Serina no podía dejar de mirarlo—. Temía por ti.

Serina lo abrazó.

—Asa dijo que estabas muerto. Pensé... no puedo creer que estés aquí.

Renzo la abrazó con fuerza, pero se retiró antes de que Serina quedara completamente satisfecha con el abrazo.

—Nuestros padres, en cambio... —dijo en voz baja, y sus ojos oscuros brillaron con las lágrimas—. Sus hombres llegaron a casa antes que yo.

Serina notó que se le cerraba la garganta. A eso se refería Asa. «Tu familia está esperándote.»

Serina bajó la vista hacia sus manos, callosas y sucias, hacia los moratones que mancillaban sus muñecas. La última vez que vio a su madre, y su madre a ella, su piel era suave e inmaculada, sin una sola marca, y sus uñas, perfectas. Cuánto había cambiado.

Sin levantar la cabeza, dijo:

—Tomaremos el *palazzo*. Lo mataremos.

Asa, sus soldados, aquel país..., ella acabaría con todo.

—De acuerdo —dijo Renzo.

Serina le cogió las llaves y se puso manos a la obra. Abrió unas esposas, luego las siguientes, pasó entonces la llave a las mujeres que quedaban fuera de su alcance.

—Rápido —dijo en voz baja.

Se volvió hacia Renzo.

—Has mencionado que tenías una pistola. ¿Y cuchillos o espadas? El silencio es clave. Tenemos que evitar las armas de fuego mientras podamos.

Renzo asintió.

—Tengo dos cuchillos. Eso es todo.

—Conseguiremos más.

Miró al centinela tendido en el suelo del pasillo. Empezaba a moverse.

—¿No lo has matado? —le preguntó a Renzo.

Estaba pensando con más claridad que en toda su vida. Sabía perfectamente qué tenía que hacer. Sabía dónde terminaría todo aquello.

Renzo miró al hombre.

—Lo he dejado inconsciente. La verdad es que lo de matar no me va mucho.

Serina utilizó uno de los cuchillos e hizo lo que debía. Renzo observó la escena, sin creer lo que veían sus ojos.

—Estamos en guerra —se justificó Serina, con voz calmada, con la mente tranquila. Al final, podría librar su batalla, su rebelión. Y todo empezaba ahora—. Si los centinelas siguen con vida, pueden dar la voz de alarma o atacarnos por la espalda. Tienen que morir. ¿Entendido?

Renzo asintió con la cabeza, pero estaba lívido.

Cuando todas las mujeres se hubieron quitado las pesadas esposas de hierro, Serina se dirigió a ellas, en voz baja y con urgencia.

—Nuestro plan era huir a Azura, pero ha habido un cambio. Todas aquellas que quieran luchar, están ahora ante su oportunidad. Vamos a derrocar a Asa. Matad a todos los centinelas o soldados que os crucéis, pero no toquéis ni a cortesanos ni a criados. Reunid todas las armas que podáis. Coged el arma de todos los soldados que vayáis matando.

Anika se colocó al lado de Serina y cogió uno de los cuchillos de Renzo.

—¿Crees que lo conseguiremos?

—Presentaremos batalla —dijo Serina, sujetando con fuerza la empuñadura—. Como siempre. Prefería morir luchando que en una ejecución, como Ámbar. Pelearía por Ámbar.

Y por su familia.

Serina y Anika salieron al pasillo, liderando a Renzo, a Val y al resto de las mujeres de Monte Ruina. Y cuando un centinela dobló la esquina, ambas acabaron con él. Anika le cogió la pistola, Serina, la daga.

Aquello no había hecho más que empezar.



## TREINTA Y CUATRO

### NOMI

El recorrido de Nomi por el pasadizo secreto fue esta vez más veloz, puesto que tenía la lámpara para orientarse. Aun así, tenía la sensación de que avanzaba arrastrando los pies. Su corazón latía con tanto estruendo que estaba segura de que la gente que pudiera haber en las estancias del otro lado de la pared lo oía perfectamente.

Llegó a la escalera y siguió caminando. Contó las puertas. Cubiertas de polvo, de telarañas. Pequeños paneles cuadrados, altos y delgados otros, todos con pomos diminutos. Se detuvo delante del último y débil rectángulo, la entrada a los aposentos del Superior.

Cogió aire. Cerró los ojos, pensó en Serina, en Renzo, que estaba ya a salvo de camino a Azura; en sus padres, muertos en el suelo de su casa.

Pensó en Malachi y en la esperanza que albergaba en su corazón. La esperanza de que llegara a ser un Superior muy distinto, de que ayudase a las mujeres de Viridia. «Por favor», suplicó.

Apagó la lámpara y abrió el panel.

Filtrándose a través de una puerta que daba acceso a una terraza abierta, la luz de la luna iluminaba la alcoba del Superior. Una cama inmensa ocupaba la mitad derecha de la estancia. Un armario dorado abarcaba la otra pared, debajo de una exposición de armas de aspecto peligroso que brillaban en la penumbra. La cama tenía un dosel rematado con flecos dorados que la oscurecía parcialmente. Era imposible saber si Asa estaba allí durmiendo y, de estarlo, si se encontraba acompañado. ¿Qué haría si no estaba solo?

Le recorrió la espalda un escalofrío.

Sacó el cuchillo de la bota y entró en silencio en la habitación. Nomi sabía que Serina era más adecuada para aquella tarea, puesto que ella no tenía ni idea de cómo utilizar el arma. Pero aunque su hermana hubiera estado a su lado, Nomi habría cargado con el deber de aquella misión. Gracias a ella Asa había tenido aquella oportunidad, había llegado al poder. Y sería ella quien se lo quitaría.

Retiró los cortinajes de la cama y miró. Las sábanas de seda, negras y brillantes, estaban impolutas, sin arrugas. Allí no había nadie.

Le dio un vuelco el estómago. Estaba preparada para encontrarse a Asa durmiendo en la cama, con su pelo negro alborotado. Esperaba que los recuerdos volvieran a ella; se había preparado para un momento de duda y debilidad. Se había imaginado que sería difícil volver a verlo en carne y hueso, identificar al asesino caprichoso en el hombre que le había prometido el mundo.

Pero no estaba allí.

Se alejó de la cama, con la intención de volver al pasadizo secreto. Tendría que esperar a que volviera. No pensaba abandonar su misión. Pero cuando dio media vuelta, un destello de movimiento le captó la atención.

Allí, al otro lado de la puerta.

Se quitó las botas, cuchillo en mano, y recorrió descalza el frío suelo de mármol. Antes de llegar al umbral, oyó una voz, cálida y persuasiva.

Miró con cautela.

Asa estaba en el balcón, delante de una chica que tenía la cabeza agachada y una cortina de cabello negro. La mano de Asa descansaba en el punto de unión entre el cuello y el hombro de la muchacha. Incluso desde donde estaba, Nomi se percató de la tensión del cuerpo de la joven.

«Ay, no. Maris.»

—Te vi —ronroneaba Asa. Le sacaba unos cuantos centímetros y estaba utilizando su superioridad en altura para cernirse sobre ella, para reafirmar su poder. Ella, a su sombra, se estremecía de miedo—. Estabas en Monte Ruina, ¿verdad? Y guardabas un secreto. Una... aberración.

Nomi reprimió un grito.

Maris no decía nada, pero tenía los puños apretados en los costados. Los labios de Asa se transformaron en una delgada línea. Entretejió la mano en el cabello de ella y tiró con fuerza, obligándola a bajar aún más la cabeza. Maris cayó de rodillas, gritando.

Nomi apretó la mano para sujetar bien el cuchillo de confección artesanal y atacó. La corta distancia que la separaba de su objetivo jugaba a su favor. Uno, dos tres... tres pasos y llegó hasta ellos. Asa justo empezaba a volverse, boquiabierto, cuando Nomi utilizó toda su inercia, toda su rabia y todos los fragmentos rotos de su corazón para clavarle el cuchillo en el vientre, hundiéndoselo hasta la empuñadura.

Asa se tambaleó y dio un paso atrás.

Pero no cayó al suelo tal como Nomi esperaba. Furioso, se abalanzó sobre ella, maldiciendo a gritos, con la mirada salvaje de un animal herido. Cuando intentó apartarse, sus piernas se enredaron con la capa.

Cayó, y él la siguió, derrumbándose encima de ella y con el cuchillo sobresaliendo grotescamente de su flanco.

Asa la agarró por el cuello, y de pronto, dolorosamente, Nomi sintió que no podía respirar.

—Nomi —rugió Asa—. Estupendo. Quería matarte personalmente.

Ella se llevó inútilmente las manos al cuello. Se retorció debajo de él, pero las piernas de Asa y los pliegues de la capa la mantenían inmovilizada en el suelo. Empezó a ver puntitos negros empañando la cara de su atacante. Tendría que haberle clavado el puñal en el cuello, tendría que...

Maris se lanzó sobre Asa. El peso lo ladeó y, durante unos segundos, Nomi consiguió respirar. Maris intentó apartarse entonces, pero el Superior gateó tras ella, con el cuchillo todavía clavado

en el cuerpo, sin que eso lo ralentizara. Maris sollozaba, intentando escapar.

Nomi se arrastró tras ellos y golpeó a Asa con todas sus fuerzas. Él rodó hacia un lado con un quejido furioso. Pero se recuperó rápidamente y la abofeteó; Nomi cayó de rodillas. Asa la agarró de nuevo por el cuello y la levantó.

—¿Sabes una cosa? —gruñó, atrayéndola hacia él—. Te quería como reina, de verdad. Mi hermosa reina, arrodillada a mis pies. —Sus ojos, esos que Nomi había llegado a creer bondadosos y pícaros, incorporaban una sombra perversa—. Pero entonces te echaste atrás. Te volviste contra mí.

El rostro de Asa se contorsionó, dejando al descubierto su semblante asesino.

Nomi levantó la rodilla, que impactó contra su entrepierna. Asa se tambaleó, pero no la soltó.

La mano derecha de Nomi entró en contacto con un objeto duro. Con algo guardado en el bolsillo de la capa.

Temblando, extrajo el lápiz, que tenía la punta afilada como una aguja, y se lo clavó a Asa en el ojo.

El Superior cayó hacia atrás y se golpeó con fuerza contra la barandilla del balcón. De entre sus labios salió un gemido raro, casi salvaje. Su otro ojo miraba fijamente a Nomi. Y lentamente, su luz se fue extinguiendo.

Su cuerpo se arqueó hacia atrás, perdiendo el equilibrio. Nomi le dio un violento empujón adicional.

Empezó a caer y su camión de seda negra se infló envolviendo su cuerpo. Fue como si el tiempo se ralentizase.

Instantes después, un golpe sordo. Sin gritos ni chillidos de alarma. No lo había visto nadie.

Aunque pronto lo harían.

Nomi tosió débilmente, le ardía la garganta. Se derrumbó en el suelo, al lado de Maris, y dio unas cuantas y dolorosas bocanadas para coger aire.

—Nomi, Nomi...

Maris la abrazó con todas sus fuerzas.

—Tenemos que irnos de aquí —murmuró Nomi—. Sus hombres nos encontrarán enseguida y no sé si seré capaz de combatir contra ellos.

—Yo te ayudaré en todo lo que pueda —dijo Maris, con un tono de voz sorprendentemente sereno—. Ya lo hice en Monte Ruina.

Tambaleándose, corrieron hacia el panel secreto. Nomi había imaginado que Asa tendría centinelas o que habría llamado a Marcos al verla. No esperaba tener la oportunidad de escapar. Y conseguirlo antes de que sus hombres descubrieran el cuerpo era un regalo caído del cielo. Tendría que aprovecharlo para encontrar a Serina y sacar de allí a las mujeres de Monte Ruina.

De pronto se oyó un rugido en el interior del *palazzo*, un sonido que se aferró a sus muros, que hizo tambalear sus cimientos. Era el rugido de un centenar de voces femeninas, gritando con toda su rabia.

Era un grito de guerra.

Nomi y Maris salieron al pasillo y siguieron el rumor. A lo mejor, al final no le iba a resultar tan difícil dar con Serina.

## TREINTA Y CINCO

### SERINA

Los niveles inferiores del *palazzo* eran un laberinto, tan enmarañados como la zona de aposentos de las Gracias pero a una escala mucho mayor. Allá abajo no todo eran celdas y calabozos; además de los soldados, eliminados rápidamente para evitar que dieran la voz de alarma, los sirvientes y las criadas entraban y salían corriendo de almacenes, neveras y bodegas. Una de esas criadas —una mujer redonda y mantecosa, con un delantal lleno de manchas— vio a Serina, con el ojo morado y su ejército de mujeres, y empezó a gritar hasta quedarse roja como un tomate.

Serina la agarró por el brazo.

—¿Cómo podemos ir a las plantas de arriba?

Pero la mujer no paraba de gritar.

—Por favor —insistió Serina—. Tenemos que salir de aquí. No vamos a hacerle ningún daño.

La mujer se calló. No dijo nada, pero sus ojos se desviaron hacia un pasillo que quedaba a su izquierda.

Serina le dio unos golpecitos en el hombro para animarla y echó a correr en aquella dirección. Detrás de ella, la oleada de mujeres inundó el pasillo y ascendió por la estrecha escalera.

—Tenemos que encontrar al Superior —dijo Anika—. Si acabamos con él, habremos acabado con todo.

—Los soldados lo protegen —dijo con pesar Serina—. Pero daremos con ellos, daremos con él.

«Y con Nomi, antes de que acaben matándola.»

Envió a Val y a Renzo a la retaguardia de su ejército; a Val para protegerlas por detrás y a Renzo para mantenerlo a salvo. Todo lo a salvo que fuera posible, dadas las circunstancias. No los quería al frente.

—Tú no te metas, ¿me has entendido? —le dijo a su hermano, zarandeándolo por los hombros.

Renzo asintió y no le llevó la contraria.

Serina accedió a la larga galería y pudo ver por vez primera el exterior. Era noche cerrada, con un rayo de luna brillando sobre el mar. Precioso.

Dobló la esquina y derrapó hasta detenerse. El amplio pasillo estaba repleto de hombres de Asa, todos ellos apuntando sus armas. Debían de haber oído el grito de la criada. Y aquello no era un simple grupo de soldados. Era un regimiento entero.

Aunque seguían siendo menos que las mujeres de Monte Ruina. Serina compartió una mirada

con Anika durante una milésima de segundo. Los ojos de su compañera no mostraban ningún atisbo de miedo. Estaba preparada. Y, de repente, Serina también. Aquellos hombres, con sus armas, con sus enormes cuerpos y sus caras inexpresivas, representaban a todos los hombres que las habían oprimido, que las habían puesto en entredicho, que les habían hecho daño. Eran los que habían hecho todo eso y más, a ella y a las mujeres que avanzaban detrás de ella.

Eran el enemigo.

Notó crecer un grito en su pecho, con la misma presión salvaje que había liberado cada vez que había entregado un cuerpo al volcán de Monte Ruina. Cada vez que había tenido que ser testigo de una muerte inútil, de una vida desperdiciada. De otra Oráculo, otra Petrel y otra Jacana. De otra Ámbar. A su alrededor, el grito creció y se amplificó, resonando en las paredes doradas del *palazzo*. Los hombres comenzaron a dudar. Y a medida que el alarido crecía, ellos parecían menguar de tamaño. Hasta que quedaron reducidos a nada, perdieron toda su importancia. Todo su poder.

Y en el momento culminante de aquella alquimia milagrosa, Serina, Anika y el ejército de Monte Ruina se lanzaron al ataque.

Los hombres soltaron unos cuantos disparos antes de que las mujeres los alcanzaran. La chica situada a la izquierda de Serina cayó al instante. Pero ella no se amedrentó. Empezó a dar puñaladas y golpes. Empujones. A arrancar ojos y patear entrepiernas. Se abrió paso entre los hombres, apartándolos, arrancándoles de las manos sus armas. Su cerebro desconectó por completo y su capacidad analítica quedó reducida a apuñalar, cortar, empujar y arrancar.

Los soldados retrocedieron, intentando abrir espacio suficiente para utilizar las armas de fuego. O tal vez, simplemente, porque estaban muertos de miedo.

La ola de mujeres los aplastó por completo, expulsándolos del pasillo hacia el patio. Había gritos. Sillas tumbadas estrepitosamente en el suelo. Por un instante, un pequeño grupo de hombres con trajes y chalecos de colores, fumando en pipa, dejó desorientada a Serina.

Se dispersaron también, o lo intentaron.

La iluminación de las lámparas revelaba con impresionante detalle la dureza de la batalla. Soldados y luchadoras se revolcaron por el suelo, estampándose contra los hombres de las pipas y su elegancia. Serina apartó de su camino a un corpulento señor vestido de terciopelo morado.

—¡Apártese! —rugió.

En medio de aquel caos, Acantilado, armada con dos cuchillos de carnicero que había robado, se dispuso a clavárselos a un soldado, pero alguien la empujó por atrás y la desvió de su blanco. Con el movimiento, acabó empalando a un hombre de chaqueta azul que estaba acurrucado junto a una mesa. Este abrió la boca para gritar y su cuerpo se derrumbó. Ella retrocedió, con el horror por lo que había hecho reflejado en su rostro. Levantó los brazos, con los cuchillos ensangrentados, como si quisiera pedirle perdón a su víctima.

El soldado al que pretendía atacar levantó entonces su arma. Serina gritó, intentando avisarla. Pero el sonido de la batalla era impresionante, caótico. Su voz se perdió entre el barullo. El

soldado disparó a Acantilado a bocajarro. Cayó al suelo justo al lado del cuerpo del cortesano, que seguía convulsionándose.

Serina se alejó de allí, con la cabeza palpitándole vertiginosamente. De repente vio que tenía un soldado delante, tan cerca que podía distinguir incluso los destellos plateados de sus ojos azules. El hombre empuñaba una espada corta. Sin pensárselo ni un instante, Serina proyectó la cabeza contra su estómago, empujándolo sobre otros hombres. Anika corrió hacia ellos y los golpeó uno a uno antes de que pudieran volver a incorporarse.

Un soldado gigantesco con barba rubia se plantó frente a Serina con los puños cerrados. Antes de que le diera tiempo a reaccionar, le pegó un puñetazo que la mandó directa al suelo. Le retumbaron los oídos. Era evidente que aquel no necesitaba armas. Que el arma era él.

La cabeza le daba vueltas. Los gritos y los alaridos de la batalla iban y venían. El gigante le arreó un puntapié en un costado, despertando el dolor de su costilla fracturada. Serina se hizo un ovillo, protegiéndose la cabeza con las manos, jadeante. Otra patada como esa y estaría acabada. Aquel hombre le partiría el hueso en dos.

Levantó la vista justo a tiempo de ver cómo tres mujeres, gritando como diablos, se lanzaban encima del impresionante soldado. No tenían más armas que sus uñas afiladas y la desesperación que impulsaba su fuerza. Serina no las reconoció, tenían la cara y el pelo completamente ensangrentados.

Se puso de nuevo en pie, haciendo caso omiso del fuego que encendía su mejilla y las llamas que le abrasaban el costado. Cuando estuvo segura de que las tres mujeres tenían al soldado dominado, ayudó a Espejo a luchar contra otro hombre, de tamaño más razonable pero igualmente mortífero, que iba armado con una pistola en una mano y una espada corta en la otra.

Espejo le golpeó la cabeza con una bandeja metálica y Serina remató el trabajo clavándole un cuchillo en la garganta.

—Pero ¿qué estás haciendo, Espejo? —dijo Serina entre dientes—. Tendrías que haberte quedado con las demás heridas.

Ella le mostró los dientes. Serina no entendió muy bien si era una mueca de dolor o una sonrisa animal.

—No me acobardo por nada —dijo la chica.

Y le arrancó la pistola a un soldado que yacía en el suelo para disparar rápidamente contra un hombre que corría hacia ellas. Este cayó de rodillas, con el pecho cubierto de sangre.

Hubo más bajas, hombres y mujeres. Los disparos rompían sin cesar la noche. Las lámparas se balanceaban de un lado a otro por encima de sus cabezas. La confusión de movimiento y de sangre era difícil de asimilar.

Serina siguió utilizando el cuchillo, el puño y las rodillas. De repente, descubrió a Val a su lado. Descargó todas las balas de la pistola que llevaba en la mano, se sacó otra de la cintura y empezó a disparar de nuevo.

Había más mujeres que soldados, pero no dejaban de llegar hombres, atraídos a la batalla por

el sonido de las detonaciones. En medio de tanta neblina y confusión, Serina intentó localizar una vía de escape para llegar hasta Asa, pero no vislumbró ninguna salida.

Apareció entonces un hombre alto y ancho de hombros, de aspecto autoritario, y empezó a gritar órdenes a los soldados. Hicieron un intento de reagruparse, pero Serina y sus fuerzas no les dieron oportunidad. Aquellas mujeres eran supervivientes, eran las que habían ganado batallas en el ring, las que sabían cómo dividir, debilitar y distraer al enemigo.

Serina dedicó unos segundos a pensar en Renzo. Confiaba en que se hubiera mantenido alejado de la batalla, como le había ordenado. No podía permitirse perder el tiempo tratando de localizarlo en la melé, puesto que su supervivencia estaba en juego cada vez que un soldado levantaba un arma o un puño para atacarla.

Anika y ella decidieron ir a por el hombre importante, el que estaba intentando hacerse con el mando de la situación.

Le recordaba al comandante Ricci. Su mirada escondía el mismo odio, la misma incredulidad. E incluso cuando Serina le clavó con todas sus fuerzas el cuchillo en el estómago, parecía que seguía sin comprender cómo aquellas mujeres podían representar una amenaza.

Pero Anika y ella le demostraron que lo eran.

La última imagen que debió de ver aquel hombre fue la mueca que esbozó Anika, cuya cara estaba completamente manchada de sangre, al rebanarle completamente el cuello.



## TREINTA Y SEIS

### NOMI

Nomi cruzó el salón para acceder a una larga escalera de caracol. Descendió dos pisos, hasta llegar a la planta baja. Oía a Maris jadear detrás de ella. Salieron a un corredor tenuemente iluminado mediante apliques de pared. Nomi oyó entonces otro grito, o sonidos de pelea. ¿Dónde estaba Serina?

—Nomi —dijo Maris—. Mira.

Una ostensible mancha de sangre recorría la pared como una llamativa flecha, señalándoles el camino. Nomi echó a correr. Al doblar la esquina encontró un cuerpo tendido en el suelo, sobre un charco de sangre que empezaba a coagularse. El soldado miraba ciegamente al techo. Nomi tragó bilis. Pasó con cuidado por encima del cadáver, con Maris pegada a sus talones.

Había más cuerpos. Aquello era un sendero macabro que empujaba a Nomi y a Maris a seguir avanzando. Los sonidos de la pelea llegaban con mayor claridad. Nomi rezó para no tropezarse con el cadáver de Serina.

Maris agarró una pistola de las manos de un soldado muerto. Nomi se hizo con una daga, olvidada junto al cadáver de una mujer vestida con el uniforme azul de la prisión.

No se veía ni un solo ser vivo. Atravesaron estancias y más estancias —salones lujosos, una espaciosa pinacoteca, una biblioteca—, pero todas ellas permanecían vacías. Abandonadas.

Llegaron a otro salón repleto de cadáveres, muchos de ellos amontonados. Nomi derrapó hasta detenerse, percatándose entonces de que todavía iba descalza. La alfombra estaba húmeda, empapada de sangre. Más allá de aquella carnicería, la terraza daba acceso a un gran patio. Vio figuras en movimiento, oyó disparos.

La batalla se estaba librando allí.

Para su sorpresa, Maris avanzó sin dudar y se abrió camino hacia la zona más despejada. Nomi la siguió, deseando haberse calzado las botas para no tener que percibir bajo los pies la sensación resbaladiza y blanda de los cadáveres.

Se pararon al llegar a la zona límite de la pelea. Nomi estiró el cuello para intentar ver a Serina, pero había demasiado movimiento, demasiado caos. Era difícil adivinar quién iba ganando, si acaso alguien llevaba ventaja.

Pensó en encaramarse a una mesa y gritar a pleno pulmón que Asa estaba muerto, que podían dejar de luchar, pero sabía que sería inútil. Era más probable que le pegaran un tiro que alguien le hiciera caso. Pero algo había que hacer.

De pronto, Maris dio un veloz paso al frente y Nomi vio, sin poder creérselo, cómo la antigua Gracia asentaba los pies con firmeza en el suelo, levantaba la pistola y empezaba a disparar a la multitud. Un soldado cayó al suelo, y detrás de él apareció Helena. La chica se tambaleaba, doblando el cuerpo a la altura de la cintura y presionaba con una mano el hombro opuesto, lleno de sangre.

—¡Helena! —gritó Maris.

La cogió y la apartó de la batalla.

Helena pasó el brazo bueno por detrás del cuello de Maris y recostó la cabeza en su hombro.

Al fondo del patio, allí donde la arena empezaba a diseminarse por encima de las baldosas, había dos mesas de hierro forjado tumbadas, escudos detrás de los cuales protegerse. Nomi tiró del brazo de Maris.

—Mira —dijo—. Llémosla allí.

Ambas ayudaron a la joven herida a llegar hasta las mesas.

En el otro lado, había varias mujeres más tumbadas en la arena. Y un hombre acuclillado junto a ellas, que se incorporó rápidamente al oír que llegaba más gente. Nomi titubeó al sentir un movimiento sísmico reverberando en su interior.

—¡Renzo!

Su hermano estaba despeinado y sucio, tenía un rasguño en el cuello y llevaba una camisa empapada en sangre y con las mangas subidas hasta el codo. Las ayudó a sentar a Helena en el suelo. En cuanto la tuvieron instalada, Nomi se incorporó y le dio un puñetazo cariñoso en el brazo.

—¿Por qué no estás de camino a Azura? —le preguntó directamente—. ¡Imaginaba que estabas ya sano y salvo!

Él la miró con exasperación.

—Tú te largaste en plena noche para ir a vengar a nuestros padres. —Hizo un gesto, señalando la escena que se desarrollaba al otro lado de las mesas—. Y Serina está liderando un ejército. ¿Qué esperabas que hiciera yo?

—¿Dónde está Malachi? —preguntó Nomi—. ¿Ha venido contigo?

Si estaba aquí, ahora que Asa había muerto...

Pero Renzo hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Se marchó de Lanos conmigo, pero regresó a Porto Rosa, a buscar a Dante.

—Espero que lo haya encontrado.

Un grito le llamó la atención. Nomi asomó la cabeza por encima del borde de la mesa. Daba la impresión de que la pelea iba aflojando. Había en pie muchas más mujeres que hombres. Los soldados vacilaban. Algunos echaban a correr hacia la playa para lanzarse al agua y largarse de allí nadando.

Pensó en Asa, destrozado sobre el patio embaldosado del otro lado del *palazzo*. Aquellos hombres no tenían líder, nadie les daba órdenes ni les enviaba refuerzos.

Miró de reojo a Maris, que no veía otra cosa que no fuera Helena; y se aventuró a salir al patio. Renzo la acompañó.

—He estado recogiendo a las heridas y he intentado protegerlas aquí —dijo—. No soy un guerrero. No sé... no tengo ni idea de cómo hacer lo que ha hecho Serina.

Avanzaron con cuidado, sorteando el laberinto de baldosas despejadas que serpenteaba entre los cadáveres. La luz de la luna transformaba en plata las manchas de sangre.

Localizaron a Serina en la zona central de lo que quedaba de batalla, con el cuchillo levantado, viendo cómo el último soldado corría desesperado hacia el agua. Jadeaba, se tambaleaba, tenía la mano manchada de sangre hasta la muñeca, pero seguía en pie. Estaba viva.

Nomi rompió a llorar.

La noche se cernió sobre ellos y los ecos de los disparos se extinguieron.

Serina levantó la vista y se quedó paralizada, boquiabierta, cuando vio a su hermana.

Nomi la estrechó entre sus brazos.

Y así permanecieron, unidas, como si aquel abrazo pudiera borrar las últimas horas, la sangre, la muerte y tal vez todos los meses previos, todo el tiempo que habían pasado separadas, luchando para salvarse la una a la otra.

A su lado, Anika cayó de rodillas, llevándose una mano al vientre. Serina se separó rápidamente de Nomi para agacharse. Ella corrió también a ayudarla.

—¿Estás bien? —le preguntó Serina.

Con la penumbra era difícil estar del todo segura, pero a Nomi le dio la impresión de que Anika tenía la piel cenicienta, casi gris. El blanco de sus ojos destacaba tremendamente. La joven se incorporó, con la ayuda de Serina, y les indicó a las dos con un gesto que se apartaran. Caminó entre los cadáveres, con los hombros caídos, hasta que se derrumbó en una delicada silla del patio que casualmente no se había caído en el transcurso de la carnicería. No había respondido a la pregunta que acababa de formularle Serina, que la siguió, con una expresión de pánico visible a pesar de la hinchazón de su cara.

—¡Anika!

Nomi se unió a ellas, intentando pensar en algo que pudiera hacer. Vio entonces a Val, demacrado por el agotamiento.

Anika dijo, entre jadeos:

—Estoy... estoy bien. Lo único que... que necesito es sentarme un poco.

—Lo que necesitas es un médico —replicó Serina, mirando a su alrededor, como si pudiera aparecer uno por arte de magia.

Nomi miró también a su alrededor, pero lo único que vio fue a las luchadoras supervivientes, los destellos blancos de los soldados en retirada, la luz de la luna. A escasos metros de donde estaban, vio el cadáver de Marcos en el suelo, decapitado. Y no consiguió sentirse culpable por la sensación de alivio que se apoderó de ella.

—¿Lo hemos conseguido? —preguntó débilmente Anika—. ¿Hemos acabado con el Superior?

—Todavía no —respondió Serina.

Y entonces miró a Nomi, y su expresión cambió al ver su cara.

—Asa está muerto —anunció Nomi.

Hasta entonces había tratado de ignorar el dolor que sentía en la garganta, pero la voz le salió extraña y ronca, como si se hubiera tragado un cristal. Se esforzó por no desmoronarse al recordar la expresión de los ojos de Asa intentando estrangularla, el sonido de su cuerpo al impactar contra el suelo.

—Ay, Nomi —dijo Serina, y en aquellas dos palabras, ella escuchó que lo sentía, que comprendía por qué seguían temblándole las manos, que sabía que las pesadillas continuarían acechándolas a ambas.

Volvieron a abrazarse y, por unos instantes, la oscuridad les pareció menos absoluta.

## TREINTA Y SIETE

### SERINA

Serina no quería separarse de Nomi. Le parecía increíble que estuviera allí, sana y salva y que su hermana hubiera matado al Superior.

«Asa ha muerto.»

La batalla había acabado.

Serina seguía en pie.

Aplastó la cara contra el cuello de Nomi y aspiró su olor.

—Tenemos un problema.

La voz de Val horadó la paz en la que se había sumido Serina, que se apartó de su hermana suspirando. Él le acercó la mano a la espalda.

—En la *piazza*, al otro lado del canal, se están congregando tropas. Más de las que podemos gestionar.

—¡A lo mejor es Malachi! —dijo Nomi, cuyos ojos habían recuperado un poco de luz—. Tal vez ha conseguido localizar a Dante.

—O podrían ser también los refuerzos del Superior —apuntó Val—. Nadie sabe aún que Asa ha muerto. Es probable que los soldados en retirada hayan dado la alarma a la guarnición de Bellaqua.

—Y ¿cómo podemos saberlo? —preguntó Nomi de nuevo alicaída.

Serina le presionó el brazo.

—Confiemos en que sea Malachi.

Miró entonces a Anika, que seguía llevándose las manos al vientre y cuyo rostro se retorció de dolor. Todas estaban exhaustas. Derrotadas. Por mucho que aquel momento supusiera una victoria.

—Necesitamos tiempo y un lugar donde poder defendernos mientras recuperamos fuerzas. —Serina se secó la frente con la mano que conservaba limpia—. No conozco muy bien el *palazzo*. Tal vez...

Nomi la cogió por el brazo.

—Ya sé adónde podemos ir.

En el suelo había tantas mujeres como hombres. Un reguero de cuerpos conducía al salón. Serina vio a Gia, Temblor y Acantilado entre las víctimas. Las mujeres supervivientes estaban apiñadas entre sí, con la ropa hecha jirones y el pelo alborotado. Lllamarada estaba en un extremo del patio, mirando hacia el agua y el sendero de luz que proyectaba sobre ella la luna.

Le dolían los golpes que había recibido en la cara y sentía punzadas en la cabeza. Llevaba un par de días sin comer prácticamente nada y de pronto su estómago decidió que era el momento de retorcerse y quejarse. Pero ahora no había tiempo para preocuparse de esas nimiedades.

—La mayoría de las heridas están allí —dijo Renzo, señalando las mesas volcadas de un lado del patio.

Serina se acercó y vio a Helena y Maris acurrucadas una junto a otra. Espejo también se encontraba allí. Estaba magullada, pero consiguió dedicarle una sonrisa a Serina.

—Renzo, ocupaos Val y tú de las heridas —ordenó Serina—. Maris y Nomi, os encargareis de reunir todas las armas de fuego que podáis y toda la munición que encontréis. Que las demás os ayuden. Y daos prisa, hay que actuar rápido.

En cuanto Nomi se puso en movimiento, Serina ayudó a Anika a levantarse de la silla. Su cabeza se bamboleó un poco antes de conseguir estabilizarla. Serina intentó examinarle la herida.

—No —le espetó Anika, apartándole la mano—. Luego.

Nomi la guio hacia el interior. Serina contó por encima el número de mujeres que las seguían; calculó que habían sobrevivido unas setenta. En la batalla habían perdido más de un tercio de sus efectivos.

Serina tragó saliva con dolor. Esa noche habían muerto muchas mujeres por una libertad que tal vez ni tan siquiera las supervivientes llegarían a conocer.

«Que sean las tropas de Malachi, por favor.»

No quería compartir sus dudas con Nomi. ¿Qué haría el Heredero con el pequeño ejército de mujeres? ¿De verdad les permitiría regresar a Viridia y vivir en libertad después de aquel derramamiento de sangre?

—Hemos luchado todas —dijo Anika con voz ronca.

—¿Qué? —dijo Serina, que se había reunido con ella al final de la cola, junto a las demás heridas.

—Veo lo que estás mirando, sé que estás calculando las bajas —dijo Anika, con una mueca de dolor. Carraspeó un poco—. Y lo que digo es que al menos hemos luchado. Gracias a tu hermano no hemos tenido que esperar a que Asa nos exhibiera y nos fuera matando una a una. Aun en el caso de que esta noche hubiéramos muerto, al menos lo habríamos hecho luchando por nuestra vida.

«Presentando batalla. Como siempre.»

Serina tuvo de repente la sensación de que Petrel también estaba a su lado.

—Tienes razón —dijo, en el momento en el que accedían al salón.

Fueron las últimas en llegar a las estancias de las Gracias. Serina entró en el salón circular, cuyas paredes estaban tapizadas con tela adamascada de color beis y terciopelo, y de inmediato se sintió incómoda yendo como iba tan sucia y con la cara y las manos ensangrentadas. Aquello era un espacio para la belleza y ella era en aquel momento fealdad exterior y dolor interior. Las mujeres se repartieron entre la sala central y los cuartitos y comedores a los que se accedía a

través de los diversos arcos del salón circular. Se dejaron caer en los mullidos sofás y las gruesas alfombras que caldeaban el suelo de mármol. Asustaron a las Gracias, que, con los ojos muy abiertos, salieron de sus dormitorios con camisones blancos de seda.

Varios hombres vestidos de blanco pasaron corriendo junto a Serina y cruzaron la puerta. Al menos, los criados de las Gracias no eran un problema.

Un pequeño receso. Había que aprovecharlo.

Serina ayudó a Anika a instalarse en su sillón de terciopelo, verificó que estuviera aún consciente y despierta y, acto seguido, decidió recorrer las abarrotadas estancias en busca de Nomi.

La localizó en un balcón. Nomi estaba mirando el canal, donde luces oscilantes iluminaban las barcas de fondo plano que transportaban a los soldados hacia el *palazzo*. Tal como el edificio estaba situado, era imposible tener una perspectiva clara de la situación, puesto que los aposentos de las Gracias daban principalmente al mar. Pero desde allí, desde aquel balcón concreto, sí podía divisarse parte de la ciudad y del canal. E incluso con la visión restringida, era patente que había más soldados de los que Serina podía alcanzar a contar.

—Malachi tenía pensado entrar por los túneles —dijo Nomi—. No sé qué puede significar que esos hombres estén llegando en barcas.

—Hasta que no nos ataquen, seguiremos pensando que son soldados de Malachi —dijo Serina—. Pero, de todos modos, debemos estar preparadas. —Era una mentira para que su hermana se sintiera mejor. Había muchísimos efectivos. Si atacaban, las mujeres de Monte Ruina caerían derrotadas—. Pero, Nomi, tú también tienes que prepararte... Aun en el caso de que fueran hombres de Malachi, cabe la posibilidad de que él haya dejado de ser nuestro aliado.

Su hermana se volvió sorprendida. Iba todavía vestida con la capa oscura con la que se había presentado en el patio. Y aquí, con las antorchas encendidas, Serina pudo ver con claridad que Nomi tenía las manos manchadas de sangre y vislumbró, además, los moratones que le rodeaban el cuello.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Serina se encogió de hombros con tristeza.

—Simplemente eso, que si es él, tienes que pensar que ostenta todo el poder. Y que nosotras no tenemos nada que darle a cambio. Somos un ejército destrozado, demasiado pequeño para ser una amenaza, excepto quizá para su legitimidad. Malachi tendrá que decidir qué mensaje quiere enviarle a Viridia como gobernador supremo que es. Y todo el mundo sabe que las rebeliones hay que aplastarlas.

Nomi meneó la cabeza en un gesto de negación.

—Malachi no hará eso, Serina. Malachi...

Se interrumpió. Su rostro se ensombreció. No creía que fuese a actuar así, pero Serina adivinó que no estaba del todo segura.

—Tú... Asa... —Serina se calló lo que iba a decir—. ¿Estás bien?

—No lo sé —respondió Nomi—. No... no sucedió como me imaginaba.

Serina le estampó un beso en la frente.

—Cuando estaba en Monte Ruina, siempre intentaba imaginarme qué estarías haciendo tú. Cómo estarías sobreviviendo en el *palazzo*. Siempre fuiste una luchadora, Nomi. Hiciste lo que debías.

—Lo maté por mamá y papá —replicó Nomi en voz baja—. Y por mí. Por nosotras. A lo mejor pensaba que el mundo cambiaría como por arte de magia cuando él ya no estuviera. —Las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas—. Pero ahora tenemos un ejército entero organizándose frente a las verjas de este edificio y nosotras no somos más que rebeldes a las que hay que silenciar, y por mucha gente que muera, ni papá ni mamá volverán a la vida. Fui una estúpida.

Serina secó las mejillas de Nomi con el pulgar. Tenía el corazón tan destrozado como el de su hermana.

—Viridia cambiará. No lo dudes. No pueden borrarlos de un plumazo.

Nomi sorbió por la nariz y forzó la boca para impedir que siguiera temblándole.

—Claro que pueden.

Se volvió de nuevo hacia el balcón y fijó la vista en las siluetas de las barcas y de los soldados que se veían al otro lado del edificio. Serina también se quedó mirándolas.

De pronto, Inés apareció en el balcón. La expresión de la mujer era seria e implacable, exactamente igual que la que tenía cuando sorprendió a Serina con el libro de Nomi. Llevaba un vestido ceñido de seda de color negro que subrayaba su esbeltez.

—He solicitado comida y un médico para atender a las heridas. Los criados harán lo que yo les mande.

Su rostro no dejaba entrever nada.

—Gracias —dijo Serina, reprimiendo el anticuado impulso de saludar con una reverencia. Al fin y al cabo, ella no era una Gracia.

Inés miró entonces a Nomi.

—Doy por sentado que el Superior no está en posición de poner objeciones a esto.

Nomi tragó saliva.

—No, no lo está.

Serina apostó a Val y a las chicas más fuertes en las puertas del salón circular. Montaron guardia, con las armas a punto. Situó a Maris y a Helena en el balcón, dándoles órdenes de localizarla en cuanto los últimos soldados subieran a bordo de las barcas que los estaban transportando al *palazzo*.

Resultaba curiosa la poca prisa que estaba exhibiendo el ejército en sus labores de aproximación. No daba la sensación de que les preocupara la posibilidad de ser atacados; era



como si ya supieran que las fuerzas que había en el interior no representaban una amenaza real.

Serina comió algo de pan y bebió a sorbitos una copa de agua. Se le revolvió ligeramente el estómago, pero tener alimento en el cuerpo le estabilizó el temblor de las manos. Fue a ver qué tal seguía Anika, que había sufrido una herida de bala en el costado. Según el médico, era superficial. Anika refunfuñó al oír el diagnóstico.

—Pues no duele como si fuese solo superficial.

Las heridas estaban acostadas en camas de verdad por primera vez desde que habían llegado de Monte Ruina. Incluso el color de la tez de Espejo parecía haber mejorado ahora que estaba instalada en uno de los dormitorios de las Gracias y que había médicos atendiéndola.

Inés tenía a todos los criados saltando de un lado a otro, sirviendo comida y trayendo suministros de todo tipo para las recién llegadas. Ordenó incluso a varios que retiraran el cuerpo de Asa del lugar donde había caído, lo envolvieran en una sábana negra y lo depositaran en la entrada principal, para que no hubiera dudas sobre el destino del Superior. Los soldados que estaban a punto de llegar, verían a su líder caído en cuanto cruzaran las puertas del *palazzo*.

Nadie cuestionaba nada de lo que Inés decía. Serina se imaginó que tendría que ver con la expresión rígida de su boca y con el hecho de que, en aquel momento, no había nadie más dando órdenes en el *palazzo*. Todo el mundo, sirvientes y Gracias incluidos, estaba a la espera de ver qué harían los soldados cuando llegaran. Serina, Nomi y las chicas menos magulladas aprovecharon para darse un baño rápido y ponerse la ropa seca y limpia que Inés les había proporcionado. Pantalones holgados y blusas de lino. No les sentaban a la perfección, pero al menos eran mejores que los uniformes de la prisión, hechos jirones y manchados de sangre.

Serina se amedrentó al notar sus manos callosas rozar el delicado tejido. Se le hacía raro verse vestida de nuevo de aquella manera. Era natural y extraño al mismo tiempo, como si las dos vertientes de su persona —la Gracia y la guerrera— estuvieran en oposición constante, disputándose el control.

Nomi le presentó a una chica menuda de cabello rubio oscuro llamada Angeline, la doncella que había sustituido a Serina. Parecía tímida, pero lo primero que le dijo a Serina fue:

—He reunido a todas las Gracias en el comedor más alejado para que no molesten si hay que pelear.

Lo dijo como el soldado que da un informe de situación.

Serina asintió y la chica se marchó corriendo.

Nomi acabó de trenzarse el pelo aún húmedo y dejó que le cayera sobre un hombro.

—Podemos intentar sacarlas de aquí a través del túnel. Se lo expliqué a Angeline por si acaso yo no volvía..., por si acaso Malachi no conseguía ayudarlas.

—Los pasadizos. Por supuesto —dijo Serina, y su cerebro empezó a cavilar—. A lo mejor podemos huir todas por ahí si es necesario. A menos que haya tropas escondidas en ellos.

Se quedaron en silencio, pensando.

Renzo apareció de repente en la puerta. Tenía una expresión curiosa. Parecía casi... aliviado.

Pero Serina, sabiendo que tenían un ejército acechando, ya no se fiaba absolutamente de nada.

—¿Estás bien? —le preguntó, cada vez más inquieta.

Su hermano cruzó la puerta y al moverse reveló la presencia de otra persona.

Malachi.

A diferencia de los soldados del *palazzo*, que iban vestidos con el uniforme de la casa, el Heredero se había vestido para la batalla, con armadura. Sujetaba el casco bajo el brazo.

—Hola, Nomi. Serina —saludó.

## TREINTA Y OCHO

### NOMI

—Ma-Malachi —tartamudeó Nomi.

El corazón le retumbaba contra las costillas. No sabía si quería lanzarse a abrazarlo o dar media vuelta y salir corriendo. Las emociones giraban a tal velocidad en su cabeza que era incapaz de identificarlas.

Vestido con la armadura tenía un aspecto gigantesco y amedrentador, y su expresión no ofrecía ningún alivio. La boca de Malachi esbozaba una expresión de seriedad y su mandíbula recién afeitada era dura e implacable.

—Me gustaría hablar contigo en privado —le dijo muy serio.

Nomi, presa del pánico, miró de reojo a Serina, que asintió.

—Por supuesto —aceptó Nomi.

Unió las manos para evitar que temblaran y lo condujo hacia la que había sido su habitación. No se le ocurría otro lugar donde pudieran disponer de cierta intimidad.

Ria no estaba; todas las Gracias de Asa estaban reunidas en un comedor, lejos de cualquier peligro. La habitación estaba oscura y fría. La brisa que se filtraba por la ventana abierta llevó a Nomi a contemplar la línea dorada que se extendía por encima del horizonte. Estaba amaneciendo.

Nomi encendió la luz. Con mucho cuidado, metódicamente, Malachi dejó el casco en la cama y a continuación se quitó los guantes de la armadura, primero uno y luego el otro. Los depositó también sobre la colcha. Y, finalmente, se volvió hacia ella.

—He pasado por los aposentos de mi padre —dijo, y el matiz ronco de su voz produjo relámpagos diminutos en el pecho de Nomi—. Temía encontrarte herida, o muerta..., pero no había nadie.

Carraspeó un poco.

—Lo he matado, Malachi —dijo Nomi, antes de que él siguiera hablando. Antes de que se viera obligado a preguntar. Contuvo el impulso de pedirle perdón. Lamentaba el dolor que aquella revelación pudiera causarle, sentía que tal vez nunca más volviera a mirarla de la misma manera, pero no se arrepentía en absoluto de haber matado a Asa—. Su cadáver está en la entrada delantera. Pero has llegado a través del túnel, ¿verdad?

Malachi levantó la mano y sus dedos acariciaron, como una pluma, el cuello magullado de Nomi.

—¿Lo hizo él?

Nomi asintió.

Las emociones corrían por la cara de Malachi a tal velocidad que era imposible identificarlas.

—Habría estado encantado de cargar personalmente con esa responsabilidad —dijo en voz baja—. Podría haberle dicho muchas cosas.

—¿Te duele no haber tenido la oportunidad de hacerlo? —preguntó Nomi.

Malachi le dedicó un gesto negativo.

—Lo que me duele es que te haya hecho daño. Solo eso.

—¿Las tropas que se están congregando en las puertas son tuyas? —dijo ella. Seguía sin ser capaz de interpretar su expresión. ¿Se sentía aliviado? ¿Tenía que darle más malas noticias?

Malachi inclinó la cabeza.

—En cuanto te fuiste, puse rumbo a Porto Rosa. Dante había recibido el mensaje. Me estaba esperando. —Miró brevemente por la ventana, donde los primeros rayos dorados ascendían por el alféizar—. Había ido a esconder a sus hombres. No estaba dispuesto a acatar las órdenes que había recibido de Asa. Secuestrar mujeres, castigar a cualquiera que intentara llorar públicamente la muerte de mi padre... Había valorado las distintas alternativas, incluso se había planteado la posibilidad de dar un golpe de Estado. Se alegró mucho de recibir noticias mías.

Su boca esbozó una fugaz sonrisa irónica, que desapareció al instante. Intentó cogerle las manos a Nomi, rozándola. Pero ella retrocedió un paso y quedó fuera de su alcance.

—Eso... eso está bien —dijo, pero se le quebró la voz. Inspiró hondo para serenarse e hizo acopio de todo su coraje para protegerse con él a modo de escudo—. Este es nuestro golpe de Estado, Malachi. Debes hacer realidad tus concesiones, las que acordamos en Monte Ruina. Estas mujeres no han luchado para que todo siga igual que antes. Nos hiciste promesas. Tienes que cumplirlas.

Con un nudo en la garganta, Nomi se armó de valor a la espera de la réplica de Malachi. Ahora tenía que demostrarle que era merecedor de su confianza, del respeto y cariño que sentía hacia él. Aunque tal vez estuviera a punto de traicionarla, como su hermano.

—No.

Nomi levantó la vista, con el corazón hecho añicos. Las palabras de Serina empezaron a repetirse en su cabeza.

«Todo el mundo sabe que las rebeliones hay que aplastarlas.»

—Tengo que hacer más. —Malachi dio un pequeño paso hacia ella, pero no intentó volver a tocarla—. No quiero ser el Superior, Nomi.

—¿Qué? —Le resultaba imposible procesar lo que acababa de oír—. Dejar Monte Ruina, ir en busca de Dante, matar a tu hermano..., el objetivo de todo esto era recuperar el derecho que te corresponde por nacimiento. Malachi, eres el Superior.

Ahora fue Malachi quien inspiró hondo para serenarse.

—Sé perfectamente que ahí es donde empezamos. Pero ya no es tan sencillo, al menos para mí. Quiero que Viridia cambie.

Nomi se quedó mirándolo, boquiabierta.

—Dime cómo mejorar este país —continuó Malachi—. ¿Qué tendría que hacer? ¿Qué tendríamos que hacer?

El corazón de Nomi retumbaba en su dolorida garganta.

—¿A qué... a qué te refieres?

—¿Cómo puedo mejorar la situación? No me refiero solo a las concesiones que hice en su día. Me refiero al modo en que está gobernado el país, en todos los sentidos. Lo que digas, sea lo que sea, lo haré.

Nomi no veía en sus ojos el menor indicio de engaño, de truco.

—Pero ¿cómo pretendes cambiarlo si no quieres gobernar? —preguntó—. Es tu país. Eres su líder de pleno derecho. No puedes... La vida... no funciona así. Si gobierna otro no lo hará mejor que tú. Eso tenlo claro.

Malachi se encogió de hombros.

—No estoy hablando de que gobierne otro Superior, ¿es que no lo entiendes? Ha habido un golpe de Estado, como bien has dicho. Asa ha muerto. Solo mis hombres saben que estoy aquí. Tu hermana y tú habéis ganado la batalla, Nomi. Vosotras decidís quién gobierna, y cómo.

—¿Por qué? —insistió ella, con la garganta dolorida.

—Tú bien lo sabes. —La mirada de Malachi era rompedora. Le cogió las manos a Nomi con delicadeza—. Esta guerra la has ganado tú, Nomi. La decisión es tuya.

El futuro de Viridia dependía de su decisión.

Antiguamente, quería disfrutar de libertad para escribir su propio futuro. Pero ahora tenía que decidir el de todo un país. Daba igual que le pareciera que Malachi se había vuelto loco. No pensaba rechazar una oportunidad como aquella.

Nomi no dudó.

—De acuerdo. Ya sé qué quiero hacer.

## TREINTA Y NUEVE

### SERINA

—Son las fuerzas del Heredero, ¿verdad? —preguntó Serina, aferrándose con fuerza a la barandilla. Val y ella habían pasado a ocupar la esquina donde hasta entonces habían montado guardia Maris y Helena—. A menos que haya decidido entrar por los túneles.

Val estiró el cuello para poder ver mejor. Había centenares de soldados, tal vez un millar, algunos formando filas en el césped que había delante del *palazzo*, otros aún a bordo de las barcas que llenaban el canal. Una de las mujeres del Campamento de la Selva había cruzado el edificio entero para ir a inspeccionar los muelles del lado opuesto y había descubierto que también allí se estaban congregando tropas. Estaban rodeados.

—Parece como si estuvieran esperando órdenes —replicó Val. Miró a Serina por encima del hombro—. Aunque, si están esperando a que se las dé Asa...

La *piazza* de la otra orilla del canal estaba vacía. No habían llegado los vendedores con sus carritos, pero Serina se había percatado de la presencia de muchas caras en las ventanas de los edificios colindantes. La gente se mantenía alejada de los soldados. También estaba esperando.

—Si son hombres de Asa, protegeremos al Heredero —dijo Serina—. Mientras podamos.

Val se volvió totalmente hacia ella y la abrazó.

—Hasta el final —confirmó.

Serina se recostó contra el pecho de Val y escuchó el latido de su corazón. Estar en aquel balcón en su compañía le parecía surrealista. Estar en el *palazzo* había sido su mayor deseo cuando aspiraba a ser Gracia. Pero ahora, como la Gracia de Monte Ruina que era, se sentía incómoda y extraña allí, como si llevase un vestido que se le había quedado pequeño.

—Me alegro de no ser una Gracia —murmuró—. Aunque prefiero bordar a andar cosiendo heridas. Eso sí que lo echo de menos.

—El cuento de hadas te sigue atrayendo —dijo él, bromeando.

Serina rio y se puso de puntillas para darle un beso.

—Y el príncipe encantador.

Val respondió al beso, encendiendo llamaradas en el vientre de Serina, que enredó las manos entre su pelo.

—Si estuvieras en un cuento de hadas, no tendrías ni tiempo para bordar ni para tontear con el príncipe. Estarías demasiado ocupada. —Le mordisqueó el labio al notar que sonreía—. Serías una princesa comandando un ejército.

—Y ¿qué te parecería ser una reina?

Serina se sorprendió al oír la voz de Nomi y se separó del abrazo de Val.

Su hermana estaba a escasos metros de ella. Su pantalón negro amplio y su camisa de lino la envolvían con elegancia. La trenza le colgaba por encima del hombro. Serina no recordaba haberla visto nunca tan tranquila. Genuinamente en paz, sin aquel fuego rabioso en su mirada. Parecía de verdad una Gracia.

—¿Qué dices? —dijo ella, alarmada, preguntándose si haber matado a Asa habría alejado a su hermana de la realidad. Y ¿dónde estaba Malachi?

—El regimiento es de Malachi —anunció Nomi—. Son hombres leales, liderados por su mejor amigo.

Serina liberó parte de su tensión, relajando los hombros. Pero siguió hablando con cautela.

—Y ¿qué intenciones tiene? Haré todo lo que deba para proteger a estas mujeres y...

—Y Malachi lo sabe. —Nomi miró a Val—. ¿Nos concedes unos minutos, por favor? Tengo que hablar con mi hermana.

Él le dio un beso a Serina en la mejilla.

—Te espero dentro —murmuró.

En cuanto Val se hubo marchado, Nomi cogió a Serina por ambas manos. Los ojos le brillaban de manera excepcional.

—Malachi no quiere ser Superior, Serina. Me ha pedido que sea yo la que elija quién quiero que gobierne. Porque..., bueno, porque hemos llevado a cabo un golpe de Estado. Y dice que esto significa que el país es nuestro.

Serina abrió la boca. Volvió a cerrarla. No se le ocurría qué decir. Era perfectamente posible que la que se hubiese alejado de la realidad fuera ella.

Nomi le sonrió de oreja a oreja. Su mirada brillaba de puro amor.

—Serina, el país es tuyo.

La joven empezó a negar con la cabeza, pero Nomi continuó, implacable.

—Tú eres la nueva reina guerrera de Viridia, igual que lo fue la primera, la reina Vaccaro. Tú has reunido un ejército. Tú has tomado el *palazzo*. Esta victoria es tuya. Tú serás la reina y tú convertirás este país en lo que tiene que ser: un lugar donde las mujeres no se compran ni se vendan, donde no sean castigadas por leer o por utilizar dinero, donde puedan ganar su propio salario, un lugar sin Gracias, un lugar sin Monte Ruina.

Serina veía el futuro escrito con claridad en el rostro de Nomi. Su hermana ya estaba allí, viviendo en un mundo donde las mujeres tenían tantos derechos y oportunidades como los hombres. De ahí venía su serenidad.

Y fue aquel momento, aquella expresión en el rostro de Nomi, lo que le recordó a Serina quién era su hermana. Lo que siempre había querido.

La miró a los ojos.

—Nomi, estás enamorada de Malachi.

La sonrisa luminosa de esta se desvaneció.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Es cierto, ¿no? —dijo Serina, presionándola.

Necesitaba escucharlo. No podía acceder a nada, no podía sugerirle lo que pretendía, hasta estar completamente segura.

—Aun en el caso de que lo estuviera, carece de importancia —replicó Nomi, aunque las emociones empezaban a transparentarse en su cara—. Ahora lo único que importa son todas las mujeres de Viridia.

—Pero tú puedes ser la reina, con Malachi —dijo Serina, cogiéndole las manos a su hermana.

Nomi arqueó las cejas. Y la sorpresa la dejó boquiabierta.

—¿Qué? No. Esta victoria es tuya, Serina. La reina tendrías que ser tú.

—Yo no quiero gobernar —dijo con delicadeza, percibiendo en lo más profundo de su ser la verdad de aquellas palabras—. Lo que yo quiero, lo que siempre he querido, es protegerte. Y lo haré.

Monte Ruina la había convertido en una guerrera, no en una reina. Su lugar estaba al lado de Nomi, velando por su seguridad. Serina siempre había puesto la protección de su hermana por encima de cualquier otra cosa. Y eso no cambiaría jamás.

—Malachi y tú deberíais gobernar juntos, como una pareja de iguales —continuó, sin dejar de mirar a Nomi a los ojos. Empezaba a visualizar su propia versión del futuro, aunque no tenía ese resplandor imposible y fantástico que poseía el de Nomi. Serina siempre había sido la pragmática de la familia—. Será muy útil para que el país pueda realizar la transición. Los magistrados estarán más apaciguados al ver que Malachi también tiene su papel y tú podrás hacer todo lo que esté en tus manos para que este país sea lo que tiene que ser. Demostrarás a los hombres de Viridia que las mujeres se merecen ser iguales que ellos, y demostrarás a las mujeres el nuevo abanico de posibilidades que se abre ante ellas.

Nomi miraba a Serina como si estuviera hablándole en otro idioma. Ella la zarandeó.

—Ya sabes leer y escribir, Nomi. Conoces la verdadera historia de este país. Eres culta, inteligente... Eres lo que una Gracia habría tenido que ser, el ejemplo perfecto de lo que toda mujer puede llegar a ser.

—Pero... —titubeó Nomi.

—Cásate con él —insistió Serina radiante—. Conviértete en la reina que este país necesita. Codo con codo con Malachi, para que no quede la menor duda sobre tu legitimidad y para que no tengas que negarle a tu corazón lo que siente.

—¿Y tú, Serina? —preguntó Nomi, sonando por un instante como la niña que fue en su día, acurrucada entre los brazos de su hermana mayor.

Ella sonrió.

—Yo estaré aquí en el *palazzo* contigo. Habrá amenazas, a buen seguro. Te protegeré. He aprendido a hacerlo y eso es lo que quiero. Lo que siempre he querido.



Nomi bajó la vista.

—¿Quieres que le pida a Malachi que se case conmigo? ¿Quieres que yo sea la reina?

—Sí —respondió simplemente Serina—. Pero la decisión es tuya. Es lo que siempre has deseado, hermanita: poder decidir sobre tu futuro. No tengas miedo.

## CUARENTA

### NOMI

«¿Quiero ser reina?»

Nomi pensó en las soberanas del libro de historia de Malachi. En la guerrera y sus hijas. En la crueldad con la que sus enemigos las habían borrado por completo. En el elevado precio que las mujeres de Viridia habían tenido que pagar a lo largo de los últimos doscientos años. Pensó en Asa y en su padre. En todas las Gracias que habían vivido en aquel *palazzo*, en todas las mujeres que, como su madre, nunca tuvieron ni voz ni voto para nada. Pensó en Serina, enviada a Monte Ruina a morir por saber leer, un crimen que ni tan siquiera había cometido.

Sí. Nomi quería ser reina. Siempre y cuando Serina estuviera a su lado.

Abrazó con fuerza a su hermana.

—Di a las luchadoras que tenemos apostadas en la puerta que pueden abandonar sus puestos. Pídele a Inés que ordene que preparen más comida. Y descansa, Serina. Te lo mereces.

Nomi volvió a su antigua habitación, donde Malachi seguía esperándola.

Estaba sentado a los pies de la cama. Ahora que la amenaza de batalla había pasado, se había despojado de la armadura, y los calzones ceñidos y la camisa fina que llevaba se adherían a su cuerpo musculoso.

Se levantó en cuanto vio entrar a Nomi.

—Serina tendrá que organizar un acto formal —dijo—. Invitar a todos los magistrados. Expondrá los crímenes que ha cometido Asa, hará una demostración de fuerza con su ejército, complementado con el regimiento de Dante, y luego tomará el mando. Yo desapareceré... No quiero que su gobierno se vea oscurecido por posibles amenazas...

—Malachi, espera.

Nomi le cogió ambas manos.

Él se calló y enarcó una ceja. La chica estudió su expresión. A lo largo de las últimas semanas, Malachi había ido cambiando ante sus ojos. Seguía manteniendo su intensidad, pero el gesto de crueldad de su boca que en su día estaba convencida de haber visto no aparecía por ningún lado, y tampoco percibía aquella arrogancia que estaba segura de haber sentido. Recordaba el día en el que Malachi había nadado en la playa con ella, cómo la había cogido en brazos cuando se había asustado con el agua. Fue también cuando le contó que había sido él quien había dejado en su habitación el libro sobre la historia secreta de Viridia. Y antes de eso se había mostrado rebelde

en otra ocasión, cuando la había elegido a ella en lugar de a Serina, desafiando de ese modo tanto a su padre como a los magistrados.

Pensó en lo dispuesto que se había mostrado en cuanto a ceder a Serina el derecho que le correspondía por nacimiento. Era un gesto que lo honraba, sí, pero ¿era ese su único motivo? ¿Podría ser que tuviese miedo?

—¿Qué pasa? —preguntó él, devolviéndola a la realidad.

Nomi respiró hondo. Si Malachi tenía miedo, no era el único.

—Malachi —dijo, y se calló, consciente de que simplemente estaba retrasando lo que tenía que decir—. Malachi —repitió con más firmeza—. Tienes una responsabilidad para con este país. No puedes entregarnos Viridia y dejar que lo arreglemos todo nosotras solas.

Era más fácil empezar así. Arrancar con lo de la responsabilidad. Cuando tuviera que sacar a relucir sus sentimientos... sería bastante más complicado.

Malachi entrecerró los ojos y reapareció un destello del antiguo Heredero, de su lado bronco e inescrutable.

—Creía que era lo que queríais. Una reina. Estaba intentando solucionar este embrollo... Fue idea tuya.

—Lo sé —replicó Nomi—. Lo sé. Pero Serina no quiere ser reina.

—Y entonces ¿qué solución hay? —Se cruzó de brazos—. ¿Volver al antiguo sistema que tanto odiabais?

Nomi volvió a respirar hondo para coger fuerzas. A lo mejor al final resultaba que tampoco había empezado por donde era más fácil. Malachi se había puesto a la defensiva, y lo que tenía que decirle, lo que tenía que pedirle...

Lo soltó todo a la vez y de prisa.

—Tú tendrías que ser el Superior y yo tu reina. Deberíamos gobernar juntos, como iguales. Y casarnos. —Paró un instante para coger aire—. ¿Quieres... quieres casarte conmigo?

Malachi retrocedió unos pasos, tropezó con la cama y cayó sentado. Ahora estaban casi al mismo nivel. Nomi estrechó la distancia que los separaba. Sin saber muy bien por qué, ver la expresión de sorpresa infinita de Malachi la hacía sentirse poderosa. No se lo esperaba. Lo había dejado conmocionado de verdad.

—Y ¿tú quieres casarte conmigo? —repitió él.

—Sin más Gracias —aclaró ella—. Solo yo. Y solo si gobernamos juntos, como iguales. Cambiaremos este país. Abriremos nuestras fronteras, enseñaremos a leer a las mujeres y les permitiremos elegir su propio futuro. Serina vivirá en el *palazzo* y será una especie de..., bueno, algo así como mi guardaespaldas personal, podría decirse. Quiere protegerme. Podríamos nombrarla... asesora, si te parece. Nos ayudará a sortear todo tipo de conflictos.

—Desde que te conocí, ya no quise tener Gracias nunca más... ¿De verdad quieres casarte conmigo? —preguntó de nuevo, perplejo.

Nomi le dio una palmada en el hombro.

—Pero ¿qué te pasa? No se trata solo de eso. Se trata de...

Malachi la agarró por la cintura y la besó, y su boca adquirió un sentido de urgencia; era cálida y dulce. Nomi se fundió entre sus brazos, maleable como la cera de una vela. Sus lenguas se entrelazaron y las manos de ella le recorrieron la nuca para enredarse en su pelo sedoso.

Cuando Malachi se apartó, toda su dureza, toda su intensidad, habían desaparecido y en su lugar se formó una sonrisa de enamorado.

—Me quieres. Imagino que sí, si estás dispuesta a casarte conmigo. No creo que eligieses esto solo por el bien de Viridia. Nunca pasarías por ahí.

Nomi sonrió. Ella también estaba en una nube.

—Tienes razón. —Volvió a besarlo—. Nunca pasaría por esto.

—En ese caso, acepto la propuesta —dijo Malachi—. Y acepto ser tu socio.

La besó, y el calor se encendió aún más entre ellos. Malachi la atrajo lentamente hacia él, hasta quedar los dos tumbados en la cama, con los brazos y las piernas entrelazados.

Nomi se sintió embargada por una combinación curiosa de emociones. Amor, felicidad...

Esperanza.

Se casaría con Malachi. Sería reina. Estaba eligiendo su propio futuro. Y sabía, en lo más profundo de su alma, que el futuro que estaba eligiendo era el correcto.

## CUARENTA Y UNO

### SERINA

Serina acarició el tejido brillante de su vestido negro y plateado. Brillaba como una noche estrellada y le encantaba cómo acentuaba sus curvas. Subió el bajo y sacó de la funda la daga que llevaba escondida en la pantorrilla. La empuñadura de plata repujada encajaba a la perfección en su mano. Era un arma preciosa, aunque tan afilada y mortal como los feos cuchillos artesanales que había utilizado en Monte Ruina.

—¿Lo ves? Guerrera y princesa —dijo Val, deslizando la mirada hacia su pantorrilla.

Serina devolvió la daga a su escondite y se recompuso el vestido. Miró de arriba abajo a Val, que llevaba una chaqueta de terciopelo plateado y calzones negros, y sonrió.

—Y tú pareces un príncipe.

Él respondió con una reverencia galante.

—¿Tú crees? Teniendo en cuenta que soy el amante de la hermana de la reina...

—De la futura reina —lo corrigió Serina.

Se acercó a Val, lo bastante como para poder darle un beso. Y él se apretó contra ella, provocándole deliciosos escalofríos. Cuando se apartó, la mirada con la que se topó era oscura y abrasadora.

—¿Piensas que tendremos problemas? —preguntó Serina mientras se calzaba unas sandalias plateadas. Había decidido no volver a los tacones de sus tiempos de candidata a Gracia, consciente de que así era imposible correr.

—Todos los magistrados han aceptado la invitación de Malachi. El resto del ejército de Asa ha decidido acatar sus órdenes. —Val se limpió con el pulgar el carmín que le había quedado impreso en los labios—. Creo que el reinado de Asa, breve pero brutal, ha servido para abrir muchos ojos. Los habitantes de Viridia parecen dispuestos a apostar por el cambio.

—Espero que no te equivoques.

Serina le dio otro beso y corrió a retocarse el maquillaje. Cuando estuvo lista, Val le abrió la puerta y se dirigieron al salón. Los recibió un remolino de color y de luz.

En las semanas transcurridas desde la muerte del Superior, los aposentos de las Gracias se habían convertido en un lugar de refugio para las antiguas prisioneras de Monte Ruina. Aún no se habían realizado los cambios necesarios y muchas de ellas no podían regresar con sus familias sin correr el riesgo de verse obligadas a contraer matrimonio. Serina y Nomi habían acordado que

siguieran todas en el *palazzo* hasta que pudieran reincorporarse a la futura vida de Viridia con total normalidad. Hasta que pudieran ser dueñas de su propio destino.

Entretanto, Malachi había dedicado grandes esfuerzos para que pudiera instalarse en el *palazzo* la familia femenina de algunas de las mujeres: las hermanas de Espejo y Anika, y la hija de Lllamarada, a quien habían conseguido localizar después de muchas dificultades.

Anika vio llegar a Serina y giró sobre sí misma. Su vestido rojo se acampanó alrededor de su cuerpo, destacando su brillante piel oscura.

Serina rio.

—Veo que estás lista para tu primer baile.

Ella puso cara de sentirse incómoda.

—Parezco un pavo real. —Suavizó la expresión—. Pero tendrías que ver a mis hermanas y a mi madre. Están alteradísimas.

A pesar de que Anika no había perdido su sentido del humor sarcástico, su mirada desafiante sí había desaparecido casi por completo. Ahora que su madre y sus hermanas estaban por fin con ella, a salvo, y que ya tenía garantizada la supervivencia, se había convertido en una persona curiosamente alegre a la que Serina quería cada día más.

La abrazó.

—Bailar es como luchar —le dijo—. Pero sin patear ni morder.

Anika rio. Pero al instante se puso seria y se levantó el bajo del vestido para enseñarle a Serina la funda de cuero que protegía su cuchillo.

—Espero que esta noche no tengamos que hacer nada más que bailar.

—Lo mismo digo —replicó Serina, mientras su sonrisa se esfumaba.

Muchas de las mujeres presentes en el salón habían pasado años luchando. Olvidarse del instinto de supervivencia y del miedo al peligro acechando en cualquier esquina no era fácil. Nomi había decidido que si sus compañeras de Monte Ruina querían seguir entrenando, podían hacerlo. Aquellas mujeres, lideradas por Serina, se habían convertido en sus guardaespaldas, un equipo de lo más efectivo, en caso de necesidad, porque pasaban por cortesanas elegantemente vestidas.

Confiaba en que siguiera siendo así.

En que se convirtieran en las Gracias de la Reina.

Así las llamaba cariñosamente Nomi. Serina sonrió al recordarlo.

Val y Serina siguieron caminando hasta llegar al salón circular. Estaban ya presentes muchas mujeres. Maris y Helena, sentadas en el diván de color beis del centro de la estancia, lucían vestidos de color verde, el de Maris algo más oscuro que el de su compañera. A Helena le había crecido un poco el pelo y se lo había recogido en moñitos con pequeños pasadores de plata. Maris se había peinado su melena negra en una trenza, entretejida con cintas plateadas, que descansaba en su hombro.

—Ya casi es la hora —dijo Serina—. No puedo creerlo.

—Tampoco yo —rio Maris—. Pero por primera vez en mi vida tengo ganas de que empiece el baile.

Serina salió del salón, seguida por Val, y recorrieron juntos el pasillo enmoquetado hasta llegar a la habitación de Malachi. Se detuvo frente a la puerta de madera tallada con motivos marinos.

—¿Te importa esperar aquí fuera un momento?

—Por supuesto que no —dijo Val.

Val también iba armado, con una pistola y una daga en la cintura. Giró sobre sí mismo y se quedó de espaldas a la pared, junto a la puerta, apostado como el soldado que fue en su día. Cuando quería, seguía cuadrándose de hombros y adoptando el porte rígido del oficio. Y Serina se sentía segura sabiendo que él estaba allí.

Llamó a la puerta. Abrió Malachi, resplandeciente, vestido con un traje blanco con hilos de oro.

—Bienvenida. Lleva rato esperándote.

Serina le dio un golpecito en el brazo.

—Había olvidado lo mucho que se tarda en arreglarse —dijo, indicando el vestido.

Se encaminó hacia el vestidor adyacente a la habitación. Nomi estaba canturreando.

Habían discutido sobre la conveniencia de que Nomi y Malachi se instalaran en las estancias del Superior; ella no podía olvidar el recuerdo del cuerpo de Asa cayendo por el balcón y Malachi se sentía más cómodo en sus habitaciones que con la opulencia de las que habían pertenecido a su padre.

—¿Nomi? —dijo Serina, al entrar en el vestidor.

Ella estaba sentada en un taburete, envuelta en un vestido con falda abullonada de color violeta, mientras Angeline acababa de peinarla.

—¡Serina! —exclamó, cruzando una mirada con ella a través del espejo.

—Siento el retraso —dijo esta—. El vestido no quería cooperar.

—Estás preciosa —dijo Nomi.

Serina sonrió al reflejo de su hermana.

—Y tú también.

Angeline colocó un pasador de brillantes en el moño de Nomi.

—Listo —anunció—. ¿Espero fuera?

—Sí, por favor —le pidió Nomi—. Gracias, Angeline.

Esta había accedido a quedarse como doncella de Nomi y se había puesto colorada cuando le había explicado que percibiría un salario a cambio de su trabajo. Ria y el resto de las Gracias a las que había secuestrado Asa habían vuelto con sus familias. Cassia seguía en el *palazzo*, con la esperanza de llamar la atención de alguno de los amigos adinerados de Malachi.

—¿Estás lista? —preguntó Serina.

Posó las manos en los hombros de Nomi y miró el reflejo de ambas, recordando un momento, no hacía tanto tiempo, en el que había contemplado esa misma imagen y se había preguntado por

qué Nomi había sido elegida Gracia en vez de ella.

—No —respondió Nomi, sonriendo con cierta tristeza—. Pero creo que no lo estaré nunca. En cuanto Malachi me anuncie como reina, puede que se produzcan disturbios y rebeliones. De entrada, podría parecer que estamos destruyendo el reino. Pero no habrá marcha atrás.

—Pasé lo que pase, estaré a tu lado —dijo Serina, agradeciendo, como hacía a diario, haber logrado sobrevivir y poder estar ahora junto a Nomi.

Se oyeron pasos y de pronto apareció otra figura en el espejo.

—También yo —añadió Renzo, con su característica sonrisa perezosa.

Con su chaqueta de terciopelo parecía un hombre hecho y derecho. A Serina le costaba creer que fuese su hermano pequeño y que su hermanita estuviera a punto de ser proclamada reina.

—¿Creéis que mamá y papá se sentirían orgullosos de nosotros? —preguntó Serina.

Le costaba imaginarse que se les hubiera pasado alguna vez por la cabeza aquel cuadro, que hubieran adivinado dónde acabarían sus hijos. El único deseo de su madre había sido tener una hija Gracia. De seguir con vida, ¿se habría tomado mal que una de sus hijas no fuera Gracia, sino reina?

—Mucho. Siempre se sintieron orgullosos de nosotros —aseguró Renzo, sin levantar la voz. Cruzó una mirada con Serina a través del espejo—. Cuando te enviaron a Monte Ruina fue un golpe durísimo. Papá presentó una petición al magistrado y estuvieron a punto de arrestarlo por luchar por tu libertad.

Nomi contuvo un grito.

—¿En serio? —exclamó Serina, con los ojos llenos de lágrimas.

Nomi cogió un pañuelo y se lo pasó. Ella cerró los ojos y aspiró hondo, temblorosa, secándose las lágrimas con cuidado de no estropear el khol que con tanto esmero se había aplicado. Ahora no podía desmoronarse. Pero saber que sus padres habían luchado por ella le daba más fuerzas. Siempre había dado por sentado que habrían sentido una vergüenza tremenda por lo sucedido.

—Siempre me pregunté qué habrían hecho de haberse enterado de que sabía leer —musitó Nomi—. Siempre dudé si me habrían delatado.

—Yo también me lo he planteado muchas veces —dijo Serina, pensando en la cantidad de chicas que estaban en Monte Ruina porque sus propias familias las habían delatado.

—Jamás lo habrían hecho. —Renzo negó con la cabeza—. Papá lo sabía, Nomi. Nunca lo disimulaste muy bien.

—¿Qué?

Esta se volvió en redondo para mirarlo directamente a los ojos, sin espejo de por medio.

Su hermano se encogió de hombros.

—Papá y mamá nos querían. Y lo que más deseaban era que fuésemos felices.

Nomi rio, y le entró hipo.

—No sabéis lo feliz que me hace que estéis los dos aquí. Que estéis sanos y salvos. Ojalá... ojalá hubieran podido acompañarnos ellos también.



Renzo pasó los brazos por encima de los hombros de Serina y de Nomi.

—Hay mucha gente que debería estar hoy aquí. Esa es la motivación que nos impulsa. Trabajaremos en honor de todos ellos y por un futuro mejor.

Compartieron sonrisas temblorosas. Serina recuperó parte de su calma.

Nomi se levantó y su falda gigantesca cobró aún más volumen.

—Perfecto, ahora sí que estoy preparada.

Serina y Renzo la siguieron hacia la habitación donde Malachi estaba esperando. Cuando vio a Nomi, su rostro se iluminó. Serina miró de reojo a Renzo, que le sonrió.

—Hoy, el pueblo de Viridia conocerá a su reina —dijo orgulloso Malachi, tomando a Nomi del brazo.

Pero por mucho que aquella estancia rebosara de alegría y de esperanza, la respuesta del exterior seguía siendo una incógnita.

Todos sabían que la batalla por ganarse el alma de Viridia tan solo estaba empezando.

Serina se imaginó que, cuando entraran al salón de baile, verían el recelo y la aversión que los magistrados serían incapaces de ocultar. Incluso con Malachi y Nomi trabajando en cooperación por un objetivo común, habría retos. Amenazas.

Por eso Serina se alegraba de llevar su cuchillo encima, y de que Val y Renzo, y también las Gracias de la Reina, estuvieran allí. Entre todos, garantizarían la seguridad de Nomi.

Serina, Val, Renzo, Malachi y Nomi recorrieron los silenciosos pasillos hasta la galería que había justo antes del salón de baile. Inés los esperaba delante de las grandes puertas de madera tallada, con un resplandeciente vestido de color violeta, la espalda recta y una mirada rebotante de orgullo. La escoltaban Anika, Espejo, Maris, Helena y varias mujeres más de Monte Ruina, tan elegantes con sus vestidos como mortales eran las armas que llevaban escondidas en ellos. Detrás de las puertas, esperaban ya sus invitados.

Val y Renzo ocuparon su lugar en la cabecera de la procesión, como escoltas de Inés. Serina y las demás Gracias de la Reina siguieron detrás de ellos. Esta se volvió un momento y vio a Nomi y a Malachi cogidos del brazo, caminando con la cabeza erguida, a la espera de entrar en último lugar.

Todo el mundo guardaba silencio y el único sonido que se oía era el débil rumor de voces de la estancia contigua.

Entonces, Malachi hizo un gesto con la cabeza y los centinelas con librea abrieron de par en par las puertas dobles.

Serina rio para sus adentros al acceder al resplandeciente salón de baile, flanqueada por Anika y Espejo. Al fin y al cabo, en cierto sentido, se había convertido en Gracia.

## CUARENTA Y DOS

### NOMI

Nomi se detuvo en el umbral de la puerta del salón de baile. Los músicos estaban interpretando una canción tranquila y rítmica y los candelabros tintineaban por la brisa que entraba desde la terraza. La estancia estaba llena a rebosar. Habían acudido todas las personalidades para escuchar las noticias de Malachi.

Prácticamente todos los cortesanos y magistrados estaban mirando a Nomi.

Dos filas de soldados formaban una vía de paso en medio del salón que conducía hasta una tarima elevada decorada con flores situada en el fondo de la estancia. Había dos tronos, no solo uno.

El soldado más próximo, con semblante muy serio, inclinó la cabeza hacia Malachi. Dante. No aprobaba lo que estaban a punto de hacer.

Nomi localizó a Renzo entre la prensa. La estaba mirando, sonriendo con orgullo. Serina se había situado junto a la tarima y observaba al público.

—¿Estás lista? —preguntó Malachi, presionándole con delicadeza el brazo.

—Hay tantas maneras de que pueda acabar mal... —murmuró Nomi.

Se sentía atrapada de un modo surrealista entre la fantasía y la pesadilla y, para bien o para mal, el sueño estaba a punto de empezar.

—¿Has cambiado de idea? —preguntó él.

Nomi se armó de valor.

—No, en absoluto.

Hicieron su entrada en el salón.

Los músicos tocaron una fanfarria. Los soldados saludaron, incluso Dante. Su mirada le partió el corazón a Nomi. ¿Cómo iban a convencer al país si ni tan siquiera podían poner de su parte al mejor amigo de Malachi?

«Llevará tiempo, eso es todo», se dijo.

Nomi levantó la barbilla y deslizó los pies por el suelo. No se apoyó en Malachi ni se permitió quedar atrapada por la sombra que él proyectaba.

«Somos iguales.»

«No soy una Gracia.»

Cuando llegaron a la tarima, Nomi y Malachi se volvieron lentamente de cara a sus súbditos y el voluminoso vestido de color violeta brilló bajo la luz. Serina y las demás mujeres los saludaron

con una reverencia. Algunos de los magistrados imitaron el saludo. Pero no todos.

Los músicos remataron su actuación con un crescendo.

Las miradas de los presentes se cernían sobre Nomi como un cuchillo afilado; todos los movimientos eran cautelosos y contenidos.

—Buenas noches. Gracias por haber venido —empezó a decir Malachi—. Nos hemos reunido para reconocer y celebrar un nuevo capítulo de la historia de Viridia del que tengo el honor de formar parte y que me llena de esperanza. Nuestro país ha sufrido mucho. El asesinato del antiguo Superior y el ascenso al poder de mi hermano provocaron conflictos y malestar en toda Viridia. Pero cuando hablo de sufrimiento, hablo de algo más que del breve y brutal reinado de Asa y de la muerte de mi padre. Viridia ha sufrido también por culpa de sus propias mentiras.

Un murmullo quebró el silencio de cristal que envolvía la estancia.

Nomi tomó entonces la palabra y su voz sonó firme y clara, en contraste con el latido salvaje e irregular de su corazón.

—Y muy en particular, hemos sufrido las mujeres. Nos han destruido, nos han desposeído de nuestra capacidad de decisión, de nuestra voluntad, de nuestra dignidad. Hemos pagado un precio muy alto por miedo. Hubo un tiempo en que las mujeres gobernaron este país —un grito contenido de la audiencia—, hasta que fueron borradas del mapa. Hemos mantenido ocultas a nuestras reinas y subyugado a sus descendientes. Pero esto está a punto de cambiar.

—Como Heredero de pleno derecho de Viridia —declaró Malachi—, no tomaré Gracias, sino que he decidido alinearme de igual a igual con una reina.

Levantó en alto un instante la mano de Nomi, aunque nadie lanzó vítores. Serina y Anika se adentraron en la muchedumbre, con movimientos engañosamente despreocupados, siguiendo con la mirada a los magistrados, a sus asistentes e incluso a los criados que circulaban con bandejas repletas de copas de vino. Nomi contuvo la respiración al verlas desplazarse en silencio por el salón.

Malachi continuó:

—La reina Tessaro gobernará a mi lado y seremos una pareja de iguales. Se encargará de liderar la iniciativa de sacar a la luz todas las mentiras de Viridia y de redactar leyes que otorguen a las mujeres los derechos que les han sido negados desde hace muchos años.

—El Superior y yo garantizaremos la prosperidad de los habitantes de nuestra nación —concluyó Nomi—. Haremos de Viridia un país más fuerte y más dinámico que nunca.

Ella sonrió a los hombres que la odiaban. Al rubicundo cortesano con mejillas coloradas que estaba al lado de Renzo. Al magistrado de Sola, cuya capa dorada contrastaba con su mal semblante cetrino. A Dante. Incluso al *signor* Pietro, el magistrado de su propia provincia, que parecía también contrariado. Les sonrió a todos.

Y juntos, cogidos de la mano, Nomi y Malachi saludaron.

La música rompió el silencio. Serina le dedicó una reverencia al *signor* Pietro y cruzó algunas palabras con él. A regañadientes, el magistrado se dejó guiar por ella para iniciar un baile. Las

demás Gracias de la Reina se repartieron entre la multitud, ofreciéndose a danzar con los hombres aparentemente más rabiosos del salón.

Nomi y Malachi, con la cabeza muy alta, se desplazaron hacia la parte central de la estancia.

—Nos odiarán —dijo Malachi, cuyos ojos de color ébano habían cobrado más vida si cabe con aquel reto.

—Durante un tiempo —puntualizó Nomi, lanzándole una sonrisa cómplice—. Tenemos ante nosotros la posibilidad de escribir la historia. Y lo haremos bien.

Empezaron a bailar hasta que las luces giraron a su alrededor y las miradas asesinas desaparecieron por completo.

## Agradecimientos

Hoy no estaríais leyendo este libro de no ser por la perspicacia, el apoyo y el entusiasmo de un montón de gente generosa y rebosante de talento.

Quiero dar las gracias a Pam Gruber, Lanie Davis, Viana Siniscalchi, Polly Lyall-Grant y a todos los editores y traductores de las ediciones extranjeras de esta serie. A Katharine McAnarney, que ha hecho un trabajo fantástico de difusión de mi obra y que me envía unos correos electrónicos encantadores. Al resto de los equipos de LBYSR y Alloy, cuyo entusiasmo y apoyo para hacer realidad este libro (y la serie, en general) me provoca siempre un cálido cosquilleo. A mi agente, Linda Epstein, que siempre me hace sentir como una estrella. Con todos vosotros en mi equipo, sé que puedo considerarme una escritora increíblemente afortunada.

Gracias al profesorado y a los compañeros del MadCap Writing Cross-Culturally Workshop por acogerme tan bien y ser tan generosos compartiendo conmigo vuestros puntos de vista, vuestros consejos y vuestra amistad. Conocerlos me ha cambiado la vida.

Me gustaría asimismo dar un gran abrazo a todos mis amigos y compañeros de profesión que me han apoyado, me han animado y me han recordado que nunca debemos perder la confianza que tenemos depositada en nuestra propia persona. A todos los que leyeron mis borradores, que me ofrecieron sus consejos, que han acudido a los actos de presentación y que me han recordado que mi valor como persona no está necesariamente vinculado a las palabras que plasmo sobre el papel: Michelle Nebiolo, la doctora Jody Escaravage, Aimee L. Salter, Rachel Hamm, Natasha Fisher, Jax Abbey, Paige Nguyen, J. D. Robinson, Crystal Watanabe, Morgan Michael, April Anft, Kate Elliott, Kyra Whitton, Danielle Boateng, Kaitlyn Sage Patterson, Dhonielle Clayton y Natalie C. Parker.

Gracias a mi familia por su apoyo y entusiasmo, por alentar a vuestros amigos a que leyeran el primer libro de esta serie, por conducir interminables horas para asistir a mis presentaciones, por demostrarme con pequeños y grandes detalles que os sentís orgullosos de mí. Gracias a mi hijo, Oliver, por contarle a absolutamente todo el mundo que su mamá es una «famosa estrella de los libros». Y a mi marido, Andy, que soporta todas mis angustias relacionadas con la edición y que, aun así, me sigue queriendo.

Gracias a los compañeros de Fairyloot, OwlCrate y Cushy Crate por haber decidido incluir el primer libro de la serie en sus preciosas cajas por suscripción. Y a todos sus clientes, gracias por compartir las fotografías más magníficas que he visto en mi vida. Bookstagram se ha convertido en mi lugar favorito.

Y finalmente a ti, lector, gracias. Gracias por haber elegido leer esta serie, por creer en Nomi y

en Serina y haber decidido seguir sus aventuras. Gracias por reservarlo, por comprarlo, por pedirlo prestado en la biblioteca, por suscribiros a los lotes de libros, por contárselo a vuestras amistades, por compartir vuestras lecturas en las redes sociales, por redactar reseñas, por leer. Vosotros sois los que dais vida a los libros. Hacéis pura magia, y os agradezco mucho que la compartáis conmigo.

*De la furia a la victoria*  
Tracy Banghart

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Queen of Ruin*

© del texto: Alloy Entertainment y Tracy Banghart, 2019

© de la traducción: Isabel Murillo Fort, 2019

Fotografía de la cubierta: © Rekha Garton (Arcangel Images)

© Editorial Planeta, S. A., 2019  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
Destino Infantil & Juvenil  
[infoinfantilyjuvenil@planeta.es](mailto:infoinfantilyjuvenil@planeta.es)  
[www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com](http://www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)  
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2019

ISBN: 978-84-08-21693-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

TRACY BANGHART

# IRON FLOWERS

2. DE LA FURIA A LA VICTORIA

Nada puede  
parar el valor de  
dos hermanas



CROSS  
BOOKS